



LOS
VISCONTI

Volver a por ti
S.M. AFONSO

Título: Volver a ti (Los Visconti)

Copyright © 2018 por S.M. Afonso

Todos los derechos reservados.

Publicado en Tenerife, España por S.M. Afonso.

ISBN 000-0-0000-0000-0 eISBN 000-0-0000-0000-0

Todo es ficción. Nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del escritor o usados de manera ficticia. Cualquier parecido con una persona real, viva o muerta, eventos o lugares son completamente coincidencia

Editado por AJ. García.

Ilustraciones por Fotolia

Diseño de Portada por AJ. García.

Maquetado por AJ. García.

Bubok Publishing S.L. 2018

1ª Edición.

Marzo 2018

Mi eterna gratitud
A todos aquellos
que lo hacen posible.
Gracias.

ÍNDICE

ÍNDICE

Capítulo 01

Capítulo 02

Capítulo 03

Capítulo 04

Capítulo 05

Capítulo 06

Capítulo 07

Capítulo 08

Capítulo 09

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 01

Sandya se cubrió mejor la cabeza con la capucha de la sudadera de manga larga que había tomado prestada del armario de su amiga Julianne. El suéter de un llamativo azul eléctrico, pasó rápidamente a lucir un mortecino color oscuro, y a estar tan empañado por el aguacero como el resto de su ropa.

Sin levantar en ningún momento la vista de sus caladas zapatillas, aumentó el ritmo de sus zancadas y al máximo el volumen del *Spotify* en su móvil. En los auriculares de sus oídos las composiciones de *Ramin Djawadi* habían sido reemplazadas por las del legendario *Hans Zimmer*. Maestro y pupilo siempre ocupaban un lugar privilegiado en su *Playlist*. Ellos eran unos genios especializados en música para películas, y ella sentía auténtica fascinación por ese tipo de melodías.

Ensoberdecida por las piezas musicales. Blindada del mundo, vistiendo prendas demasiado grandes para su metro sesenta y dos de altura, Sandya metió las manos en los bolsillos de la sudadera y rogó en silencio para que el trayecto que le faltaba por recorrer continuara estando casi tan desértico como hasta entonces. Pero el rugido de un trueno la hizo dar un brinco y detenerse de pronto. Exhalando ruidosamente, se atrevió a mirar furtivamente hacia el cielo, que continuaba protestando en sollozos de lluvia violenta, como lo haría la cólera de un hombre despechado con su amada.

La misma cólera muda que había visto cuatro años atrás, casi cinco, por última vez en unos increíbles ojos verdes.

Pero ella no había sido su amada. Ella sólo había sido el entretenido y divertido pasatiempo de un hombre casado. De un maldito canalla que jugó con sus sentimientos.

Inesperadamente, notó como la piel de la palma de su mano parecía resquebrajarse. Flexionó los dedos para aflojar la opresión que ejercían sobre el colgante en forma de pluma que ocultaba en un bolsillo y que había estado estrujando con demasiado nervio, sin darse cuenta.

Entretanto, la lluvia se había entremezclado demasiado pronto y demasiado rápido, con las lágrimas de su rostro. Quemaban con el potente veneno de la sucia verdad. Dolían con el proyectil mortal de la vergüenza.

El murmullo de un grupo de transeúntes que venían hacia ella, de todas las direcciones, la hicieron darse cuenta de que en el *Spotify* de su celular ya no salía ninguna sinfonía.

Una alerta amarilla silbó en su organismo.

Todo lo que había estado tratando de evitar la golpeaba de repente.

Ella no podía identificar claramente si un peligro era real o estaba solo en su mente, como solía suceder normalmente, pero la posibilidad de la existencia de una amenaza la hizo coger por otra avenida menos transitada y apresurar el paso. Caminaba con una sensación difusa de angustia, de terror, y deseaba regresar cuanto antes a la seguridad de su hogar.

Pero había llegado demasiado lejos como para acobardarse y retroceder. Así que hundió nuevamente la barbilla sobre su pecho, y siguió con afán cada pisada que daban sus *Converse* negras. Volvía a esconderse a sí misma de la vista de todos, y no creía posible que pudiese hacerse más menuda de lo que ya era. Por más que le hubiera gustado.

Bruscamente se sacó de debajo de la sudadera la única vía de evasión que poseía en esos momentos. Se mordió el labio contra un temblor. El condenado artilugio que había decidido dejarla en la estacada, estaba tan bañado por el aguacero como ella, y aunque sabía que era inútil, sus torpes dedos intentaron resucitarlo.

Cualquier opción, por muy absurda que fuera, era mejor que tener una crisis en pleno paseo.

Ante la idea, Sandya dejó escapar un sollozo, y maniobró tan agresivamente con el móvil, que los auriculares se desprendieron de sus orejas. Fue entonces cuando reparó en que, apenas podía inspirar el aire salobre del mar por su nariz congestionada. Pero podía oír su sonido; retrocediendo, regresando.

Por segunda vez, enderezó lentamente la cabeza y se topó frente a frente con el muelle de Santa Cruz de Tenerife. Fue entonces cuando se preguntó, no por primera vez en esa tarde, quién era el verdadero catalizador de su mal. No estaba segura de sí el responsable que le faltara el aire y se ahogara, o que tuviera un fuerte dolor torácico desde que pusiera un pie en la calle, fuera su miedo irracional a los lugares con mucha gente. Quizás el motivo fuera que su mente registraba peligro por todos lados y no pudiera ser auxiliada inmediatamente. O todos aquellos devaneos corporales y mentales fueran a causa de... él.

Porque Alessandro Visconti había vuelto.

Tenía que ser él, y quería, necesitaba, comprobarlo con sus propios ojos.

A Sandya le habían enseñado a no volar alto para no quemarse, y a no hacerlo demasiado bajo para no ahogarse. Sin embargo, ella había aprendido con el tiempo que, a veces, las personas necesitaban quemarse, ir hacia el sol... «*Hacia su sol.*»

Así que, en cuanto vio que los informativos televisivos de ese mediodía cerraban con la noticia del gran navío italiano que había arribado en los muelles, supo que, como *Ícaro*, debía batir sus alas y volar.

Sandya echó un rápido vistazo al puerto comercial y deportivo de la ciudad isleña que, por lo visto, se había despertado esa mañana con un nuevo inquilino en una de sus dársenas.

«*Y ni siquiera los dos trasatlánticos atracados en el malecón han podido eclipsar su belleza*», musitó, repitiendo las palabras de la presentadora del noticiario cuando reconoció, casi de inmediato, la maravilla arquitectónica y de ingeniería que engalanaba las aguas Canarias.

El mundo a su alrededor, de pronto, parecía haber sido tragado por las cataratas abiertas del cielo, y solo la lujosa embarcación y ella permanecieron a flote.

Boquiabierta, echó hacia atrás la capucha regada en agua que tapaba su cabeza y dejó al descubierto su media melena. Un pequeño estremecimiento de alegría penetró en ella, y aquello la aterrorizó.

¿Era amor lo que aún sentía? ¿Seguía amando a Alessandro Visconti?

«*No.*»

La negativa había sido instantánea, aunque no muy convincente.

No se trataba de amor.

¡Por supuesto que no!

No podía ser amor.

Ella no podía continuar enamorada del hombre que le había arrancado el corazón y pisoteado bajo sus pies. Del hombre por el que había llorado en secreto un río de lágrimas durante demasiado tiempo.

Pero si no era amor, ¿qué podía ser entonces?

Una amargura la apuñaló en el pecho, tensándolo hasta dolerle.

Abatida, a Sandya le flaquearon las energías y cayó. Las palmas de sus manos, sus rodillas, bruscamente impactaron con el duro y encharcado pavimento. A gatas como estaba, las lágrimas que se agolpaban en sus ojos salieron a borbotones sin control. Empezó a hiperventilar como una niña.

Sabía cuál era la respuesta, por más que tratase de engañarse a sí misma.

Ella no había sabido construir el puente que le hubiese permitido cruzar el río del desamor y superarlo. Por el contrario, se había quedado en el lado equivocado de la corriente, observando con anhelo la orilla que nunca alcanzó. Porque la única verdad era que Alessandro Visconti continuaba trastornándola, seguía atrayéndola peligrosamente. Aún poseía el poder de derribar todas y cada una de sus barreras.

«*No estás preparada para volar.*»

Y entonces, ¿por qué diantres estaba allí, haciendo caso omiso a las advertencias y tratando de ascender al sol?

De nuevo.

Como lo había hecho años atrás.

Y como había sucedido hacía casi cinco años, el ardiente astro ablandaría la cera que mantenía unidas las plumas de sus alas y éstas se despegarían. Ella tontamente agitaría sus brazos, pero no quedarían suficientes plumas para sostenerla en el aire y caería al mar.

Alessandro Visconti volvería a arrojarla al océano del olvido mientras, que él, como *Dédalo*, se posaría sano y salvo en Sicilia. Para seguir adelante con su vida. Tal y como había hecho en el pasado, después de irrumpir una mañana en su monótona existencia y cambiar su destino para siempre.

Capítulo 02

Sandya se estiró hacia un costado para destensar los músculos de la espalda. Llevaba toda la madrugada y gran parte de la mañana, sentada allí, en el amplio sofá de su sala de estar, por lo que no podía culpar a su organismo por los latigazos que empezaban a azotarla. Se lo merecía por no cambiar de posición constantemente.

Bostezando se restregó los ojos. Estaba agotada. Llevaba trabajando desde la noche anterior, e iba siendo hora de comer algo y meterse en la cama a dormir un poco. Dácil, su terapeuta, la visitaría a primera hora de la tarde para una nueva sesión y necesitaba descansar para poder afrontarla con optimismo. La publicidad de uno de sus canales de investigación favoritos, captó su atención de pronto. Iban a dar un especial de los crímenes históricos cuyo misterio nadie había sido capaz de resolver. Se mordió el interior del labio mientras memorizaba mentalmente la fecha de emisión y pensaba en como existía una constante contaminación entre la realidad y la ficción. Por eso le fascinaban aquellos programas. Porque cuando se sabía todo, no había misterio, y sin misterio, no había nada que conocer, nada que aprender. Quizás había sido su inagotable espíritu curioso el causante de que se dedicara a la literatura, el que la había convertido en uno de los escritores de thrillers más importantes del momento.

Masajeándose la parte posterior del cuello, se dirigió a la cocina. Pero el sonido del timbre la hizo detenerse y fruncir el ceño. No esperaba a nadie, y Julianne, ella hubiera utilizado su propia llave para ingresar.

Tragó con fuerza, obligándose a ocultar su angustia cuando una seguidilla de timbrazos resonaron en el salón.

—Todo está bien, Sandya, todo está bien —se insufló a sí misma valor.

Temblando como una hoja, caminó en sigilo hacia el vestíbulo. El viejo y oxidado portón de verjas que aislaba la vivienda del exterior estaba inservible, debía ser reparado, así que tuvo que conformarse con mirar por la mirilla de la puerta principal. No podía distinguir bien a la alta figura que se alzaba detrás de ella, pero supo de inmediato que se trataba de un hombre. Con cautela y dedos inestables, colocó la cadena de seguridad en la

puerta y la abrió lentamente. La delgada abertura que quedó entre el desconocido y ella le permitió ver mejor al extraño.

A la joven le latió rápido el corazón y se le formó un nudo en la garganta. No podía negar que era el hombre más atractivo que había conocido nunca.

—¿La señorita Garci? —El individuo, de cabello corto y negro, clavó su mirada de color jade en ella. Sandya se dio cuenta de que tenía unos ojos increíbles, hermosos, pero al igual que su atractivo rostro, estaban desprovistos de toda calidez.

Se estremeció de arriba abajo.

La palabra peligroso revoleteó en su mente. E hizo sonar todas sus alarmas.

Sabía que cabía la posibilidad de que se arrepintiera de no dar media vuelta, echar el seguro y correr hacia el teléfono para llamar a la policía. Pero no lo hizo. Por alguna sorprendente razón, las plantas de sus pies parecían haberse quedado soldadas sobre el frío piso de mármol, y ni siquiera podía comprender que era lo que le estaba pasando.

Nunca se había sentido segura en su vida, y siempre tomaba precauciones.

Hasta ahora.

—Depende de quién pregunte —contestó de la forma más clara y directa que sus nervios de punta le permitieron.

Alessandro la analizó como pudo a través de la estrecha línea de la puerta. Para tener veintinueve años de edad, parecía no más que una adolescente; incluso, parecía más joven que en aquella ridícula fotografía en la que aparecía con Julianne Belmonte. Tenía los ojos grandes, además de una tez extremadamente pálida; un rasgo curioso pero agradable de ver en una canaria. Se preguntó si sus espesas y largas pestañas serían auténticas, porque sobresalían de forma asombrosa en su bonito rostro, que lucía también algo descuidado gracias al recogido desaliñado de su cabello castaño. En un movimiento que la muchacha había hecho casi de manera imperceptible, él se había fijado fugazmente en la dulce curva de uno de sus pechos, ocultos por una agujerada camiseta blanca. No podía distinguir del todo si llevaba sujetador o no; en lo que a él respecta, podía estar completamente desnuda debajo de aquella gastada tela.

Él podría vestirla de satén y encajes, aquel pensamiento fugaz cruzó por su mente. Alessandro se tensó ante la imagen que evocó en su cabeza.

En los últimos meses, su vida sexual había disminuido considerablemente.

La chispa, el ardiente deseo que una vez lo había unido a su esposa Lena, estaban muertos, y había empezado a pensar en tomar una amante. Lena podría hacer lo mismo. Una aventura discreta, estable, que los satisficiera a los dos por separado mientras su matrimonio pasaba a ser, única y exclusivamente, un bonito escaparate que podría seguir beneficiándolos a ambos. Una solución rápida, práctica, que evitaría el proceso lento y tedioso por el que, en la actualidad, su hermano Santo atravesaba con Ellen.

Por una absurda razón, se preguntó si Sandya Garci encajaría en sus planes.

Imposible.

La Canaria parecía carecer del sentido de la moda y desconocer lo que era un peine. Ella era, todo lo contrario a las mujeres que solían ir de su brazo: Altas, elegantes, sofisticadas. No tenía rastro de maquillaje, y se mostraba tan recatada y desconfiada como una monja de clausura.

—Soy representante de Visconti società di produzione. He venido directamente desde Madrid a hablar con la señorita Garci sobre un tema importante. ¿Es usted?

La chica lo miró un instante con escepticismo.

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarlo, señor... ?

—Barone. Dante Barone —sentenció.

No iba a utilizar su propio nombre. Era simple. Si ella decidía indagar por su cuenta, o si Santo no lograba controlar a Julianne gracias a su ineptitud al pensar solamente con la entropierna, él no debía verse implicado.

—Está bien, señor Barone —aceptó Sandya parpadeando hacia él con sus inmensas pestañas—. No sé cómo conseguiría esta dirección, ni tampoco cómo es posible que alguien en esa empresa tenga el descaro de pasar por encima...

—Su agente, la señorita Belmonte es quien solicitó que se le entregara cuanto antes estos documentos —Agitó en su mano el enorme sobre color plata que sostenía para que lo viera—. Se trata del nuevo contrato con las últimas modificaciones.

Sandy torció el gesto. Le parecía muy curioso que aquello estuviera pasando. Julianne no le daría aquella dirección a absolutamente nadie, ni siquiera por error. Y, mucho menos, daría su verdadero nombre para que lo relacionaran con San Brandam. Algo no estaba bien.

—Hablen con Julianne, porque es solo a través de ella como recibiré toda

la información —Desconfiada, Sandya comenzó a cerrar la puerta.

Antes de que pudiera cerrar a cal y canto, una mano impidió que siguiera su acción. Sandya retrocedió y agradeció el haber colocado antes la cadena, por lo que la puerta no se abrió demasiado. Sintió la respiración empezar a agitarse y sus dientes apretarse dentro de su boca.

—Señorita Garci, no pretendo asustarla —la suave voz del hombre parecía demasiado cándida para alguien como él. Levantó la vista para mirarlo directamente a los ojos. Se cruzó de brazos para autoprotegerse—. Si me deja explicarle.

—Adelante, lo escucho.

Alessandro comprendió entonces que ella no lo dejaría pasar. No había amabilidad por parte de la Canaria y tampoco la usual taza con café con pasteles. Casi le causó una sonrisa las acciones defensivas de la mujer: la cadena puesta en la puerta y los dos pasos que había dado hacia atrás. Era cuidadosa y desconfiada.

Carraspeó.

—La señorita Belmonte me pidió que le entregara personalmente los documentos porque en este momento está indispuesta y no quiere que el asunto burocrático continúe alargándose por mucho más tiempo. El proyecto de nuestro director ejecutivo es viable y ella ha expresado su conformidad —Le volvió a mostrar el sobre, y ella sospechó que le aburría tener que andar dando explicaciones—. Puede hablar con la señorita Belmonte si lo desea primero. Lo que sí, le ruego encarecidamente que estudie el documento hoy mismo y tome cuanto antes una decisión. Cuanto antes se llegue a un acuerdo, antes se podrá comenzar con las acciones previas al rodaje.

Sandya se sorprendió por la rudeza en la voz del hombre. Pero algo ya le advertía dentro de ella, que el señor Dante Barone no era un hombre cualquiera, ni mucho menos uno fácil de tratar.

—Comprendo, pero hablaré de todos modos con Julianne antes de tomar cualquier decisión.

El hombre le pasó el sobre y ella, con mucho cuidado de no rozar sus dedos si quiera, lo recibió.

—Regresaré mañana por si le surge cualquier duda.

—Muy considerado por su parte, gracias, pero no creo que sea necesario...

—Insisto. Es mi trabajo.

—De acuerdo, entonces. Ahora sí me disculpa, tengo que dejarlo. Que

tenga un buen día, y hasta mañana.

Alessandro se quedó muy quieto y sus oscuros verdes destellaron peligrosamente.

¿Le había cerrado la puerta en las narices?

¿A él, a Alessandro Visconti?

¡Cómo se atrevía!

Aquello lo enfurecía pues suponía un fracaso y la palabra fracaso no figuraba en su diccionario.

La propuesta de Paolo Falcone estaba demasiado presente en su cabeza. El socio mayoritario de otra de las productoras que querían hacerse también con el contrato, empezaba a pisarle los talones y pronto podría sentir su aliento en la nuca. Su propuesta era lo suficientemente succulenta como para que Sandya Garci creyese firmemente que podría ser la mejor opción. Sobre todo después de que su entrometida ex cuñada, Ellen Barker, arruinase por completo la última gran oportunidad de Visconti società di produzione para hacerse con los derechos del Bestseller internacional.

Era de conocimiento público su enemistad y rivalidad con Falcone. Incluso, su matrimonio con Lena, no había sido más que otra importante maniobra. Otro negocio que le había robado. Un negocio redondo con el que había obtenido una comisión extra: Paolo se había quedado absolutamente sin nada y él con su despampanante prometida y con los terrenos que traía bajo el brazo. Suelo rico, urbanizable, por el que llevaban disputando ambas familias desde hacía décadas.

Con una calma exterior que contrastaba intensamente con el enfado que lo había estado recorriendo como ácido por dentro en el último minuto, se dio media vuelta y se dirigió hacia el coche que había alquilado esa misma mañana.

Un maldito Audi A1 Sportback para salvar las apariencias.

¿Y para qué?

¡Para absolutamente nada!

Porque la pequeña desconfiada ni siquiera había sacado a pasear su bonito trasero fuera de la casa.

El rostro de Alessandro recobró la máscara de fría furia al recordar el desdén y la descortesía con la que lo había tratado. Cuando se sentó detrás del volante en el vehículo, tenía el cuerpo en tensión y la mandíbula abultada por la fuerza con la que apretaba los dientes.

Sacó el móvil y buscó el número de Santo.

—¿Tan temprano y ya delinquiendo, hermano? —inquirió la voz burlona de Santo al otro lado de la línea.

De la garganta de Alessandro salió un gruñido fiero y grave.

Al menos, uno de los dos parecía estárselo pasando en grande con aquella disparatada situación.

—Sandya Garci llamará a su agente —le informó sin preámbulos y convencido de que lo haría—. Asegúrate de mantener alejado de ella su celular, y no contestes sus llamadas. En algún momento tendrá que escribirle algún mensaje, y es ahí cuando tú responderás por Julianne. ¿Crees que podrás encargarte de ello?

—Me ofende tu desconfianza, Alessandro. ¿Acaso dudas de mi habilidad para cometer un delito que podría ser penado por la ley? ¡No te sulfures, hermanito, me has enseñado extraordinariamente bien!

El incorregible sentido del humor Santo, hizo que una lenta e involuntaria sonrisa curvara la firme boca de Alessandro.

—Recuerda: mantén a su agente ocupada.

Capítulo 03

Sangre.

Una sensación de alarma le erizó el vello a Alessandro.

Algo andaba mal.

Realmente mal.

Había un pequeño reguero de sangre en las rejas hechas en hierro forjado que dividían el exterior del acceso principal a la vivienda que compartían Sandya Garci y Julianne Belmonte.

Comprobando que no había nadie a su alrededor, Alessandro sacó la pistola que solía esconder en la parte trasera de su pantalón cada vez que se atrevía a salir de la seguridad de su entorno; siempre amenazado, sin la protección de ninguno de sus hombres. Empujó con el hombro la verja y se adentró por el sendero revestido en cerámica de arcilla. La tranquilidad flotaba en el ambiente, solo interrumpida de vez en cuando por el canto alegre de los pájaros. Desconfiado, empuñó el arma, corrió el seguro y siguió adelante con cautela.

Aquella quietud, podía tratarse solo de la calma que antecedió a un huracán. Su progenitor, Carlo Visconti, había sido un auténtico bastardo narcisista que jamás mostró compasión, ni siquiera por sus propios hijos. Pero debía admitir que el maldito había sido tan astuto como el diablo y que lo había entrenado realmente bien. Ser más sigiloso que un fantasma y diestro con las armas, había sido solo una de las pocas tareas que habían compartido como padre e hijo. Recelar de cada individuo que tuviese cerca, incluso si ese individuo fuese de su propia sangre, y estar en constante alerta, habían sido dos de los mandamientos que desde niño había tenido que aprender a base de golpes.

Cuando alcanzó la puerta principal la encontró entreabierta, pero la cerradura no parecía haber sido forzada. Se fijó en cómo estaba también manchada de sangre.

«¿Qué demonios... ?»

Achicó la vista y aguzó al máximo el oído antes de empujar despacio y entrar al vestíbulo.

Había procurado en todo momento no tocar nada. No dejar huellas. Al fin y al cabo, había aprendido del mejor criminal de todos: su padre.

Ya en el interior, Alessandro echó un rápido vistazo adentro.

Todo estaba en penumbra y parecía en orden y en calma.

Sin fiarse del espeluznante remanso de paz, alzó el arma a la altura de su cara. Listo, preparado para entrar en acción en cualquier momento, al menor movimiento que detectara a su alrededor.

Pero de pronto, el único intruso que invadió su espacio vigilado fue el sonido de un sollozo. Escaneó rápidamente de arriba a abajo con la vista la sala de estar para averiguar su procedencia.

Y entonces la vio.

Escondida. Agazapada entre el sofá y uno de los muebles mientras se mecía hacia delante y hacia atrás. Se había cubierto la cara con las manos. De sus labios escapaban gemidos de una aguda tristeza, a pesar de que se había tapado la boca intentando evitar que escapara de ella cualquier sonido.

A Alessandro se le torció la boca con amargura en una mueca mitad fastidio, mitad preocupación.

Aquello era un maldito inconveniente.

Desempeñar tareas de cuidador no figuraba en su agenda del día.

Y sin embargo, puso el seguro de la pistola de vuelta y la regresó a la parte trasera de su pantalón, debajo de su chaqueta, y a continuación se arrodilló a su lado. Inmediatamente, su enorme mano se alzó para levantarle la cara y la muchacha se encogió instintivamente, como para evitarlo. Pero él la detuvo y enmarcó su rostro sucio con las manos. Ella aferró entonces sus dedos helados, ateridos de frío y manchados de sangre en el dorso de ellas. Y él, en un impulso, le repasó la suave tez de su mejilla izquierda con el pulgar. Estaba completamente pálida y temblaba de pies a cabeza. Su respiración era superficial y dificultosa. Sus ojos rebotaban de un lugar a otro; como si buscara algo, como si temiera a alguien. Estaba definitivamente en estado de shock.

Él apretó la mandíbula con tanta fuerza que un músculo se le contrajo nerviosamente. Pero cuando habló, lo hizo deliberadamente en voz baja para no asustarla.

—¿Quién te hizo esto?

«Esa voz de ligero acento...»

Sandy tenía la mente embotada y no podía pensar con claridad. Los oídos

le pitaban y la bilis se precipitaba hacia su garganta. Se estremeció mientras intentaba controlar las náuseas y hacerse más pequeña de lo que ya era en la posición que estaba. En realidad, deseó apartar de una sola patada al individuo que, con amables palabras trataba de engatusarla. Solo Dios sabía con qué intenciones. Quería echar a correr, pero sentía las rodillas de mantequilla. Estaba a punto de vomitar. No llegaría muy lejos y, sospechaba además, que su enloquecida acción solo serviría para enfurecer al hombre que podía convertirse en su ángel de la guarda, o en la peor de sus pesadillas.

No supo cuánto tiempo se quedó inmóvil contemplando fijamente al sujeto que le vigilaba a su vez.

—Mírame sólo a mí, pajarito, a ninguna otra parte. Sólo a mí. —Sandya vio como le brillaron los ojos intensamente al hombre, pero mantuvo un tono monocorde cuando repitió—: ¿Quién te hizo esto?

—Yo... Caí...

La suave y desgarrada voz de la muchacha flotó hacia él, interrumpiendo sus pensamientos de violencia.

Alessandro se obligó a mantenerse inflexible. Nunca se permitía sentir compasión por nadie. Entonces, ¿por qué iba a empezar a importarle la suerte de esa mujercita? Se dijo que solamente debía enderezarse, darle la espalda y largarse de allí de inmediato. Y, si le quedaba una pizca de bondad en el agujero negro que tenía por corazón, llamar a Emergencias para que la auxiliaran.

Pero no se movió.

Por el contrario, se puso en marcha para ser él, y solo él, quien se ocupara de ella.

—Hay que desinfectar esas heridas antes de que empeoren. —resolvió él, utilizando las yemas de los dedos para quitar las lágrimas. La falta de reacción de la joven, su mirada desenfocada, no eran buena señal, pero Alessandro tomó aire y siguió hablando con decisión—: Pequeña, mírame un segundo. ¿Tienes gasas y suero fisiológico?

—No-o... no lo sé —Negó y los dientes le castañetearon.

Alessandro inspiró hondo de nuevo. Su imagen desvalida era muy difícil de soportar. Por culpa de esa visión iba a hacer una cosa que nunca antes, a excepción de su hermano Santo y su abuela Teresa, había hecho por nadie más.

—Está bien, dulce, yo me encargaré de todo. No te preocupes.

Después de sonsacarle a duras penas donde quedaba su dormitorio, con premura, la tomó en brazos y se dirigió con ella escaleras arriba a la planta superior. En el corto trayecto, la joven había metido la cabeza entre el hueco de su cuello y hombro. Sus delgados brazos habían envuelto su cuello como si fueran las ventosas de un pulpo. Alessandro se sorprendió así mismo permitiéndose un breve instante para abrazarla también. El cuerpo tembloroso de Sandya, el latido acelerado y su vibración golpeando salvajemente contra su pecho, parecieron relajarse unas décimas cuando lo hizo.

Curioso.

Estúpido.

Irónico.

La damisela en apuros que solo un caballero de brillante armadura podía rescatar, confiaba su vida al malvado de la historia.

Una vez estuvieron en la recámara, el hombre la depositó con suavidad sobre la cama y se condujo al baño.

En el instante en el que él la soltó, Sandya se quedó destemplada. Los brazos que la habían rodeado y le habían brindado un sorprendente consuelo, un santuario cálido y seguro, ahora ya no estaban y su lugar quedaba solamente una sensación intensa y dolorosa de pena y de pérdida.

Extraño.

Peligroso.

Irracional.

Cuando Alessandro estuvo de vuelta con un par de toallas húmedas y secas, y con todo un suministro de primeros auxilios, la muchacha reculó al centro de la cama como un cervatillo asustado por los faros de un coche y elevó los ojos desbordantes de lágrimas hacia él. Tenía una expresión tan desolada que removió dentro de él cosas que creía muertas.

Apretó los labios con amargura. Su infelicidad no debería causarle el más mínimo efecto. Pero así era.

—Sé que estás aterrada, pero te juro por lo más sagrado que no tienes razones para temerme —declaró despacio, como si le arrancaran las palabras a la fuerza—. Solo quiero asegurarme de que estarás bien.

Sandya notó como el colchón se hundía bajo el peso masculino al sentarse junto a ella en el borde la cama, y sintió también como sus manos se

desplazaban por su espalda. Cuando por instinto intentó incorporarse, alejarlo, la cabeza le dio vueltas y el hombre la sujetó por los hombros y la atrajo hacia sí para que pudiera apoyarse en él. Se había quitado la chaqueta y se había desabrochado los primeros botones de la camisa. Remangándose además las mangas hasta los codos, y ella podía sentir su calor. Él estaba caliente. Todo a su alrededor era cálido.

—Shhh, tranquila, pajarito, estás segura conmigo.

Lo automático y ciego de su respuesta lo sacudió con violencia y quemó sus defensas en el proceso.

¿Sandya Garci estaba segura con él?

¿En serio, Alessandro?

¿En qué diablos estaba pensando?

¡¿Qué le ocurría?!

Él era la última persona en el mundo en la que Sandya, y cualquier otro individuo, debería confiar.

Decidido a acabar con aquella indeseada situación cuanto antes, bruscamente la dejó libre y se echó hacia atrás, poniendo entre ellos una distancia prudente. Se dedicó a limpiarle la cara primero, sin poder evitar repasar sus rasgos. Tenía el cabello oscuro recogido en una coleta y las lágrimas habían trazado surcos de suciedad a los costados de su rostro. Aunque a priori debía tener un aspecto horrendo, tuvo que admitir que debajo de toda aquella mugre se escondía un rostro bonito, algo que ya había notado el día anterior, a través de la pequeña rendija de la puerta.

Negó mentalmente, intentando borrar aquellos pensamientos absurdos. Emigró a las palmas de las manos, llenas de abrasiones por el asfalto. Su dolor era tan intenso que era casi tangible, aunque ella permanecía estoicamente inmóvil, como si solo fuera un animal indeciso entre atacar o huir. Pero pronto, la mirada de Sandya pasó de la aprensión al pudor y del pudor a la fascinación. Alessandro se sintió incómodo. Lo observaba como si fuese su jodido héroe. Él no era un héroe, ni siquiera era una buena persona.

Pero nunca nadie lo había mirado de una manera tan limpia y desinteresada. Sin oscuras intenciones y sin esperar nada a cambio.

Increíble.

Asombroso.

Imposible.

Todo aquel encandilamiento desapareció en el momento en el que él

descendió la mano hacia abajo y rozó la cremallera de su pantalón vaquero. Sandya lo miró con ojos muy abiertos y asustados e hizo un movimiento como para bajarse de la cama.

—Debo quitártelos para curar las heridas de las rodillas —Él la sujetó de manera implacable y la estrechó contra su cuerpo. Esperó la reacción de pánico, el rechazo, pero no llegó. Sandya permaneció inmóvil, rígida, con la frente pegada a su barbilla. Aspiró su esencia de mujer, cálida y dulce. Después unos brazos suaves le rodearon el cuello, unos pechos apenas cubiertos le acariciaron el torso y sintió su aliento en la garganta—. Buona ragazza —Se sorprendió así mismo al escuchar lo ronca que sonaba su voz, como nunca antes la había oído.

Por naturaleza, Alessandro no era un hombre emocional. La violencia había sido la gran protagonista de su infancia. No había conocido la ternura y salvo su abuela y hermano, no le importaba nadie más. Se había convertido en alguien despiadado y pensaba que su caparazón era lo suficientemente fuerte como para no desarrollar sentimientos por nadie. Pero, contra todo pronóstico, la ternura de Sandya le atravesó un corazón que hasta entonces consideraba impenetrable.

El extraño entrecruzó su mano libre por detrás de la cabeza, lo que hizo que se tensaran los músculos de sus brazos y de su torso. El brazo que le rodeaba la cintura ya no le apretaba. Aquel abrazo, aquella inocente y suave caricia provocaron que el corazón le latiera con tanta fuerza contra su pecho que pensó seriamente que le iba a explotar. Cerró los ojos, maravillada por su delicadeza, aunque le parecía demasiado bueno para ser verdad. A fin de cuentas, las personas que más se suponía debían quererla, protegerla, le habían fallado. ¿Por qué él iba a ser diferente? Sandya tragó saliva, tratando de contener el llanto.

Cuando un instante después le llegó la voz masculina a través de una nebulosa diciéndole que debía continuar, ella se apartó de un brinco. Colocó una mano contra el musculoso pecho masculino a modo de barrera y sintió como el corazón le latía desbocado bajo sus dedos. El aire que había estado conteniendo sin darse cuenta, escapó de sus labios.

Alessandro colocó la mano sobre la de la mujer y la miró, entornando mucho los ojos. Ella, completamente ruborizada, lo miraba como si quisiera confirmar que era mejor hombre de lo que pensaba. Por desgracia no podía confirmarle tal cosa. Maldijo para sus adentros, rompiendo el contacto

visual con aquellos grandes ojos que lo hacían creer que aún quedaba algo bueno dentro de él. Pero cuando reparó en el pecho de la joven, que subía y bajaba al compás de su respiración, supo que el remedio había sido peor que la enfermedad, cuando su virginidad templó su osadía. La lozana hinchazón de los senos era visible a través de la tela de la camisa. Era como si estuviera desnuda. Sus pezones erectos le atormentaban, de la misma cruda manera que lo había hecho cuando los sintió clavados contra su torso.

Él cerró los ojos y rezó para mantener el control.

¿Qué demonios le pasaba?

Con un gruñido ahogado, frustrado, Alessandro volvió a centrarse en su labor de curandero, procurando en todo momento no rozar su piel más de lo estrictamente necesario.

Sandya se quedó dónde estaba y se sometió dócilmente.

Después de su funesta incursión de esa tarde en la civilización, ansiando ser como cualquier otro sujeto al que no lo dominaba una tonta fobia, no le quedaban energías. Había entrado en pánico nada más dejar atrás su casi despoblado arrabal y entrar en la caótica urbe capitalina. En medio de su deserción, un vehículo había estado a punto de atropellarla y había acabado comprobando lo cortante e hirviente que podía llegar a ser el asfalto en pleno verano.

Preocupada y rígida como un palo, apretó con fuerza los labios para que no le temblaran mientras el hombre la desprendía del pantalón, lo que la dejaba expuesta de un modo muy indecente con solamente unas braguitas y una camiseta. Su corazón bombeó tan fuerte que su cuerpo tiritó violentamente. Sus mejillas prendieron tal fuego que pensó que entrarían en combustión espontánea en cualquier momento.

Pero como el extraño mantuvo la mirada fija en las heridas que curaba con asombrosa amabilidad, y no en las curvas de su cuerpo, poco a poco se relajó. Pero no del todo. Miró a su alrededor buscando un arma, algo lo bastante duro y eficaz. Tal vez había dicho la verdad y sólo quería cerciorarse de que estaba bien. El problema era que nadie nunca, salvo Julianne, había cuidado de ella.

Inconcebible.

Fascinante.

Insólito.

Alessandro inspeccionó si tenía, además, algún ligamento desgarrado en

los pies, piernas o rodillas. Luego la guio con sencillos ejercicios para verificar que su cuello, espalda y columna estuviesen en su sitio. A priori, la joven parecía no haber sufrido fracturada alguna. Pero para descartar cualquier otra lesión; como una contusión cerebral, le comunicó que llamaría a un médico.

—¿Quieres qué llame a alguien más? ¿A algún familiar?

Confundida, Sandya encontraba cada vez más dificultad para pensar con coherencia. Negó lentamente y se concentró en hallar una respuesta. Por un breve instante había pensado en sus padres, pero desechó la idea en seguida. Sabía que la humillarían sin importar quien estuviera presente, y en el mejor de los casos, solo la juzgarían y la tacharían de inútil, tal y como siempre lo habían hecho desde que le alcanzaba la memoria. Ellos habían minado su autoestima. Habían puesto la primera piedra en el destartado edificio de su vida.

—¿No tienes a nadie? —insistió él cuando terminó y empezó a recoger. Su voz era infinitamente suave. Una brizna de sonido sin impaciencia, no era una amenaza, solo preocupación.

—No... no quiero angustiarlos. Por nada.

Alessandro enarcó las cejas.

¿Por nada?

Él había visto víctimas agredidas brutalmente con mejor aspecto.

—De acuerdo, no pasa nada —aceptó él, incorporándose de su asiento en la cama.

Había autoridad en su voz, pero al mismo tiempo su tono seguía siendo suave, preocupado, como si su salud fuera lo más importante en el mundo para él. Sandya forzó su mirada hacia arriba, más allá de su fuerte mandíbula sombreada y la nariz recta hasta que se encontró mirando fijamente unos ojos verdes penetrantes. Transmitían oscuridad, una oscuridad interna. En su mente, su corazón, incluso en su alma. Sandya se estremeció. Conocía demasiado bien esa sensación y se sintió en comunión con él. Entonces el mundo a su alrededor se desvaneció hasta que sólo existió ese hombre y sus ojos increíbles asegurándose de su bienestar.

Su instinto la impulsaba a abrazarlo, a expresar su gratitud no solo con palabras, pero se limitó a lo único que podía ofrecerle sin el temor a que la rechazaran. Otra vez. Como habitualmente.

—Gracias por... por cuidar de mí —tartamudeó.

Vio que el hombre retrocedía, como si quisiera rechazar sus palabras, como si quisiera rechazarla a ella.

No le sorprendió.

Un surco de dolor golpeó su pecho y las lágrimas se construyeron en sus ojos como una ola. Inhaló con fuerza para retenerlas.

Ellos tenían razón.

Nunca sería lo suficientemente buena para nadie.

Nunca nadie querría permanecer a su lado.

Pensó en Julianne, su única amiga de verdad. Se preguntó, no por primera vez, cuánto tiempo más tardía en abandonarla, en darse cuenta que no merecía la pena.

Capítulo 04

Sandya dio un nuevo mordisco a la crujiente galleta de chocolate que comía mientras colocaba dentro de una bandeja la cafetera con café recién hecho, una jarrita con leche, un azucarero y dos tazas. Se permitió una pequeña sonrisa. No entendía por qué; pero estaba de bastante buen humor esa mañana. Realmente no se había esperado ver a Dante Barone de nuevo. Sonrió más ampliamente. Y, seguramente volvería a hacerlo.

Apresuró el último bocado de su galleta y añadió en un plato algunas más de ellas. A continuación, salió al patio, a su encuentro. Le gustaba tanto departir con el hombre, que no quería perderse ningún minuto en su compañía.

Parado frente a la mesa, de espaldas a ella, Dante parecía completamente fuera de su elemento. Incluso intentando adaptarse, no hacía un buen trabajo.

Volvió a sonreír.

Si seguía sonriendo de esa manera, le dolerían los mofletes más tarde.

—Espero no haberte hecho esperar demasiado —comenzó a excusarse animadamente, pero cuando descubrió a Dante sosteniendo en las manos algunos de los papeles que tenía regados por la mesa, su alegría se esfumó de golpe. Sandya hizo espacio en la superficie de madera para dejar la bandeja. El aliento se le había acortado en la garganta, y por pura fuerza de voluntad habló, resistiendo la necesidad de arrancarle de entre los dedos aquellos folios que contenían parte importante de su próximo libro—. ¿Ocupado para un café?

Dante no habló, simplemente se dedicó a observarla fijamente. La Canaria pasaba el peso del cuerpo de un pie a otro. Parecía un poco nerviosa y bastante cohibida de pronto.

—No deberás avergonzarte nunca de tu trabajo, pajarito —La riñó él con suavidad usando el tierno apelativo con el que, sin saber por qué, había decido bautizarla desde el primer día. Ordenó los papeles y los regresó a su sitio—. Esto es realmente muy bueno.

La gravedad del semblante de Sandya se aligeró un poco, del mismo modo

que la tensión de sus hombros.

—Gracias —musitó ella, después de que se sonrojara todavía más que antes.

—Me gustaría mucho saber qué pasará a continuación —empezó él, pero Sandya le interrumpió.

—A continuación pasará que tú y yo tomaremos una humeante taza de café y degustaremos unas deliciosas galletas, ¿qué te parece?

Dante retribuyó con una media sonrisa su audacia a la hora de cambiar el hilo de la conversación. Elogiar su ingenio parecía hacerla sentir como pez fuera del agua.

La mujer comenzó a servir y él cogió una galleta del plato y la examinó.

—¿Las has hecho tú?

—Ajam. Y te aseguro que son comestibles.

El frunce de sus cejas se fue difuminando y mordió una, disfrutando de la encantadora compañía femenina y del maravilloso paisaje que los envolvía. Había perdido la noción del espacio y del tiempo. Le gustaba estar allí, con Sandya. Rodeados por una vegetación fascinante. Una palmera y un drago reinaban en un patio embellecido con helechos y plantas de hoja crasa. El clima único con el que gozaba el archipiélago, había permitido también que en aquel lugar el cultivo de hortensias, hibiscus y fucsias, incluso de flores de pascua, fuera prolífico. Una fuente de agua mantenía el entorno más fresco, si cabía, e impregnaba la atmósfera de un ambiente relajante. Alessandro Visconti comprendió entonces, porque la escurridiza novelista había montado allí su campo de trabajo.

Echaría de menos todo aquello cuando saliera, definitivamente, de la vida de Sandya Garci.

Alessandro sintió que se le contraían las entrañas.

Le iba a resultar muy difícil no seguir el impulso de volver a ella y mantenerla lejos del mundo, de cualquier posible peligro. Se preguntó si estaría condenado a pasar el resto de sus días pensando en la mujer que tenía delante, temiendo por lo que pudiese pasarle.

Y por primera vez se preguntó también qué pasaría si ella descubría quién era él.

¿Lo odiaría?

Alessandro parpadeó.

¿En qué diablos estaba pensando?

Santo era el hermano sensibilero, no él.

Con un esfuerzo, se las arregló para iniciar una trivial conversación y no pensar en esa posibilidad.

—¿Por qué escribes a mano si tienes un portátil?

Sandya se encogió de hombros mientras echaba un poco de leche en su taza.

—Los ordenadores son muy útiles, pero nada reemplaza el aroma de la tinta, ni mucho menos el sentir cómo la punta del bolígrafo corre por el sedoso papel.

—Y veo también que morder las esquinas del bolígrafo buscando ideas es otro de tus pasatiempos favoritos.

—¡Culpable! —Ella rió—. Además, dudo que a mi odontólogo le agrade la idea de que mastique teclas —Sandya carraspeó, insegura de cómo podría sonar la visión romántica que tenía de su profesión—. Es otra parte diferente de todo proceso creativo, supongo. Es un procedimiento complicado que requiere de una tremenda fuerza de voluntad y paciencia. Escribir un libro significa vivir en él, ¿entiendes? Y eso significa que debes aprender a convivir con las peculiaridades que conlleva, sean positivas o negativas.

Alessandro decidió en ese preciso instante que si, finalmente se hacían con los derechos cinematográficos de la obra y Visconti società di produzione no lograba plasmar a la perfección la esencia de la historia, colgaría a su hermano Santo de las pelotas.

—Y si tan importante es para ti, por qué escribes con un pseudónimo.

—¿Tan sorprendente es? —curioseó ella levantando su mirada caramelo.

—Siempre he visto a la gente ansiar la fama más que cualquier otra cosa en el mundo —sintetizó su idea—. Tú la has conseguido, y sin embargo, le das la espalda.

Sandya hizo un pequeño mohín con los labios, y con un gesto le preguntó si también querría leche en su café. Él rechazó la dulce oferta.

—Mi trabajo consiste en escribir, no en ser una celebrity. Nunca me llamo escritor y si me preguntan sobre mi profesión siempre respondo que soy profesora. Nunca he tomado ninguna ventaja de ello. No escribo ni por fama ni reconocimiento sino para vivir en el mundo sobre el que escribo. En ese lugar es más fácil lidiar con mi situación...

Bajó la cabeza avergonzada porque él había sido partícipe directo de uno de sus más terribles ataques. Dante se había comportado como todo un

héroe, un auténtico salvador, y lo que era aún más desconcertante para ella, había decidido regresar. Día tras día. ¿Por qué? Salvo su amiga Julianne, a nadie nunca le había importado su suerte. Ni siquiera a sus padres, que vivían a media hora de su casa y apenas veía.

A veces tenía la impresión de estar loca. De que aquellos momentos que pasaba con un hombre que, en realidad, no conocía pero con el que se sentía extrañamente a gusto, existían sólo en su imaginación.

—Todos tenemos algún miedo, pajarito —murmuró Alessandro, sintiendo como la piel de gallina le cubría todo el cuerpo. No sabía aún por qué, pero odiaba verla mal—. ¿Desde cuándo las sufres?

—Con sinceridad, ya casi ni recuerdo cuando comenzó todo —manifestó en voz baja e hizo una mueca que denotaba la impotencia que sentía, pero rápidamente se recompuso y empezó a echar el azúcar en las tazas—. A propósito, ya envié el contrato firmado. Tenías razón, debía darle una oportunidad y leerlo.

Volvía a cerrarse en banda.

—¿Eso quiere decir que me estás botando elegantemente? —Sus ojos se encontraron con los de Sandya. Grandes y expresivos, se había dado cuenta como sus iris, normalmente pardos, a la luz del sol parecían estar perfilados por cuarzos de un azul intenso.

¿Cómo era posible que tuviesen ese efecto impresionante?

—¡Por supuesto que no! —Sacudió ella la cabeza con fuerza—. Eres bienvenido y puedes quedarte todo el tiempo que desees.

Alessandro se puso súbitamente rígido, tan tieso como un totem.

Ella aún no sabía, no había tenido la oportunidad de contarle.

Cerró los puños, luego relajó sus manos y se permitió descansar.

—A decir verdad, Sandya, he venido a despedirme.

La taza de café que Sandya se disponía a llevarse a los labios se le escapó de entre los dedos, y comprobó con disgusto como el contenido amargo que tenía a medias se había esparcido por la mesa, manchando parte de la documentación en papel que había recopilado para su próximo proyecto. Por suerte, la taza era de vidrio de borosilicato y no se había hecho añicos cuando acabó rodando por el piso de cerámica de la cocina. Afortunadamente, las cicatrices de las abrasiones por asfalto que se había hecho una semana atrás sanaban con rapidez y no tuvo que lamentar males mayores.

Entretanto, el masivo cuerpo de Alessandro se encontró repentinamente muy cerca de ella. Antes de que Sandya pudiera reaccionar, había tomado sus manos en las suyas, impidiéndole que se hiciera cargo del desastre que había desatado por su torpeza. Sus manos estaban considerablemente más cálidas que la suyas, y mientras curvaba sus dedos amablemente alrededor de los suyos, Sandya aceptó encantada su agarre. Toda la precaución y el cuidadoso recelo del que solía hacer gala desaparecieron de golpe con aquel sencillo e inofensivo gesto. Sus manos estaban unidas, y fue como si de repente fueran uno.

Entonces él se inclinó hacia delante y puso la cara a una pulgada de la suya. Sandya pudo aspirar su fragancia masculina que no tenía nada que ver con una loción.

—Sandya, ¿estás bien?

—Sí, claro, estoy perfectamente —asintió ella casi en un murmullo. La sonrisa hechizante que había lucido solo un minuto antes se había esfumado y en su lugar, ahora, estaba solo una mueca triste—. ¿Vuelves a Madrid?

—No, regreso a Italia.

Tragó saliva y luchó por no llorar mientras asimilaba la noticia.

No deseaba que él se alejara.

Pero la historia se repetía.

Siempre lo hacía.

Se atrevió a observarlo mejor.

Su mirada transmitía una riqueza de conocimiento sofisticado que ella no creía poder alcanzar jamás. Además, no podía negar que era hermoso. Era como alguna de las estatuas que había visto en los libros de arte. Pero era real. Ella se quedó un rato en silencio tratando de controlar sus emociones.

—¿Cuándo te irás?

—Mañana, a primera hora —respondió él.

—¿Y vendrás a verme? —Terminó la frase en un débil susurro y él necesitó unos segundos para darse cuenta de lo que acababa de decirle. Posiblemente Sandya supo leer su expresión interrogativa porque sacudió la cabeza tan deprisa que a él no le hubiera extrañado que se hubiese dañado el cuello—. Me... me refiero a alguna vez... Solo si tú... Si tú quieres.

Tartamudeaba tanto que a él le pareció encantadora. En realidad, no había podido vislumbrar nada de ella que no fuera encantador. Pero las apariencias, y las emociones, podían romperse. Él era demasiado

experimentado como para ser engañado.

Por eso, se sorprendido así mismo deseando regresar allí, a su lado, y aún más sorprendido por su propia necesidad.

Esto era lo que él quería. Esto era lo que su mente le había estado diciendo que necesitaba durante años.

¿Qué demonios le había puesto esa pequeña bruja en el café?

—¿Deseas que lo haga? —Articuló la última palabra con aspereza.

Se abstuvo de decirle que le haría un enorme favor si desaparecía de su vida para siempre.

—Más que nada en el mundo —reconoció la muchacha con sinceridad, sus mejillas estaban tibias.

Él guardó silencio durante unos instantes, distraído por el placer que le provocaba la confianza que Sandya tenía en él.

—¿Por qué?

—Porque parece necesitar a alguien tanto como yo.

Las palabras fueron perdiéndose y las largas pestañas cayeron sobre las mejillas, de repente, pálidas. Alessandro hizo una mueca: pese a sus firmes propósitos, esa mujercita era capaz de hacerlo girar alrededor de uno de sus dedos con absurda facilidad.

¿Qué demonios le estaba pasando con ella?

Había albergado la esperanza de intimidarla para que no insistiera en que se quedara, en continuar viéndose.

«Pero, ¿a quién quería engañar?»

Él necesitaba tanto su compañía, como ella parecía necesitar la de él. Más que eso, no quería particularmente deshacerse de ella. Había algo en esa mujer que lo intrigaba mucho más que cualquier otra mujer que hubiera conocido antes y, hasta que lograra descubrir qué era, la mantendría cerca.

Capítulo 05

No había podido decirle adiós.

Sandya tenía razón. Su vida había sido un verdadero infierno. Siempre había estado librando batallas, furioso y amargado. No había conseguido nada más a cambio que dolor. Un dolor que no había remitido demasiado hasta que ella decidió poner su mundo patas arriba.

Alessandro se dio cuenta de que seguía rechinando los dientes desde el instante en el que su mente recordó el día que encontró a Sandya agazapada entre el sofá y un mueble. Temblorosa, magullada y ensangrentada, tenía los ojos llenos de dolor, y a él le había parecido una pequeña muñeca rota. Recordó también como su apariencia no podía haber sido más amenazadora, y como ella, sorprendentemente había confiado en él.

Súbitamente, pudo sentir la tensión. El alambre de acero que se envolvía apretadamente entorno a él cada vez que pensaba en ese episodio que había marcado un antes y un después en sus vidas.

Porque nada había vuelto a ser lo mismo a partir de entonces.

Con un gruñido furioso, Alessandro emergió del despacho con el que contaba el *Santa Teresa* y se encaramó a la barandilla. Protegido bajo el techo de una de las terrazas del navío, había salido a la cubierta para pensar. Lejos de la atosigante presión de estar enclaustrado entre cuatro paredes. Varias miradas de la tripulación femenina se dirigieron directamente a él. Su atractivo físico era indiscutible. Alto y atlético, con hombros anchos y un cuerpo perfecto, sus ojos verdes contrastaban con su cabello negro, abundante y muy corto. Llevaba un traje y una corbata que sugerían un poder económico tan grande como la falta de piedad de su expresión. A sus cuarenta años de edad aún tenía la habilidad de dejar sin aliento a cualquiera que se cruzase en su camino.

Hacía solo media hora que el mar había estado en completa armonía. Ahora, el espejo salado estaba siendo salpicado por las incesantes gotas de lluvia que se estrellaban contra la rociada superficie. La inestabilidad meteorológica, impropia de esas fechas en las islas, había sorprendido tanto a turistas como a lugareños, pero aquello solo era consecuencia del paso de un temporal,

procedente de las Azores, que abandonaría el archipiélago canario en las próximas doce horas.

Irritado y algo malhumorado, Alessandro inhaló una honda bocanada de aire fresco, mientras resguardado desde la privilegiada posición, contemplaba el costero pueblo tinerfeño en pleno verano.

Deslumbrante.

De la misma forma deslumbrante que, al fondo, se alzaba el auditorio *Adán Martín*, icono de la ciudad. Para unos tenía forma de ola; para otros, de luna, o de casco o de una gigantesca lengua de cobra. Pintorescamente, si se ubicaba la estructura contra el fondo del mar, la obra arquitectónica de finales del siglo XX parecería una montaña de espuma a punto de chocar contra las rocas de la costa.

Se fijó también en cómo, en la siempre segura tierra firme, las personas pasaban ante sus ojos como atareadas hormigas. Quizás se dirigían al parque *García Sanabria*, o a visitar museos o el castillo de *San Juan*. Tal vez, pretendían conocer el pueblecito pesquero de *San Andrés*. Puede que solo quisiesen caminar descalzos y bajo la lluvia por la orilla de las *Teresitas*. No importaba cuál de todos esos fuera su destino; él no estaba allí por ellos, ni con intención de hacer turismo.

Alessandro encerró tan fuerte las manos en la balaustrada que los nudillos se le pusieron blancos. Llevaba horas negándose las razones reales por la que estaba de vuelta en ese lugar. Horas en la que su tripulación esperaba una señal, cualquier orden, el motivo exacto que lo había conducido hacia la capital Tinerfeña, pero él no se había pronunciado al respecto.

Cuando el *Santa Teresa* atracó en el puerto esa mañana, su pecho se había constreñido. De la misma dolorosa manera en que lo había hecho durante años al pensar en... *ella*.

En Sandya Garci.

La mujer que una vez casi le había hecho olvidar quién era y qué necesitaba hacer, y que jamás había podido arrancar de su cabeza. Incluso su maldita sangre siciliana se había calentado por ella, aun cuando estaba físicamente tan lejos de él.

Pero ahora, casi media década después, había conquistado esa debilidad y la había dejado atrás.

El viaje a la isla Canaria tenía un único propósito.

Conocía perfectamente los riesgos que implicaba esa travesía, y no quería ni

oír hablar de las terribles consecuencias.

Pero había asuntos pendientes que resolver, promesas que, una vez, bullendo de rabia e impotencia había jurado que cumpliría.

Y había esperado cuatro años, casi cinco largos y lentos años para ello.

Un fuerte estremecimiento sacudió a Alessandro y la nostalgia, la vivencia que guardaba bajo con llave junto con el resto de recuerdos que tenía con Sandya, fue desinflándose como un globo de aire caliente cuando estrechó los ojos y enfocó en el muelle a una joven solitaria que captó su atención. Parecía ir a la deriva, como si estuviese perdida en algún infierno personal. Por encima de ella, las nubes descargaban con violencia y a ella parecía no importarle en absoluto. Tenía además una extraña palidez grisácea que sobresalía, incluso, desde la distancia. Entonces la vio derrumbarse e involuntariamente sus pies se movieron como por arte de magia. Cuando descendió la escalinata del barco, con la lluvia calándolo hasta los huesos, se quedó instantáneamente petrificado, pensando que su visión le jugaba una mala pasada.

«¿Sandya?»

El estómago se le encogió ante la perspectiva de volver a verla.

Saber que ella estaba allí, al alcance de la mano, y que estaba tan cerca de hacer realidad sus fantasías de tantos años, le despertaba un hambre feroz y lo excitaba tanto que le resultaba doloroso.

Había soñado hacerle tantas cosas...

... Y al fin había llegado el momento.

.

Capítulo 06

Un hombre se había acuclillado frente a Sandya y la había instado a sacar la cabeza del caparazón que había construido entre el hueco de su pecho y rodillas. El sujeto la agarró de la barbilla y la forzó a enfrentar su crudo escrutinio. Lo reconoció de inmediato. El cuerpo de la joven revivió con una inmediatez casi dolorosa y oleadas de agri dulce anhelo, esperanza, y luego desesperación, la recorrieron. Aquel Adonis italiano se había convertido el epítome de la madurez masculina. No es que se viera envejecido, más bien todo lo contrario: seguía viéndose tan atractivo como lo recordaba.

Durante un largo instante se quedaron mirándose fijamente a los ojos sin decirse nada.

—Alessandro... —Sandya había pronunciado su nombre con voz temblorosa y se sentía extraña, mareada—. Así que era cierto. Haz vuelto.

—Veo que no has olvidado mi nombre.

Ella se estremeció ante el timbre de su voz, la resonancia que venía de él le daba ganas de derretirse en un charco en el suelo.

Le oyó decir algo inteligible, y antes de poder darse cuenta, Alessandro la había tomado en brazos como si fuera una pluma. Sus corazones palpitaban a la vez contra sus pechos, y por primera vez en mucho tiempo, ambos se sintieron en paz. Como si hubieran encontrado al fin su hogar después de una ardua e interminable travesía.

Entretanto, y mientras recorría el breve trayecto de vuelta al barco, Alessandro se deleitaba con el peso de la mujer en sus brazos; el cual resultaba delicioso, y de sus brazos colocados alrededor de su cuello. Cuando su adorable cabeza encontró en el duro granito de su pecho una improvisada almohada, él deseó en silencio que no lo soltara nunca más. Su conexión era tan intensa, que ni los años que habían estado separados el uno del otro, habían logrado arruinarla.

Dejó atrás una a una las instalaciones refinadas y modernas, que combinaban con el recio estilo náutico de finos toques contemporáneos, y llegó a la zona más privada y reservada del buque italiano, seguido de cerca por más de un empleado de su tripulación que se había ido sumando en su

particular peregrinación, preocupados siempre por complacerlo al instante.

Cuando Alessandro bajó a Sandya al suelo de su camarote, se asomó al pasillo y empezó a impartir órdenes en italiano. Era la voz de un hombre autoritario y en poco más de un minuto el área quedó vacía, salvo por una de las mucamas. La muchacha hizo lo que le pidió a la velocidad de un rayo, y pronto tuvo a su disposición todo lo que necesitaba. Se retiró discretamente, y cuando Alessandro escuchó el suave *click* de la puerta cerrarse, se despojó de la chaqueta, camisa y corbata, sin poder quitar la mirada de su invitada. Tenía los párpados cerrados y se abrazaba con los brazos a sí misma. Temblaba. Parecía una hermosa y vulnerable niña, envuelta en unas ropas que eran demasiado grandes para su tamaño, y que estaban dejando a sus pies un charco de agua.

—Estás empapada. Debes quitarte toda esa ropa o te resfriarás —le explicó mientras agarraba una de las toallas y se secaba.

Sandya nunca había pensado que el torso de un hombre pudiera distraerla de aquel modo. Sin embargo, no era solo el torso. Se había descalzado y aflojado el cinturón y desabrochado el botón de los pantalones, llevándolos ahora tan bajos que podía ver perfectamente los abdominales y la suave línea de vello que los separaba.

Haciendo un gran esfuerzo, apartó la vista, avergonzada.

No podía pensar; sólo sentir. Sentir el miedo que le encogía el estómago y esa otra sensación que mucho se temía que era excitación.

Ella había agitado sus largas pestañas y lo miraba de reojo, a hurtadillas, mostrando por un breve instante cuán vulnerable era. Parecía tan perdida, tan sola, y él pensó que no podría contenerse. Dio un paso hacia ella, pero se detuvo y esperó.

Le estaba permitiendo engañosamente elegir, porque sí se negaba, igualmente lo haría él.

Pero al ver que los segundos pasaban y que ella no reaccionaba, Alessandro juró para sí mismo en voz baja y descruzó los pocos metros que los separaban.

—No —jadeó Sandya, dispuesta a no cooperar cuando la sujetó por las caderas.

—Sí —gruñó él perdiendo la calma—. Estás mojada, fría y necesitas entrar en calor. Así que alza los brazos.

Sin preámbulos y, a pesar de sus protestas, agarró el borde de su sudadera y

camiseta y tiró de ellas hacia arriba, hasta agrupar las prendas alrededor de sus brazos y sacarlas finalmente por la cabeza. Las dejó caer al piso al tiempo que reparaba en como la joven desviaba la mirada, y en como un ligero rubor manchaba sus mejillas. Afortunadamente para ella, había dejado de manotear y de tratar de apartarlo. Parecía también demasiado cansada para ayudar u obstaculizar, y sus ojeras delataban algo más que fatiga.

Alessandro sintió sus articulaciones tensarse cuando se agachó delante de ella para quitarle las zapatillas, calcetines y el pantalón. Se incorporó y examinó las sencillas braguitas y sujetador que sus hábiles manos habían dejado al descubierto. Quiso sonreír. Como en el pasado, Sandya continuaba usando lencería negra, y como en el pasado, la sola visión logró excitarlo al instante.

—Te sigues ruborizando como una virgen —comentó él encantado.

Sin poder evitarlo, bajó las manos por la espalda, la cintura, las nalgas y la atrajo hacia él. *Deliciosa*. Cuando sus dedos ascendieron y buscaron el cierre del sujetador, no pudo reprimir el impulso de inclinar el rostro y besar un sensible pliegue del cuello. Pero cuando ella se dio cuenta de que su intención era la de desnudarla completamente y sintió su erección, incluso a través del pantalón mojado por la lluvia que aún conservaba él, y de que esta parecía ir creciendo a cada segundo, cavó los dedos en sus bíceps para frenarlo.

—No —murmuró, su respiración era entrecortada.

Asustada de lo que pudiese suceder si no se alejaba, Sandya reculó un paso y cruzó de nuevo los brazos sobre su cuerpo. Daba igual lo poco que confiara en él, si no lo detenía en esos momentos, no iba a poder decirle que parara después. La fricción y el calor que se estaban formando por encima de su clítoris era una señal inequívoca de que aún deseaba a ese canalla.

—Es decir, puedo hacerlo yo. A solas —subrayó con la esperanza de salir indemne de esa situación.

Ella lo observaba, esperando un asentimiento, y Alessandro tuvo que enfrentarse a un momento conflictivo. Sobre todo cuando sus ojos resbalaron por su cuerpo escasamente cubierto y que tiritaba.

Pasó un largo momento antes de que él respondiera:

—Si lo que quieres es acabar de desnudarte tú solita, por mí perfecto —replicó con frialdad antes de separarse—. Y en cuanto a lo otro... lamento comunicarte que esta es la *suite* de mi barco.

Mientras procuraba no dejarse afectar por la profunda y grave voz del hombre, Sandya miró a su alrededor el amplio espacio interior revestido de maderas nobles, mármoles y cueros, todo ello en suaves tonalidades pastel. Contaba con lo que adivinaba sería un vestidor y un baño privado, y los amplios ventanales que se comunicaban con el exterior y jugaban con la luz diurna y los tonos marinos, debían brindar unas magníficas vistas al mar en plena travesía.

Cuando descubrió sobre la mesa de noche la foto familiar de un niño de cuatro años y medio, supo que no mentía.

Se hallaba en el camarote principal.

En la *suite* de Alessandro Visconti.

—¿A qué has venido? —las palabras le salieron nerviosas—. ¿Tiene... tiene algo que ver conmigo?

Hubo una breve pausa, y luego él se rió con una risa suave, pero que además llevaba un mensaje de amenaza, lo que le causó escalofríos.

—Claro que sí, *dolce*, te hice un juramento una vez. ¿Acaso has olvidado nuestro último e idílico encuentro en Sicilia?

Una vez más Sandya se sintió débil. Por supuesto que no lo había olvidado. Alessandro se había colado, como un ladrón en medio de la noche, en el ático que compartían Santo y Julianne en Palermo por aquel entonces, y la había sorprendido sola, en la bañera, completamente desnuda.

La voz de ella temblaba cuando preguntó.

—Han pasado muchos años desde entonces.

—Cuatro años, ocho meses y cinco días, para ser exactos.

Por un momento, le pareció ver un atisbo de sorpresa en sus increíbles ojos.

—¿Y por qué ahora?

Alessandro bajó la mirada hacia el busto de Sandya. No se dio ninguna prisa, sino que estudió la forma de los senos que llenaban incitantemente las copas del sujetador. Su expresión fue transformándose en algo lento y ardiente, y ella no estaba segura, pero le parecía haber notado también una sonrisa en sus labios.

—Tengo planes para ti. Para nosotros. Pero no te preocupes, *pajarito*, cuando llegue el momento, tú serás la primera en conocerlos. Mientras tanto, no te hará ningún daño quedarte ansiosa durante un tiempo.

Reprimiendo un sollozo, Sandya cruzó los brazos, luchando contra el gemido que amenazaba salir de sus labios.

—Eso solo sucederá si me quedo.

Alessandro, que servía en una de las tazas de fina porcelana el té caliente que le había traído la doncella, junto a las toallas, dejó suspendida su tarea y elevó la vista hacia ella. Un músculo le palpitaba en la mandíbula cuando sacudió lentamente la cabeza.

—¿Planeas escapar nuevamente de mí? ¿Y hasta dónde llegarías esta vez sin derrumbarte? ¿Debo entender que has superado tus fobias?

El corazón de Sandya rebotaba en su pecho y, aun así, no sabía cómo ni por qué, se encontró a sí misma negando.

La lluvia debía de haberle afectado más de lo que un principio pensó. No existía otra explicación para justificar que le entregara la información de un arma tan poderosa en su contra.

—Entonces en ese caso te sugiero que te bebas esto —sentenció él extendiéndole la taza—. Aunque te sentirías mucho mejor sin esa lencería empapadas que llevas encima. Luego puedes acostarte y descansar un rato. Cuando despiertes y estés en condiciones, continuaremos con esta conversación.

Comprobó que él había empezado a quitarse la poca ropa que le quedaba. Ante la perspectiva de verlo desnudo, al corazón de Sandya se le olvidó latir.

—¿Ocurre algo? —quiso saber él con una ligera expresión de sorna en la mirada.

—Preferiría no ver cómo te desnudas.

—En cambio yo, estoy deseando verte desnuda. ¿Vas a tardar todo el día en acabar de desvestirte? —replicó él, burlón, quitándose los pantalones y los calzoncillos.

Alessandro nunca vaciló, sus ojos la miraban fijamente, como si calibrara su reacción mientras se sacaba despreocupadamente con la toalla, sin molestarse en ocultar ninguna zona indecente de su anatomía. Pero ella no se movió. En lugar de eso, se quedó donde estaba y lo miró con los ojos desorbitados y los labios entreabiertos. Estaba ruborizada hasta la raíz del cabello y era incapaz de apartar la vista.

Su miembro, grueso y largo se balanceaba obscena y pesadamente de un lado con cada movimiento. Era grande, y Sandya sospechaba que ni siquiera estaba excitado por completo.

Tragó con dificultad el nudo de emoción que sentía en su garganta. Pudo sentir también su pecho levantarse y contraerse con cada una de las

elaboradas respiraciones que tomaba, mientras se imaginaba cómo se sentiría su miembro erecto deslizándose dentro de ella, y cómo sería poner la boca sobre él.

Un relámpago de placer impactó a través de su vientre y se extendió al resto del cuerpo, haciendo que los músculos en su abertura se tensaran y se humedecieran. Apretó los muslos.

—No todos los recuerdos son infelices, ¿verdad, *pajarito*?

Ni siquiera se dio cuenta que había empezado a soñar despierta hasta que la jocosa voz de Alessandro la sacó de golpe de su fantasía sexual con él.

—Más tarde, si quieres, *dolce*, podemos recordar viejos tiempos, pero ahora... —dijo Alessandro con impaciencia después de comprobar que la Canaria seguiría dilatando el momento si no la presionaba un poco—. Es tu turno. Desnúdate —Con una severa mirada a sus ojos le advirtió que negarse no sería el movimiento más inteligente.

La frente de Sandya estaba fruncida y abrió la boca para responder. Alessandro imaginó que lo mandaría al infierno del que nunca debió salir, sin embargo, en vez de hablar, cerró la boca lentamente y dejó la taza y su contenido intacto en la mesa de noche. Antes de que comprendiera lo que estaba haciendo, se desprendió primero del sujetador y por último de las braguitas, aventándolos furiosa al piso. Ahora estaba tan desnuda como él, parada frente a él en toda su femenina gloria.

Sandya seguía temblando por los nervios y el corazón le latía desbocado. Se sentía desnuda no solo físicamente. Pensó en la antigüedad, en cómo seguramente las esclavas debían haberse sentido así cuando eran subastadas.

—¿Satisfecho?

El brillo desafiante en la mirada de Sandya lo hizo sentirse un poco mejor. Un poco menos miserable.

Ella permanecía con la vista perdida en la pared y en los paneles de madera. Debía de estar demasiado nerviosa para mirarlo a los ojos, pensó él, dejando escapar el aliento reprimido que había estado conteniendo.

Por un momento se quedó simplemente contemplándola. No podía apartar los ojos de su cuerpo. La palidez de su piel cremosa le llamaba de una manera que no podía explicar. Quería ver su marca en ella y que la mostrara con orgullo. Sin lugar a duda, era exquisita. La sangre se había agolpado en las puntas color frambuesa de sus redondos y turgentes pechos, y tenía una cintura que él podría abarcar sin problemas con las manos. El bulto bajo

creció aún más y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no tomarla entre sus brazos, tirarla a la cama y reclamar cada centímetro de su cuerpo como suyo.

La tentación era demasiado como para resistirse y antes de que él supiera, tiró al piso la toalla con la que se secaba y agarró una limpia. Caminó lentamente hacia ella, aun completamente desnudo.

—*Che bellezza* —dijo en italiano envolviéndola con el enorme lienzo blanco. Murmuró algo más en su idioma que no pudo comprender, y comenzó a secarle el cuerpo y el cabello que ahora llevaba en tono cereza.

A diferencia de Sandya, a Alessandro no parecía afectarle que estuviesen desnudos y en una situación tan íntima y comprometedor. Ella, en cambio, podía notar el calor de sus manos a través del grueso algodón, la barra ardiente y tiesa como el metal que presionaba contra su estómago. Suspiró pesadamente, sintiendo una palpitación incontrolable entre sus piernas y como se le estremecían los senos cada vez que coincidían y se rozaban con el vello del musculoso pecho de él.

—¿Mucho mejor? —comentó Alessandro con suavidad al cabo de un rato y dejando caer la toalla a sus pies.

—Sí, mucho.

La mente de Sandya intentó rechazar la realidad de la situación. Ella entre los brazos del hombre que había jugado con sus sentimientos, pero los duros pectorales de él, el sonido de la respiración, no podían ser negados.

Y entonces él se inclinó, llevó la cabeza de ella hacia atrás e hizo que sus rostros quedaran a solo pulgadas de distancia. Cuando se quiso apartar, él la mantuvo en su sitio y deslizó la mano libre entre ellos. Sandya contuvo el aliento, involuntariamente excitada. Segundos después, él le rozó el clítoris y ella gimió contra sus labios, sintiendo una nueva oleada de temblores.

—Sí, sí que me has echado de menos —afirmó Alessandro roncamente cuando encontró sus pliegues resbaladizos. Pero tan pronto como había comenzado a acariciarla se detuvo.

Chupó la crema de su más secreta esencia de sus dedos y le levantó la barbilla para que lo mirara.

—Ve a la cama antes de que me arrepienta —le aconsejó él con voz cortante por el deseo y una expresión inescrutable. Le acarició la mejilla—. Te dije que te dejaría descansar, así que toma ese chocolate caliente de una vez, y duerme un poco.

Aun aturdida por lo que acaba de pasar, Sandya lo miró a los ojos y sin

saber por qué, creyó sus palabras. Como en el pasado, cuando había creído tontamente que él la liberaría de su torre de marfil y le enseñaría el mundo real. Pero se equivocó, y había sido demasiado tarde. Porque la fantasía no había tardado en convertirse en amor, y el amor en dolor.

Antes de que Sandya pudiera darse cuenta, Alessandro entró en el cuarto de baño y cerró la puerta.

Rápidamente corrió a la cama, se tumbó en ella y se metió debajo de las sábanas. Una parte de su ser le advertía que estaba cometiendo un grave error quedándose allí, en la misma boca del lobo, pero estaba tan derrotada, tan agotada... Y él tenía razón: No llegaría muy lejos.

Descansaría solo un rato y se marcharía en la primera oportunidad que tuviera.

A pesar de todo, permaneció completamente rígida mientras escuchaba el sonido de la ducha. Contuvo durante unos segundos el aliento, imaginándose bajo el chorro del agua. Era tan hermoso, musculoso y duro. ¡Y tan grande! Cerró los ojos para que su mente no viajara hasta allí y sorprendentemente, después de un rato se quedó dormida.

Capítulo 07

Sandya terminó de abotonarse la camisa inmaculada de vestir de hombre y se tomó algunos minutos antes de pasar a la terraza privada anexa a la *suite*. Necesitaba tener sus emociones controladas, la cabeza fría y el corazón tan duro como el de una roca.

Ya había demostrado suficiente vulnerabilidad. Sus fobias no le habían permitido responder como ella esperaba, como le hubiese gustado. Y el resultado era que, por millonésima vez, Alessandro Visconti salía victorioso de una contienda que en principio nunca debió existir. Le dolía no poder controlar lo que pasaba a su alrededor. ¡Ni siquiera controlaba al cien por ciento sus capacidades motoras! ¿Qué era lo que podía esperar? ¿Correr? ¿Saltar? ¿Gritar? Si gritaba quién en su sano juicio irrumpiría en la *suite* del amo y señor del olimpo para salvar a la damisela en apuros. ¡Nadie lo haría! Todos amaban demasiado que su cabeza estuviera sobre sus hombros. La necesitaban allí para cuidar de sus familias. Lo entendía, no podía culparles. Además sabía que cualquier intento era en vano. No era derrotista, pero sabía hasta dónde llegaban sus capacidades. Le daba vergüenza reconocer que se había quedado de piedra, como un robot esperando que su amo le diera órdenes precisas. Alessandro, sin duda alguna, lo había hecho. Pero, ¡Claro que lo había hecho! Ese sucio y traidor Visconti nunca desaprovechaba una oportunidad cuando se la ponían en bandeja de plata. Siempre encontraba la manera de demostrarle que, en su territorio se jugaba con sus leyes. Y, lamentablemente en ese momento, Sandya naufragaba a la deriva por sus dominios marítimos.

Había permitido que la tocara cuando se había jurado que aquello no volvería a pasar.

«¿Segura que solo fue la parálisis por las fobias?» reculó su mente. ¡Claro que era...! No, no era cierto. Se aclaró a sí misma con lástima. No había sido solo la enoclofobia. El cóctel de sentimientos había colado su propia inutilidad. El volverlo a ver. El escucharle reconocer que había una cuenta pendiente sin saldar entre ellos. Su enfermedad. Y... Y sí, también ese extraño sentimiento de calidez y seguridad cada vez que estaba a su lado.

Rió con desesperación y lágrimas en los ojos. No podía creer que a sus treinta y cinco fuera a conocer una parte nueva de sí misma. Era masoquista. Al menos cuando se refería a Alessandro Visconti.

Pero había llegado a la resolución que sería fuerte. Combatiría *round* por *round* esperando no salir demasiado lastimada. O, al menos, asestarle algunos buenos puñetazos verbales. Respiró hondo para tranquilizarse. Debía aferrarse a cualquier ápice de calma que tuviera para no lanzarse al mar. Y soltar la barandilla. Quizás en algún momento... como ahora.

Sabía que Alessandro estaría allí, esperándola, tal y como le había informado una de las doncellas nada más despertar.

Recordó con disgusto como, cuando abrió los ojos, era ya completamente de día. Un nuevo día. La tristeza emocional y la debilidad corporal de las últimas semanas la perseguían. Había dormido por más de doce horas seguidas. Se había sentido un poco desorientada hasta que recordó lo ocurrido la tarde anterior. Entonces había girado rápidamente la cabeza hasta el otro lado de la cama, pero vio que estaba vacía. Al tocar el espacio que había a su lado, notó que también estaba frío. Sin embargo, la almohada mostraba aun claramente el lugar donde había estado apoyada la cabeza de alguien y las sábanas desprendían un aroma que no era el suyo.

Alessandro.

Las mejillas se le ruborizaron profundamente.

No permitiría que le afectara.

El italiano jugaba sucio con ella y Sandya sabía que era un rudo competidor. Si quería, al menos, igualar la partida, debía presentarse ante él escenificando la actitud de una soberana.

¿Y por qué no?

Si *María Estuardo*, reina de Escocia, había podido caminar digna a su propia decapitación, ¡ella podría hacerlo ante un tirano Visconti!

Lo encontró sentado, trabajando en un portátil que tenía ante él, sobre la mesa.

Ella se fijó en sus labios y en la incipiente barba de su mandíbula. Su cuerpo reaccionó, recordando los serios estragos que, en el pasado, habían hecho en ella aquellos pecaminosos labios y aquella barba sin rasurar. Conteniendo un jadeo, bajó la vista hacía los anchos hombros y el torso labrado en fibra muscular y salpicado por un ligero vello oscuro y suave, que revelaba la camisa blanca a medio abotonar de lleva puesta. Cuando se quedó

sin aire supo que no había sido buena idea. No cuando aún podía recordar lo bien que se había sentido al abrazar su cintura estrecha y al pasar las yemas de sus dedos por su abdomen tan duro como el granito.

Físicamente el hombre era la perfección personificada.

—Ah, aquí está *La Bella Addormentata nel Bosco* —dijo tranquilamente Alessandro cuando reparó en su presencia. Cerró el ordenador, lo hizo a un lado y la miró—. Te esperaba para que desayunáramos juntos, *pajarito*. *Mia Canarina*.

—No me llames así, porque no soy ningún *pajarito* y tampoco soy tuya.

Él clavó en ella sus ojos entrecerrados. Su boca se había curvado mientras la evaluaba, desnudándola con la mirada.

Instintivamente, Sandya se abotonó la camisa hasta el cuello al ser más consciente que nunca, de que no llevaba absolutamente nada más encima.

¿En dónde rayos estaba su ropa?!

El puritano gesto hizo esbozar a Alessandro su vieja sonrisa cínica, y ella notó como el rubor le llegaba hasta las cejas. Irguiendo la barbilla, molesta, dejó caer los brazos a sus costados e intentó recomponerse, mientras rezaba para que milagrosamente emergiera un *tsunami* de las profundidades marinas y se la llevara mar adentro. De ese modo evitaría la humillación de caminar semidesnuda ante ese autócrata arrogante para expiar sus pecados. Tal y como había hecho en público *Jan Shore*, una de las amantes del rey *Edward IV* de Inglaterra, tras ser acusada de conspirar en su contra.

Pero no tuvo suerte.

Resignada a cumplir su castigo, y con la poca seguridad que le quedaba, respiró hondo y cruzó el espacio que la separaba de las puertas del infierno; el mismo Satanás en persona se incorporó de inmediato y corrió una silla para ella.

Ah, el diablo resultó ser un auténtico *gentleman* inglés, después de todo.

¡*Qué fortuna la suya!*

Ella ocupó su sitio frente a él, en la única silla disponible.

Como siempre, no había dejado movimiento al azar.

Alessandro la había recorrido de arriba abajo con la mirada nada más verla pasar a la terraza. Era obvio que no llevaba nada debajo de la camisa. Él mismo se había encargado personalmente de que sacaran su ropa mojada del camarote la noche anterior y de que no se la devolvieran. Las curvas de sus pechos se adivinaban claramente bajo la seda, así como los pezones

hinchados. Una incómoda erección lo había obligado a cambiar de postura en la silla.

—¿Qué ocurre, acaso la cama no ha sido de tu completo agrado? —preguntó él al reparar en la cara de pocos amigos de la mujer mientras le llenaba un vaso con zumo de naranja. Recordaba cuánto le gustaba.

—Me sorprende que tengas el descaro de hacerme esa pregunta.

—Ah, veo que has amanecido de buen humor —Alessandro se rió entre dientes—. Te sugiero que disfrutemos primero juntos del desayuno, *cara*. Después de todo, te vendrá bien recuperar fuerzas tras lo sucedido ayer.

La joven se puso blanca como la nieve y apretó los puños debajo de la mesa.

—¿Qué... qué sucedió ayer?

—¿Me estás preguntando si nos acostamos? Sí, pero no en el sentido amplio de la palabra. Yo también necesitaba descansar y la cama era lo suficiente grande como para los dos.

Sandya no se atrevió a levantar la vista del plato y la cubertería de plata.

Por supuesto que no la había tocado. Mantener relaciones sexuales con personas que parecían casi cadáveres humanos; podría considerarse una perversión o una desviación sexual.

Pero, ¿por qué justamente él, el hombre al que más debía odiar con todas sus fuerzas, había tenido que volver a presenciar cuán patética podía llegar a ser? ¿Acaso no había ofrecido ya suficiente espectáculo en el pasado?

Decidida a ignorarlo por completo, partió un cruasán por la mitad solo para salvaguardar las apariencias. La comida fue como ceniza dentro de su boca, y forzó pequeñas mordidas y tragó minuciosamente.

—¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo he dormido? —se sorprendió a sí misma preguntando de repente, y contra todo pronóstico.

—¿Acaso eso importa? Solo me preocupa saber si te sientes bien esta mañana —la interrogó Alessandro. Su voz sonaba pacífica y poseía un perfecto acento español, exactamente el mismo con el que la había engatusado hacía casi cinco años.

¡No volvería a caer en las redes de ese embaucador!

—He estado mejor, sin duda —respondió ella en el tono más natural que pudo, mirándolo breve y furtivamente un instante.

—Es curioso, te recordaba mucho más parlanchina y simpática. ¿Qué sucedió?

Sandya alzó el rostro y apenas fue capaz de disimular su indignación.

—Tú sucediste. ¡Tú, y tus engaños y manipulaciones! —contestó con despecho. Alessandro contempló a la bonita y enfurruñada mujer por la que años atrás, había estado a punto de mandar todo al diablo.

Cuando el hombre se llevó una taza de café a los labios, la joven deseó que se atragantara con el líquido. No había nadie en esos momentos a su alrededor y sin lugar a dudas, ella sufriría un raro episodio de sordera temporal.

—Puede que te parezca increíble de creer, pero no eres la única que ha pagado un alto precio.

Ella rodó los ojos.

—No me digas que te sientes culpable. ¿Tú, Alessandro Visconti sintiéndose culpable? Para que eso ocurriera tendrías que tener corazón, y dudo que lo tengas.

—A veces yo también lo dudo.

El silencio flotó entre ellos un instante.

—Y dime, Alessandro —retomó ella de pronto el hilo de la conversación—, ¿sabe tu esposa en esta ocasión dónde estás? Debe ser una santa. No todas soportarían a un canalla infiel, a un sinvergüenza incapaz de mantener la promesa de amor que una vez hizo. Creo que debes atenderle cirios por su resistencia.

« *Y ojalá te encendieras con uno de ellos* » agregó mentalmente, solo para su disfrute personal.

Alessandro sonrió perezosamente, mostrando sus blancos y rectos dientes.

—No seas tan ingenua. Mi matrimonio con Lena nunca tuvo que ver con el amor.

—Pero tuviste a un hijo con ella...

—¿Y? Un heredero a cambio de una vida acomodada y llena de lujos. Me parece un trato justo.

—¿Por qué eres siempre tan cínico? —escupió alarmada.

Los ojos de Alessandro se estrecharon en dos rendijas, y como si supiese exactamente en lo que estaba pensando, se inclinó suavemente hacia adelante. Su bronceada cara rozó la suya extremadamente pálida y no pudo evitar volver a fijarse en su boca. Su labio superior era más delgado que el inferior, y ella recordaba con demasiada nitidez como se sentían contra los suyos.

Tembló.

—¿Qué es lo que no puedes perdonarme, *pajarito*? ¿Qué no te dijera que estaba casado o que desearás retozar en una cama conmigo? Con un hombre casado.

El rostro de Sandya se contrajo. Sus palabras habían impactado en ella como los lacerantes azotes de un látigo.

No podía discutir eso. No podía ganar.

—Si te hubiera dicho quién era y que estaba casado me habrías echado de tu vida —sentenció él con la voz amenazadoramente calmada.

Ella se humedeció los labios, buscando la fuerza para hablar.

—No, no es cierto. Hubiéramos podido ser amigos.

Sus ojos verdes e increíbles la atraparon mientras tomaba entre sus largos dedos una de sus manos y la llevaba a los labios; le dio la vuelta y besó el interior de su muñeca, acelerándole el pulso.

—Pero yo quería de ti algo más que una simple amistad.

Ella se zafó de los grilletes de sus dedos, negándole cualquier contacto físico.

—Por supuesto que sí. Querías el contrato de la película —le espetó ella con reproche e ira—. Ahora, si no te importa, me gustaría recuperar mi ropa —«¡Sí, y recuperar mi colgante!»— y bajarme de este barco.

Con el ceño fruncido suavemente, Alessandro miró más allá de su hombro, y de pronto una sonrisa de lo más impertinente iluminó su cara.

—Tu deseo de librarte de mí casi me duele, *dolcezza*.

—Pero yo estoy segura de que lo superarás —imitó su cinismo.

Sandya estaba tan enfadada que pensó que si pudiese invocar a Neptuno, el temible y caprichoso Dios del mar en la mitología romana, lo haría. Con suerte, y sintiendo su gigante ego rivalizar con el de Alessandro, lo engullía con él al fondo del océano.

Pero repentinamente el sonido del teléfono móvil vibró sobre la mesa y su quimera se hizo pedazos.

¡Ya ni siquiera podía fantasear!

Alessandro torció el gesto imperceptiblemente. Si fuera otro hombre, ella habría jurado que la interrupción lo había molestado, pero él ni siquiera parecía contrariado.

—Si me disculpas, *bella signora* —se excusó él incorporándose de su asiento. Contemplaba la pantalla del celular y una vez más la ignoraba por completo—. Continúa con tu desayuno. Te prometo que enseguida estaré de

vuelta contigo.

Esperando que el móvil se fundiera en su oreja, blanqueó los ojos de nuevo mientras lo veía alejarse hacia al otro extremo de la terraza para tener un poco más de privacidad. Cuando se encorvó hacia adelante en la barandilla, Sandya se puso rígida y se abrazó el bajo vientre ante la visión trasera de su escultural cuerpo. Ansiosa, bebió del jugo de naranja para apaciguar la sangre cargada que corría a través de sus venas recalentadas.

Pero no sirvió de nada.

Haciendo una mueca con los labios, se levantó. Caminó hacia el lado opuesto de la barandilla en la que estaba Alessandro y deslizó las manos por ella. Era un día hermoso, cálido y la brisa del mar bailaba en el aire y la envolvía como un abrigo. Agradeció sentirse arropada, reconfortada por algo que le era sumamente familiar. Vivía en una isla, una de las más hermosas de mundo, y era inevitable que aquel aroma le transmitiera tranquilidad. Aun cuando la vergüenza y la cólera atravesaban su cuerpo como relámpagos.

Sandya suspiró para sí y perdió la mirada en el horizonte. Intentaba calmarse, pensar en otra cosa. Quizás planear su huida o la tortuosa muerte que se merecía aquel caradura de absurdas excentricidades como las de un Emperador.

Miró por encima de su hombro a Alessandro, odiando el hecho de que no quisiera quitar sus ojos de él.

Una nube peor que el entumecimiento la consumió.

Dios, era carne de psiquiátrico.

Regresó toda su atención al frente y se fijó en el hermoso velero que surcaba el oleaje...

¿Surcaba?

¿Pero cómo...?

Sus ojos se abrieron, parpadeando unas cuantas veces. Confusa se dobló sobre la baranda, tratando de divisar la costa, el muelle tinerfeño en el que Alessandro la había recogido como si fuera un cachorro calado hasta los huesos por la lluvia y hambriento, al que habían abandonado.

Alessandro se giró e intentó controlarse, pero en el momento en que la mujer había salido del camarote con tan poca ropa, lo único que había conseguido era inflamar su más que dispuesto libido. Estaba irritable al no haber podido desahogarse el día anterior. La idea de colarse entre sus piernas

y hundirse profundamente en su calor mientras dormía le cruzó la mente en más de una ocasión durante la noche, pero la rechazó, y como consecuencia tenía esa mañana una erección tan grande como un poste. Y para colmo de males, Sandya parecía estar ansiosa por desaparecer nuevamente de su vida.

Él apretó los dientes, luchando contra sus instintos primitivos.

Si pensaba que esa vez la dejaría marchar sin más, pronto, se llevaría una desilusión.

Porque no cometería el mismo error dos veces.

Escuchó algunas de las cosas que le decía el administrador de uno de sus hoteles, mientras continuaba espiándola. Se había incorporado de su asiento y caminaba completamente ligera y etérea hacia la balaustrada. Antes de apoyarse se había encogido de hombros, haciendo que la parte inferior de la camisa blanca que llevaba se le subiera hasta el mismo borde de las redondeadas nalgas.

La visión de sus curvas finamente dibujadas por la brisa marina y por aquellas gotitas saladas que adherían de forma indecente la tela al cuerpo femenino, lo hicieron enloquecer. Su latente miembro pulsó contra la cremallera del pantalón.

—Sí, te estoy escuchando —murmuró Alessandro arisco cuando la descubrió pararse de puntillas para observar más allá. Sus piernas torneadas y cremosas estaban a plena vista.

Oh, pero él tenía otros planes para aquellas dos bellezas. Enrollarlas. No le importaba si en su cuello o en sus caderas, pero la quería bien dispuesta y entregada para...

—¡Aquí, ayúdenme, por favor! ¡Me han secuestrado! —la escuchó chillar de repente mientras agitaba los brazos con demasiada energía.

¡¿Qué diablos... ?!

Blasfemando en italiano, Alessandro despachó con un gruñido furioso a su interlocutor al otro lado de la línea, y se precipitó hacia la maldita mujer que no paraba de pedir auxilio a todo pulmón. Echó sus grandes manazas encima de ella, pero la joven se aseguró de agarrarse firmemente de las varas de metal.

—¡Déjame en paz! ¡El maldito barco está navegando y yo necesito volver!

Corriendo el riesgo de que aquella fierecilla lo mordiera, el hombre le tapó la boca con una mano, mientras con la otra lograba hacerla soltar su amarre. Ella lo golpeó, pataleó, y se movió contra él como una pequeña serpiente.

—¡Con un demonio, estate quieta! —rugió, llevándola en volandas al camarote.

Nadie se atrevió a meterse en su camino. Las empleadas que aún acicalaban la *suite* solo contemplaron asombradas la escena y salieron raudas cuando él les advirtió con una fría mirada que se largaran.

Luego lanzó brusco contra la cama a su belicosa carga e inmediatamente clavó una rodilla en el colchón, entre las piernas femeninas. Se inclinó sobre ella, sosteniendo el peso de su cuerpo como pudo mientras seguía reduciendo sus ataques. Sandya intentó escabullirse de debajo de él, pero todo era completamente inútil... Hasta que en un descuido logró morderle la mano.

—¡Maldita gata rabiosa!

Alessandro le apresó ambas muñecas con sus manos. La presión justa para que ella no pudiera moverlas en lo más mínimo. Así como la opresión justa para que cada respiro fuera un acto de fe hacia él.

—¡Déjame, tú, patán arrogante!

El hombre se percató en ese instante de como los pechos de la joven se elevaban, atrayentemente, con cada trabajosa respiración. Habían abandonado su confinamiento dentro de la camisa, tras varios botones perecer en la pequeña trifulca. Por ello, ahora, se exponían ante su famélica mirada sin ningún pudor. Gruñendo roncamente, agachó la cabeza para llevarse un pezón a la boca y hacer lo que había querido hacer desde el primer momento en que la había visto acercarse a él esa mañana con aquella estúpida prenda. El mordió el pico marrón y lo succionó. Ella gimió y se removió en la cama lo suficiente para que sus labios soltaran su presa.

La amarga mezcla de rencor y frustración que experimentó Alessandro en ese instante, lo hicieron sonar como un oso *grizzly* a punto de enseñarle a sus cachorros una importante lección, cuando rugió:

—Tú vas a quedarte aquí, Sandya. No eres una prisionera, pero tampoco voy a permitir que intentes escapar. Vendrás conmigo, y no admitiré discusión ni negociación alguna, así que no pierdas tu tiempo, y lo más importante, no agotes mi paciencia intentándolo.

—¡Ni lo sueñes, porque no pienso ir contigo a ninguna parte! Lo que fuera que tuvimos se acabó hace mucho tiempo. ¡Tú lo mataste! ¿Lo recuerdas? Y nada de lo que hagas o digas podrá hacerme cambiar de opinión.

—Y sin embargo, eres tú la que has venido a mí.

—¡Eso no significa que quiera nada contigo!

Sandya continuaba contorsionándose debajo de él para intentar que la soltara.

—¡Mierda! ¡Deja de retorcerse de esa manera si no quieres que lo siguiente que ocurra es que me clave en ti! Porque créeme, cariño, cuando te digo que estoy al límite. ¡A un condenado suspiro de tomarte!

Súbitamente, la muchacha se quedó estática. Casi petrificada. Aquel había sido el medicamento más potente para la rebeldía de aquella castaña de ojos extremadamente grandes y bonitos.

—¡Debería darte vergüenza!

—Guarda silencio si no quieres que le de trabajo a esa boquita tan respondona que tienes. Se me ocurren mil y una maneras en las que podrías hacerlo —la desafió, y de forma deliberada, para que ella supiera a que se estaba refiriendo, condujo una pequeña mano a su bragueta, donde la cremallera parecía a estar punto de romperse por la mitad. Ella abrió los ojos como platos.

—¡Eres detestable!

Soltándose como pudo, arremetió contra él de nuevo, intentando empujarle, pero sus manos quedaron seducidas por el calor que desprendía la piel masculina.

—Y tú apetitosa. Creo que estamos a mano, cariño —Los vanos intentos de la canaria divertían a Alessandro, y por ello, y dispuesto a llevarla al filo del precipicio, deslizó la palma de su mano por el interior del muslo, acariciándola, frotando suavemente hasta alcanzar el triángulo entre sus piernas—. Estás completamente depilada, y te sientes como el terciopelo —Separó los pequeños y húmedos pliegues que guardaban la entrada a su lugar secreto. Dejó la mano allí, de forma posesiva, introduciéndose en su cálida humedad—. Un terciopelo empapado de deseo. Te excita que te sometan, que te hablen de forma ruda, ¿verdad, pequeña? —susurró con voz grave, y como un autómatas aprovechó para tomar su labio inferior entre sus dientes y tirar de él. Las respiraciones de ambos se aceleraron al máximo, caóticas. Con un gruñido fiero, animal, como el de un lobo, su boca se trasladó hacia la suave y frágil curva de su garganta, donde el pulso latía desenfrenadamente contra su sedosa piel y la acarició con los dedos en su lugar más sensible.

Sandya cerró instintivamente las piernas.

Alessandro musitó algo en su lengua natal y rompió la unión apartando ligeramente la cabeza.

Entornó la mirada.

Estaba asustada, podía leer en ella fácilmente, un ser dulce e inocente que quería confiar en él pero que se sentía incapaz de hacerlo.

Se lo merecía. Había hecho demasiados méritos en el pasado como para ganarse su aprensión.

—De acuerdo —Alessandro dejó escapar el aire de sus pulmones lentamente—, me limitaré a explicarte la maldita situación en la que te encuentras en estos momentos. Tú me perteneces, Sandya Garci. Tú eres la razón por la que he vuelto y por la que estoy, incluso, vendiendo mi alma al mismísimo diablo —siseó—. Y vas a recompensarme por ello. Empezando por este viaje.

Ella tragó con un jadeo.

¿Qué?

—No puedes impedir que me vaya —protestó con la voz repentinamente ronca.

—Creo que ya lo he hecho. Por si no te has dado cuenta, estamos en medio de la nada, rodeados por extensiones y extensiones de agua salada, y a no ser que quieras arriesgarte a perecer en el mar, por inanición o siendo el rico bocadito de alguna bestia marina, te sugiero que te relajes y disfrutes de la travesía. Si cooperas, podemos pasarlo realmente muy bien juntos.

—Alguien debió enseñarte alguna vez que los hombres más arrogantes son los que generalmente están equivocados. Que la arrogancia es solo una manifestación de debilidad. ¡De inseguridad!

Él la miró, en completo silencio. Los pensamientos y las emociones flotaron sobre su rostro solo un breve instante, pero aparte de esa diminuta grieta en su dura chapa, Sandya no pudo leer más nada en él.

—Creo que este viaje puede resultar muy entretenido. Te gusta desafiarme y poner mi paciencia a prueba.

—¿Y acaso eso te divierte? ¡Estás muy mal!

—Si obedecieras todas las reglas, ¿dónde estaría la diversión?

—Si lo que quieres es convertirme en tu puta, ¡tendrás que usar la fuerza!

—Entonces que así sea.

Él deslizó un muslo entre sus piernas y empujó hacia adelante, frotando el duro músculo contra su clítoris. Sandya gritó y se sacudió, pero antes de que pudiera sacar a pasear su repertorio de insultos, tacaron a la puerta.

Alessandro cerró una mano sobre su boca para silenciarla.

—Señor... —Una voz vacilante de hombre se escuchó del otro lado.

—¿Qué?! —bramó Alessandro sin moverse de donde estaba.

—El... el capitán del *Neptuno* solicita hablar con la persona que esté al mando del *Santa Teresa*.

El labio de Alessandro se curvó con un gruñido de advertencia saliendo de su garganta. ¿O era de enfado?

El pulso en el cuello de Sandya latía tan rápido que estaba segura que sobresalía fuera de su piel.

¡Dulce virgen María, la había liado a lo grande!

—Dígale que seguida me reuniré con él.

—Entendido, señor.

Ella se movió un poco. Aquel movimiento estimuló su miembro y volvió a excitarse. No era un salvaje. No podía poseerla cuando sus músculos quemaban ante el temor de tomar su pequeño y templado cuerpo con rabia y hacerle pagar. Si el capitán del *Neptuno* hablaba, hacía partícipes a las autoridades de lo que acababa de presenciar en cubierta...

Consciente de la ira que lo envolvía y del estado de su propio cuerpo, que rugía por liberarse, de mala gana, Alessandro rompió el contacto y se levantó de la cama. Su miembro dolía por su dureza creciente. Su rostro era una máscara de granito, y su musculatura estaba tensa, cubierta de sudor. Sentía, además, cómo el pulso le martilleaba las sienes y como lava líquida nadaba por su piel y llegaba a todas sus terminaciones nerviosas.

Le dio la espalda a Sandya y se frotó la cara con las manos.

No podía soportar su falta de control.

Nadie tendría nunca poder sobre él.

¡Jamás!

Pero su lujuria le exigía ser satisfecha entre las piernas de la mujercita que, no llevaba ni veinticuatro horas con él, y ya lo había metido en un problema.

¡Condenada bruja alborotadora!

Enojado, en realidad, más consigo mismo que con ella, lanzó una maldición muy elocuente, y avanzó como un tanque hacia la puerta.

Antes de que pudiera desaparecer por ella, dijo en un tono amenazante:

—Ahora sé buena y quédate aquí sin causar más problemas, para variar.

En el momento en que desapareció por ella y cerró tras de sí, supo que de alguna manera, había evitado lo que fuera que hubiese podido pasar entre ellos. A pesar de que su deseo le instaba a poseerla, a pesar de saber que

estaba allí para eso, no se aprovechó de la oportunidad.

Por el momento.

A Alessandro se le puso la piel de gallina mientras atravesaba el pasillo y recordaba la primera vez que se permitió oler, de verdad, la dulzura de la piel de Sandya, sentir su suave y elegante cuello bajo la nariz. Su estómago se apretó. La forma en la que sus ojos castaños lo habían mirado, como si pudiera ver en él al pequeño niño inocente que una vez fue y no a la bestia sin escrúpulos que había usurpado su lugar.

Alessandro rechinó los dientes, molesto por sus estúpidos pensamientos.

Si en el pasado la hubiese hecho suya la primera vez que descubrió que la deseaba como nunca antes había deseado a ninguna otra mujer, probablemente muchas cosas hubieran sido diferentes.

Tal vez Dante habría sido suyo, de Sandya y él.

Quizás, su necesidad por ella hubiese desaparecido tras ser saciada.

Capítulo 08

Como un acechador nocturno, había vuelto a colarse en la casa de Sandya Garcí sin invitación previa. Pero en esa ocasión la verja estaba reparada y tan sellada como las celdas de una prisión de alta seguridad.

Pero ninguna puerta era impenetrable.

Con los sentidos agudizados, inspeccionó cada detalle y cada movimiento a su alrededor antes de obrar magia. Había tocado de forma insistente en el intercomunicador pero nadie respondió. Sin embargo, podía escuchar desde la calle un suave hilo musical procedente de la vivienda de la canaria, que se entremezclaba con el cantar de los grillos y de las ranas apareándose. Se inquietó. Pese a que la noche brillaba estrellada sobre su cabeza en un cielo negro y aterciopelado, parecía transcurrir en calma.

Por su reacción, cualquiera habría pensado que estaba preocupado por su seguridad. Pero no; sin duda, sólo le preocupaba pensar que si le pasaba algo la productora perdería un buen filón de oro.

Poniéndose manos a la obra, Alessandro se las ingenió para sacar el bombín de la cerradura y acceder al domicilio con facilidad.

Una vez adentro, silenciosamente, decidió coger por el patio frontal, entremezclándose con las sombras de la noche. Un halo de luz tenue procedente de la puerta ligeramente abierta de la cocina llamó su atención y caminó hacia ella.

—No se mueva —le advirtió la voz de Sandya a su espalda, emanaba un miedo que trató de esconder—. Estoy armada.

Alessandro levantó las manos a la altura del pecho en señal de rendición y esperó, completamente imperturbable. Reprimiendo la tentación de voltearse y lanzarse sobre la pequeña pistolera para reducirla bajo su cuerpo. Sandya podía estar apuntándolo con un arma de fuego y, aunque no creía que le disparara, lo último que quería era asustarla para que perdiera el control. La idea casi le resultó cómica.

—¿O qué? ¿Me dispararás?

—Dan... Dante, ¿eres tú? —tartamudeó la joven aún algo escéptica.

De alguna manera, Alessandro se las arregló para girarse a la velocidad

supersónica y neutralizarla. La canaria instintivamente se defendió, pero él era mucho más rápido, más fuerte y diestro que ella. Chilló cuando sus brazos la rodearon, neutralizándola y atrayéndola hacia él. Sandya trató de clavarle las uñas en la cara, pero solo consiguió arañar uno de sus orgullosos pómulos. Maldiciendo, Alessandro le atrapó la mano antes de que pudiese seguir decorándole el rostro y la sujetó. La joven se arqueó hacia atrás como una contorsionista, tratando de escapar, pero el movimiento no hizo más que desestabilizarla y provocar que cayera de espaldas al suelo. Él, lejos de ayudarla se tumbó sobre su cuerpo. Agarró sus manos con una sola de las suyas por encima de su cabeza. La joven se quejó, forcejeó una vez más, pero no había nada ni nadie que pudiera liberarla de él. La tenía completamente inmovilizada. El duro cuerpo masculino contra el suyo, blando y femenino.

¡Parecía tan joven e indefensa!

—¡Estate quieta, soy yo! —le ordenó Alessandro con voz neutra, aunque con un matiz de amenaza subyacente.

Ella lanzó un suspiro convulsivo y se quedó pacíficamente debajo de él, sin resistirse. Aturdida por la impresión, por la sorpresa de verlo allí. Tenía los ojos abiertos como platos y los labios entreabiertos, apenas húmedos. Bajo la tenue luz procedente de la casa, las curvas de su cuerpo se veían con toda claridad a través de la finísima y rasgada camiseta blanca, que era lo único que llevaba puesto, además de un mini short negro. Alessandro sintió que todos los músculos del cuerpo se le tensaban, que le recorría el deseo más intenso que hubiera sentido nunca. Era tan bonita que le dolía el pecho. Se le secó la boca al imaginarse en la cama con ella, dando rienda suelta a su lascivia sobre la carne suave de la muchacha. Su miembro cobró vida. Su simple presencia le excitaba.

La sintió temblar, y también su aliento en la cara. ¿Ella temblaría así en la cama, y su aliento sería igual de entrecortado cuando la poseían?

La simple idea de que otro hombre se acostara con ella hizo que la rabia, y un impulso muy masculino de algo que no identificó plenamente, embargaran a Alessandro.

No. Aquello no ocurriría nunca. ¡Él no quería que ocurriera!

De ahora en adelante, no habría ningún otro hombre en la vida de Sandya, ni en su cama, que no fuera él.

Con determinación pero sin movimientos bruscos, Alessandro descendió los

labios por la barbilla, la mandíbula y el cuello femenino. Sandya dejó escapar un gemido. La respiración se le había acelerado y sus pechos, despojados de cualquier tipo lencería, subían y bajaban notoriamente; los pezones se le pusieron duros. Él se excitó más, si cabe. Si ella adivinaba hasta dónde llegaba su deseo, saldría huyendo, y él no la atraparía hasta que no hubiese llegado, probablemente, a la otra punta de isla.

Se colocó mejor entre sus piernas, aplastándola contra el piso con la pesada musculatura de su cuerpo. Ella se quedó allí quieta, aunque su pulso acelerado indicaba que no era indiferente.

Muy lentamente, para no alarmarla, Alessandro cambió de postura y apoyó la rodilla cubierta por el pantalón en la entrepierna de la joven. Deseó que restregara su sexo contra su rodilla, que lo montara. Ella jadeó y se retorció a la par que apretaba los muslos; la presión sobre su miembro erecto le inyectó una buena dosis de dolor.

—¿Dante?

—No me llames Dante —replicó él con la voz ronca, observando encantado como su piel brillaba; sus mejillas, manchadas de rubor, y su boca entreabierta.

¡Al diablo con todo!

Si quería llamarlo Dante, Mefistóteles o como el mismísimo Satanás, podría hacerlo.

Ella frunció el ceño, confusa.

—No... no comprendo.

Alessandro tenía la vista clavada en sus labios y, al ver que se los humedecía nerviosamente con la lengua, pensó que enloquecería.

El cuerpo de Sandya, tan íntimamente pegado al suyo, alejaba todo pensamiento racional de su mente. Apoderándose solo de él un deseo imperioso, la clase de deseo que lo anulaba todo excepto la búsqueda de placer para satisfacerlo. Le devolvió la mirada con una intensidad casi animal.

Quizás, si la hiciera suya...

Aunque fuera una única vez...

Podía tomarla allí mismo, en ese mismo momento. Solo tenía que bajarle un poco el pequeño short, agarrarla por las caderas y penetrarla...

Con los músculos en tensión, el miembro enhiesto y ardiente como un hierro candente, se le había formado una delgada capa de sudor en la frente.

Levantó la cabeza y se quedó mirándola. Tenía los ojos cerrados y agitaba las pestañas sobre sus mejillas sonrojadas mientras permanecía inmóvil como una estatua de mármol blanco. Aún no sabía si estaba excitada o asustada. Había visto curiosidad en sus ojos...

«Y miedo.»

Le remordió la conciencia. Lo golpeó con fuerza, una sacudida que se hundió a través de la carne de los huesos, y sintió rabia, mucha rabia. Por ella, por la situación imposible en la que se hallaba y, sobre todo, por él mismo. Tendría que haber dejado a Santo que se ocupara de todo. Tendría que haberse mantenido lejos de ella desde el principio. Pero ahora era demasiado tarde. El daño ya estaba hecho. Alessandro sabía que pasaría muchas noches despierto y atormentado, intentando negar el efecto que ejercía en él.

Se serenó y, de mala gana, se apartó y enderezó. Después la ayudó a ella a ponerse de pie.

La deseaba, sí, era algo patente, innegable. Pero eso ya le había ocurrido antes y le volvería a ocurrir. No era más que deseo. Y lo superaría.

—Dante —Ella parpadeó y le dedicó una tímida mirada que Alessandro no supo interpretar. Quizás sentía pena por llamarlo Dante, después de su indiscreta súplica. Tal vez se sentía aliviada por no acabar la noche retozando en sus brazos. O decepcionada—. ¿Te encuentras bien?

Ávido por cambiar de tema, Alessandro exhaló brusco todo el aire de sus pulmones y se pasó una mano por el cabello, frustrado. Fue entonces cuando reparó en el arma que yacía olvidada en el piso de piedra pizarra y supo que sus plegarias habían sido escuchadas.

La cogió y lo expuso ante ella.

—Te aconsejo que cuando te sientas amenazada llames a la Policía lo más rápidamente posible y dejes el cucharón en la cocina —El gruñido que llegó a continuación de Alessandro no fue exactamente una carcajada—. ¿En serio pensabas neutralizar a un intruso con esto? Tus garras de gatita han sido más efectivas, mio dolce selvaggio

—Oh, lo siento. Déjame ver —Él se estremeció automáticamente cuando Sandya le rodeó la cara con ambas manos, y colocándose de puntillas, le rozó la piel maltratada de la mejilla con los labios. Luchó para controlarse, para que sus instintos más primitivos no lo vencieran—. No tiene buen aspecto.

—La autodefensa no es lo mismo que el asesinato, *dolcissima*. Actuaste por instinto —añadió, torciendo la boca hasta formar una sonrisa ladeada—. Difícilmente podría ser considerada tu actuación un homicidio en grado de tentativa. Aunque...

—Aunque —lo frenó ella—, si se diera el caso, siempre podría alegar como atenuante el trastorno mental —fundamentó, depositando un beso el pómulos marcado por sus uñas y luego otro en la mandíbula—. ¿Por qué no pasas dentro y me ocupo de esa herida?

Sandya le había dado la mano, entrelazando sus dedos con los suyos con una dulzura que hizo que su corazón reaccionara como si le hubieran dado una descarga eléctrica. Asintió como un autómata y se dejó conducir por ella. No tenía reacciones físicas a nada ni a nadie a menos que él lo permitiera. No le había dado permiso a su cuerpo para sentir, pero no podía negar la respuesta casi dolorosa que sentía, cada vez más frecuente, hacia ella.

Exactamente igual que los muros de sus defensas, los cuales se venían abajo cada vez que la miraba a los ojos. Sabía que ella veía mucho más dentro de él de lo que nunca querría que otro ser humano viera. Se sentía vivo, y por primera vez sentía realmente que podía respirar. Podía verse a sí mismo reflejado en ella, porque sentía que estaba tan rota como él. Todo tenía un gusto a locura, ya que apenas llevaban un mes tratándose y de la forma más inocente que alguna vez estuvo con una mujer. Muchos serían escépticos en cuanto a sus verdaderas intenciones con ella. No le importaba. Nada le importaba más que Sandya, tan frágil y despedazada, pero con un alma pura y una fortaleza de acero que ni siquiera sospechaba que tenía.

Desde el primer momento supo que, a la primera señal de interés por su parte, ella posiblemente huiría, pero si pensaba que él la necesitaba, bajaría la guardia y le permitiría quedarse a su lado todo el tiempo que deseara.

Lo había conseguido.

Sandya no tenía ni idea de la clase de monstruo que podía llegar a ser y poco a poco se había ido ganando su confianza.

Pero el problema que vio en ese preciso instante fue que, por primera vez, deseó algo más que su inofensiva compañía.

La deseó a ella.

Como mujer.

Como amante.

Capítulo 09

El camino estaba despejado, totalmente desértico de actividad humana. Aquello le sirvió para insuflarse una buena dosis de valentía y adentrarse más allá de los confines privados de Alessandro en el barco.

Había recorrido solo un breve trecho cuando, maravillada, vio por primera vez desde que zarparan, el exterior, sobre la popa. En ella se encontraba otra espléndida terraza panorámica al aire libre, de madera de teca, con una mesa para varios comensales y amplias áreas de *relax* con sillones y múltiples asientos para disfrutar de las vistas o tomar sol. Estaba asombrada e increíblemente intimidada por el entorno. Cada bloque de mármol, cada lámina de madera y de cristal hablaba de dinero y poder. Todos los empleados vestían elegantes uniformes que debían costar más que todo su fondo de armario.

El refrescante y perfumado aroma marino inundó sus sentidos. Hipnotizada con la brisa del mar mediterráneo, avanzó hacia la barandilla. En el camino, su cabello ondeaba al viento como una veleta y la camisa de Alessandro, que le llegaba cual vestido a la altura de las rodillas, azuzaba su sensible piel. Al llegar, descubrió, que solo a unos pies más abajo había una enorme planchada de acceso al agua. Poniéndose de puntillas, y escorándose temerariamente hacia el vacío, alzó y aguzó la vista, tratando de alcanzar a ver la proa desde su posición. Una de las doncellas había interrumpido su reclusión y pensamientos vengativos para devolverle supreciado colgante. Seguramente había sentido tanta lástima de su paliducho aspecto, que le había sugerido que, si le apetecía tomar baños de sol con cierta privacidad, podía hacerlo en el enorme jacuzzi rodeado por asientos empotrados que se hallaba al aire libre.

—¡Pero qué demonios crees que estás haciendo!

Alessandro cruzó la distancia que los separaba y la tomó brusco por la muñeca. Sandya giró la cabeza en su dirección y blanqueó los ojos. Lo ignoró. No tenía intención de prestarle atención al autoritario hombre. Se apoyó sobre la balaustrada y suspiró.

Pero él tiró un poco de su agarre y la instó a encararlo.

El corazón de Sandya saltó un latido.

—¿Es que acaso tienes algún historial suicida? ¡Bájate de ahí ahora mismo!
—terqueó.

—¿No deberías estar haciéndole la vida imposible a alguien más? —susurró ella, zafándose de las esposas de sus manos para luego sentarse en el borde mismo, y pasar las piernas desnudas por los huecos de la baranda. Por suerte, se había puesto también ese día unos bóxer de Alessandro. Por último, descansó los brazos cruzados sobre el frío metal y recostó el rostro.

Sandy se dijo a sí misma que le gustaría estar en otro lugar. En su casa, por ejemplo, rodeada de cosas conocidas y dónde podría utilizar su móvil o su portátil para comunicarse con su amiga. Necesitaba más que un consejo, necesitaba que alguien le dijera que no desfalleciera. Sintió las mejillas calientes, y buscó la delgada tira de acero que fungía de protección.

Agradeció el alivio inmediato. Solo esperaba no estar enfermado, aunque su enfebrecido e irritable cuerpo le vaticinaba el peor de los pronósticos.

De reojo espía al hombre que se había sentado en uno de los sofás a su lado y contemplaba, como ella, la puesta de sol en silencio. Llevara lo que llevara, Alessandro siempre estaba elegante. Completamente de blanco, vestía un pantalón de alta costura y una camisa a medio abotonar, revelando una parte indecente de la tableta de delicioso chocolate que tenía por abdominales. Completaban su *look* veraniego y sexy, un par de gafas de sol oscuras, que ya quisiese lucir más de un modelo de la casa *Ray-Ban*.

El corazón de Sandya comenzó a latirle muy deprisa y se le hizo un nudo en la garganta. El cuerpo le ardía como si estuviera en una hoguera cuando regresó toda su atención al bonito cuadro que se pintaba naturalmente frente a ellos. Los rojos se convertían en naranjas y los naranjas en amarillos. Le recordó a las pinturas de *Klimt*, sobre todo aquella que tenía un bello faro pintado con sombras y luces para dar mayor protagonismo al precioso atardecer.

Sabía que debía dirigirle la palabra, pero mientras más prolongara ese momento, mejor sería.

Alessandro había dejado de sentir el calor del sol al caer y de oír el murmullo del mar. Todo lo que sentía estaba centrado en aquella mujer, que a poca distancia y escasamente cubierta, era como encontrar un oasis en medio del desierto.

Y él estaba sediento.

De ella.

Cambió de postura al sentir la tela de sus pantalones tensarse.

—Hermoso, ¿verdad? —preguntó él, desviando la mirada de la apetitosa manzana del pecado que, irremediablemente, siempre acababa mordiendo. Sandya asintió—. Por eso me gusta el mar, porque desde que me alcanza la memoria, siempre fue el único lugar en el mundo en el que podía escaparme.

—¿Tú, escapar? —inquirió ella alzando una ceja—. No te enmarco en esa clase de hombre que necesita huir, sino en aquel que no deja ni respirar.

—No sé si sentirme halagado u ofendido —Sandya se encogió de hombros, y él se pasó una mano por el abundante cabello negro. Ella recordó como en el pasado lo había llevado extremadamente corto, y como en el pasado, estaba igual de arrebatador como en la actualidad—. Cuando era niño, hubo un tiempo en el que deseaba huir de todo, tomar la primera embarcación que encontrase y simplemente lanzarme al mar y desaparecer.

La mujer giró su rostro para estudiarlo. Alessandro nunca le había contado nada parecido. Aquella simple frase había revelado más de él de lo que había conocido hasta entonces.

Pero al sentirse observado, el hombre cambió de rumbo no solo sus pensamientos, sino también la suavidad que había adquirido su voz. No quería que nadie le hiciera sentir la necesidad de hablar de un pasado que estaba más que enterrado. No debía resucitar los cadáveres de su temprana vida. Solo debía mirar hacia delante y seguir enfrentando sus peleas con los puños arriba.

—¿Puedo saber en qué estás pensando? —siseó de pronto él sorprendiendo a Sandya.

Ella tragó con fuerza pero se recompuso de inmediato y señaló hacia la plataforma.

—¿Es eso un helipuerto?

—¿Pensando en escapar en medio del océano, *pajarito*?

—Quizás, o puede que simplemente esté pensando en la demanda judicial que interpondré contra ti por secuestro. Por un delito contra la libertad.

—¿Y cuál de los posibles casos alegarás? ¿Qué te privaron de libertad, raptándote, sin ningún motivo aparente, o tal vez que te retuvieron a instancias del cumplimiento de alguna condición?

—Declararé que un perturbado, el cuál debería estar encerrado en una institución mental, tuvo a bien imponer su propia ley, y emular un antiguo

código pirata que ni siquiera respeta —Hizo un ademán con las manos—. Qué vergüenza para *Bartholomew Robers* —Rió—. Que te enteres que no se lleva mujeres ni niños en el barco. *Charte Partie*, amigo.

Una indisimulable sonrisa se dibujó en los labios de Alessandro, pero siguió atacando con renovado espíritu al ver que ella también conocía aquellas historias de bucaneros que a él tanto le habían gustado de niño.

—Bueno, como estoy seguro habrás leído, hubo una época en la que los piratas no buscaban tanto joyas y metales preciosos como personas. Eran esclavistas y la captura de personas para ser vendidas como esclavos les resultaba una práctica altamente lucrativa.

—Gracias por tu enriquecedora clase de historia, pero...

—¿Cuánto crees que me darían por ti en el mercado negro? —le preguntó, quitándose las gafas. Pero su tono pacífico no correspondía con el brillo que revelaron ojos.

—Vaya, no sé porque no me sorprende. Alessandro Visconti siempre haciendo números —Pero cuando vio como la mirada del hombre se llenaba de una genuina maldad y su expresión se tornaba seria, la sonrisa de la joven desapareció. «¿Le estaba hablando en serio?» Un escalofrío helado le cruzó la espalda—. Un momento. ¿Estás diciéndome que planeas realmente venderme como esclava... sexual? —cuestionó espantada con la idea.

—Estamos hablando de mucho dinero, *cara*. El negocio de la trata puede mover millones de euros por año en el mundo.

—¡Vete al cuerno, pirata Morgan! —le espetó ella moviendo su indignada nariz hacia un lado.

Alessandro rió. Esta vez soltó una suculenta carcajada que produjo el mismo efecto en el humor de la mujer. Y, mientras ella suspiraba, él se dijo que aquello era justo lo que le gustaba de Sandya. Ese intercambio verbal, esa batalla, mordaz en un culto intercambio. Un tira y afloja que solo lograba relajarlo. Era la única mujer con la que se había relajado y por añadidura, bajado la guardia.

Sandya tamborileó las yemas de sus dedos sobre la superficie. Su mente de escritora activada, mientras un pensamiento le rondaba la cabeza.

—¿Cuánto sabes acerca de esa clase de... mercado?

El hombre la contempló con la mirada repentinamente perdida y vacía. Su mente estaba haciendo una introspección a un evento específico de su pasado. Recordó la terrible y primera vez que su padre lo había arrastrado hacia uno

de sus tantos negocios turbios. Él solo era un niño, pero la visión de una muchacha, demasiado joven, demasiado inocente, siendo brutalmente golpeada y violada, lo perseguiría por el resto de sus días. ¿Sus delitos? Haber sido comprada. Según su padre habían pagado bien por ella.

Alessandro cerró los párpados para evitar que el horror de su pasado saliera a la superficie. Mientras la oscuridad estuviera sepultada, bajo tierra, él no tendría que volver a ser aquel monstruo que, más tarde, había formado parte de los actos más atroces que el ser humano pudiera imaginar. Respiró e inspiró, profundamente mientras apretaba la mandíbula. Se hizo a un lado cuando sintió una de las cálidas y delgadas manos de Sandya sobre su mejilla. Inclínada sobre él, parecía preocupada.

—¿Te encuentras bien?

—No existe poder ni dinero en el mundo que haga posible que te entregue a otro —murmuró él, clavando sus ojos en los de ella y ladeando lo justo el rostro para besar el interior de la palma de la mano femenina—. Eres mía, Sandya, y pobre del diablo que trate de separarte de mi lado. Todo este tiempo que estuve sin ti, lejos de ti, fue más que suficiente.

El corazón de la muchacha palpó con fuerza, ridículamente esperanzado. Trató de descifrar, a través de aquellos ojos imposiblemente bellos de pestañas largas, si sus palabras eran ciertas o solamente se burlaba de ella. Pero él solo estaba allí sentado físicamente, endulzándole los oídos con tiernas palabras. Su esencia se hallaba a miles de kilómetros de distancia.

Entonces sus tontas fantasías se desvanecieron como gota de lluvia al caer en el océano, cuando recordó a Lena y a Dante. Alessandro Visconti era un hombre casado y un padre de familia. Sintiendo un intenso dolor en el pecho, siguió mirando sus atractivas facciones. No mostraban la menor expresión. Nunca solía permitir que sus gestos revelaran sus sentimientos, mientras que la cara de ella era como un libro abierto para él.

Sandya cerró los ojos, intentando contener las lágrimas.

Definitivamente, debía estarse riendo de ella.

Y el rechazo no era nada nuevo para ella, pensó.

Había sentido esa sensación muchas veces en su vida, pero ninguna podía compararse con la sensación que experimentaba cuando se trataba de Alessandro.

Sintiéndose más sola que nunca, batalló para salir de donde estaba. Sacó las piernas de su prisión y cuando intentó levantarse, las manos se le resbalaron

en la superficie y se fue hacia adelante. Alessandro la atrapó como un rayo en sus brazos, evitando que se hiciera daño.

La respiración de Sandya se volvió un caos y la sangre caliente y rápida le martilleaba en los oídos.

Él era su carcelero.

Y su héroe.

El instinto la previno para que no cayera nuevamente en su influjo. .

—Por qué haces esto, retenerme en este barco. ¿Qué ganas con ello? —le exigió con aspereza. Después negó, como si sospechara que su intento de arrancarle una respuesta era inútil—. No importa. En cualquier caso, es demasiado tarde.

—¿Hay alguien más? —Alessandro se puso rígido, no queriendo escuchar una afirmación.

—¿A parte de tu esposa? No, no hay nadie más.

—¿Y lo ha habido durante todo este tiempo?

—No tienes ningún derecho a hacerme esa clase de pregunta.

En un acto de posesión y reclamo absoluto, Alessandro levantó la mano y la sujetó por detrás de la cabeza, y su boca descendió sobre la de ella, sus labios tibios firmes, suaves y poderosos. Sandya supo que no había escapatoria. Sus enormes manos habían rodeado su cabeza por completo y los labios sobre los suyos desvanecieron todos los pensamientos en su mente. Antes de que se diera cuenta, sus manos se movieron desde su cabeza hacia su cuerpo, y aquellos enormes brazos rodearon su esbelto torso.

—Estás ardiendo... —comentó él con el gesto arrugado cuando se apartó lo justo de ella para contemplarla. Le acarició la mejilla con la palma de la mano—. ¿Es por enfermedad o por mí?

La vanidad del hombre la hizo sonreír a pesar de su pena.

—Enfermedad, definitivamente, enfermedad —resolvió ella, liberándose de sus brazos—. Será mejor que entre dentro. No me siento muy bien desde hace rato.

Alessandro asintió y la vio caminar hacia la escalera que la llevaría a la protección del camarote. Esperaba que se repusiera pronto. Notó una agonía en el pecho pero decidió no hacerle caso.

Con él, ella siempre estaría sana y a salvo.

Capítulo 10

Por enésima vez en la última media hora, se preguntó si Sandya estaría bien. Aquella maldita mujer taladraba su pensamiento y hacía que nada, salvo ella, fuera más importante. Intentó concentrarse de nuevo en el trabajo.

Complacido contempló que, no solo sus hoteles no se habían visto afectados por la crisis mundial por la que atravesaban numerosos países, sino que, por el contrario, parecían cosechar cada año más fama internacional y generaban más ganancias. Hawaii había sido su más reciente y exitosa conquista. Alemania, Australia y los Emiratos Árabes se habían sumado también en las últimas décadas a los paraísos arquitectónicos que ya poseía en Italia, Reino Unido, España y Estados Unidos. Expandiría su imperio por Francia. Si todo salía según lo planeado, y Theron Xenidis accedía finalmente a vender el complejo turístico más grande e importante que poseía en una paradisiaca isla y que su padre, Agamenon Xenidis, había llevado a la ruina cuando en vida, pronto Grecia formaría parte de la cadena de hoteles Visconti. Estaba deseando poner las manos sobre aquel complejo, y luego iría a por los hoteles de la familia de su esposa en Perú.

El dossier que tenía sobre el escritorio llamó, de pronto, su atención. Cerró la pantalla del portátil y pasó a estudiar los papeles que había dentro. La editorial que había adquirido hacía cuatro años había sido otro gran acierto empresarial. Julianne se las había enviado al gerente sin tener la más mínima idea de que fuera él. Si su cuñada se enteraba de que le había ocultado el pequeño detalle de que trabajaba para él, encontraría la manera de hacérselo pagar. Pero por ahora, debía asegurarse de dar las últimas rúbricas para autorizaciones de creación de líneas. Julianne se ocuparía de todo. No tenía que preocuparse, porque ella era muy buena en lo que hacía. Lo había demostrado con creces.

Y Sandya Garci, o para ser más concretos, *San Brandam*, uno de sus autores estrella.

De pronto las mejillas sonrojadas de Sandya aparecieron en su mente, así como los castaños ojos vidriosos por la calentura

—¡Maldita sea! ¡Maldita mujer del infierno! —gruñó, tirando la pluma,

cerrando el dossier y guardándolo descuidadamente de un solo tirón dentro del primer cajón.

Realmente desearía poder estar tranquilo, y no pensar en que nadie había ido a darle noticias sobre su estado. Ni siquiera el estudiante de medicina de último curso que trabajaba para él en el barco los veranos desde hacía tres años, y que había enviado a su camarote. Parecía que todo el mundo estaba demasiado callado, demasiado quieto. Había escuchado de su abuela que las malas noticias volaban mientras las buenas iban a pie. ¿Estaría siendo demasiado paranoico?

Dando un palmazo a los brazos del sillón de cuero con frustración, se levantó en el mismo instante en que alguien llamó tres veces a la puerta. Volvió a ocupar su asiento para no parecer tan nervioso.

—Adelante.

—Señor Visconti —murmuró el muchacho que había enviado a examinar a Sandya.

—Lorenzo, ¿en qué puedo ayudarle? —inquirió él con indiferencia, mordiéndose la lengua para no decirle que se apresurara en vomitar las malas noticias.

—La fiebre de la señorita Garci ha estado constante por algún tiempo. Hemos podido controlarla para que no sea peligrosa y haya convulsiones. Le he suministrado unas cuántas pastillas...

Alessandro frunció el ceño.

—¿Puede ponerse seria su situación? ¿Es necesario que hagamos algo más?

—He hablado con el capitán y me comentó que estábamos a menos de un día y medio del puerto más cercano. Yo aconsejo que nos dirijamos allí para poder ver la evolución de la señorita y tener una opinión médica, más profesional. Hasta entonces, pueden pasar muchas cosas, desde subirle la fiebre, hasta que simplemente su cuerpo elimine toda la calentura y vuelva a su temperatura normal. Ella está bien. Ahora descansa.

—Entonces no es necesario nada precipitado. Como le dije, ella tiene fobia a las masas, por lo que salir de aquí a una clínica, sería lo menos recomendable.

Alessandro se preguntó para quién era menos recomendable ¿Para Sandya o para él mismo?

—Está en buenas manos, señor, no se preocupe. Estará bien dentro de poco.

—Dígale a la cocinera que le prepare algo y se lo lleve.

El muchacho sonrió porque jamás había visto a Alessandro Visconti dar aquellas ordenes que inmiscuyeran el cuidado adicional de otro ser humano que no fuera su hijo o él.

—Ya lo hice señor.

—Perfecto entonces —sentenció—. Ahora puede retirarse.

—Para ayudarla a bajar la fiebre, le daré unos baños de agua fría.

—Yo lo haré —anunció Alessandro clavando la mirada fija en el joven y enderezándose del escritorio—. Que preparen todo, iré en unos minutos.

—A la orden, señor.

Capítulo 11

—Con cuidado —la guío Alessandro con calma por una de las dos escaleras que se abrían a los lados. Conducían a un vestíbulo que los llevaría directamente a un patio de butacas—. Sube un escalón, y ahora otro más.

—¿Puedo quitarme la venda de los ojos? —insistió Sandya, no podía disimular la emoción en su tono—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué nos detenemos? ¿Hemos llegado?

—No comas ansias, pajarito —Entonces sintió como desataban el suave satén rojo y liberaban a sus ojos de la oscuridad más absoluta—. Ya puedes mirar.

Ella pestañeó varias veces para aclimatarse a la luminosidad del lugar, para poder orientarse. Cuando lo hizo, quedó pasmada con el esplendoroso balcón central en que se hallaban. Descendió la vista y se fijó que era del mismo ancho que las puertas principales de la primera planta. Había también otros dos balcones a los lados, manteniendo así la simetría.

A Sandya le llevó más de un minuto reconocer el lugar que solo conocía a través de fotografías. El teatro Leal. Nunca había tenido la oportunidad de estar en él. Aún no levantaba un palmo del suelo cuando en el año 1990 se había cerrado al público por problemas en su cubierta, y no había sido hasta el verano de 2008, después de dos décadas de contratiempos y vicisitudes, cuando el telón del lagunero Teatro Leal volvía a subir.

Embrujada por los óleos y frescos de sus muros y del techo, Sandya se acercó al balaústre de hierro forjado y se aferró a él emocionada. Tenía un estilo netamente ecléctico. Lamentó no haber visto al entrar su fachada, la cual, según recordaba de sus indagaciones por internet, se caracteriza por la profusión de elementos florales, animales y personajes. Había sido construido en 1915 y el artífice de aquel magnífico coliseo, como se refirió a él la prensa de la época, había sido Antonio Leal; un filántropo de orígenes palmeros.

Lágrimas de felicidad anegaban sus ojos.

—¿Sorprendida?

Ella sintió como unos fuertes brazos la envolvían desde atrás, haciéndola pegar la espalda contra unas duras piedras recubiertas de músculos. Los

labios de Sandya se entreabrieron en una silenciosa exclamación. No podía moverse. Un fuego comenzó a emanar de su interior.

—Sí, mucho.

—Pues aún queda la mejor parte.

—¿Cuál?

—Un apasionante recorrido por las más inolvidables bandas sonoras de gestas heroicas con las que la gran pantalla ha hecho vibrar a millones de personas. Incluida, y estoy seguro que sobre todo, a ti, pajarito.

Sandya sintió que sus entrañas se tensaban por miedo y echó un vistazo ansioso a su alrededor, como si esperara que de pronto las puertas se abrieran y entrara una muchedumbre

—¿Con... con músicos y público? No... no creo que pueda... Yo...

—No pasa nada, tranquila, dulce —le susurró al oído, con la voz ronca. Su mano ascendió peligrosamente hasta la base de sus pechos—. Esta noche el teatro es solo para nosotros dos. No habrá nadie más. Ni músicos en directo ni público. Solo tú y yo.

—¿Pero cómo? Primero la limusina, ahora esto... Este vestido. Ha debido costarte una fortuna.

Alessandro sonrió levemente. Para Sandya, Dante Barone, un simple empleado acostumbrado a recibir órdenes, incluso de su amiga Julianne, debía ocupar un escalafón inferior en la empresa, y por lo tanto, su sueldo estaría muy por debajo al que ella ganaba mensualmente con sus exitosas novelas. Él esperaba que Sandya realmente odiase tanto la moda, como bien indicaba su peculiaridad a la hora de vestir, y no reconociera el vestido de alta costura de la casa Versace que había elegido personalmente para ella. Un vestido negro, que hacía que la sencillez de su corte combinara tan bien con el profundo escote que tenía. Era pura elegancia.

Inolvidables melodías sinfónicas de indómita épica inundaron sus oídos por una hora. La acústica era excelente. Sandya, emocionada, supo reconocer a renombrados compositores como Basil Poledouris, Lee Holdridge, Trevor Jones, Michael Kamen o Ennio Morricone.

—Me siento como Julia Roberts en *Pretty Woman* —Ella se giró hacia él, con su corazón latiendo alocamente cuando el concierto, a través de los altavoces concluyó.

—Supongo entonces que eso me deja a mí en el papel de Richard Gere, de un rico empresario sin escrúpulos —Alessandro carraspeó e hizo su mejor interpretación del actor estadounidense—. ¿Qué le pareció la ópera

querida?

—Uf, por poco me meo de gusto en las bragas —respondió ella rápidamente escenificando al personaje de Vivian Ward en la película.

—¿Qué ha dicho? —Él hizo en gesto elocuente en su oreja como si padeciera sordera. Luego, regresó a su papel de Edward Lewis—. Que la música de *La Traviata* la embriaga.

—¡La has visto, la has visto, reconócelo!—lo acusó cautivada por la risa.

—Mi abuela solía castigarnos a mi hermano y a mí con maratones de películas románticas cuando de pequeños nos peleábamos entre nosotros — se encogió de hombros—. Mi hermano curiosamente parecía disfrutar con ellas.

Sandya aún continuaba con esa sonrisa radiante en la cara cuando descendieron del coche. Un ángel que ponía a prueba la continencia de un santo.

Y él no era santo.

Querría poseerla por completo, porque solo Dios sabía cuándo tendría la oportunidad de volver a hacerlo. Un hombre arruinado aprendía a saborear lo que quería cuando le surgía la oportunidad. Fuera de la pequeña casa de Sandya, en lo único que pensaba era en levantar su peso pluma y enterrarse profundamente en ella. Hacerla suya de todas las maneras posibles, conocidas o innovadoras.

—¿Qué pasaría si mañana nada de lo que nos rodea existiera? —le preguntó filosóficamente Sandy mientras se dirigían a la entrada acceso a su vivienda. Se adelantó un par de pasos para abrir la reja—. Técnicamente es posible. Nos encontramos en una región con vulcanismo activo y el pico Teide podría erupcionar con violencia. Es cierto que las probabilidades son bajas, pero si sucediera...

Las manos de él se detuvieron en algún lugar en la mitad de sus omóplatos, demorándose allí más de la cuenta. Ella se puso tan tensa que temió partirse en dos.

—Si sucediera, me gustaría pasar esta última noche contigo — Él le dio vuelta otra vez y suavemente llevó uno de los rizos del borde de su rostro hacia detrás de su oreja—. Y sé que tú desearías lo mismo.

—¿De veras? —se encontró ella preguntando. Sabía que él tenía razón. Con el éxtasis brillando en sus grandes y redondos ojos café se puso de puntillas y le dio un casto beso en la mejilla—: Gracias

—¿Por qué?

—Por esta noche inolvidable que seguramente se pondrá aún mucho mejor.

—¿Ah, sí? ¿Y qué propones? —Los ojos verdes del hombre la recorrieron con intensidad. Él sabía exactamente lo que quería, lo que anhelaba más que su próxima bocanada de aire. La quería a ella, de todas las formas posibles.

—Bueno, yo había pensado en llamar a algún cerrajero noctámbulo —rió casi tomándole el pelo—, pero lo más útil y práctico en estos casos es llamar al seguro de hogar. Porque me he dejado las llaves dentro —Sandya vio a Dante observar todo a su alrededor, luego hacia arriba y hacer algunos cálculos—. ¿Qué estás haciendo?

—¿Nunca has hecho nada peligroso, temerario? —Él enarcó una de sus oscuras cejas como si fuera un adolescente travieso dispuesto a allanar una vivienda. La de ella.

—Una vez, hace muchos años en la feria del Puerto. Julianne insistió para que montáramos en el Ratón Vacilón. Fueron los dos minutos más aterradores de toda mi vida.

Él se echó a reír con ganas. Le encantaba su particular sentido del humor.

Ante la mirada estupefacta de la Canaria, él se agachó y la instó a subir en sus hombros.

—Vamos, ¿a qué estás esperando? Sube, yo te sujetaré.

—¡¿Qué?! ¡Estás loco! No pienso poner sobre tus hombros sesenta kilos... Sesenta y dos, si sumamos este vestido y la tableta de chocolate con leche que me comí esta tarde.

—Anda, sostente —le ordenó para luego levantarla del suelo sin ningún problema. Ignorando su exclamación de sorpresa, Alessandro se acercó a la pared amurallada del exterior y la instruyó para que alcanzara la cima—. Ahora, salta.

—¡¿Estás loco?! —las piernas de Sandya temblaron y comenzó a pensar que era una idea completamente tonta, pero aun así rió—. ¡No pienso saltar!

—Dos estás loco en los últimos cinco minutos. ¿No sabes otra palabra?

—¡Sí! ¡Demente, perturbado, desequilibrado —continuó tambaleándose sobre sus hombros—, chalado, chiflado y lunático! Ahí tienes otras.

—Impresionante. Tu lengua es tan descocada como tu lencería. ¿Encaje negro, verdad?

—¿Qué...? —Ella arrugó los párpados y repasó con la vista su vestido. Seguía decentemente en su sitio.

—Que te he visto la prometedor lencería que has decidido llevar esta

noche, pajarito.—Sandya enrojeció hasta las orejas.

—No se supone que deberías verla.

Alessandro rió, le encantaba ponerla en esos aprietos. Y comprobar cómo su rostro se teñía de carmesí a una velocidad sorprendente.

—¡Vamos, Sandya, sé que puedes hacerlo! No dejarás a un hombre cansado afuera ¿verdad?

Sandya sabía que era una completa manipulación, pero aun así dejó que él hiciera lo que quisiera.

—¡De acuerdo!

Dante la ayudó a llegar al borde y luego ella se deslizó hacia el otro lado. A Alessandro se le borró la sonrisa del rostro cuando escuchó un sonido de golpe seco.

—¿Te encuentras bien? ¿Sandya? —Si bien el tono era suave, preocupado, la diversión acentuaba los rasgos de su rostro.

—Me reconforta ver que te lo estás pasando en grande esta noche.

—Como nunca antes y eso merece un brindis —sonrió él reculando algunos pasos para darse impulso y escalar la barrera que los separaba.

Cuando cayó con un ágil salto junto a Sandya en el suelo está blanqueó los ojos. Continuaba riéndose.

. —Sabes, te podía haber abierto la puerta. Espérame aquí. —Se puso de pie de un salto y se alisó la falda larga del vestido mientras caminaba hacia el interior de la casa.

Diez minutos después Sandya había regresado con una botella de vino y dos copas. Alessandro decidió prescindir del refinado cristal y beber directamente de la botella.

—¿Y por qué brindamos?

—Por la primera de muchas nuevas experiencias durante el resto de la noche.

Sandya notó que empezaba a sofocarse. Se llevó la boca de la botella a los labios y tomó un sorbo. Hizo una mueca cuando el espumoso vino blanco le cosquilleó la garganta y le abrasó el estómago.

—¿Te gusta? —preguntó Alessandro, tomando la botella de sus manos. La joven asintió y él apuró un trago para inmediatamente a continuación, dejar la bebida olvidada en el piso de mosaicos.

Alessandro la contempló con expresión inescrutable y Sandya se ruborizó bajo esa mirada firme y se apresuró a bajar la vista. La energía entre ellos había cambiado a lo largo de la velada.

Como Sandya guardaba silencio, le pasó las yemas de los dedos con infinita suavidad por los pezones. Ella sintió casi un dolor en lo profundo del vientre: la horrorizó lo que estaba sucediéndole.

—Sabes que esta noche sólo puede acabar de una única forma, ¿verdad?

—¿Con un coma etílico? —rió achispada y encantada porque estaba pasando un maravilloso momento.

—Conmigo dentro de ti.

El corazón le dio un vuelco a Sandya ante la crudeza de sus palabras. Lo observó sin esconder ninguno de sus pensamientos y sus deseos. Ella también deseaba a Dante Barone, deseaba estar entre sus brazos y hacer el amor con él. Pero su mente se ahogaba en un borrascoso mar de dudas. Él la había hecho sentir por primera vez deseable, humana, y valorada.

Los nervios empezaron a atenazar a la joven. Ella no era la mujer sofisticada, esclavizada entre el gimnasio y dietas absurdas, y quizás él no podría evitar establecer comparaciones, y eso la preocupaba. ¿Lo decepcionaría su cuerpo imperfecto? ¿Debería confesarle que era virgen? ¿Y si se burlaba de ella?

No, imposible. Sabía que estaba en buenas manos con Dante.

Él debió notar su vacilación porque el italiano sonrió y sus labios le acariciaron la frente, la mejilla, la mandíbula, enviando oleadas de placer a sus terminaciones nerviosas. Ella abrió los labios, soltando una exclamación.

—No pienses, solo déjate llevar —le susurró.

Sandya quiso protestar, pero su protesta fue silenciada cuando los labios de él descendieron sobre los suyos y con experta habilidad la obligó a entreabrirlos. Alessandro había actuado con celeridad y ella no tuvo tiempo de pensar en tácticas defensivas.

El contacto, la proximidad primitiva y viril, despertaron en ella algo igual de primitivo: se sintió extraña, distinta. Se apoyó contra él como si fuese el único objeto sólido en un mundo turbulento, y cuando él la apretó más sintió la dureza entre sus piernas. Sus labios y manos recorrían sus curvas con una intimidad que la aterrorizó un poco y nuevamente titubeó.

—Dante, yo nunca antes me había sentido así —se sinceró jadeando—. No sé mucho de estas cosas. No... no tengo ninguna experiencia —dijo bajando la mirada.

Alessandro meditó un momento antes de deducir algo, que le resultaba imposible.

—Sandya, ¿eres virgen? —su pregunta fue suave, de terciopelo.

Los ojos de la muchacha parecían más grandes que nunca cuando asintió, completamente ruborizada.

—Dios, ¿cómo era eso posible? —sacudió la cabeza atontado, maravillado — ¿Acaso los hombres españoles no tenían ojos en la cara ni sangre en las venas?

—Estás decepcionado —murmuró ella de inmediato, pero sonó más a una pregunta.

Al ver el brillo de las lágrimas en sus ojos, Alessandro sintió que se le encogía el corazón.

—Supongo que por tú temor a salir. A la gente...

—Para hacer el amor solo se necesita otra persona y algún lugar privado.

—¿Qué quieres decir?

—Que si considerase la virginidad como una pesada carga y hubiera querido deshacerse de ella, lo podría haber hecho.

—Pero no lo has hecho.

—No —dijo, en voz baja pero firme.

—¿Por qué?

—Por... porque no quiero lo normal, fácil, y simple. Porque no quiero que la gente, la sociedad en general, me diga que existe una determinada edad límite para ser virgen, o que tengo que acostarme con una persona para tener su respeto o para ser la suficientemente mujer.

—Pero, sin embargo, hasta hacía un rato, estabas dispuesta a entregarte a mí. ¿Por qué ahora? ¿Por qué yo? —Ella guardó silencio azorada. Bajó la mirada y comenzó a esconderse en ella misma. Alessandro la apremió, necesitaba una respuesta—San...

—¡Porque te quiero! —soltó de improviso. ¿Quién decía que Dante tenía que decirlo primero? Ella lo sentía y quería que lo supiera. Las dudas que había sentido habían desaparecido como por ensalmo. Apenas nada parecía importar, excepto estar con Sandya.

Se le entregó por completó cuando él deslizó sus manos sobre sus caderas para acercarla hacia su cuerpo. Sandya no hizo ningún esfuerzo por ocultar que le necesitaba. Él sabía cómo excitarla y lo hizo; ella le abrazó. Sabía que más tarde lo despreciaría, pero los deseos locos por poseerla; aunque fuera una única vez, se apoderaron de su mente y su cuerpo hasta que se estremeció. La habilidad apasionada de Lena, ni la de ninguna otra mujer con la que hubiese estado, lo habían excitado de esa forma. Se dio cuenta de

que solo Sandya tenía ese efecto en él y pensando en eso, empezó a preguntarse si, una vez caído el telón de su falsa, podría convencerla para seguir viéndose. Para que fuera... la mia amante

Ella podría mudarse a su ático de Palermo y él cubriría todas sus necesidades; tanto físicas como económicas. A cambio, ella solo tendría que recibirlo con los brazos abiertos... E con le gambe aperte.

La idea gráfica de aquel pensamiento, lo excitó aún más.

Un gruñido grave y primordial escapó de su garganta.

Nunca antes había hecho el amor con una virgen, pero maldita fuera si permitiría que fuera otro, y no él, quien la poseyera por primera vez.

No esperó el consentimiento de la joven, inclinó la cabeza hacia ella y tomó posesión de su boca una vez más.

Las manos del hombre sobre su cuerpo la hicieron arder como si tuviese fiebre. Se estremeció y, sin advertirlo, le rodeó el cuello con los brazos: estaba respondiendo al beso.

Alessandro gruñó, la levantó en brazos y la llevó hasta el sofá que acicalaba el patio. Le haría el amor allí mismo, por temor a que cambiara de idea durante el corto trayecto al dormitorio. Con destreza la colocó a horcajadas. Pese a la gran diferencia de altura y tamaño que existía entre ellos, encajaban perfectamente. Era como si Sandya hubiera nacido para formar única y exclusivamente parte de él.

Sin vacilación, le acunó con ambas manos las nalgas y la atrajo más hacia la dura pared de su cuerpo y la hizo montar la montaña resurgente de sus pantalones. La reacción fue instantánea. Notó como los pezones se le endurecían y como la piel se le ponía de gallina.

Desesperado por sentir piel contra piel, la separó solo lo justo para deshacerse de la chaqueta y de la corbata que volaron al suelo con despreocupación. Le enterró los dientes en el labio inferior al tiempo que tomaba sus pequeñas manos entre las suyas y la urgía para abriera uno a uno los botones de su camisa. Cuando su torso quedó al descubierto y ella dibujo con las yemas de sus dedos sus acerados músculos, todo su maldito cuerpo entró en erupción.

Gimió excitado.

Lo quería. Lo necesitaba. En ese instante. Ahora. Siempre.

Le subió la falda del vestido, convirtiéndolo en una maraña de telas revueltas entorno a las caderas.

Un instante después, Sandya se dio cuenta de que le bajaba el cierre del

vestido y una corriente de aire frío le estremeció la espalda.

Ella enterró los dedos en su pelo negro y corto y se pegó más a él, arqueándose, dejando que sus senos se aplastaran contra el ancho pecho masculino, pidiendo en silencio que se los tocara.

Afortunadamente, Alessandro descifró lo que necesitaba, y rápidamente deslizó por los hombros los tirantes de su vestido y le desabrochó el sujetador. Cuando la fina lencería cayó al suelo. Sus labios cálidos y húmedos volvieron a aprisionar los de ella y comenzó a acariciar su piel, pronta a la respuesta. No pudo reprimir un suspiro de deseo cuando sus manos ansiosas recorrieron sus senos hasta causarle dolor.

Cuando sus dedos atraparon sus pezones endurecidos ella sintió una corriente eléctrica recorrerla de arriba abajo, despertando partes de su cuerpo que desconocía tener. Comenzó a mover las caderas instintivamente. Su cuerpo le estaba diciendo lo que necesitaba. Alessandro cambió sus caricias, utilizó su boca para seguir degustando aquellos pechos turgentes y suyos. Sus dedos rebuscaron la tentadora piel inexplorada de su monte de venus, arrancándole un gemido y un estremecimiento. Ella ladeó su cuello y él le mordió el cuello solo para al abrir los ojos, saber que todo lo que había construido se esfumaría en ese mismo instante.

Alessandro blasfemó en italiano mientras Sandya seguía su mirada, por encima de su hombro desnudo.

—¿Jules? —preguntó incrédula. Estaba pálida como las paredes, pero pasó enseguida a un rojo intenso de vergüenza, que ni las sombras de la noche eran capaces de disimular.

Sandya se quitó rápidamente de encima del hombre al que había entregado su corazón y con el que había estado a punto de despedirse de su virginidad y comenzó a colocarse el vestido con torpeza.

Alessandro hizo lo propio y sin ninguna pizca de pudor empezó a abrocharse la camisa y el cinturón de sus pantalones. En ningún momento se preocupó por disimular la intensidad de su excitación. Sus ojos verdes taladraban a la condenada mujerzuela que había extinguido con un jarrón de agua fría el fuego que los estaba consumiendo a Sandya y a él hacia solo un instante.

Julianne Belmonte lo lamentaría algún día.

Lo juró.

—Yo... —vaciló su amiga.

Sandya le suplicó con la mirada que les diera un minuto más a solas.

Julianne apretó los labios y los puños y asintió.

—Te esperaré dentro, San.

—Sandya, espera.

Ella se giró y él, sin pronunciar ni una sola palabra, levantó la mano y la sujetó por detrás de la cabeza. Su boca descendió sobre la de ella. Sus labios tibios y firmes, suaves y poderosos, desvanecieron todos los pensamientos en su mente. Antes de que se diera cuenta, sus manos se movieron desde su cabeza hacia su cuerpo, y aquellos enormes brazos rodearon su esbelto torso.

Alessandro le besó su labio superior, su labio inferior, antes de que su lengua entrara demandantemente en su dulce boca. Su corazón palpitó con fuerza y su cabeza comenzó a dar vueltas. Podía saborear a ese hombre ahora más que nunca. Era sobrecogedor. El ligero sabor del vino le encendió los sentidos como si fuera pólvora. Él la consumía hasta el punto en que ella no podía respirar, sus labios y su lengua hacían cosas obscenas a su boca, que ni si quiera solo unos instantes, cuando estuvieron a punto de hacer el amor, le había hecho.

¿Había estado reprimiendo sus impulsos?

¿Por ella, para no asustarla porque era su primera vez?

Estaba comenzando a analizarlo, experimentarlo, cuando repentinamente la soltó.

La sensación había sido tan intensa, aguda, que Sandya se estremeció. Sus labios temblaban y él lo notó. Entonces le acarició la boca.

No debería haberlo hecho, se recriminó mentalmente Alessandro. Porque la imagen de los labios de Sandya, hinchados y húmedos por el beso, lo perseguiría por el resto de los días. Pero sabía que aquel podía ser su último beso, y deseaba, por encima de cualquier cosa, que ella no lo olvidara nunca.

—Quiero que recuerdes este momento, este beso. Siempre —susurró, sabiendo que quería mucho más.

Capítulo 12

Julianne estaba de espaldas a ellos y se giró con brusquedad cuando el sonido de la puerta al cerrarse, al parecer, la trajo de vuelta de sus cavilaciones. Sus ojos brillaban de furia.

Sandy, aún ruborizada porque su mejor amiga la hubiese pillado in fraganti con Dante, apretó más fuertemente la mano masculina. Él le devolvió el apretón.

Alessandro bajó la mirada y la clavó en los castaños fieros de Julianne que parecía a punto de saltarle a la yugular.

—¿Te divertiste mucho jugando al hombre de las mil caras, Alessandro Visconti? —escupió sin preámbulos y con el rostro ligeramente hacia arriba y con la mirada desafiante. Ella no era tan pequeña y menuda como su amiga—. ¿O debería llamarte Dante a partir de ahora?

Con el ceño fruncido de preocupación, Sandy se apoyó en el quicio de la puerta temiendo que las rodillas le fallaran.

La noche, hasta hacía un escaso instante, estaba siendo mágica, pura perfección, y ahora, en cambio, se estaba desmoronando a su alrededor como un castillo de naipes.

—¿Julianne, pero qué...? —comenzó confusa, soltando la mano a la que se aferraba como un moribundo a un salvavidas y aproximándose.

—¡Dime, Alessandro! ¿Te divertiste jugando al gato y al ratón con Sandy, cuando no eres más que un maldito egoísta embustero? —rugió su amiga amenazadoramente, casi mostrando los dientes y con el cuerpo entero vibrando de ira.

El aludido, que era inmune a cualquier sentimiento que pudiera tener la joven por él en ese o en cualquier otro momento, simplemente la observó con atención. Porque si algo debía reconocer, era que aquella castaña parecía una leona defendiendo a su cachorro de un depredador. De él.

—¿Quieres una respuesta o solo es metafórico? —preguntó cínicamente, Julianne levantó la mano con rapidez para abofetearlo, pero él anticipó su movimiento y la agarró de la muñeca evitando el impacto.

—¡Julianne! —gritó Sandy al ver lo que iba a hacer. Su amiga no era una persona violenta, jamás lo había sido, hasta ese momento.

—¡Eres un vil, cerdo, despreciable! —continuó con su rosario dominicano

de blasfemias hacia Alessandro, mientras él soltaba su muñeca con la clara advertencia de que no lo volviera a intentar. Los ojos femeninos llamearon cuando preguntó—. ¿O acaso ella te permitió esas libertades luego de explicarle el lugar que ocupa Lena Cameron en tu vida?

Sandya le dirigió una mirada ansiosa a Julianne y Alessandro cerró las manos en puños. La furia estaba llegando cada vez más a niveles peligrosos, pero no podía dejarse amilanar. Había demasiado en juego.

Levantó una ceja y la miró con aburrimiento.

—Si vas a comenzar a golpear mi pecho, puedes guardarte esos arranques dramáticos para Santo —respondió él sin disimular el odio que sentía en esos momentos por la peruana, quien reaccionó como una hiena en busca de carnaza.

—¡Dile, maldito sinvergüenza, dile! ¡Ten los suficientes pantalones para decirle que le has estado mintiendo todo este tiempo! Dile que eres Alessandro Visconti y no Dante Barone. Que eres un hombre casado y que estás esperando a tu primer hijo. ¡Qué ayer mismo estuviste bailando con tu esposa en una fiesta en Palermo!

Sintiéndose cada vez más mareada, Sandya trató de calmarse y de digerir la sarta de acusaciones que se echaban el uno al otro. Rezó para que nada de lo que oía fuera cierto. Pero sus emociones, que estaban en carne viva y dolían, mucho peor que cualquier dolor físico que alguna vez hubiese podido padecer, parecían confirmarle el peor de los presagios.

Las lágrimas brotaron de sus ojos, pero las contuvo como pudo y se colocó delante de Alessandro. Ansiosa y aún, ridículamente, esperanzada echó el cuello hacia atrás para encontrarse con su feroz mirada verde.

—Dime que no es cierto lo que acaba de decir Jules. Dime que no eres Alessandro Visconti, y que no estás casado y que no esperas a tu primer hijo. —Había enganchado los dedos en su camisa elegante y los retorció en la tela—. Dime que te está confundiendo con otra persona... Dímelo. Por favor...

Pero por primera vez, él parecía no saber que decir y ella tuvo que reconocer la única y desgarradora verdad: La había engañado como a una tonta.

Entonces lo abofeteó. Las palabras no parecían ser suficientes para expresar la rabia y humillación que sentía en esos momentos, para detener la hemorragia que salía a borbotones de su corazón herido.

—Fuera —murmuró ella mientras daba un paso atrás. Las lágrimas iban dejando un lento rastro por sus mejillas—. Márchate.

—San...

Él la rodeó con un brazo, tratando de atraerla contra su pecho, pero ella retrocedió apartándose de su alcance. Vio en sus ojos cómo se resquebrajaba y se desvanecía la esperanza, antes de que empezaran a rodar por sus mejillas las lágrimas que había estado conteniendo. Habría querido dar un paso hacia ella, abrazarla y asegurarle que todo se arreglaría, pero era imposible.

—¡He dicho que te marches! —chilló fuera de sí—. ¡No quiero volver a verte nunca más!

Sandya le volvió la espalda y dejó que el llanto silencioso desfigurara su rostro mientras se dirigía a las escaleras y subía tan rápido por ellas como su largo vestido negro de gala y pies descalzos se lo permitieron.

El corazón de Alessandro se había parado mientras veía a Sandya desaparecer ante sus ojos como una estrella fugaz. Apretó las manos, luchando contra el impulso de salir corriendo tras ella.

Tenía la terrible sensación de que conocer a la canaria había sido como un bonito sueño del que acaban de despertarlo de golpe. No estaba acostumbrado a confiar en nadie, y esa mujercita de increíbles ojos era su única debilidad. Nunca había tenido nada o a nadie en su vida al que no podía dejar atrás. Eso era imposible con ella. Sandya calentaba algo muerto y frío dentro de él. Nadie más podía darle vida a él como ella lo hacía.

Y la acaba de perder.

Se obligó a pasar el aire a través de sus pulmones, poco dispuesto a admitir que tenía un talón de Aquiles y regresó toda su atención a la maldita mujerzuela que había precipitado los acontecimientos, que había desbaratado los planes que tenía para Sandya y él. Aquella que lo miraba con odio, había reventado la burbuja devolviéndolo a la horrible realidad

Una oleada de puro odio y resentimiento se desató en su interior cuando sus miradas se encararon de nuevo.

—Así que no solo el exhibicionismo es parte de tu paquete de habilidades —comentó Alessandro con voz baja, espeluznante—, sino también el voyerismo y la tendencia a ser la mujer maravilla.

La aludida se cruzó de brazos y ocultó su enfado penosamente con una máscara de serenidad. Se dirigió a la puerta de entrada y la abrió. Una expresión burlona y vencedora no tardó en llegar a su rostro.

—A diferencia de ti, yo no pretendo esconder mi relación con tu hermano. Yo no lo engañé, ni él a mí. Así que no vuelvas a atreverte a sacar

conclusiones de nuestra relación.

—Relación... —ironizó él arrastrando la palabra—. Tu relación con mi hermano es solo el capricho del hombre cazador por la presa que se le resiste. No te creas tan importante, Julianne. He visto las idas y vueltas de Santo por mucho tiempo para conocer el final de este... capítulo —Él miró con satisfacción cómo se marchitaba aquella burlona expresión del rostro de la mujer—. Tú no eres más que otra en su larga lista. La última conquista, el pico de cualquier montaña. Pero siempre habrá otro pico más alto y más difícil de conseguir. Te lo aseguro.

—Eso no es cierto. Tú no sabes nada —se defendió, pero la palidez inmediata que adquirió su rostro le confirmó que sus palabras debían de habersele clavado como dardos en el pecho. Alessandro no sintió lástima alguna por ella. Se lo merecía—. Aléjate de ella, Alessandro. Vuelve con Lena a Palermo.

—Entonces está mal que Sandya salga con un hombre casado, pero tú no. Pintoresca moral para una hipócrita mujer como tú, Julianne Belmonte.

—Mi relación con tu hermano, no está fomentada en mentiras, Alessandro —murmuró ella rechinando los dientes—. Ambos entramos en ella a sabiendas de lo que había. No como tú, que engañaste a una inocente. Él es un buen hombre y no es un misógino amoral como tú. Si quieres meterte en la cama de Sandya, pero no dejar toda tu vida, menudo cretino estás hecho —Negó—. Creo que te dijeron que te largaras, ¿o eso tampoco lo escuchaste?

Al pasar a su lado le golpeó ligeramente un hombro. Poco a poco, volvió la cabeza y la miró fijamente.

Julianne tragó saliva al ver su sombría expresión.

—Assicurarsi di chiudere la porta, Julianne.

Abandonar aquella casa, dejar a Sandya justo en aquel momento, fue lo más difícil y doloroso que había hecho jamás.

Capítulo 13

Santo le indicó a su hermano que lo siguiera a su despacho en Visconti società di produzione. La reunión que los había mantenido ocupados gran parte de la mañana había sido un rotundo éxito y ahora solo les quedaba discutir un asunto monetario.

—Theron Xenidis...

—No me preocupa lo más mínimo lo que haga Xenidis.

—Creo que lo admiras, porque te recuerda demasiado a ti.

Ambos se encaminaban por los pasillos, discutiendo más sobre el asunto, cuando Alessandro se detuvo bruscamente, como si de repente hubiese presenciado el último fenómeno astronómico del universo en un lado concreto de la estancia.

—¿Y mi hijo? —pronunció acercándose a la mesa que ocupaba la asistente de Santo con cara de pocos amigos. La mujer empalideció—. ¡Lo dejé a su cargo!

—La señorita Belmonte dijo que se ocuparía de él, señor —se apresuró a defenderse rápidamente la joven.

—Estaba bajo su supervisión. ¡Era su responsabilidad!

—Alessandro, hermano, relájate. Dante está en las mejores manos.

Alessandro ignoró el alegato acérrimo que Santo hacía de su nueva amante. Giró sobre sus pies y, como un toro embravecido, salió disparado hacia el primer ascensor que encontró a su paso. Apenas se había precipitado dentro del cubículo que lo conduciría a la última planta del edificio cuando las puertas que comenzaban a cerrarse, de repente, se abrieron de nuevo bruscamente. Santo pasó a su interior con él.

—Será mejor que te calmes, Alessandro. Julianne está embarazada de mi hijo y si le ocurriera algo al bebé o a ella, juro por lo más sagrado que olvidaré que eres mi único hermano.

—Entonces será mejor que le recuerdes cuál es su lugar.

—¿Este despliegue de ira es porque Julianne se llevó a Dante sin tu consentimiento o porque detestas la idea de que Sandya conozca el único y verdadero motivo por el que has renunciado a ella?

Sandya.

Sandya Garci estaba allí

Sintió una emoción que solo había experimentado con ella. Todavía no podía creer que estuviera en el edificio, a solo unos cuantos metros de distancia de él.

—No digas ridiculeces —sentenció apretando la mandíbula con frustración—. No se puede renunciar a algo que nunca te ha interesado.

—Respóndeme a una duda, hermano. ¿Qué es peor: hacer el amor sin amar o amar sin hacer el amor? Tú mejor que nadie conoces la respuesta, ¿o me equivoco?

—Hablas como un idiota enamorado.

Santo se relajó un poco y se echó a reír sincero.

—Soy un idiota enamorado. ¡Amo a Julianne! —Alessandro se fijó que a Santo no le importaba si el universo lo escuchaba. Por primera vez, su hermano estaba seguro de lo que sentía—. He encontrado el amor y con él también la razón y el sentido de la vida. Deberías probarlo alguna vez. Te sorprendería.

Las puertas del ascensor se abrieron afortunadamente justo en ese instante y un momento después Santo abrió la puerta del ático.

—Te dije que estaba bien cuidado —murmuró Santo mientras ingresaba en el apartamento al ver la tierna estampa que le dio la bienvenida. Se echó a un costado y dejó que Alessandro pasara también.

Julianne abrió los ojos de forma abrupta y se enderezó con rapidez. Pero toda la atención de Alessandro se disparó directamente hacia la menuda mujer que sostenía en su regazo a su hijo.

Sandya.

Le llevó un autocontrol increíble quedarse parado donde estaba y no ir hacia ella y tomarla en sus brazos. Habían transcurrido varios meses desde su desventurada última cita, y tuvo que reconocer que la echaba terriblemente menos.

—Julianne, Sandya —saludó él de manera casual, como si su cara nunca hubiese estado buceando entre los pechos de una de aquellas dos mujeres y sus manos surcando el vértice entre sus muslos.

—¿Así que no tuviste mejor idea que traer a Dante a la productora? —preguntó Julianne enfadada.

—No ha sido culpa suya, Aretusa —lo justificó Santo haciéndose a un lado y sentándose al lado de su mujer—. Lena ha elegido este glorioso día para visitar Milán.

Sandya guardó silencio, pero su aguda mente sabía que esa semana había

un desfile de modas con ropa de la estación. Frunció el ceño, no recordaba dónde lo había visto. Pero prefirió no opinar nada. Así como tampoco pensaba prestarle a Alessandro Visconti más atención de la que se merecía. Con la resolución de mantener la cabeza alta y fría, levantó la mirada hacia él. La estaba observando atentamente.

No, ella no era como él. No era una fría cínica sin corazón. No podía aparentar que nada había pasado. Pero su determinación se iba esfumando poco a poco bajo el escrutinio de esa mirada masculina que la hacía revivir en su mente los momentos de intimidación que habían compartido. Su maldito cuerpo traidor también parecía recordarlos.

—¿Regresarás pronto a casa esta tarde? —preguntó Santo entrelazando la mano de Julianne con la suya, pero mirando a su hermano—. ¿Te quedas a comer?

—No, tengo una reunión para almorzar. Julianne... ¿Podrías... ? —A Alessandro le costaba un esfuerzo sobrehumano pedir favores, más si cabe a aquella desesperante mujer que lo miraba como si no pudiese dar crédito a la que, sin duda, sospechaba sucedería a continuación.

—¿Te podrías hacer cargo de Dante por unas cuantas horas más? —murmuró con voz fuerte, exigente. Los ruegos no se habían hecho para él. Ni siquiera las buenas formas. Él tenía una pasmosa facilidad para lograr que cualquier cosa que saliera de sus labios sonara insultante, incluso, algo tan básico como solicitar ayuda.

Julianne lo miró meditabunda. A raíz de lo ocurrido con su mejor amiga, ella siempre lo miraba con esa simpática expresión que le gritaba: “¡Canalla! ¡Bastardo!”

Si la Santa Inquisición aún existiera, ella lo acusaría de herejía, pensó y las comisuras de su boca se contrajeron en una casi sonrisa.

Todos sentidos se concentraron en Sandya. Apenas le había quitado los ojos encima, a ella y a su hijo, o para ser más concretos, al efecto que ejercían ambos juntos. Sandya estaba dándolo todo de sí para aparentar normalidad y no salir corriendo a un lugar solitario en el que se sintiera segura. En pocos meses había llegado a conocer demasiado bien como para saber que sentía, que la atemorizaba, y sobre todo, quien la afectaba.

—Claro, Sandya y yo podemos hacernos cargo de esta preciosura —aceptó la latina que muy pronto convertirían en padre a su hermano también.

Santo acaparó la conversación mientras le contaba a Julianne algunas cosas de la productora. Alessandro apenas entendía la entusiasta verborrea

que salía de su hermano, él estaba más ocupado analizando cada gesto, cada movimiento, de la silenciosa Sandya, que se dedicaba a hacerle carantoñas a su hijo. Aunque trataba de fingir, él sabía que debía estar tan conmocionada como él. Alessandro aprendido a leer en ella, por ello, podía contemplar con nitidez la tormenta de emociones contradictorias que debía haberse desatando en su interior. Él era el maldito rey en su mundo. Solo un ciego no sería capaz de ver que, cuando esos estaban juntos en la misma habitación, era como estar en medio de una ojiva. Juntos podían hacer combustión espontánea en cualquier momento.

—¿En serio, cariño? —escuchó preguntar Julianne de repente a Santo.

—Sí, pronto nos harán falta manos para las nuevas producciones que estamos negociando.

—Eso es fantástico, amor —concedió la embazadísima mujer mientras se acariciaba tiernamente el vientre redondeado—. ¿Santo, y Ces?

—Cesare está haciendo algunas cosas. ¿Por qué, cariño?

—Ah... Es que pensé que si estaba desocupado podría hacerle compañía a Sandya, puesto que lamentablemente no nos acompañará esta noche a la reunión que tu abuela Teresa ha organizado. Tal vez podría venir antes y verificar si esa librería que está casi escondida al doblar la esquina está lo suficientemente vacía como para hacer una visita rápida.

Sandya levantó la mirada y abrió los ojos con sorpresa porque sabía lo que estaba tramando.

—Le diré que luego lo verifique —murmuró Santo frunciendo el ceño.

En los ojos de Alessandro brilló una chispa y el musculo de su mejilla se le contrajo peligrosamente. Se encontraba muy próximo al punto de ebullición.

La maldita Aretusa de su hermano debía dejar de jugar con fuego si no quería salir chamuscada.

—Shh, Shh —Sandya meció a Dante cuando se removió un poco en sus brazos—. Está por quedarse dormido de nuevo.

Santo sonrió y miró a su hermano. La bigardía casi echaba chispas por los ojos del hombre.

—¿Dejamos que Dante duerma en la cuna del cuarto del bebé? —Sandya asintió y se fueron juntas hacia la acogedora habitación.

Cuando ambas mujeres y el bebé fueron engullidos por la habitación, Santo observó a su hermano apretando la mandíbula casi hasta romperse los dientes.

—Según Rochefoucauld, los celos nacen del amor, pero no mueren con éste

—acotó Santo— *Y no se equivoca, ¿verdad, Alessandro?*

—*El amor hace que las personas hagan y digan cosas locamente estúpidas ¿verdad, hermano?* —respondió dando una certera puñalada.

—*Es la locura más maravillosa* —rió socarronamente.

Capítulo 14

Sandya deslizó el albornoz por sus hombros y lo colocó junto al estante de las toallas. Completamente desnuda, se metió dentro de la bañera e intentó relajarse. El espacio que la rodeaba era sin duda un espacio contemplativo, más que un cuarto de baño. La vista era el elemento más poderoso del lugar, y por ello el interiorismo giraba en torno a ella: una bañera al mar y un lavabo cuyo reflejo mostraba una panorámica increíble de Palermo. Su aparente calma invitaba al descanso y hacía del entorno un sitio perfecto para evadirse, para desconectar del mundo exterior envuelta en las melodías del compositor Ivan Torrent, quien dominaba el género musical moderno de tipo clásico.

Gimió complacida. Apoyó la cabeza en el respaldo de la bañera y no se movió.

Sumergirse en una rebotante bañera de agua caliente, aromatizada con sales y esencias puras, siempre la había ayudado a aliviar los dolores musculares, tras pasar incontables horas sentada detrás de un ordenador, y a meditar. Su cerebro vagaba libremente y ella podía soñar, proyectar nuevas ideas para sus trabajos, y sobre todo, pensar...

En él.

En Dante...

Sandya meneó la cabeza en señal negativa y sintió sus ojos llenarse de lágrimas.

Dante Barone no existía. Solo había sido un personaje que Alessandro Visconti había decidido interpretar para alcanzar un objetivo, para poner una bandera más en la cúspide de su éxito.

Ciertamente, había hecho un trabajo magistral, digno de algún galardón cinematográfico, sin lugar a dudas.

Pero reconocer aquella verdad solo logró que las lágrimas brotaran más rápido.

Se concedió un par de minutos y lloró todo lo que había estado reteniendo, todo lo que había estado reprimiendo durante el resto de la tarde, mientras fingía que seguía siendo la misma impasible mujer de siempre. La realidad era que, ahora más que nunca, era la mujer rota y atormentada que siempre fue.

Alessandro simplemente había hecho lo que el resto de la gente que se suponía la quería había hecho durante toda su vida: defraudarla, utilizarla y sobre todo destrozarla.

Un dolor sordo y palpitante la recorrió de arriba abajo.

Ni siquiera podía estar enojada con él más de lo que estaba consigo misma. Ella era la única responsable de que la engañaran como a una auténtica idiota. Porque solo los idiotas podían ser lo suficientemente estúpidos como para caer en las redes de un jugador nato, de un tramposo sin escrúpulos... Y para enamorarse de él.

¿Cómo pudo ser tan descuidada con él?

Su amor era imposible.

Alessandro Visconti era un sueño imposible.

El peso de esa única e indiscutible verdad cayó sobre sus hombros una vez más. Cerró los ojos un momento e inspiró, en un intento por calmar las inagotables lágrimas que llenaban y llenaban sus ojos.

Habían ocurrido demasiadas cosas en las últimas horas, y no necesitaba que nadie más viera que era un auténtico desastre. Lo sabía. ¿Acaso no era lo que incansablemente su propia familia le había recordado día tras día? ¿Acaso no se avergonzaban tanto de ella que en el único lugar donde se sentía plenamente segura era encerrada en su reducida habitación?

Torturada por los recuerdos, Sandya tomó una enorme bocanada de aire hasta sentir que sus pulmones se hinchaban. Entonces se sumergió completamente bajo el agua. Aún podía escuchar, en un eco lejano, Wars Of Faith del compositor Ivan Torrent. No supo cuantos segundos pasaron antes de que el exterior, de quien quería escabullirse, quedara mudo.

Preocupada, Sandya emergió abruptamente del agua, aspirando con avidez grandes bocanadas de aire mientras, apresurada, trataba de quitarse de los ojos los cabellos empapados que le caían en desorden sobre su cara y hombros.

Alessandro se entretuvo contemplando el fabuloso espectáculo de su piel cremosa, húmeda y reluciente; y sobre todo, el maravilloso e impúdico vaivén que ofrecían sus apetitosos pechos coronados por puntas rosadas con cada movimiento. La reacción del italiano fue instantánea, y una erección empezó a crecer detrás de sus pantalones.

No sabía por qué la deseaba tanto, pero sí sabía que al imaginarla esa tarde con otro hombre le había invadido una furia y unos celos a los que no estaba acostumbrado, y no se sentía nada cómodo con esos pensamientos

confusos y esas emociones descontroladas. ¡Su maldito hermano había dado justo en la diana!

—Alessandro... —Sus ojos se encontraron y los de Sandya fueron los primeros en retirarse. Se había cubierto los pechos con los brazos y estaba roja como la grana—. ¿Qué... qué estás haciendo aquí?

—Tenemos una conversación pendiente.

—Te equivocas, tú y yo no tenemos nada de lo que hablar.

—Entiendo que estés molesta conmigo, pero las cosas no siempre son como parecen.

—¿Ah, no? Entonces debo entender que lo de que eres hombre un casado fue solo una invención de Julianne. Dígame, señor Visconti, ¿a cuántas tontas como yo ha engañado?

La canaria había regresado toda su atención a Alessandro. Lo miraba atónita, aún sin comprender cómo rayos había conseguido entrar al ático sin ser invitado a pasar. No comprendía tampoco que estaba haciendo allí de pie, parado frente a ella, abrasándola con el calor que desprendía su intensa mirada verde, y luciendo un elegante traje de etiqueta, con la camisa desabrochada a la altura del cuello y la corbata metida de manera descuidada en el bolsillo del esmoquin. Él debería estar en la cena que había organizado Teresa esa noche. La cabeza comenzó a darle vueltas y el corazón le martilleó con tanta fuerza que creía que iba a escapársele por la garganta en cualquier momento.

—Y hablando de amigas alcahuetas, ¿dónde has dejado al perro guardián que tu querida Julianne trata de meterte por los ojos?

—¿Te refieres a Cesare?

—He visto la expresión de su rostro cuando mencionan tu nombre. Le gustas.

La voz de Alessandro era engañosamente suave, pero Sandya vio que un músculo en la comisura de la boca se contraía peligrosamente.

—No seas absurdo, él solo hace su trabajo. Eso es todo. No todo el mundo es como tú.

—¿Y puedo saber cómo soy yo?

—Un mentiroso, un hipócrita y egoísta, un tramposo incapaz de cumplir sus promesas... ¿Pero sabes qué? No contaste con que, con el tiempo, todo se descubre; las mentiras más oscuras, las razones más ciertas y las personas más falsas.

—Veo que el paseo no ha logrado dulcificar tu temperamento, pajarito.

La expresión acerada de los ojos del hombre le advirtió que pisaba terreno peligroso, pero Sandya estaba demasiado enfadada como para hacer caso de la advertencia.

—No tienes por qué escucharme si no quieres —replicó—. Ahora, si has acabado de ejercitar por hoy tu cinismo, puedes marcharte, y yo no le contaré a tu hermano ni a Julianne que te cuelas en su hogar en medio de la noche como un ladrón. No creo que les guste mucho saber que su privacidad e intimidad son violadas.

—¿Y de qué me acusarán? ¿De invadir mi propiedad?

Ella agitó su cabeza confusa.

—Pero Santo, Jules...

—Santo siempre ha sido un espíritu inquieto, un caballo indomable incapaz de permanecer por mucho tiempo en el mismo lugar. Las suites de nuestros hoteles son su hogar. O lo eran hasta hacía poco. Ahora, mientras sustituye su deportivo del año por un monovolúmen, y finalizan las obras de la residencia que ha mandado a construir junto al mar, tú queridísima Julianne como él se hospedan momentáneamente aquí. Así que, sí, en efecto, para tu desilusión y para mi satisfacción, este ático y todo lo que hay en él me pertenece.

Sandy se esforzó en recomponerse. Le resultaba embarazoso dejar la bañera y exponer su desnudez a la sardónica mirada de Alessandro, pero también sabía que no podría permanecer por mucho más tiempo en su presencia. Ni siquiera se atrevía a mirarlo por demasiado tiempo a los ojos, porque si lo hacía, se rompería. ¿A quién demonios trataba de engañar? ¡Ya estaba rota!

—¿Necesitas ayuda?

—Podrías alcanzarme una toalla. ¡O mejor aún, salir fuera! ¿Es posible?

—¿Por qué tanto pudor? He tenido tus pezones en mi boca y mis dedos en tu sexo.

Ella le dirigió una mirada de odio ardiente. Alessandro le sonrió, amenazador, ante la expresión salvaje que presentaba.

—Sabes, pajarito, el hecho de mirar algo supuestamente prohibido, morboso, me excita y estimula, y me hace querer más. Levántate y déjame verte —demandó él con calma mientras se quitaba la chaqueta.

Los ojos de ella parecieron más grandes que nunca.

—¡Estás loco si piensas que puedes darme órdenes! —chilló.

Tambaleante, Sandya intentó brincar fuera de la bañera, atrapar una toalla

y cubrirse, todo ello en un tiempo récord, pero Alessandro la atrapó en mitad del salto, rodeando con las manos la piel resbaladiza de la cintura. Por más que se retorció y se revolvió, Sandya no logró liberarse de su captor; quien, rápidamente, la sacó de la bañera y del cuarto de baño casi en volandas. Antes de que Sandya tuviese plena conciencia de lo que pasaba, se encontró en su dormitorio y aterrizando ridículamente de espaldas en el mullido colchón. Alessandro la había arrojado a la cama como si de un saco de ropa sucia se tratase.

Ella se retorció y luchó, pero él era demasiado fuerte y pesado como para poder escapar. Su cuerpo pronto estuvo completamente expuesto a su mirada. Él la contemplaba como un lobo acecharía a su comida del día, esperando el momento exacto para arrojarse sobre ella y devorarla.

Tembló, aunque no tenía claro si de frío.

Se hallaba atrapada. Terriblemente vulnerable.

Alessandro se inclinó hacia adelante y se sostuvo en él, colocando los brazos alrededor de ella como si quiera protegerla, pero en realidad, solo trataba de impedir que se escurriera debajo de su cuerpo. Llevó los labios y la nariz a su cuello. Su fragancia lo enloquecía, y la suavidad de su piel lo desarmaba por completo.

Dios, ella sabía cómo a un sueño perfecto.

La aplastó más con su peso y movió el bulto de su pantalón contra su ingle, de ida y vuelta, una y otra vez.

Sandya trató de nuevo de zafarse, pero él se lanzó abajo como un águila a su presa, y presionó sus labios contra los de ella. No la besó con la misma consideración ni ternura con la que lo había hecho la noche en la que le había entregado su corazón y había estado a punto de perder su virginidad con él. En esa ocasión lo hizo de un modo brutal. Casi la lastimó.

En un último e inútil intento, la joven sacudió la cabeza y trató de apartar su cara de la de él, pero Alessandro la sujetó e introdujo su lengua a la fuerza en su boca.

Ella cerró los ojos. Se sentía como si fuera a desmayarse. Su corazón latía tan rápido que lo notaba golpear en su pecho como un tambor.

En otras circunstancias, nunca habría cuestionado lo que estaba haciendo. Simplemente lo habría recibido encantada, le hubiese dejado tomar de ella todo lo que quisiera. En otras circunstancias, le habría rogado que se deslizara dentro de ella y le enseñase lo que era la pasión.

Pero eso habría sido en otras circunstancias.

Ahora, sin embargo...

Ella negó con la cabeza. No lo quería. No quería nada de eso. No quería ser la aventura casual con la que un padre de familia engañara a su esposa. Quería que se quitase de encima y la dejara en paz.

Pero una rodilla de él la instó a abrir las piernas. Ella luchó con las pocas fuerzas que aún conservaba pero no sirvió de nada. Y cuando él consiguió hacer su camino, una de sus manos firmes, fuertes y suaves, dibujó un sendero a lo largo de la parte interna de su muslo.

Podía sentir la dureza de su pene a través de la elegante tela del pantalón. Estaba tan duro como el acero, deseoso, y ella podía sentir la palpitación de su miembro.

—Si alguna vez me quisiste aunque fuera solo un poquito, no lo hagas — Ella lo miró con lágrimas en los ojos. Lo odiaba. Lo amaba—. No me humilles, ni me rebajes convirtiéndome en tu amante.

Alessandro la acalló con otro beso. Éste sorprendentemente suave. Cuando él separó su boca de la de ella, Sandya estaba temblando, y con el pulso acelerado.

—Aspetta me, perché tornerò per te, lo giuro.

Por fin se apartó y se arregló la ropa mojada con una indiferencia que la dejó helada. Sandya jaló las sábanas y cubrió su desnudez con ellas. No lo miró. Quería estar enfadada e insultarle, soltarle algo que lo hiriera, que lo hiciera pagar por haberla tratado así. Pero no le salían las palabras, y en cambio sintió un profundo deseo de tenderle una mano y recibirlo, esa vez sí, gustosamente en sus brazos. Pero no pudo.

—Yo no quería que las cosas fueran así, ¿lo entiendes? Si te hubiera conocido solo un año antes... —Se detuvo en la puerta antes de marcharse, de salir de su vida. Estaba enfadado. Su voz vibraba con furia. Ella no podía hablar. Tenía un nudo en la garganta—. Ahora ya no importa.

Sintiéndose descorazonada, Sandya notó el escozor de las lágrimas en la garganta cuando escuchó el portazo de la puerta. Se había ido. Ella lo había dejado ir. Se acurrucó en la cama como un feto lo haría dentro del vientre materno. Se sentía exhausta a causa de la inesperada tensión que había acumulado al resistirse tanto. Alessandro había estado a punto de usarla para su propio placer como si fuese un caro juguete sexual. Se preguntó si alguna vez le perdonaría semejante humillación, si podría olvidar. Repitió y grabó en su memoria las palabras que había pronunciado en italiano. Las había percibido como una amenaza. Una promesa. Sandya enterró la cara en

la almohada, intentando contener las lágrimas que amenazaban con desbordarse. Si hacía solo escasos instantes le había llevado toda su fuerza de voluntad ignorar la avidez de sus sentidos y seguir oponiendo resistencia, ¿cuánto tiempo podría resistirse a él si volvía a intentarlo?

Capítulo 15

Alessandro permanecía inmóvil, a los pies de la cama en su camarote, sin parpadear. Sus perturbadores ojos verdes sin duda advertían la represaría más espantosa que Lorenzo, el joven estudiante de medicina, pudiera imaginar si Sandya no mejoraba en las próximas horas.

Cuando vio como Lorenzo le desabotonaba algunos botones más de la camisa, se la separaba en dos mitades y la cima de uno de sus apetitosos pechos quedaba levemente expuesta, todo su cuerpo se puso peligrosamente en tensión. Quería apartar sus sucias manos de ella. Volvía a sentir la presión en el pecho, la insoportable punzada de celos. Solo parecía ocurrir cuando se trataba de Sandya, y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no lanzarse sobre el maldito hombre que le había colocado un estetoscopio y le realizaba una auscultación.

—Su frecuencia cardiaca y respiratoria parecen haberse estabilizado — comentó el joven médico, quitándose de los oídos los auriculares.

Una de las doncellas del barco eligió justo ese instante para salir del baño. En sus manos cargaba una jarra, palangana y unos paños. Lo dejó todo sobre la mesa de noche y esperó, como un entrenado vasallo, una orden suya.

Pero Alessandro regresó la mirada al aprendiz de medicina y a su adormilada paciente. Observó como la mano del insensato hombrecillo se perdía por debajo de la camisa de Sandya.

¡Su mujer!

El mundo a su alrededor se tiñó de rojo. El color de la ira. ¡De la sangre!

Rodeó la cama a la velocidad de un rayo. Agarró de la pechera al desgraciado y lo levantó. La doncella emitió un ruidito de sorpresa y se llevó un puño a la boca.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo? —retumbó.

—Co... comprobar su temperatura, señor —tartamudeó asustado el rubio muchacho mientras le mostraba lo que sostenía en una mano. Un termómetro.

Aflojando su agarre e intentando controlarse, Alessandro contempló con el ceño fruncido aquel pequeño instrumento médico unos segundos y por último lo soltó. Lo hizo tan abruptamente que si no fuera porque la cama estaba ahí,

a escasos centímetros de ellos, habría caído como un fardo muerto al piso.

Condenando su estúpido arranque de celos, le dio la espalda al pobre diablo y se pasó las manos por la cara. Hacía más de veinticuatro horas que no dormía y estaba demasiado agotado. Demasiado inestable e irascible.

—Habla —exigió cuando se giró de nuevo.

Lorenzo carraspeó y cauteloso relató:

—La temperatura ha bajado considerablemente desde ayer, aunque continua siendo un poco alta —Quedó momentáneamente mudo y paralizado al ver como la mirada de Alessandro adquiría un aspecto salvaje. En comparación con su larguirucho y desgarbado cuerpo, el de su jefe parecía el de un Titán. Temeroso de que pudiera destrozarlo, se apresuró a aclarar entre balbuceos —: Na... nada que no pueda solucionarse en las próximas veinticuatro horas, si... si cumple con mis consejos e indicaciones.

Alessandro se relajó con alivio.

Aquello eran buenas noticias. Afortunadamente para Lorenzo.

Complacido con el diagnóstico, observó que su empleada cogía la jarra y vertía el líquido en la palangana, disponiendo todo para comenzar con los baños de agua fría. Con un sencillo gesto de cabeza, detuvo sus avances.

—Retírese, ya me ocupo yo de ella.

La morena mujer de mediana edad, agachó la cabeza y asintió. Desapareció por la puerta tan rápido, que era evidente que agradecía poder escapar de su campo de visión; sobre todo, de sus posibles estallidos de ira.

Miró al muchacho ahora.

—Los dos.

—Por supuesto, señor —El infeliz recogía tan apresuradamente su equipo médico que se veía ridículamente torpe—. Llámeme si me necesita o si quiere que me encargue del cuidado de la señorita... —Su voz se apagó de repente y miró a Alessandro con angustia. Sandya era terreno prohibido, para él y cualquier otro, e hizo bien en recordarlo—. Co... con permiso.

Lorenzo se precipitó, casi como en una carrera de cien metros en las olimpiadas, a la salida del camarote. Alessandro se quedó finalmente a solas con Sandya, se sentó en el borde del colchón, junto a ella. La examinó. Ella parecía acalorada y tenía los labios resecos, agrietados. Le apartó el flequillo demasiado largo de la frente pegajosa por el sudor de las altas fiebres, y posó sus labios en la húmeda piel.

—Aún sigues ardiendo...

Siendo plenamente consciente de que su acto de amabilidad podía volverse en su contra, sin pensarlo dos veces, la desvistió por completo, dejándola tan desnuda como el día que había nacido. Cuando la última prenda cayó al suelo, la repasó de la cabeza a los pies. Se lamió los labios. El pulso se le había acelerado y podía sentir las palmas de sus manos transpirando mientras sentía un deseo creciente. Estaba ansioso por poseerla, pero contuvo el impulso de arrodillarse como un devoto feligrés entre sus piernas y hacerle el amor con la boca.

«¡Por un demonio, concéntrate!»

Alessandro tragó con fuerza. Tomó un profundo aliento y comenzó a doblarse los bordes de las mangas de la camisa blanca que llevaba hasta los codos. Cuando estuvo listo, sumergió uno de los paños en el agua helada que contenía la palangana y lo escurrió.

Aquella tarea podía resultar ser muy placentera, pero también una auténtica tortura.

Manteniendo en todo momento la vista y las manos alejadas de cualquier cosa que siguiera alimentando su lujuria, llevó el trapo hacia las piernas pálidas de la joven para darle unos frescos toques. Humedeció suavemente las plantas de los delgados pies femeninos. Seguramente eso la ayudaría. Más de una vez había visto a su cuñada Julianne hacerlo con Gianluca y Dante cuando estos hervían de fiebre.

Volvió a meter y emerger el paño en el agua. Atendió ahora sus piernas y sus deliciosos muslos. Cuando alcanzó peligrosamente su zona púbica, Sandya se contrajo; él apenas tenía que rozarla con sus dedos, para que todo su cuerpo se estremeciera.

Alessandro maldijo para sus adentros. Debería haber pena de muerte para gente como él, que encontraba erótica aquella situación. Debería avergonzarse, considerarse un degenerado, un enfermo. La mujer estaba a punto de consumirse por las llamas de la fiebre, y él solo podía pensar en poseerla. En reafirmar físicamente, lo que ambos sabían hacía casi cinco años.

Le resultaba deliciosa y el solo acariciar su suave piel pálida, lo había desear más. Muchísimo más. Deseaba despertarla para que participara activamente en ese torrente de seducción que, sin saberlo, su cuerpo había creado en un halo de estupor.

—¿Es acaso esto algún tipo de castigo? —se preguntó a sí mismo gruñendo

y separándose del todo de la engatusadora sirena que prometía conducirlo con su canto a las profundidades de una locura lujuriosa.

Soltó un fuerte bufido para echarse agua de la palangana a la cara. Aquella cercanía lo hacía sentir incómodo, lo hacía retornar a su juventud, cuando se debatía entre lo que deseaba y su deber. Había sido educado para obtener lo que quisiera sin importar nada. Ni nadie.

Ni siquiera Sandya.

Movió la cabeza en un suave balanceo.

Pero, sin embargo, todo se sentía extraordinariamente correcto cuando la mujer que yacía convaleciente en su cama, y que inconscientemente había provocado un revuelo, no solo en sus pantalones, sino también en su corazón, se entregaba por propia voluntad a sus besos y caricia.

Alessandro negó de nuevo y humedeció el paño. De vuelta en su asiento sobre el colchón, refrescó la piel satinada del abdomen de la mujer, y notó como los músculos de su vientre se comprimieron. Sus muelas crujieron cuando siguió el sendero de sus succulentos pechos y sus deseos más profundos lo llevaron a atrapar uno de los endurecidos pezones. Respiró entrecortadamente, ruidoso, pero se prohibió inclinarse para utilizar su lengua. Era perfectamente consciente de como sus extremidades ardían con deseo, pero luchó contra ello.

Lanzando un suspiro cerró los párpados.

Aquel calvario era demasiado, incluso para un hombre como él.

¡Para un demonio como él!

Alessandro abrió los ojos y decidió que lo mejor sería ocuparse del precioso rostro femenino. Cambió de paño y limpio cada rincón cubierto de sudor. Cuando se descubrió a sí mismo tocando con delicadeza los labios de la joven, dudo cuán de seguro había sido la elección de aquel puerto que creyó tontamente seguro.

Sandy gimió y ladeó la cabeza a un lado de la almohada. El brillo que relampagueó entorno a su elegante garganta de cisne captó su atención. Jaló de la delgadísima cadena que se había corrido a la parte posterior de su cuello y liberó la joya. La reconocía. Gianluca y Dante se la habían regalado en su último cumpleaños. Sonrió, porque aquella pluma que colgaba y brillaba tenía su historia y él formaba parte de ella. Le gustaba saber que formaba parte de ella y de que de alguna manera Sandya llevaba, sin saberlo, algo suyo siempre.

—No, Dante, no va a alcanzarnos —negó Gianluca con la mirada puesta en la pantalla de la tablet.

Alessandro espió desde su escritorio cómo ambos niños tenían la cabeza metida detrás del mueble. Frunció el ceño.

«¿Qué no les iba a alcanzar, y para qué?»

Aquel par de diablillos estaban tramando algo. Cuando se juntaban y cuchicheaban a escondidas, nada bueno podía salir. No quería pensar qué parte de la casa sufriría la furia de los dos pequeños Visconti. Sonrió de lado y disimuló cuando Dante alzó su mirada hacia él.

—Tenemos que decirle —terqueó su hijo. Alessandro pensó que era un muchacho inteligente. Gianluca, por el contrario, pareció meditarlo mientras se rascaba la cabellera oscura.

—No podemos, porque ya no sería nuestro —contradijo su sobrino después de un rato—. Además, mamá siempre dice que uno debe trabajar duro por lo que quiere.

Alessandro blanqueó los ojos, porque, aunque su cuñada tenía razón, ambos niños podrían vivir ocho vidas de excentricidades sin preocuparse jamás por el dinero.

—Pero no alcanzaremos —Dante se cruzó de brazos, molesto—. La única manera es decirle a mi papá o a mi tío.

—No, tiene que ser sin ayuda.

Alessandro fijó su mirada en los documentos que leía cuando ambos críos levantaron la mirada y la dirigieron hacia él. Como calibrando cuál era la mejor decisión. Él escondió magistralmente una sonrisa. Cerró el dossier y lo colocó a un lado del escritorio.

A continuación elevó el rostro de improviso y los niños agacharon la cabeza.

—¿Puedo saber que tramáis esta vez? —preguntó con severidad en la voz.

—No

—Sí

Ambos niños se levantaron y se observaron. Gianluca golpeó a su primo con el puño en el brazo y su hijo ni siquiera se inmutó.

—Tenemos un problema, papá.

—¿Cuál?

—¿Luca? —preguntó Dante metiendo las manos en los bolsillos de sus

pantalones y Alessandro se vio reflejado a sí mismo en el gesto. Sus labios se curvaron involuntariamente.

—Pronto será el cumpleaños de mi tía Sandya y queremos regalarle algo, pero no nos alcanza —explicó Gianluca.

—Eso es un problema, jovencitos. ¿Han pensado en que podrían juntar sus pagas? —Ambos niños asintieron—. ¿Pensaron entonces en los trabajos de manualidades?

Gianluca blanqueó los ojos.

—No, Tío, no. —Negó, impaciente como Santo, su padre—. Tía Sandya no puede llevarlo a todos lados. Queremos algo que esté siempre con ella.

—Es cierto —Alessandro se incorporó y fue a sentarse al mueble, en compañía de los niños, mientras se rascaba despreocupadamente la barbilla—. ¿Tu tía Sandya suele salir a menudo? —interrogó a su sobrino—. Digamos a cenar, o sale con alguien...

—No, no acostumbra a salir mucho —argumentó luego de pensarlo un momento—. No le gusta comer fuera, ni siquiera cuando vamos a verla. Aunque el otro día, escuché a mi mamá contarle a mi papá que le gustaría que saliera con alguien. Incluso ha invitado a cenar muchas veces a un amigo suyo en la isla. Dice que le gustaría que salieran juntos.

Con disimulo, Alessandro ocultó la reacción agresiva de su cuerpo ante aquello. Carraspeó. Pero de una cosa estaba seguro, si su cuñada seguía por ese camino, la declararía persona non grata. Ella no tenía por qué meterse en la vida de terceros. Sobre todo, si se trataba de la canaria.

—Entonces ¿en qué han pensado? —refunfuñó no gustándole para nada la idea de que Sandya salga con cualquier otro hombre.

Dante levantó la tableta electrónica para mostrarle la imagen de un collar muy bonito. Alessandro se preguntó cuándo los niños habían comenzado a tener acceso libre de información.

—La abuela Teresa nos ha ayudado a buscarlo. Pero...

—Veamos entonces ¿alguno sabe algo sobre las finanzas? —preguntó, encontrando el mejor momento para comenzar a instruir a aquellos muchachitos. Ellos negaron—. Tienen que ver primero cuánto dinero hacen entre los dos.

—Treinta euros —contestó Luca—, pero no queremos pedirle nada a la abuela.

—Y esa es una decisión muy acertada —asintió Alessandro—. Nunca le

pidan dinero a la abuela, para ustedes lo más importante tiene que ser...

—La familia —respondieron ambos al unísono.

—Muy bien... ¿Han visto cuánto vale?

—Mucho.

Alessandro observó el precio en la tienda en línea que habían elegido. Era un precio alto para que un par de niños de cinco años lo tuvieran en la cartera. Casi seiscientos euros.

—¿Cómo se dieron cuenta que les faltaba dinero?

—Tía Julianne nos ayudó a contar el dinero.

—Aquí entra la parte financiera —Alessandro colocó las monedas de los niños sobre la mesa, se arrodilló para observarlos y los instó a que lo siguieran—. Escúchenme atentamente. Tienen dos alternativas para comprar ese regalo para su tía —Los niños lo observaron—. La primera es trabajar por el dinero. Hacer cosas que Santo o yo podamos pagarles. O quizás su tía Julianne.

—Ya lo intenté —murmuró Luca—. Mami nos pagó por limpiar el salón en casa.

Alessandro asintió.

—A mí me pagó por recoger la mesa luego del desayuno.

—Es decir que ese dinero se lo han ganado —Los niños asintieron—. Pueden seguir hasta que consigan lo necesario y dármelo para ayudarles con la compra. También pueden pedir a Santo o a mí un préstamo.

Ambos niños se miraron sin comprender a qué se refería. Las miradas de incomprensión llegaron pronto a sus propios ojos.

—¿Qué es?

—Supongan que ustedes necesitan estas dos monedas ¿sí? —ambos niños asintieron—. Pero solo tienen una —Alessandro deslizó una de las monedas había ellos, quedándose con el resto—. Ahora bien, yo puedo darles la moneda que les falta —volvió a deslizar otra moneda hacia ellos y las caritas sonrieron risueñas y levantaron las dos monedas—. Pero... —El hombre calmó las ansias de los niños—. Presten atención en esto. Ustedes tendrán que devolverlo luego.

Dante y Luca empujaron una moneda hacia el adulto.

—¿Así?

Asintió.

—Pero, necesitan devolver más. Yo gano más, gano una moneda grande y

una pequeña. ¿ven? Eso se le llama intereses. Todo préstamo tiene intereses.

—¿Por qué, papá?

—Porque los bancos ganan de ese interés por los créditos, y es con lo que pagan sus deudas y a sus trabajadores.

—Como la productora y el hotel ¿verdad, tío?

—Exactamente. Por lo que, si ustedes piden un préstamo a cualquiera, tendrán que considerar el pago de un interés.

—¿Incluso a ti y a mi tío Santo, tía Julianne, papá? —preguntó Dante cruzándose de brazos—. Eso no es justo. Somos muy pequeños.

—A mí me gusta el colgante. ¿Qué haremos?

—No, a nosotros no. Somos familia. El préstamo será sin intereses, pero deben entender que cada acción, tiene su reacción.

—¿Entonces nos prestarás el dinero, tío Alessandro?

—Trabajarán hasta días antes de que viajen a Tenerife y les prestaré el faltante. ¿Qué les parece? —Los niños asintieron—. Bien, entonces, vayan a hacer algo productivo.

—¡Sí, papá!

—¡Sí, tío!

Y lo habían hecho.

Claro que nunca alcanzaron la suma que necesitaban, ni siquiera habían estado cerca. Así que luego de aquella lección y de duro trabajo, él había recogido el dinero, y a los pocos días había llegado con aquel regalo. Lo había elegido principalmente por la profesión de escritora de Sandya, y porque ella solía decirles a los niños que eran un par de ángeles. Recordó también como Julianne se había enfadado con Santo, creyéndolo culpable de aquella irresponsabilidad. Y es que, para su desquiciante cuñada, los pequeños debían esforzarse y no vaciar sus carteras.

Pero Santo había sabido guardar el secreto, y le estaba agradecido por ello.

Con extrema suavidad, Alessandro la cubrió nuevamente con las sábanas. De momento, solamente se permitiría probar el bocado que ya había tomado de ella al refrescarla, lo justo para satisfacer su necesidad por ella unas horas más. Eso era lo único que iba a permitirse hasta que se restableciera por entero. Su propio deseo tendría que esperar. Solo un poco más.

—¿Alessandro?

Él descendió la vista y se encontró con la curiosa mirada de Sandya.

—¿Qué... qué estás haciendo aquí? —continuó ella.

—Cuidarte.

La joven miró a su alrededor, aún intentando orientarse.

—¿Qué ocurrió? —susurró, intentando detenerse sobre su codo derecho, pero él la empujó con delicadeza de vuelta a la comodidad de las almohadas.

—Has estado enferma. ¿No lo recuerdas? —inquirió el hombre con voz suave. No quería ser brusco con ella. No en ese momento.

Ella pareció meditarlo un rato y asintió. Luego tragó y se humedeció los labios.

—Tengo sed.

El hombre cogió el vaso con agua de la mesa de noche. Luego se lo acercó a la boca y la ayudó a incorporarse un poco.

—Bebe —La afiebrada mujer tomó con avidez, como si llevara semanas caminando sedienta por un desierto—. Despacio, cariño, despacio.

Cuando finalmente Sandya se sintió llena y saciada volvió a recostar la cabeza sobre la almohada. Con los ojos cerrados, guardó silencio por tanto tiempo que Alessandro pensó que se había quedado dormida de nuevo, pero de pronto escuchó de nuevo su nombre en aquellos labios rosados. Sus miradas otra vez unidas.

—Alessandro —lo llamó ella en un tono tan bajo que pensó que no la oiría.

—Shhh —La acalló él, cerniendo ligeramente su gigantesco tamaño sobre el menudo cuerpo de la joven. Ella respiró profundamente como si de repente le faltara el aire. Su cuerpo entero temblaba ahora. Él esbozó una sonrisa pagada de sí mismo y agachó la cabeza para besar su labio inferior y probar su dulzura—. Ahora solo debes preocuparte en descansar, aún estás demasiado débil.

Ella asintió y regresó a su posición horizontal cuando él la liberó de su peso. Entonces volvió a cerrar los párpados.

.

Capítulo 16

Horas más tarde, Sandya despertó al oír la voz de Alessandro. Procedía del balcón de la suite. Hablaba en su lengua materna, y supo que su curso *online* de italiano iba sobre ruedas, y que tanto Gianluca como Dante eran dos extraordinarios profesores, cuando no tuvo dificultad en traducir sus palabras.

—Obedece a tu tía Julianne y a tu tío Santo, ¿entendido, campeón? Sí, yo también hijo. Ahora pásame con tu tío. ¿Qué demonios ocurre contigo? —El tono del siciliano cambió abruptamente. La amabilidad, la casi ternura con la que solo segundos antes se dirigía, indudablemente al pequeño Dante había desaparecido, dando paso ahora a la crispación más absoluta—. Sí, comprendo, pero eso trastoca por completo mis planes. Estamos hablando de apenas un día y medio. Maldita, sea, hermano, de acuerdo. Este mediodía atracaremos en costas francesas, y de ahí tomaremos un jet privado, ¿contento? Por supuesto que llegaremos a tiempo.

¿Hacia dónde se dirigían? ¿Y que tenía que ver Santo Visconti en su rapto? ¿Acaso era cómplice de su demente hermano mayor?

Sandya hizo un mohín, pensando en cómo Julianne se disgustaría y en como Santo pasaría los próximos años durmiendo en el sillón.

El suave balanceo de las finas cortinas del balcón que protegían la estancia del juego de luces que proyectaba el exterior del barco, llamó la atención. Calculó que era de noche.

¿Cuánto llevaba durmiendo?

Tenía la sensación que demasiado tiempo, y sin embargo, continuaba sintiéndose cansada, a tal punto, que a duras penas era capaz de mantenerse despierta, consciente. ¿Qué le habían dado? Trató de moverse, de despejarse para poder salir de la cama, pero la elevada temperatura que había tenido en los dos últimos días, la debilidad, el dolor abdominal, de cabeza, y la pérdida de apetito, le estaban pasando factura y se sintió un poco mareada.

Decidió que, por el momento, se quedaría dónde estaba.

Una pequeña voz en su cabeza, o la jactanciosa voz de Alessandro para ser más exactos, le recordaba que seguía estando en medio de la nada, rodeada por un extenso mar y que se encontraba en unas condiciones pésimas como

para intentar hacerse la valiente. Tampoco sería muy inteligente por su parte seguir buscando un enfrentamiento con él. Aquello no sería una decisión demasiado productiva. Él haría la vista gorda y no le daría importancia a lo que sea que le estuviera diciendo. Como siempre.

Negó mentalmente y hundió la cara en la almohada. La fragancia de Alessandro estaba por todos lados. La aspiró. Aquel aroma que en otro tiempo la había hecho sonreír, y pensar que estaba segura. Porque eso había hecho, había vivido en un cuento de hadas en el que el príncipe encantador había tocado a la puerta de la pueblerina para hacerla su princesa. Pese a que intentaba ser fuerte, sus ojos se cristalizaron. Si era sincera consigo misma, aceptaría qué, por primera vez, se había sentido segura. Dante Barone la había hecho sentirse segura, querida. No sabía cómo lo había logrado; pero sentía que él estaba y estaría siempre allí. Para ella. Dante, dentro de toda su rudeza, la había hecho sentirse única e irremplazable. Pero Alessandro Visconti lo había derrumbado todo. Alessandro había pisoteado su orgullo, haciéndola caer en una espiral de vergüenza. Además, había despertado cada una de sus inseguridades.

La pena provocada por la decepción no la abandonó en mucho tiempo. Ni siquiera cuando había intentado perdonarlo por el bien de la unión de su familia. Sí, para ella: Julianne, Gianluca, Galia, Santo, incluso Dante Visconti, eran su familia. Mucho más que sus padres, responsables en gran medida de sus miedos e inseguridades. Por lo que no quería perder a ninguno de ellos. Para ella eran sumamente importantes, indispensables.

Bufó, mientras se recostaba y se colocaba en posición fetal. La cabeza le pulsaba y no se sentía bien. Sandya cerró los ojos intentando descansar la vista. De pronto, su mente la regresó a algunos años atrás y reproducía una escena recurrente en sus sueños. Cuando su subconsciente se liberaba para tomar el control de manera integral y poder fantasear con la única cosa que no podía tener.

Se había quedado dormida, pero no recordaba que lo hubiera hecho con la ventana abierta. Tiritó al sentir la helada brisa contra su piel y jaló más el delgado cobertor para poder protegerse del frío.

Su cuerpo comenzó a calentarse de manera abrupta. Y en medio de todo aquel halo de misterio unas calientes manos recorrieron su frente para seguir su camino por su mejilla hasta sus labios, luego bajar por su cuello hasta sus

pechos. Emitió un gruñido al sentir aquella caricia ardiente en los altos montes carnosos de sus senos. El fuego se extendió hacia su pezón. Sandya se reacomodó, su cuerpo buscaba aquel contacto, aquel calor. Empalmó el recuerdo reconociendo los afectos del hombre que había amado por casi cinco largos años.

Alessandro Visconti.

Un suspiro ahogado de excitación se le escapó al sentir cómo sus pezones reaccionaban a nuevas caricias. La respuesta de su cuerpo fue tan idéntica a la que sintió la noche en la que había estado a punto de entregarse al único hombre al que había deseado lo suficiente como para desear hacer el amor con él, aquella noche en la que Julianne había llegado de improvisto para hacer trizas su corazón, que no se parecía en nada a las sensaciones que le provocaban sus sueños anteriores con él.

Se sentía, extrañamente, demasiado real.

Se sintió incendiada cuando el Alessandro de sus más secretas fantasías, mudó su enigmático toque hacía su abdomen para rápidamente después, mordisquearle el ombligo con los dientes.

El enardecimiento entre sus piernas fue tan grande que podía ser alcanzado por el cráter de un volcán en actividad. A tientas, le hundió las uñas en los hombros y levantó las caderas, buscando la fricción que intensificaría aquella frágil sensación de gozo. Su mente divagaba una y otra vez sobre aquellas caricias que estaban impregnadas a quemarropa en cada una de sus extremidades. Su piel se caldeaba con cada toque, roce, y notaba cada vez más cómo su femineidad iba humedeciéndose, dispuesta a aceptar cada uno de los placeres que el italiano quisiera darle.

El sonido del rasgado de una tela fue lo más erótico que escucharon nunca sus oídos. El Alessandro de sus ensoñaciones nunca hablaba, porque ella no podría nunca, reproducir las palabras escandalosas del siciliano. Porque él era un hombre demasiado lujurioso y de rápida y sucia verborrea sexual.

Murmuró palabras incoherentes, apenas audibles, porque cada una de sus terminaciones nerviosas sentían demasiado placer como para ser real.

Su amante jugó con el pequeño capucho escondido en la rosa de su femineidad, torturando su carne tremendamente excitada. Súbitamente sintió su boca allí, pero incluso en sueños, le daba demasiada vergüenza y trató de cerrar las piernas y apartarlo.

Cuando consiguió desterrar de entre sus muslos la cabeza de Alessandro, se

sintió paradójicamente decepcionada.

Por un breve lapsus.

Porque pronto estuvo jadeando y meciendo de nuevo las caderas para encontrar el siguiente latigazo de placer que él le fuera a brindar. No quería que acabara. Nunca. Su mente estaba demasiado embotada como para comprender lo que estaba pasando. Recordaba aquella ventana abierta y el frío viento erizarle la piel, era la misma sensación. Pero intensificada de forma sorprendente.

—Alessandro —murmuró en medio del estupor estimulado por al sueño y por su elevada temperatura corporal—. No... no te detengas.

«¡Despierta, Sandya, despierta!» le advirtió su fuero interno, pero lo ignoró. Lo único que escapó de sus labios fueron gemidos aún más audibles.

—Por favor —suplicó mientras sentía que sus piernas tomaban una autonomía que Sandya nunca antes le había permitido tener. Se balanceó, buscando el contacto, mientras su mente seguía advirtiéndole que detuviera toda aquella locura.

—Quiero estar dentro de ti en este momento —gruñó el hombre con voz baja, casi en un susurro—, no hay una maldita cosa en este mundo que me impida hacerte mía. Porque eres mía. *Dannazione mia*

—Sí —Ella no reconoció su voz como propia, porque era sensual y baja.

Las alertas comenzaron a sonar en su sistema, cuando notó una dura vara en el portal de su vagina. Solo un par de segundos más tarde, Sandya echaba la cabeza hacia atrás, formando un perfecto arco. ¿Desde cuándo sus fantasías eran saboteadas por un dolor tan agudo? Se sentía abrumada, vulnerable, y tan tensa como la cuerda de un violín. Alessandro, con un rápido movimiento, la había penetrado, estirando su intacto pasaje hasta lo imposible. El placer había sido sustituido por una terrible incomodidad, y durante un instante, sintió pánico creyendo que no podría respirar. Pero entonces él había colado una mano entre los dos y la había acariciado con los dedos, con movimientos deliberados, y la fricción fue sustituyendo al dolor de un modo muy placentero.

Jadeó ruidosa y abrió levemente los párpados. A través de sus espesas y largas pestañas, pudo contemplar el enorme cuerpo desnudo de Alessandro sobre el suyo, sosteniéndose en vilo sobre el de ella. Parecía tan auténtico, tan real... ¿Acaso Alessandro Visconti era un Íncubo dispuesto a succionar su energía corporal, a controlarla física y mentalmente, mediante la copulación?

Fuera lo que fuera, Sandya se sintió fascinada al verlo, tan grande y poderoso. Estaba bañado en sudor, tenía los músculos de la cara rígidos, tensos. Su preocupación era evidente. Pero el brillo feroz de sus pupilas dilatadas también revelaba la satisfacción que había sentido al atravesar la prueba inequívoca de su fidelidad.

—*Vergine* —Alessandro sonrió de un modo que Sandya deseó odiar porque el gesto estaba provocado por el orgullo masculino. Estaba encantado consigo mismo porque ella siguiera siendo virgen hasta ese momento. Lo más extraño de todo era que aquella sonrisa tenía el poder de acelerar aún más los latidos de su corazón—. Éste es el tesoro más maravilloso que has podido darme, *bellezza mia*. Gracias por esperarme.

Sandya tembló de arriba a abajo, los pechos parecían palparle, al igual que el sexo, mientras sentía como él retiraba su dura invasión y volvía a impulsarse hacia adelante, profanando aquel santo lugar casi hasta la empuñadura. Gritó con fuerza, con la misma fuerza con la que él arremetió. Se notaba llena, agobiantemente rebosada.

—Qué bien te sientes enfundando mi miembro —Le susurró al oído para luego morderle la oreja—. Tan apretada, tan caliente, tan deseosa. Lujuriosa como aquella vez...

—No, duele... ¡Duele! —se quejó Sandya, golpeándolo contra el pecho. Sentirlo dentro de su cuerpo resultaba para ella algo completamente agónico. El hombre asaltó su boca y la besó. Con besos potentes y exigentes, que ahogaron sus protestas. Las palabras se esfumaron junto con las dudas.

—Relájate, cariño, o te dolerá más —murmuró Alessandro en medio de un jadeo mientras con una de sus manos hacía que las piernas de Sandya lo rodearan.

«¿Más? ¿Era eso posible?»

—Pronto se sentirá mejor, *amore* —continuó él—. Confía en mí. Pronto te haré adicta a mí.

Su preocupación, su ternura, reavivaron algo en el interior de Sandya, algo muy femenino y pasional. Dejó escapar un gran suspiro y procuró relajarse. Alessandro salió de ella con cuidado para volver a introducir el miembro una y otra vez. Sus músculos tensos se habían ceñido en torno a él y lo constriñían con una urgencia inconsciente. Se movió con un suave vaivén y aprovechó para jugar con su sedoso clítoris, asistiéndola como el mejor camarada en un dormitorio para que llegara al orgasmo. Con suerte, las

endorfinas la ayudarían con lo que quedaba del dolor.

Y pronto así fue.

Supo que lo había conseguido cuando las caderas de Sandya empezaron a salir a su encuentro, a tratar de imitar el mismo ritmo que él había marcado; todo ello acompañado de escandalosos gemidos. Él sintió la necesidad de ir más rápido, más lejos, por lo que puso su boca sobre la de ella en un beso hambriento y aumentó las arremetidas haciendo que las uñas de la mujer se clavaran en las sábanas para luego abrazar aquel caliente cuerpo y arañar su espalda desde los hombros hasta los límites de sus muscudos brazos. Aquello pareció insuflar de nuevo su necesidad por ella, y con un sonido gutural le mordió primero el cuello y después un pezón erecto. Deseaba marcarla a fuego para que todos supieran que le pertenecía.

—Eso es, *piccola* —la animó cuando instintivamente ella le deslizó las manos por las caderas hasta colocárselas sobre el trasero y procuraba sincronizar sus movimientos con los de él—. Piensa en todas esas noches que has soñado con esto, con sentirme dentro de ti y satisfaciendo cada una de tus más secretas fantasías. Piensa en cada noche que te tocaste pensando en mí —Embistió con fuerza dentro de ella, haciéndola gritar y provocando que lo arañara. Los alientos se mezclaban, creando una experiencia profunda y sublime—, porque yo si lo he hecho, *pajarito*. Me he masturbado pensando en ti muchas veces, pensando en tenerte, en poseerte y en saciarme de ti.

En el preciso instante en que ella emitió un salvaje híbrido de jadeo y gemido bajo, ronco y profundo, él supo que Sandya era una mujer auditiva. Ella no solo necesitaba del contacto físico, si no, también, de que la estimulara con su voz.

Alessandro se autocontroló. Era una tarea demasiado difícil cuando Sandya lo tocaba a tientas por todas partes porque era incapaz de mantenerse quieta. El roce de su torso contra los senos de ella resultaba tan exquisito. Mientras era testigo de cómo el cuerpo de la joven florecía bajo sus manos y le cedía el control absoluto de cada célula viva que estaba en ella. Era una tarea demasiado complicada cuando su sexo era atrapado en una presa de músculos hinchados y resbaladizos por el deseo y la lujuria. Lo agarraba tan ávidamente en sus entrañas que lo estaba haciendo perder su precioso autocontrol.

Incapaz de reprimir por más tiempo sus impulsos, le agarró las nalgas con brusquedad y empezó a entrar y salir de ella con celeridad. Sus embestidas se

habían tornado presurosas, lo mismo que los chillidos de Sandya. Pero supo que había encontrado el placer que había querido ofrecerle, al sentir como se contraía cada vez más y más a su alrededor.

De repente, lo que comenzó como un ligero temblor, fue haciéndose cada vez más fuerte hasta que la consumió de tal manera que su cuerpo quiso levantarse de la cama como en estado de levitación.

—¡Alessandro! —chilló con fuerza el nombre de su amante, echando la cabeza hacia atrás y aferrándose a su cabeza con dedos agarrotados por el placer.

Él volvió a besarla, penetrándola con su lengua tal y como su masculinidad lo hacía en las tierras del sur, mientras que, sin tregua, continuaba arremetiendo dentro de ella hasta que no quedó nada de él. Hasta que la embistió una última vez y sintió que vertía su simiente.

—¡*Maledizione*, Sandya, te sientes increíble! —Alessandro se tensó contra ella. Los tendones de su cuerpo se resaltaron contra la piel y cerró los ojos mientras arqueaba el cuerpo, inmovilizándola contra el colchón—. Tan increíble que ningún sueño puede hacerte justicia —gruñó sobrecogido por la energía, la furia y el deleite de vaciar su caliente simiente por primera vez dentro de aquella mujer que lo había trastornado por demasiados años. En ese mismo instante, supo que nada en el mundo podía ser tan dulce como aquello.

Negándose aún a salir de ella todavía, le apartó el cabello húmedo por el sudor del rostro. Tenía la cara empapada por las lágrimas, y él sintió una punzada de culpabilidad por haberle hecho daño; sin embargo, su corazón se regocijaba por haber sido su primer amante.

—No llores, mi *dolce, dolce canarina* —la consoló, besándole los párpados, las mejillas y los labios—. La próxima vez será mejor. No volveré a hacerte daño. Sólo ha sido esta vez.

En ese momento, una somnolienta Sandya levantó los brazos y lo estrechó con fuerza contra su cuerpo, sintiendo los últimos coletazos de la pasión que acababan de compartir contra la piel, sintiendo más que nunca una profunda unión con Alessandro. Hubiera deseado que aquel sueño no terminara jamás.

—*Ti amo* —musitó en italiano con la boca escondida en el cuello masculino.

Capítulo 17

La única manera de que nadie supiera sus verdaderos sentimientos era enclaustrándose allí. Nadie se atrevería a buscarla en el baño y estaba segura que en ese inmenso y majestuoso barco existía más de un aseo y cuartos que limpiar. Quizás, atrincherarse en la lujosa habitación que había sido su prisión esos días era buena idea después de todo. Lo malo era que no tendría suministros necesarios y eso, tarde o temprano, sería un problema. Por lo tanto, su escondrijo sería solo temporal. Porque no podía enfrentarse en ese momento a Alessandro Visconti. No después de lo que había sucedido entre ellos. Necesitaba levantar sus murallas y pulir la coraza para saber si el hueco era demasiado grande. Luego volvería al *show*, ganadora como siempre de un Oscar a la mejor interpretación e intentaría controlar al demonio de ojos verdes que invadía cada uno de sus pensamientos desde hacía demasiado tiempo.

Sandya dejó escapar el aliento.

Ese día, particularmente, su cerebro había decidido funcionar al cien por ciento a pesar de la niebla de la hipertermia.

Lo recordaba todo.

Demasiado bien.

Con demasiada nitidez.

Cerró los ojos, tratando de bloquear la visión de su mente. Pero en la oscuridad, la imagen seguía atormentándola. Lo veía tan claramente...

De repente, Sandya se dio cuenta de que estaba sollozando. Pegó la espalda contra las baldosas frías de la ducha. La humedad y el agua caliente que corría a chorros por su cuerpo no conseguían calentarla.

La fría hoja del puñal de la culpa la apuñalaba sin compasión.

Se lo merecía.

Lo sabía.

Porque Alessandro había obtenido lo que quería sin esfuerzo alguno. Ella no había tenido ni la voluntad ni la fuerza suficientes como para detenerlo. Ni si quiera para sonar demasiado convincente.

—Buena la has hecho, Sandya —se recriminó golpeando con un puño

cerrado las mayólicas claras. Las lágrimas precipitándose ya sin control.

Después de todo lo que había ocurrido entre ellos, después de todas las mentiras y el dolor que le había causado, no podía creer que hubiera acabado acostándose con Alessandro Visconti. Porque bien sabía Dios que lo había hecho. Al inicio, quizás, tuviera ciertas reticencias, pero luego... Luego había sido solo verlo enterrado entre sus piernas y desear que continuara hasta el final. Que fuera él.

¡Debía de haber algo malo en ella por todos los santos!

Hiperventilando, se cubrió la cara con ambas manos. No era hipócrita. Alessandro era el único hombre que había logrado saltar sus muros e incluso se había preocupado por ella. Aun cuando le había mentido, y se había burlado de su ingenuo corazón seguía añorándolo. En los años que habían permanecido separados había extrañado su cinismo, su espíritu noble pese a lo que su terrible y cruel boca dijera. Las tardes en Tenerife eran vacías y el café se había convertido en la única manera de sentirlo cerca.

Lo había deseado hacía casi cinco años con devoción, pero por aquel entonces su único pecado había sido el desconocimiento. Pero, ¿y ahora? ¿Qué excusa tendría ahora para justificar lo ocurrido entre los dos? Porque la noche anterior ella había firmado su declaración de culpabilidad. Había hecho el amor con Alessandro Visconti. Un hombre prohibido. Casado. ¡Y eso la estaba carcomiendo por dentro!

Su único consuelo en aquel momento era pensar que lo había hecho por amor. Porque, pese a todo, ella seguía amándolo.

Sentimientos encontrados la zarandearon sin piedad, el dolor, la humillación y la rabia, y al fondo de todo aquel infernal cóctel la culpabilidad y el asco hacia sí misma, pues sabía que no habría un, felices para siempre para ellos dos, y aún así había sido débil. Jamás construiría algo en base a la destrucción. No era Nerón y no tocaría la lira mientras contemplaba impasible como el pequeño mundo de Dante Visconti se desmoronaba a su alrededor.

Sandya intentaba no pensar en lo que le esperaba, o mejor dicho, en lo que Alessandro esperaba de ella de ahora en adelante, y cuando ese pensamiento desmoralizador comenzó a incomodarla, se esforzó en apartarlo, y más cabizbaja que antes, salió de la ducha. Agarró una toalla para secarse. Ni siquiera tenía ropa propia para ponerse, así que había buscado con anterioridad lo que necesitaba de su amable anfitrión: unos bóxer, una camisa

blanca, un pantalón de buzo demasiado grande para su gusto y medias que seguramente le llegarían hasta las rodillas. Vestida y con el cabello en orden, se contempló en el espejo del lavabo unos segundos y regresó a la *suite*. En el mismo instante que atravesaba el umbral que separaba ambas habitaciones, lamentó no ser demasiado vanidosa y dilatar más su acicalamiento. Las empleadas de servicio del *Santa Teresa* aún no habían acabado de adecantar el camarote y parecían muy entretenidas, por lo visto, en alguna broma secreta.

Sandya recordó el momento en el que despertó tras dormir, al parecer, toda la mañana. Había abierto los ojos cuando el brillo del sol atravesó los cristales y le cosquilleó con ardor la piel.

Se sentía extraña; exhausta y dolorida, probablemente por pasar tanto tiempo en la cama, y tenía tanta sed que habría podido beberse toda el agua del río Ebro.

De mala gana había apartado las sábanas, e intentando incorporarse, había descubierto restos de sangre en ellas. Confusa había empezado a calcular mentalmente su ciclo menstrual cuando las imágenes de un sueño en pleno estado de vigilia se entremezclaron con un malestar entre sus piernas.

Se estremeció.

Su periodo no tenía nada que ver con la mancha carmesí de la sábana.

Tampoco su mente creativa había edificado, como solía hacer con frecuencia, un idílico encuentro sexual con el hombre que, por desgracia, seguía amando.

¡No, claro que no!

El único responsable de aquella sangre, de aquella incomodidad que le escocía como carne viva en el mismo centro de su núcleo, no era otro que Alessandro Visconti.

Porque había hecho el amor realmente con él.

¿Cómo había podido caer tan bajo?

¿Cómo había podido tirar a la basura sus principios por él?

Ella siempre se había tristemente enorgullecido por haber hecho lo correcto con respecto a él durante todo ese tiempo.

Había mantenido las distancias.

Hasta aquel momento.

A Sandya le aterrorizó descubrir en esos instantes hasta dónde había llegado su empedernido enamoramiento por él. Había llegado hasta el punto de

confiarle, ya no solo su tonto corazón, sino ahora también su cuerpo.

Alessandro la había convertido en la clase de mujer que nunca había deseado ser.

Cerró los párpados con fuerza al recordar cómo había sido incapaz de contenerse, de resistirse a él. Había estado tan perdida en sus besos, en sus caricias y en la pasión que la atenazaba que había dejado que su libido controlara su cuerpo y mente.

Estaba tratando de encontrar excusas para su censurable comportamiento, cuando alguien había tocado suavemente en la puerta y ella, exaltada y terriblemente nerviosa, había saltado fuera de la cama, arrastrando con ella el cobertor y envolviéndose en el como pudo. Sintió náuseas y deseó estar en cualquier lugar menos allí. Pero había tenido que sacar fuerzas de flaqueza para aparentar normalidad y recibir a las mujeres que se presentaron al otro lado. Solo brevemente, porque en la primera oportunidad que tuvo, se había escabullido cobardemente al cuarto del baño.

Pero ahora estaba de vuelta. Y con un enorme cartel de neón fosforescente en medio de la cara que la condenaba y que, sin duda, confirmaría las más escandalosas conclusiones que estarían sacando las dos empleadas.

Sandya apretó los puños y las muelas, y aguardó en tensión

La cruda realidad la ponía furiosa. La furia era una emoción a la que en muy pocas ocasiones había cedido, porque la única que acababa sufriendo era ella.

—Oh, señorita, discúlpennos —Comenzó a excusarse la mujer de mediana edad en cuanto repararon en su presencia—. Enseguida terminaremos.

Sandya asintió mientras observaba a la otra mujer, la más joven, caminar hacia la puerta con la canasta de la ropa sucia. Pero cuando sus ojos se percataron de la sábana que estaba doblada en el cesto de mimbre, un rayo atravesó su cuerpo. Ellas lo sabían. Posiblemente ese había sido el tema estrella del que cuchicheaban cuando interrumpió en la habitación. Porque habían visto las manchas de sangre y se habrían dado cuenta de lo que había ocurrido en ese mismo lugar la noche anterior. Sandya quería preguntarle absurdamente adónde iba con ella. Quería, como una idiota, abalanzarse sobre la prueba irrefutable de su delito, pero, sin embargo, permaneció rígida e inmóvil.

—¿Qué va a hacer con la sá... con la ropa sucia? —soltó sin poder ocultar la angustia en su voz.

—Llevarla a la lavandería, señorita. Excepto esta sábana —La muchacha señaló la evidencia de su crimen y le dirigió una sonrisa maliciosa que expresaba desprecio y rechazo a partes iguales—. El señor Visconti pidió que se la entregaran.

—¡Mellea! —Le reprochó su compañera.

De repente el gesto de Sandya se había agriado. Estaba roja por la vergüenza, pero sobre todo, por la indignación.

¿¡Qué Alessandro había dicho qué!?

Una rabia hirviente le subió hasta la boca y apretó los dientes para controlarla, para tragarse las palabras, poco amables, que pugnaban por salir al exterior. A fin de cuentas, la joven que aprovechó su inicial estado de perplejidad para esfumarse, no era más que una simple empleada que acataba órdenes de un neandertal. ¡Era a él a quien debería insultar!

Respiró hondo, dispuesta a fingir que todo estaba bien. Que ella estaba bien.

—Uh, señorita, en verdad lamento mucho lo sucedido con Mellea—se disculpó de pronto la mujer que quedó a solas con ella mientras colocaba los últimos almohadones de la cama.

La mente traicionera de Sandya pareció regocijarse en recordar cada íntimo detalle de lo que habían compartido en ese mismo lugar. ¡De lo que habían hecho en esa misma cama! ¿Habría sido Alessandro siempre igual de apasionado con su esposa Lena? ¿Regresaría a sus brazos como si no hubiese ocurrido nada tras haber estado con otra mujer? Los celos, los mismos celos que la habían acosado durante casi cinco largos e insoportables años, le dieron un bocado feroz.

Sandya sintió de repente las lágrimas filtrándose por las comisuras de sus ojos. Se las enjuaguó de un manotazo y regresó su atención a la mujer.

—No tiene por qué disculparse. ¿Cómo se llama?

—Lucrezia, señorita.

—Lucrezia, ¿sabe dónde se encuentra el señor Visconti en estos momentos? —inquirió curiosa.

La mujer pareció vacilar, pero Sandya le brindó una encantadora sonrisa que habría hecho que hasta el mismo Satanás confiara en ella.

—Hemos llegado a puerto francés hace un par de horas, y el señor ha desembarcado con el capitán.

¿Alessandro no estaba? ¿Habían llegado a un puerto?

Como presa de un trance Sandya se acercó lentamente hacia los cristales y

observó con fijeza a través de ellos, tratando de adivinar por sí misma en qué punto exacto de la costa francesa habían arrimado.

En un principio no tuvo ni la más remota idea de dónde estaban, porque en pleno siglo veintiuno no había muchas personas que quisieran perder el tiempo en un viaje tan titánico como el que había emprendido *Marco Polo*. Estaba a punto de mandar al diablo su cautela y preguntar directamente a la mucama, cuando el paisaje, la naturaleza, el puerto que veía más allá de los confines del *Santa Teresa*, le resultaron sumamente familiares. No tardó mucho en reconocer las imágenes que siempre había contemplado detrás de una pantalla o de un libro.

¡Estaban en *Saint-Tropez*!

Una ciudad de ensueño a orillas del mediterráneo y que era uno de los centros turísticos más importantes de la Costa Azul. El que fuera un antiguo pueblecito de pescadores, se había convertido en uno de los destinos favoritos de la *jet-set*.

Con las ideas bullendo alocadamente en su cabeza, alternando entre el regocijo y la ansiedad, Sandya se lanzó a recoger del piso sus propias zapatillas y se sentó en el diván que estaba a los pies de la cama para calzárselas. Sus converse negras era lo único que Alessandro había tenido a bien devolverle.

Aquella era la oportunidad que había estado esperando para escapar.

Quizás la única que tendría.

—El señor Visconti dijo que la dejáramos dormir y aseguró que estaría para el almuerzo. Él ordenó también... —La bonachona señora se sonrojó intensamente y Sandya se preguntó qué tipo de barbaridad había escupido Atila—. El señor ordenó que no saliera de la habitación bajo ningún concepto.

¡¿Qué había dicho qué?!

Aquel cretino bravucón...

Sandya apretó la mandíbula para no manifestar abiertamente su enojo y dio las gracias a la mujer por la información. No quería levantar ningún tipo de sospecha. Debía pensar en algo rápido y el enfadarse no la ayudaría en nada. Solo necesitaba un momento para pensar. Solo tenía que mover muy bien sus fichas y encontrar el momento adecuado. Y dinero. También necesitaba dinero.

Aprovechando que Lucrezia seguía ocupada en sus tareas, Sandya pasó a

hurtadillas a la otra gran habitación anexa a la *suite*. Era un despacho enorme que hacía las veces de biblioteca. Era más grande y estaba mejor equipado que el que Julianne y ella habían construido en su hogar. Había visto entrar y salir de él a Alessandro más veces durante los últimos días de las que podía recordar. En algunas de las ocasiones, ni siquiera se había molestado en cerrar la puerta y ella había podido espiarlo desde el otro lado. En otras, en cambio, él mismo la había invitado a pasar para que seleccionara algunas lecturas mientras él permanecía sentado detrás del escritorio, ensimismado en sus negocios.

Una actitud asombrosamente descuidada viniendo de un hombre como él.

¿Y sí lo había hecho intencionadamente? ¿Y sí la estaba poniendo a prueba y aquello solo era una trampa?

Caminó absorta en sus pensamientos por los muebles rebosantes de libros y acarició algunos volúmenes antiguos hasta encontrar lo que buscaba. Un pequeño cofre. En otras circunstancias, con otro tipo de hombre, debía de reconocer que le hubiese encantado sentarse sobre la bonita alfombra persa que decoraba el piso y dedicar el resto del día a leer. Pero era mejor contenerse porque lo que pensaba hacer no iba a gustarle nada en absoluto. Se sentó detrás del escritorio e hizo una mueca por los dolores que aún sentía en los músculos que no habían sido utilizados nunca antes. Cerró un instante los párpados y respiró hondo. ¿Cómo era posible que aún sintiera a Alessandro dentro de ella? Sacudiendo la cabeza se amonestó por andar pensando en ese maldito adúltero y sacó del cofre la llave que le daría acceso al cajón que había en el lado derecho de la mesa. Las manos le temblaban tanto que tuvo que probar la cerradura en más de una ocasión, pero finalmente tuvo su recompensa. Entonces a continuación sacó una hoja limpia y tomó una pluma.

Te tomé prestado trescientos euros. Lo devolveré. Lo prometo.

Sandya

Hizo un mohín, porque no podía tomar simplemente el dinero. Le remordería la consciencia después. Arrugó el papel e hizo una pelotita con él y rápidamente lo lanzó. Meditó un rato más qué hacer e inconscientemente se llevó una mano a la gargantilla que colgaba de su cuello.

Entonces se dio cuenta de que aquello era lo único costoso que llevaba encima. Las lágrimas empezaron a agolparse en sus ojos porque sorprendente aquella joya tenía un fuerte valor sentimental para ella. Aquella alhaja había sido el regalo que Gianluca y Dante le habían entregado en su cumpleaños número treinta y dos. Sospechaba que tanto su amiga Julianne como Santo habían tenido algo que ver en el asombroso obsequio. En otras circunstancias, jamás habría aceptado sin más quedárselo. A fin de cuentas, ambos niños no hubieran podido juntar nunca la cantidad necesaria para permitirse un presente como ese, que intuía, estaba cubierto de diminutos diamantes. Fuera como fuese, le encantaba, y cada vez que algunos de sus ataques de pánico la atacaban, ella solía agarrarse a él como clavo ardiendo y se imaginaba las sonrisas de los dos pequeños que le habían robado el corazón.

Tomando una decisión, cogió otro papel y escribió.

Me orillaste a esto, *Ariel Castro* italiano, por secuestrarme. Me llevo trescientos euros, y te dejo como empeño mi colgante, aun cuando, posiblemente, vale mucho más. Por favor, cuídalo, porque cuando te devuelva hasta el último céntimo lo querré de vuelta.

Sandya.

Un temor se formó en la boca de su estómago mientras trataba de imaginar cómo iba a llenar nuevamente sus días una vez que ella se hubiese ido. Era difícil de admitir que echaría de menos a Alessandro. Que volvería a echarlo terriblemente de menos. Aun así, no estaba interesada en ocupar una vacante indeterminada en la empresa amatoria del señor Visconti.

Se quitó la delgada cadena de oro blanco y con mucho cuidado la colocó encima de la improvisada carta. Le partía el alma deshacerse de ella. Sentía como si les estuviera fallando a Gianluca y Dante. Era ridículo, sí, teniendo en cuenta que haría lo posible por recuperarla, pero no podía quitarse de encima esa sensación de traición.

Se levantó del asiento y se dirigió hacia la puerta de madera que se comunicaba, como la *suite*, con el pasillo. Tenía que salir. No podía quedarse allí de brazos cruzados por mucho más tiempo. Echó un rápido vistazo por encima del hombro para comprobar si las dos doncellas seguían inmersas en su faena. El ruido que le llegó del otro lado de la pared se lo confirmó. Suspiró con alivio y giró el pomo con un cauteloso movimiento. Una vez

tuvo vía libre, se asomó por el pasillo desierto, preguntándose si Alessandro aún seguiría fuera. Sabía que no podía demorar su decisión por mucho más tiempo. Él regresaría en cualquier momento.

Su cabeza empezó a latir, pero hizo caso omiso del dolor y repasó mentalmente su plan. Era sencillo. Bajar del Santa Teresa y buscar un taxi. No sabía con exactitud hacia dónde se dirigiría. Jamás había estado en Francia. Para ser más concretos, nunca había viajado fuera del territorio español y sus conocimientos se limitaban, única y exclusivamente a lo que había leído. Intentó recordar la última vez que se atrevió a salir de las islas Canarias, pero hacía mucho tiempo de eso, y por aquel entonces, además, sus miedos aún eran una migaja en una hogaza de pan.

Alejó de su mente el pequeño bichito de la consciencia que le repetía una y otra vez que lo mejor sería que se quedara, buscara un teléfono y llamara a Julianne. Su última reflexión coherente se desvaneció en el abismo y decidió que tenía que hacer aquello sola.

Correr.

Ese fue el único pensamiento que tuvo su mente nada más poner un pie en el pasillo, así que lo hizo.

Con todo su ser, con todo el poder que tenía, corrió hasta que el sol abrasador la recibió en la cubierta, dejándola momentáneamente ciega. Negros puntos bailaron ante sus ojos e instintivamente Sandya se llevó una mano a la frente a modo de visera. La otra mano fuertemente sujeta en un pasamano. Cuando su vista se aclimató al ambiente y se percató de que para su consternación no estaba sola, sino rodeada por un número importante de empleados que la miraban con curiosidad, la carne se le puso de gallina y un extraño nudo de terror se le formó en la garganta, dificultándole el respirar con normalidad.

Sin poder evitarlo, dejó escapar un sollozo a la vez que se daba cuenta de cómo, para colmo de males, el *Santa Teresa* no se hallaba entre los muchos yates de lujo amarrados en su puerto. Súbitamente el tiempo pareció detenerse. Su chute de adrenalina se había desvanecido como polvo en el viento, y una segunda oleada de vértigo se apoderó de ella.

Con el corazón golpeando con fuerza contra sus costillas, la respiración jadeante y el terror inundándola, Sandya se aferró a la barra con tantas fuerzas que las astillas mordieron en sus palmas.

Una buena porción de agua salada era la distancia que la separaba de

alcanzar su objetivo.

Los barcos, como el *Santa Teresa*, con más de setenta metros, no estaban permitidos en muchos muelles del mundo, y Francia, por lo visto, no era una excepción. Era común verlos en las afueras de los puertos, pero nunca dentro.

Solo podría llegar a la costa en un bote, y si era lo suficientemente valiente, nadando. Algo loco e imprudente si tenía en cuenta su reciente convalecencia.

¿Cómo no había pensado en eso?

¡Era una idiota y su error podía costarle muy caro!

Sandya quería vomitar y llorar al mismo tiempo. Con un movimiento frecuente en los últimos meses, Sandya se llevó la mano al cuello buscando la medalla, pero no estaba allí. La desesperación comenzó a embargarla y sintió que aquel espacio abierto se hacía claustrofómicamente más pequeño. El pánico goteaba por su boca y el sabor amargo que dejaba en sus labios se convertía en veneno puro.

«*Cálmate, Sandya, cálmate. Puedes controlarlo, asume que no hay un peligro real*» se animó.

Recogiendo cualquier ridícula cantidad de fuerza que le quedara, Sandya intentó salir del estado catatónico en que se hallaba inmersa. Falló miserablemente.

Ser consciente de que había quedado atrapada en su propia trampa, y de cómo iban sumándose cada vez más curiosos a su alrededor, la hicieron tambalearse peligrosamente hacia adelante. Los latidos frenéticos de su corazón bombearon como si acabara de correr una maratón, el ruido y las murmuraciones de la gente a sus espaldas le resultaron lejanos, puros ecos insoportables en sus oídos.

Debilitada como estaba, Sandya creyó firmemente que caería por la borda, pero entonces escuchó en la lejanía una voz grave y preocupada de hombre vociferar su nombre:

—¡Sandya!

Aturdida, dio un paso hacia atrás con tan mala suerte que cayó de nalgas al pulido suelo de la cubierta. Sus extremidades de pronto se sentían pesadas y le fue difícil recordar cómo moverlas. Tragó saliva con dificultad, saboreando las lágrimas y el dolor. Su garganta comenzó a cerrarse y su visión a nublarse. El sudor perlaba cada vez más su frente y sus músculos habían adquirido un repentino *rigor mortis*. En medio el estupor y de los calambres

que habían invadido su cuerpo, Sandya consiguió mirar fugazmente por encima de su hombro para ver a Alessandro empujar a sus empleados, abriéndose paso, apresuradamente entre ellos. Justo antes de que todo a su alrededor se volviera negro.

Capítulo 18

En medio del estupor producto de las altas temperaturas que había registrado en las últimas cuarenta y ocho horas, Sandya se removió recobrando poco a poco la consciencia pese a que su cabeza estaba dopada con medicamentos. Una tierna e inocente caricia en su mejilla la hizo sentirse mejor. Intentó hacer memoria mientras agitaba sus pestañas. Sonrió cuando la palma de una pequeña mano fue a dar a su frente, comprobando su situación. La molla caricia le recordó aquella feliz infancia en la que su abuela había sido su pilar y su refugio. Conmovida, abrió perezosamente los párpados para encontrarse directamente con un par de ojos verdes de negras y largas pestañas que le resultaban demasiado familiar.

—¿Cómo estás, *Tana*?

Dante Visconti la observaba con atención sin perder ningún detalle. Su expresión infantil era de auténtica preocupación. Y, por el estetoscopio de plástico colgado de su cuello, se dio cuenta que había estado siempre en las mejores manos. Atendida por toda una eminencia de cuatro primaveras y media.

—Hola, pequeño doctor —El niño le devolvió la sonrisa—. ¿En dónde estoy, cariño?

—En la habitación de mi papá —continuó el niño en español con su marcado acento—. Llegaron en la madrugada y papá me dijo que necesitabas descansar porque estás enferma. ¿Te sientes mejor, *zia*?

—Si, cielo —comenzó a levantarse, pero se sintió extraña.

De pronto, horrorizada, se dio cuenta de que estaba desnuda bajo la ligera sábana. ¡Completamente desnuda como el día que había llegado a este mundo! Asustada, pese a que el pequeño seguía hablando sin parar, se cubrió jalando el cobertor. No podía creer que hubiese acabado desnuda en la cama de Alessandro. ¡Otra vez! ¿Cómo era posible? Un fogonazo de luz resplandeció en la tiniebla de su mente. No solo había hecho el amor con Alessandro Visconti, un hombre casado, prohibido, sino que en medio de su intento fallido de fuga había perdido el conocimiento completa y profusamente. Pero ¿y luego? ¿Qué había ocurrido después? ¿Acaso ellos

habían tenido intimidad de nuevo en... en esa cama? ¿En la misma alcoba que Alessandro compartía con su mujer y a pocos metros del dormitorio de su hijo? ¡¿Pero qué tipo de sin vergüenza era ese hombre?!

—¡Zia! —llamó Dante—. ¿No te parece gracioso?

—Cla... claro —Una débil sonrisa plegó sus labios, sin tener la más mínima idea a que se refería.

—Entonces se me ocurrió que necesitabas un médico y ellos siempre llevan estas cosas.

Miró al pequeño vaciar sus bolsillos llenos. De ellos salió casi la mitad del *kit* médico que Julianne les había regalado a Gianluca y a él en las últimas Navidades.

—Bien pensado, *il mio piccolo dottore* —elogió ella besándole la mejilla. Un beso suave, lleno de ternura. Amaba a aquel diablillo. Lo había visto crecer, gracias a las constantes visitas de Julianne con su familia a Tenerife, a las que siempre sumaba a Dante. Era un niño maravilloso, encantador y bastante inteligente para su corta edad, y aunque muchas personas en su misma situación no hubiesen querido compartir el mismo espacio con el recordatorio viviente de un desengaño amoroso, ella había sido incapaz de rechazarlo y de no aprender a quererlo.

Algo realmente no debía funcionar bien en su enferma mente, pensó.

Satisfecho, el hombrecito guardó todos los objetos de nuevo mientras explicaba que su padre había ido a ejercitarse, a trotar como hacía cada mañana temprano, pero que regresaría pronto.

Sandya asintió pensativa. Parecía que, después de todo, aún tendría tiempo suficiente para salir disparada de allí. Siempre podía encontrar un teléfono y enviarle un S.O.S. a Julianne.

Un mareo la hizo comprender que no sería tarea fácil de cualquier modo.

Sintiendo el cansancio y la debilidad hasta los huesos, intentó seguirle la conversación a Dante mientras los últimos eventos se agolpaban en su mente luchando uno contra el otro.

A lo sucedido en el barco y a lo que, solo Dios sabía, había hecho en ese dormitorio con Alessandro. ¿Era posible que se hubiesen acostado y no lo recordase? Recordaba la primera vez, como se veía Alessandro colocado entre sus piernas y como su cuerpo la aprisionaba contra el colchón mientras sus brazos la rodeaban y su esencia inundaba su interior. Ella se había abierto bajo su peso con cada embestía y había experimentado con sorpresa como un

torrente licencioso recorría sus venas principales y le incendiaba hasta las arterias más diminutas.

Sandya adquirió el mismo tono de las fresas maduras al ser consciente de que lo que al inicio, nada más despertar, le había parecido una bravuconería, incluso una violación, quizás no lo hubiese sido del todo. Porque muy en el fondo de su obnubilado cerebro, había sabido que no estaba soñando y que, además, ella podía haberlo detenido. Al menos haberse negado, gritado o golpearlo con furia. Pero no lo había hecho. Había yacido con gusto en los brazos de un hombre ajeno, que debía estar vetado, y había disfrutado. Hacer el amor con él era lo más cerca que estaría jamás del paraíso.

¿Acaso eso no la convertía en alguien igual de aborrecible?

¡Por supuesto que sí!

Ella ya se sentía lo suficientemente avergonzada con lo que había pasado en alta mar, como para averiguar que, para colmo de males, había vuelto a recaer.

Tenía que dejar urgentemente de consumir la sustancia Visconti, a la que, al parecer, era adicta. ¡Debía ceñirse al síndrome de abstinencia! ¡Los doce pasos!

Sin embargo, su mente no le daba tregua y continuaba torturándola. Las escenas pasaban como un cortometraje sin que pudiera evitarlo. Se llevó una mano a la sien preguntándose si estaba exagerando o realmente tendría motivos para preocuparse. Si Alessandro se había aprovechado, esa vez sí, de la situación para poder meterse entre sus bragas y hacerla su mujer. Rayos, sí, era su mujer. Su amante; aunque no quisiera reconocerlo en voz alta. Debía sentir furia contra él. Estar enfadada y romper cualquier cosa en su gran y engreída cabezota.

Bastardo tramposo.

¡Troglodita infeliz!

Y aún estaba el tema de Lena.

¡Dios, Lena!

La culpabilidad y la vergüenza se hicieron presa de ella y sintió náuseas en la boca del estómago. Tragó saliva para controlarlas.

—¿Te ha vuelto la fiebre, *zia*? —interrogó el niño nuevamente preocupado.

Ella lo miró.

—No, cariño, estoy perfectamente, y todo gracias a mi doctor favorito —respondió azorada, preguntándose si podía preguntarle al pequeño por la

ubicación de su ropa, ya que no la veía a la vista por ningún lado.

—Pero estás roja de nuevo —sentenció él frunciendo el ceño tal y como lo hacía su padre.

No había duda de que Julianne tenía razón. Dante había nacido con un don para hacer las preguntas y objeciones más interesantes y curiosas. Su poder de observación y deducción eran sobresalientes.

Sonrió.

—Eso es porque estoy muy bien en tu compañía, corazón —Sandya se cubrió un poco más y sacó sus pies hacia un costado. Verificando, siempre, que las partes vitales de su cuerpo quedaran completamente cubiertas—. Ven aquí.

Dante se acercó y se sentó en el regazo de Sandya. Complacida, ella hundió los dedos femeninos en la pequeña cabeza y besó la negra, abundante y sedosa cabellera. Pero cuando comenzó a rascar en un suave masaje, sintió un bulto levantado en el cuero cabelludo. El niño la abrazó con verdadero afecto, haciendo que el corazón le diera un vuelco doloroso. El dolor era tan intenso que sentía como si el corazón se le estuviera partiendo en dos. Siempre había sospechado que el pequeño no recibía suficiente atención de sus padres, pero, sobre todo, de su madre Lena.

Antes de que pudiera emitir algún comentario o preguntar al crío la puerta de la habitación se abrió dejando ver al demonio personificado: Alessandro Visconti.

Gengis Kan parecía sorprendida al ver a Dante amorosamente abrazado a la mujer. El pequeño levantó la vista y su mirada se iluminó al ver a su progenitor.

—¡Hola, papá! —soltó a Sandya y levantó su mano derecha—. ¡Te juro que *zia San* se despertó sola!

—Sandya no es tu tía, hijo —corrigió Alessandro.

—Pero es tía de Luca —Su pequeño ceño fruncido le dio risa a Sandya.

—Sí, hijo, pero no es tu tía.

—No, cielo, no soy tu tía —intervino ella palpándose la frente—, pero puedes seguir llamándome de esa manera si así lo deseas.

—¿De verdad? —sonrió emocionado el infante.

Sandya asintió.

Alessandro rumeó quitándose la camiseta transpirada para lanzarla al piso.

Sandya no quería mirar. ¡Se lo tenía rotundamente prohibido! Pero no lo

logró. Espió al hombre entre las pestañas y sintió que su propio cuerpo la traicionaba. Todo en él era impresionante. Desde su cabello despeinado, sus ojos profundamente verdes, hasta el abdomen plano, musculado y sudoroso que terminaba en un par de poderosas piernas cubiertas por pantalones de deporte.

Cuando se dio cuenta de que Alessandro notó el interés que ese cuerpo bien formado había despertado con su media desnudez, curvó los labios en una media sonrisa. Con aquella mueca patentada y mejorada por siglos de guerreros Visconti. Arrebatadoramente perfecta.

¡Era tan engreído! ¡Por Cristo bendito!

Lo fulminó con la mirada y de no haber estado Dante presente, seguramente su afilada lengua hubiese salido a pasear. Alessandro era un guepardo y ella una gacela herida. Una luz se encendió en la mirada esmeralda del hombre.

—¿Cuidaste de ella como prometiste? —le preguntó a su hijo sin apartar la mirada de ella.

—Sí —expresó el pequeño con verdadero orgullo y agregó—: La paciente despertó y la fiebre ha bajado —Le mostró el estetoscopio—. No hizo falta ponerle ninguna vacuna.

Alessandro contuvo una libidinosa respuesta ante ese último comentario y añadió:

—Muy bien doctor Visconti. Yo me encargaré de que la paciente reciba la exploración táctil correspondiente. Usted, debe correr a la cocina a desayunar porque llegaremos tarde.

Sandya lo observó con detenimiento, procurando aplacar los temores que le provocaban sus insinuaciones, y advirtió una mirada de feroz advertencia en sus ojos.

—¡Sí, papá! —Accedió Dante corriendo hacia la puerta. Antes de desaparecer por ella se giró hacia Sandya—. Sea buena chica.

—Lo prometo, doctor.

Riendo, el pequeño revoltoso corrió hacia la puerta para perderse por el pasillo. Dante tenía una sola debilidad: la comida. Alessandro lo vio irse y se apresuró a cerrar la puerta.

—Ya escuchaste a nuestro médico de cabecera, así que retira la sábana que voy a comenzar la exploración táctil —se burló avanzando hacia ella.

Sandya sintió su cuerpo responder inmediatamente, como la luz de una bombilla al interruptor, ante la tácita promesa en la frase utilizada por el

hombre. Metió la mano debajo de las sábanas para jalarla de los pies, y en un solo movimiento le quitó la tela que la cubría para empujarla de vuelta a la cama y cubrirla con su propio cuerpo rápidamente a continuación. Alessandro deslizó la pierna sobre las de ella, anclándola al colchón, aunque ella no mostró señal alguna de oposición.

La negativa se había atragantado en la garganta de Sandya del mismo modo que su cuerpo traidor se rendía.

—Alessandro... —murmuró, sintiendo el peso masculino, perfecto y sudoroso, sobre el suyo, y trayendo a colación recuerdos que no quería.

En respuesta, él se ubicó mejor, apresando el caliente cuerpo de la mujer a la cama, deseando que sintiera el suave roce del vello oscuro de su pecho contra sus pezones. Podía notar que el aumento de su temperatura era un cincuenta por ciento por la lujuria que inyectaba en ella y la otra mitad por su débil condición.

—Esta vez será mucho mejor, lo prometo.

—¿Esta vez? —inquirió—. ¿No... no lo fue la segunda?

—¿La segunda? —Se burló, Alessandro—. Si tu cuerpo hubiera sido mi abrigo de nuevo lo recordaría, *pajarito*.

—¿Entonces, nosotros no...? —preguntó—. Pero estoy desnuda en tu dormitorio. En tu cama.

—Solo te puse cómoda —Su expresión de inocencia no le convencía en los más mínimo. Alessandro no pudo evitar reír—. Para una vez que hago algo desinteresadamente, no me crees.

—Permíteme dudarlo...

—Tiemblas —sentenció él al tantear las femeninas formas que tiritaron.

Alessandro se pegó a su oído para susurrarle:

—¿Tienes miedo?

—*No tuve un lugar para esconderme del trueno, por lo que no le temo* —citó ella visiblemente nerviosa.

El petulante hombre parecía satisfecho. Odiaba esa arrogancia que muchas generaciones de esos bárbaros habían logrado acumular.

—Cuidado, gatita, que el trueno no es más que la sinfonía previa a la destrucción.

Aprovechó que Sandya no esperaba una respuesta semejante, así que llevó las manos hacia arriba para inmovilizarla. Se le hizo agua la boca al sentir la firmeza y turgencia de los pechos femeninos. Ella suspiró.

—¿Qué... qué estás haciendo? —Se removi6 solo logrando restregarse contra el cuerpo masculino y su virilidad. Su erecci6n era acero puro, firme hasta lo imposible. Gimi6.

—Llevas el cuerpo muy febril —Una traviesa mano pas6 cerca de los pechos desnudos hacia sus piernas y mientras la tocaba iba record6ndole—: Las medicinas que tomaste en el barco son muy fuertes. Necesitas mantenerte relajada para descansar. Puedo ayudarte en esa parte, soy bueno relajando.

Alessandro se corri6 un poco para examinar el cuerpo desnudo de la mujer. Le encantaba tanto verla como estar dentro de ella. Pero una cosa a la vez. Pase6 la lengua por sus labios, mientras uno de sus dedos pase6 tentativa y sensualmente la yema por el monte de venus depilado de la mujer.

—No... no hagas eso. —balbuce6, sinti6ndose terriblemente mal por el agradable cosquilleo de anticipaci6n que recorría su vientre y palpitaba en su entrepierna—. Tu mujer puede entrar en cualquier momento. No debiste traerme aquÍ.

—¿Te imaginas lo que ocurriría si entra y nos encuentra en la cama juntos? —Sonri6 él malicioso. Parecía un ni6o peque6o a punto de ser descubierto haciendo alguna travesura. No le importaba en lo m6s mÍnimo—. Podríamos probar suerte con una relaci6n de tres. ¿Alguna vez has fantaseado sobre lo que se sentiría ser parte de un *menage*?

—¿Por qu6 te interesa saberlo? ¿Acaso has planeado llamar a alg6n amigo tuyo? —Lo desafi6 con cierta ironía y en un tono provocador que ella no se había oído jam6s a sÍ misma—. ¡Ay, eso ha dolido! —Se quej6 de pronto cuando el hombre clav6 sus dientes en su tierno pero endurecido pez6n.

Sandya intent6 encogerse para quitarle aquella parte de su cuerpo de la boca, pero su lujuriosa lengua sali6 a jugar, mientras mamaba de ella como un reci6n nacido.

La hizo gritar en un coctel de placer y dolor, para luego liberar la protuberancia completamente roja por la succi6n.

—Eres mía —asever6 él. Las manos de Alessandro acariciaron sus muslos desnudos y sus piernas, que, de manera inconsciente, se abrieron para recibirlo—. Completamente mía y de nadie m6s —Sandya se sacudi6, apoy6 las manos en sus hombros y levant6 instintivamente las caderas cuando él introdujo un dedo en su abertura contraída. Quería m6s, necesitaba m6s. Alessandro la notaba caliente, receptiva, húmeda. Ella dej6 escapar un gemido de dolor y placer cuando comenz6 a dilatarla para prepararla—. No

quiero volver a oír algo así. Nunca más. ¿Me has entendido?

Sin dejar de mirarla, comenzó a acariciarla, haciendo que ella se arqueara sobre la cama. No la apremió, aunque tampoco cesó ni un instante. Ella quiso apartarlo en un momento dado porque hacía que quisiera gritar, pero no se retiró ni se resistió, simplemente apretó los dientes. Él dijo algo en italiano y sus palabras, aunque no las entendió porque estaba presa de una excitación imposible de soportar, reflejaban el mismo deseo incontenible que sentía ella. Entonces Sandya le rodeó la cintura con las piernas, traspasada por un latigazo de placer que la hacía gemir con la boca abierta. Cuando el orgasmo finalmente la alcanzó echó la cabeza hacia atrás y soltó un grito. Alessandro la observó maravillado, sintiendo cómo sus oídos zumbaban por culpa del furioso rumor de la sangre en sus venas y sintiendo como la palpitación de ella estrangulaba su dedo. Deseó que fuera el grosor de su miembro el que estuviese siendo ordeñado, el que estuviera siendo bañado por un río de lava ardiente.

Él la atrajo con fuerza contra su pecho y besó sus labios. Luego, mirándola intensamente a los ojos, fue dolorosamente consciente de su silencioso llanto y de cómo el desprecio por lo que acaban de hacer, por él, por si misma, dibujada en sus pupilas.

—¿Cómo puedes hacer esto con tu mujer en algún lugar de esta casa? ¡¿Cómo?!

Él la miró, sorprendido por sus palabras, por su vehemencia al decir las y por los gruesos lagrimones que resbalaban por sus mejillas.

Conmovido hasta lo más profundo de su alma, el corazón de Alessandro se expandió dentro de su pecho, y sin hacer caso a sus intentos por apartarlo, la abrazó fuertemente contra sí. Acarició su pelo con suavidad, su rostro, comprobando a su vez que la temperatura no le hubiese subido de nuevo.

—¿Te preocupa mucho lo que Lena pueda pensar o decir? —inquirió él, besando sus mejillas, absorbiendo sus lágrimas.

—¿Tú que crees? —expresó ella. Un intenso nudo de angustia y dolor atenazaba su garganta y le impedía hablar. Por fin, unos segundos después consiguió continuar—: ¿Acaso hace cinco años no me importó? Pero eres un hombre egoísta, que solo espera que el mundo se rinda ante ti y te sirva de rodillas. ¿Crees que es mi plan de vida el ser tu amante?

—Debería y a la única que quiero de rodillas es a ti —Le soltó él con sinceridad.

El teléfono sonó y, Alessandro, jurando por lo bajo se levantó de encima de ella. Por mucho que no quisiera reconocerlo, le supo a abandono, y tuvo una sensación creciente de tristeza e impotencia. Él agarró el móvil y antes de contestar le dijo:

—Aunque preferiría tenerte todo el día desnuda en mi cama, tenemos una cita a la que no podemos faltar. Así que levanta tu bonito trasero, *pajarito*, y agita tus alas hacia la ducha.

—¡No pienso ir a ningún sitio contigo, preferiría que el *Diablo* se llevara mi alma! —le espetó envalentonada, cubriéndose con las sábanas y el cobertor.

Vio a Alessandro levantar un dedo para que se callara y esperara, mientras daba indicaciones a la persona del otro lado del teléfono. Hablaba en un italiano demasiado rápido para que lograra comprender la idea central, pero algo que tenía que ver con ropa y zapatos. Supuso que para la velada romántica que tenía pensada. Hizo un mohín cargado de ironía. Cuando estuvo contento con el resultado, simplemente dejó el móvil sobre la mesa.

—Ahora puedo atenderte, *cara*. Soy completamente tuyo.

—Honor que me haces —susurró más para sí misma.

—Ya veo que no quieres asistir a la boda de tu mejor amiga —La expresión sorprendida de Sandya lo dijo todo, no necesitó más palabras para comprender—. ¿Nada por acotar?

Soltando una risa hueca, se acercó hacia ella que se había cubierto hasta la barbilla con decoro. Paseó una mano por su cuerpo cubierto.

—Tomaré una ducha —Apretó su trasero con una mano—. Siempre puedes acompañarme y así le damos un menor uso al tiempo...

—¡Vete al diablo, Alessandro!

—Como quieras —El hombre se enderezó y esperó a que ella se quitara la sábana de encima—. Por si te interesa saberlo, la propuesta sigue en pie.

Luego ingresó al baño perdiéndose. Sandya cogió una almohada y se la lanzó, esperando que le impactara, pero la puerta cerrada fue la diana y no la cabeza del hombre como esperaba.

Capítulo 19

Los jardines en el *palazzo* de Alessandro estaban maravillosamente decorados. Parecían sacados de un cuento de hadas, como si un príncipe hubiese encontrado al fin a la princesa de sus sueños. No podía haber sido elegido con mejor gusto. El aire elegante y romántico envolvía cada esquina de la inmensa construcción victoriana. Desde las telas y tules en color champagne con listones lavanda pastel; hasta la suave música del cuarteto de cuerdas ubicado en una pequeña peana en forma heptagonal.

Las columnas tanto del estrado como de los exteriores del *palazzo*, estaban ornamentadas con unas ramificaciones de enredaderas completamente verdes y con chispas de luces tenues que habían sido prendidas con las primeras sombras del crepúsculo. Una iluminación a la que poco a poco se le habían ido sumando el resto de bombillas y lamparillas del idílico Edén, y que en breve rivalizaría con un cielo plagado de estrellas.

Sandya sonrió.

Sí, por lo visto, el paraíso donde Dios había puesto al hombre después de haberlo creado a partir del barro, según el *Génesis*, le había salido un duro competidor.

Curiosamente, Santo y Alessandro habían hecho un extraordinario trabajo.

Las mesas circulares estaban ubicadas en una media luna con una vista privilegiada hacia la mesa principal, donde los novios parecían revelarse secretos al oído. Las flores eran todas aquellas que no le podrían producir ningún tipo de reacción alérgica a Julianne, y los preciosos centros de las mesas eran damajuanas de cristal con un moño de cinta malva en el esbelto cuello, con jazmines, lavandas y flores de ilusión blancas. Justo al lado de una bandeja con velas acuáticas aromáticas. Mantel inmaculado con flores dispersas del centro hacia fuera de la mesa. Costosos y refinados platos con tanta cubertería de plata como para asustar al más diestro en protocolo. Los niños estaban en una mesa adicional ubicada en el lado izquierdo a la de los recién casados. Por lo visto, los hermanos Visconti habían pensado en cada detalle al milímetro.

La celebración íntima y de contados invitados había tenido una notable ausencia: Ottavia Galiano. La abuela, Teresa, había ocupado el lugar de su nuera como siempre lo había hecho, y para Santo y Alessandro era más que

suficiente.

Como vía de escape, y a una distancia más que prudente de la gente, Sandya permanecía discretamente en un segundo plano, vigilando cada movimiento y ruido a su alrededor con desconfianza. Se hallaba en medio de una situación temida, que la perturbaba más allá de lo racional. Las manos le sudaban cada vez más y la tensión muscular de su cuerpo, ya elevada por encima de lo natural, parecía ir en aumento. Intentó relajarse, repitiéndose así misma que estaba segura y que no le ocurriría nada. No permitiría que sus fobias la controlaran y echaran a perder uno de los días más importantes en la vida de su mejor amiga Julianne. Aunque, si era sincera, tenía que admitir que el nerviosismo no se debía sólo a un trastorno psicológico. No, rotundamente no. En algún momento la velada concluiría y ella volvería a estar a merced de Alessandro Visconti si no ingeniaba pronto un plan.

En el preciso instante en el que se quedó a solas, tras la matriarca de la familia Visconti disculparse con ella y retirarse con los pequeños a descansar un rato; sobradamente agotados después de un día cargado de demasiadas emociones, Alessandro hizo ademán de avanzar hacia ella, para reemplazar a su querida abuela y acompañarla. Pensó que la diosa Minerva debía sonreírle, ya que fue requerido por otro de los hombres con los que llevaba conversando desde hacía media hora. Indudablemente de negocios. Él era un adicto al trabajo, una persona que, literalmente, había hecho de él el centro de su vida.

Ella lo espió a hurtadillas.

Se había quitado la corbata y se había desabrochado el cuello de la camisa blanca. Sus músculos perfectos se adivinaban debajo de las perneras de sus pantalones y de las mangas de su chaqueta. Se veía muy atractivo. Los astros de la noche, incluso hasta el maldito sol que había caldeado la ciudad de Palermo ese día, se habían rendido bajo su influjo, brindándole a su piel aceitunada el tono del oro. Alessandro era una auténtica deidad, tuvo que reconocer ella a regañadientes porque no le gustaba la sensación de necesidad que parecía crecer en su interior cada vez que posaba sus ojos en él, cada vez que lo tenía peligrosamente cerca y su cuerpo aletargado por demasiado tiempo despertaba.

De lo único que debía preocuparse era de no volver a enamorarse de él.

¿Volver?

¡¿En serio, Sandya?!

Lo cierto era que nunca había dejado de amarlo.

Alessandro notó que Sandya lo estudiaba a escondidas detrás de las bailarinas telas de la decoración. Estaba preciosa envuelta en un exquisito traje de fina gasa color café con lunares blancos. La transparencia dejaba ver debajo un vestido corto del mismo tono del de la gasa. Un cinto delgado en color dorado separaba la cintura del traje, y unas sandalias de plataforma con tacón cuña le debían unos centímetros más de altura. Levantó la copa hacia ella en un sensual saludo para luego, llevársela a la boca y degustar el sabor de una buena cosecha. Aunque, en realidad, el único sabor que quería catar en ese momento era el de la canaria. Bebió largos y licenciosos tragos sin apartar su mirada de la suya.

Sandya tenía las mejillas encendidas de rabia,

Alessandro sonreía de un modo que ella deseó odiar porque el gesto estaba provocado por el orgullo masculino. Estaba encantado consigo mismo porque ella había captado su mensaje y su cuerpo había reaccionado. Era un crápula diplomado. ¡Y lo peor era que ella estaba dispuesta a participar en su juego! Su cerebro debía de haber sufrido algún cortocircuito por las fiebres altas. Sí, eso debía ser. Porque solo alguien enfermo de la cabeza se metería en una piscina con un tiburón hambriento nadando en ella.

Mortificada, giró la cabeza para ignorarlo y vertió en su garganta el contenido burbujeante que quedaba en su copa de un solo trago. No le importó que el líquido hubiera estado añejándose toda la tarde. Era el único remedio que tenía en esos momentos al alcance de su mano para apaciguar la atracción que seguía existiendo entre ese canalla y ella. Aunque sabía de antemano que era inútil tratar de negarlo.

No debía estar haciendo aquello. Debía ser fuerte y recelar de todo lo que viniera de ese hombre a partir de ese momento. Ya había hecho mucho como para avergonzarla por esta, y varias vidas más. Probablemente el karma la perseguiría en las próximas tres o cuatro reencarnaciones. Con el raballo del ojo vio como sus iris verdes refulgían; como un faro en el mar negro, aceptando el reto y siendo conoedor de lo mucho que la afectaba.

¡Era un desvergonzado, un licencioso y un libertino!

Incómoda, Sandya respiró profundamente. La forma en la que él la escrudiñaba, como si la evaluara para las tareas que debería cumplir en su lecho nada más los invitados se fueran, la incomodaba. Aunque no podía negar que cada célula de su cuerpo parecía encenderse como las luces de un árbol de Navidad. Sabía que sentirse atraída y desear a un hombre como él era condenable. ¡Repudiable! Había estado casado hacia cinco años y lo

seguía estando en la actualidad. Pero, ¿acaso no existía también un infierno para idiotas como ella?

Aquello estaba mal en muchos sentidos, en tantos que casi no podía empezar a enumerarlos.

Por otro lado, Sandya llevaba preguntándose todo el día en qué desventurado momento se toparía con Lena. En qué momento la increparía por haberse acostado con su marido y trataría de fregar cada piso del *palazzo* con su cabello. Bajo ningún concepto deseaba aquel enfrentamiento directo. ¡Demasiados suelos a los que sacar brillo!

—*Potrei vi invitiamo a godere di questo pezzo di musica, Signorina.*

Sobresaltada, Sandya levantó la mirada ante la petición. Un hombre joven y apuesto, de ojos y cabello tan oscuros como el carbón, se había acercado a ella y le extendía elegantemente una mano mientras esperaba una respuesta.

¿Ella quería bailar?

Lo comparó inmediata e inevitablemente con Alessandro, y entonces ya no le pareció tan atractivo, ni tan guapo. Además, tenía un aire demasiado infantil para su gusto.

Sin advertencia, la voz grave del hombre que había protagonizado todas sus fantasías en los últimos cinco años, tronó a su espalda.

—*Tu inviti la donna sbagliata, giovane* —Alessandro le colocó ambas manos sobre los hombros; las yemas de sus dedos acariciando sus marcadas clavículas, en un claro gesto de posesividad—. *Trova qualcuno disponibile perché mia moglie non lo è.*

—*Non lo sapevo, mi dispiace di averti disturbato, signora* —musitó el muchacho contrariado, mientras le hacía una venia con la cabeza antes de retirarse.

—¿Qué le dijiste? —interrogó ella, escurriéndose de sus brazos y mirándolo a los ojos, ansiosa.

—Que eras mi mujer y no estás disponible.

Ella parpadeó por el tono de él al decir «*mi mujer*».

—Pero... ¡Cómo te atreves a decir algo así! ¿Estás loco? —Sandya estaba realmente molesta con la actitud de Alessandro. Él tenía una mujer y un hijo. No debería estar fastidiándola. ¡Ni reclamándola como suya! Ni secuestrándola, ni poseyéndola—. Te sugiero que visites cuanto antes a un especialista, porque tu dificultad para recordar quién es en realidad tu mujer es preocupante. Pero tranquilo, he leído que una de las causas del deterioro cognitivo puede ser algo tan normal como el envejecimiento...

Aquellas palabras airaron aún más al italiano, de tal manera que sus ojos cobraron el mismo color esmeralda que las frías y duras piedras preciosas. La cogió por los hombros, obligándola a ponerse de puntillas, mientras apretaba la mandíbula con tal fuerza que apenas podía hablar.

—Antes de que sigas llamándome viejo —dijo en un engañoso tono amable—, antes de que vuelvas a negar lo evidente, quiero que sepas que, en el mundo en el que me críe, la *Cosa Nostra*, a los ladrones se les corta la mano y a los mentirosos la lengua.

—Entonces, a estas alturas, tú no deberías tener lengua —lo cortó ella mordaz.

Alessandro no se molestó en discutir y continuó con su retahíla.

—Cómo te decía. En el mundo en el que me críe, a los ladrones se les corta la mano y a los mentirosos la lengua. El ex novio de mi recién estrenada cuñada aprendió excelentemente bien la lección —Los ojos de la Canaria se ensancharon—. ¿Acaso no te lo había contado tu querida amiga? Ya veo que no. Pero tranquila, *pajarito* —La calmó él, esbozando una sonrisa cruel que dejó sus dientes al descubierto y le dio el aspecto del terrible depredador que era—, el ser la amante favorita de *Il Capo di tutti i capi* te concede cierta inmunidad.

Sandya cerró la boca y compuso un gesto adusto de rabieta. Había adivinado la diversión subyacente en las palabras de Alessandro y había decidido dejar de proporcionarle motivos para que se riera a su costa.

Pero, sin embargo, no podía dejar de preguntarse si estaba hablando en serio. ¿Y qué rayos pintaba Blas en todo ese asunto? Clavó la mirada más allá de ellos y encontró a Julianne, bailando acaramelada con Santo. Parecían muy felices mientras disfrutaban de una bellísima pieza musical de *Il Divo* que los músicos en directo interpretaban a la perfección.

*Cuando me vi desnudo y sin aliento
Arando un mar desierto y sin amor
Cuando pensé que mi alma había muerto
llegaste tú como la luz del sol.*

*Por ti seré más fuerte que el destino
Por ti seré tu héroe ante el dolor
Yo sin ti estaba tan perdido
Por ti seré mejor de lo que soy.*

Dos enamorados que daban la sensación, innegable, de pertenecer el uno al otro. Sonreían con los labios, los ojos... con el alma. Se alegraba tanto por Julianne, porque hubiese encontrado a un hombre tan maravilloso como Santo. Esperaba que fueran muy felices.

Tal y como ella soñó muchas veces, incluso conociendo la verdad sobre Lena, que lo sería algún día con Alessandro.

Aquel pensamiento aberrante la sobresaltó, la conmocionó. Alessandro estaba demasiado cerca de ella y se apartó bruscamente, dándole la espalda para darse a sí misma un poco de espacio para respirar, pero, sobre todo, para ocultar la expresión de manera instintiva. De ningún modo podía permitir que el italiano supiera que ella lo seguía amando. De ningún modo podía permitirse el lujo de dejar que sus esperanzas nublaran su sentido común.

—Qué opinas, ¿crees que su amor será eterno? —preguntó Alessandro en un susurro. Se había cernido por detrás de ella, e inclinándose hacia adelante, había retirado su cabello a un lado y colocado la boca en su oído.

Un gemido bajo escapó de los labios femeninos y notó como la carne se le ponía de gallina.

—Ellos lo lograron. Parecen hechos el uno para el otro.

—¿Quieres decir que la próxima vez que Julianne tenga un problema no correrá a refugiarse en las faldas de su mejor amiga? ¿O que quizás mi querido hermano no volverá a las andadas?

El sarcasmo bordeaba su voz, y ella pudo sentir el peso de su implacable mirada.

—Eres un cínico. ¿Acaso crees que han pasado por tanto juntos para tirar todo por tierra en la menor contrariedad? ¿Crees que tendrían la familia que tienen si no se amaran de verdad? ¿Por qué absurda razón, en tu mente retorcida, pondrían en riesgo ese vínculo especial? —Sacudió la cabeza negativamente, incrédula—. Debes estar completamente loco.

—Lo eterno no existe para los enamorados. Siempre hay momentos, siempre insuficientes, de felicidad en pareja que pasan eternamente rápidos —argumentó él, rodeándole la cintura con un brazo y atrayéndola hacia sí. El estómago de Sandya se tensó y los pezones se le pusieron como piedras ante la sensación de sentir la fuerza descomunal de su enorme cuerpo contra el suyo—. Eva González; poetiza y compatriota tuya, *fascino*.

—Ellos encontraron su eternidad en la mirada del otro, ¿acaso eres incapaz de comprender eso, Alessandro? —Ella hizo una pausa y tomó aire cuando

sintió cómo él succiona el lóbulo de su oreja y empezaba a mordisquearlo con los dientes. ¡El muy canalla trataba de ponerla nerviosa!—. ¿O... o estás demasiado amargado como para hacerlo?

—¿Ahora hablamos de romance platónico o de realidad?

—Te detesto —siseó ella sacudiéndose de la cárcel de sus brazos y buscando alejarse de él lo más pronto posible.

De pronto Alessandro le cogió la muñeca y la obligó a encararlo.

—Ni aunque lo intentaras lo conseguirías, *pajarito*.

Sandya abrió la boca para protestar, pero la cerró enseguida. Había una cierta verdad en lo que Alessandro había dicho.

.

Capítulo 20

Solo media hora más tarde, Sandya se hallaba apoyada en la chimenea. Era hermosa, al más puro estilo tradicional que poseía el amplio salón del *palazzo*. Ansió que aquel elemento que aportaba siempre calidez en los hogares, le inyectara un poco de energía extra. El día aún no concluía y sospechaba que, en algún momento de la noche, la iba a necesitar. Lamentó que estuviera apagada y no fuera más que otro decorativo agradable de la estancia.

Cerró los ojos murmurando una breve plegaria por la fuerza adicional que, lo sabía, necesitaría.

En cuanto Alessandro la había dejado un instante a solas, ella se había dirigido como un resorte hacía las altas puertas de cristal del *palazzo*, con la esperanza de que la imagen de los encantadores novios atraparía la atención de los pocos y escasos invitados que habían ido llegando al convite nupcial, y nadie notaría su ausencia si se escabullía por un rato.

Se abofeteó mentalmente a sí misma por decir semejante sandez.

Por su puesto que su huida cobarde no pasaría desapercibida para todos.

Alessandro Visconti la acechaba como un halcón.

Aun así, buscó alguna habitación que la resguardara. Un lugar donde pudiera pensar con claridad en lo que ella había dicho, y en lo que Alessandro le había confesado, y por eso había acabado allí. Porque estaba cansada de escuchar el cinismo de Alessandro, y su claro repudio por todo sentimiento de afecto. Por todo sentimiento humano, en sí. Antes, hacía mucho tiempo, había pensado que él podría ser reparado. Que ella podría...

La joven sonrió con amargura.

Ahora comprendía que no. El cinismo estaba demasiado enraizado en su ser y en su corazón. Por los únicos que sentía cualquier tipo de sentimiento positivo, era por su hermano, por su abuela y por su hijo. A esas alturas, Julianne, Gianluca y Galia, también se habrían ganado un pequeño hueco en su cerrado corazón. No había espacio para nadie más.

—¿Escapando de la gente de nuevo o se trata solo de mí?

Abrió abruptamente los ojos y vio entonces a Alessandro avanzar hacia ella

con una copa en la mano derecha. Cuando llegó a su altura la acorraló contra la chimenea.

—¿Tú qué crees?

Sandya sintió la mirada de Alessandro moviéndose sobre sus pechos, como si la estuviera marcando con un hierro candente. Los pezones se le endurecieron. Trató de cruzar los brazos para taparse, pero no podía moverse.

Nerviosa se negó a mirarlo hasta que, con un respingo, contempló, atónita, como él apoyaba la fría base redonda de la copa de champán en uno de sus puntiagudos pezones.

—Estás muy tensa y deberías relajarte un poco y disfrutar. Tal vez yo pueda ayudarte a conseguirlo —Rió entre dientes, deleitándose en el modo en que llamaron los ojos de la mujer cuando se alejó con brusquedad.

—¿Qué es lo que quieres?

—A ti, de todas las maneras posibles.

—No sé a qué estás jugando, Alessandro Visconti, pero te recuerdo que no tengo intención de convertirme en tu amante. ¡Ni ahora ni nunca!

—En eso, al menos, estamos de acuerdo. No vas a convertirte en mi amante, porque ya lo eres.

Sandya sintió sus ojos llenarse de lágrimas. Solo por un breve instante. Porque luego la rabia comenzó a elevarse, recordando su engaño. Recordando también como, casi cinco años más tarde, se había convertido en la clase de mujer que juró que jamás sería.

En una querida.

Una meretriz.

¡En una necia y tonta!

—¡No! ¡Y estás loco si piensas que voy a permitir que algo como lo ocurrido en el barco vuelva a repetirse entre nosotros! ¡Preferiría morirme! — se defendió ella con brusquedad, pero por alguna razón sintió que no estaba siendo sincera.

—Lo dudo —Él alzó las cejas con ironía, mientras el sonido de una balada atravesaba el ventanal hasta sus oídos.

—Eres un tipo demasiado seguro de ti mismo, Alessandro. Ten cuidado con el ego, te puede morder el trasero.

—Eres una mujer muy sensual, me lo has demostrado no solo en el barco, sino en cada mirada pícara y en esos juegos que intentas que sean inocentes,

pero no son otra cosa que una invitación que estoy dispuesto a aceptar. Y te tendré en mi cama de nuevo.

Sandra rió histérica, entre escandalizada e intrigada.

—He estado treinta y cinco años sin sexo, créeme, puedo sobrevivir otros treinta y cinco años sin él.

—No apuestes con un ganador, *piccola mia*. Además, parecías encantada de experimentar mientras gemías debajo de mí.

—Eres un cerdo lujurioso, un cretino despreciable...

—Pero qué vocabulario tan poco elegante para una reconocida novelista como tú, *cara* —indicó riendo, mientras se acercaba a ella casi hasta hacer que se encogiera en medio de su absurdo intento por hacerse mucho más pequeña. Sintió el aliento masculino en su cuello cuando bajó su cabeza hacia ella y le susurró al oído—. Deja que un experto te enseñe a hablar sucio. Muy, muy sucio.

Lo que Sandya escuchó a continuación no podría ser reproducido jamás por sus labios. Reconoció, solamente, para sí misma, que la había asustado. Nunca creyó posible que aquellas palabras tan indecentes y sensuales tuviesen el efecto de acelerar su respiración como si estuviera en una maratón, y que los pliegues de su feminidad se humedeciesen con tanta facilidad.

¡Definitivamente lo odiaba por eso!

—Yo no deseo nada contigo —tartamudeó aun sintiéndolo muy cerca, casi tocándola.

—¿Ah, no? —Alessandro estaba sonriendo mientras aspiraba profundamente el aroma de su piel en el cuello.

Maldita fuera. Quería levantarla contra la pared, besarla, tocarla por todas partes, y demostrarle lo bien que estaban juntos. Ella gozaría como una gata en celo. Recuperarían el tiempo perdido con creces. ¡Que las puertas del infierno se abrieran para él si mentía! La estudió con una auténtica expresión de lobo hambriento y Sandya casi se ahogó de la rabia.

—¡No! —Le colocó ambas manos sobre los duros pectorales, para detenerlo, cuando en realidad lo que deseaba era tenerlo más y más cerca.

Una sola ceja oscura de Alessandro se alzó inquisitivamente. ¿Era orgullo? ¿O acaso podía ser tan necia?

—Derrochas terquedad en vano, *pajarito*. Sabes tan bien como yo que volverá a ocurrir, que es inevitable. Que será una y otra vez...

—Lo que sucedió en el barco no ha cambiado nada. No puedes esperar que el pasado desaparezca sólo porque... ¡porque fuiste un patán miserable y te aprovechaste de la situación!

—Me sorprende oír de tus labios esa acusación, porque yo te sentí en todo momento muy participativa.

—Eso no es....

Pero para Alessandro ya habían hablado demasiado, y era hora de que Sandya se callara y tuviera la boca ocupada en darle placer a la suya. Hundió los dedos en su mata de cabello y le sostuvo la cabeza con sus manos grandes y poderosas para mantenerla quieta para la profunda incursión de su lengua. Empezaba a estar excitado, y la dureza de su miembro comenzaba a competir con la del duro mármol. Presionó su creciente erección contra el vientre femenino. Esperando que ella intentara zafarse. Le rodeó con un brazo su estrecha cintura. Ella gimió contra su boca. Los pechos se le tensaron, los pezones se le pusieron duros y enhiestos, vibrantes por el deseo de ser tocados.

Por lo visto, no importaba que estuviera rígida y dolorida ni que él la hubiera desconcertado con sus palabras y actos. Igual, físicamente, lo deseaba.

Alessandro la estrechó con más fuerza.

Durante casi cinco años había reprimido las necesidades de su cuerpo con tal firmeza que terminaron siendo casi inexistentes, pero en lo que concernía a Sandya no poseía el mismo control.

Nunca la dejaría.

Jamás.

Su matrimonio con Lena, sus mentiras y maquinaciones se la habían arrebatado una vez. Pero no permitiría que lo hicieran ahora.

—No estoy aquí para esto... —murmuró ella separándose de él lo justo para mirarlo a la cara. Las lágrimas anegaban sus ojos—. Debes dejarme ir. No es bueno para ninguno de los dos. Hay demasiado resentimiento, mentiras y sobre todo, personas involucradas que serían dañadas.

—Así que el único inconveniente que te impide aceptar un sitio en mi cama es Lena —aseveró él, deslizando los nudillos por las mejillas de la mujer. Pese a lo que decía su boca, él advirtió la incertidumbre que la invadía y la esperanza que parecía avivar ligeramente su inquieta expresión.

—¿Te parece un motivo ridículo? —preguntó ella en un susurro—. Me has

convertido en la mujer que nunca he querido ser. Y lo has hecho porque eres un egoísta. No pensaste en mis sentimientos, solo pensaste en saciar tu curiosidad de hombre.

Alessandro hizo una pausa y meditó sus palabras. Lo había hecho porque llevaba demasiado tiempo deseando poseerla. Muchas noches sin dormir, ni siquiera pudiendo cerrar los ojos sin recordar las pocas ocasiones en las que la tuvo casi íntimamente entre sus brazos, dispuesta a darle algo más que su virginidad.

—Si esperas que me arrepienta, pierdes el tiempo. Jamás te convertiría en nada que no quisieras, Sandya —sentenció—. Te acostaste con un hombre divorciado, así que deja de atormentarte por ser *la otra*.

Sandya sintió cómo la suspicacia se adueñaba de su mente. ¿Sería verdad, o estaría tratando de enredarla de nuevo? En cualquier caso, tuvo que reconocer que se sintió también aliviada y un poco pletórica. De acuerdo, ¡Bastante pletórica! Pero no podía dejar que la felicidad se le notara. Estaba mal. Ahora, comprendía porque no había visto a Lena en todo el día. Apoyó la cadera contra la chimenea porque sintió de pronto las rodillas como de gelatina.

—¿Te has divorciado? —frunció el ceño intentando comprender, discernir.

—Sí, oficialmente soy un hombre libre desde hace una semana y media. Deberías aprender a confiar un poco más en mí.

Sandya se abrazó a sí misma, sintiéndose terrible. En el momento que Alessandro la observó, se dio cuenta que la estaba presionando demasiado. Ella solía encerrarse a menudo en sí misma como un caracol y debía darle un respiro para que ordenara el caótico desorden que habitaba en su cabeza.

Él extendió el brazo para ofrecerle su copa.

—Bebe un poco para recomponerte. Estás muy pálida.

Como una verdadera autómatas, Sandya llevó la copa a los labios y dio un pequeño sorbo. Las burbujas del champán le hicieron cosquillas en la nariz al beberlo, pero ella no podía bajar la guardia. La mirada de Alessandro no la dejaba en paz ni un solo instante. Él la contemplaba con una extraña intensidad que le turbaba, y conforme fue avanzando la tarde, hubo momentos en los que no sabía ni qué decir, ni en dónde meterse. Se alejó de la chimenea y del cuerpo del hombre. Necesitaba pensar. Sandya estaba aclarando sus ideas. Ella era una magnífica contrincante en el tablero de ajedrez, pero él tenía la experiencia, la astucia y, sobre todo, la malicia. Sabía

que la mejor estrategia era dejar que ella pensara su siguiente movimiento. Eso pondría mucho más interesante la partida.

—Hay algo de lo que sí me gustaría conversar contigo —Sandya comenzó a frotar una mano contra la otra en un movimiento nervioso.

—Adelante, cariño, soy todo oídos —su nerviosismo casi le causaba gracia. Posó sus lobunos ojos sobre ella, esperando.

Un ardiente color inundaba las mejillas femeninas cuando, después de dejar la copa vacía en la mesa de café, se giró a encararlo. Mantuvo la distancia.

—Me gustaría saber si usaste algún... algún tipo de anticonceptivo cuando... cuando, ya sabes, cuando lo hicimos.

De pronto Alessandro soltó una carcajada, con una expresión maliciosa bailoteándole en los ojos.

—Ah, ahora ya no me aproveché de ti, sino que «lo hicimos.» Supongo que es un avance —inquirió. Durante un instante pensó que no iba a resolver sus dudas, pero su rostro se acercó tanto al suyo que pudo sentir su aliento sobre sus labios—. Pero dime, cariño, ¿qué te preocupa? ¿Qué no usara un condón?

—¿Lo... usaste? —apremió la mujer con manifiesto nerviosismo.

—No, y es evidente que tú tampoco utilizas ningún método anticonceptivo. De lo contrario, no estaríamos teniendo esta conversación en medio de la celebración de una boda.

Las largas pestañas de la joven bajaron y ocultaron sus ojos.

—Hey, pequeña —su voz era un murmullo ronco, y las manos sobre sus hombros la hicieron estremecerse. Su mirada buscó la suya como atraída por un imán y lo que vio en ella la asustó, al mismo tiempo que la excitó con una fuerza mayor que en el pasado. Trató de luchar contra el magnetismo que ejercía sobre ella, pero era como pelear contra la corriente de un río, y cuando Alessandro la atrajo con fuerza hacia él, sintió que sus defensas se estaban desmoronando—, te prometo que estoy limpio, e igualmente te prometo que me haré cargo de ti y de nuestro hijo. Si estuvieras embarazada, claro.

—Te divierte toda esta situación, ¿verdad? —rumeó, superada porque un hombre como él, se tomara un tema tan delicado con tal ligereza.

—Sí, me divierte mucho —asintió para reafirmar la respuesta.

Sandy se sorprendió y frunció el ceño cuando lo vio y escuchó reírse. Nunca hubiera pensando que Alessandro estuviera tan tranquilo con la idea de tener un hijo. Otro hijo. ¿Qué le diría a su familia si llegaba a pasar? ¡Dios del cielo!

—¿Dónde vas? —le preguntó Alessandro cuando Sandya pasaba por su lado.

—Hasta el fondo de un pozo si es necesario para no verte.

Él la agarró por el brazo.

—¡Quítame las manos de encima! —replicó fuera de sí, tratando de soltarse, pero solo consiguió que sus dedos la apretaran con más fuerza.

—Tranquilízate, Sandya, o todos van a pensar que te estoy violando. *Di nuovo* —enfaticó él con dureza.

La soltó tan bruscamente que la pilló desprevenida; por un momento el enfado hizo desaparecer la vergüenza que sentía, y le dijo con violencia:

—¡No seas desagradable! No es gracioso, como tampoco lo es que te divierta tanto el hecho de ser un irresponsable y de no tener un control de lo que haces. Alessandro Visconti, me decepcionas.

El hombre apretó tanto la mandíbula que Sandya creyó que sus dientes estaban sintiendo toda su ira, que iban a romperse en miles de pedazos. Pero no pensaba retractarse. ¡Ni siquiera para salvar su dentadura de anuncio de dentífrico! Le parecía poco responsable tomar una noticia tan grande de esa manera. Además, él sabía que ella era virgen. No creía que un detalle así se le pasara a un hombre como Alessandro. No a él.

—Ya tengo un hijo, no soy nuevo en el asunto de la paternidad. Con el nuestro será más fácil.

Sandya parpadeó y se quedó mirándolo fijamente. Reprimió el tonto impulso de llevarse una mano al vientre, y en su lugar se clavó las uñas en las palmas de las manos. Esperaba que no fuera así. Esperaba que no estuviera embarazada. ¡No podía estarlo! Solo habían hecho el amor una primera y única vez, las posibilidades debían ser escasas. ¡Bendita fuera su capacidad de autoengaño! ¿A quién pretendía engañar? En ocasiones no se precisaba más de un solo encuentro sexual para gestar vida.

Alessandro siguió la mirada de Sandya y echó un vistazo por encima de su hombro. A través de los amplios cristales vio como Julianne, su resplandeciente, y a partir de ese día, legal cuñada, caminaba en dirección al *palazzo*. Hacía ellos.

—Deberías considerar decirle que no necesitas más una carabina. Ya no eres una señorita, ¿lo recuerdas? Yo estaba allí. Fue mi miembro al que se apretaron íntimamente tus virginales músculos cuando alcanzaste el clímax. Fue mi simiente el que te llenó cuando me vacié dentro de ti.

Sandya enrojeció con llameante color desde las raíces del cabello hasta la punta de sus pies.

Por supuesto que lo recordaba.

¿Como diantres iba a olvidarlo?!

Su traidora mente lo recordaba todo. Su cuerpo desertor aún arrastraba las secuelas de la pasión compartida. Solo le quedaba su alma. Ella era la única que seguía en pie de lucha cuando tanto su cuerpo como su mente y corazón se habían rendido. “*Si no puedes contra el enemigo...*”

Pronto la voz de su amiga llenó el silencio:

—Estaba buscándote... —Julianne se sorprendió al encontrar también allí a su cuñado. Oteó con curiosidad alrededor para ver si es que había algo fuera de su lugar. Quizás su amiga estuviera a punto de romperle algún jarrón en la cabeza del hombre. Suspiró tranquila, parecía que solo estaban conversando. —. Oh, Alessandro, aprovechando que estás aquí, quiero darte las gracias por la invitación que nos has hecho a tu villa en Kronos, pero Galia aún es tan chiquita y Gianluca tan revoltoso...

Kronos era la isla griega de propiedad de Alessandro Visconti. La primera gran y lujosa compra para un joven Alessandro que acababa de ganar su primer billón. Una hermosa y palaciega villa se extendía en la cima de una montaña desde la que se veía absolutamente toda la isla. Los habitantes de ella vivían, solo y exclusivamente, al servicio de Ale, y para que sus visitas, siempre que decidía ir, fueron de lo más agradables. Al menos eso sabía Sandya. Según la prensa, Alessandro no le daba permiso a cualquiera de entrar en su pequeño paraíso terrenal.

—Los pequeños pueden quedarse...

—¡Conmigo! —acabó Sandya la frase por él. Quería que su voz sonara segura, pero un temblor la delató. Reclamando la atención de su mejor amiga, se colocó delante de esta y la tomó de los hombros, dándole la espalda al hombre que la perturbaba. Sentía que toda la sangre se le había agolpado en la cabeza. Estaba asustada de lo que la esperaba y asustada de echarse atrás —. Yo... yo puedo mudarme con ellos a tu casa, Jules, mientras Santo y tú disfrutaréis de esa merecida luna de miel que tan amablemente os ha organizado tu cuñado.

—No creo que sea una buena idea lo de mudarte.

Sandya sintió el hormigueo de su voz en su cuello, pero no se dio la vuelta. Había algo en su tono que le ponía los nervios de punta, una intimidación que

le recordaba la pasión que habían compartido y eso le producía cierta ansiedad.

—Yo, sin embargo, creo que es una solución perfecta —rebatía ella—. Los pequeños no tendrían que estarse trasladando y tampoco se trastocaría sus rutinas. Julianne, por favor, confía en mí.

—Eso... ¡Eso sería maravilloso!

—En cualquier caso, no requerirán de tus desinteresados y amables servicios hasta mañana por la tarde, cuando el Jet privado los lleve a Kronos.

—No.

—¿No qué?

Aún sin mirarlo, pero muy consciente de su presencia, Sandya agregó casi con desesperación:

—Si no hay ningún inconveniente con lo de hospedarme en tu casa Jules, empezaré a ocuparme de los pequeños esta misma noche. Así la parejita de recién casados podrá disfrutar de una romántica noche de bodas a solas.

—¡Entonces no hay nada más que discutir! —Julianne la abrazó y pudo sentir de repente las lágrimas de su amiga humedeciéndole la cara—. ¿Bichito?

—Gracias —musitó Sandya de manera que solo su amiga pudiese oírla, después de apartarse.

—Amm... Sandya, necesito que me ayudes con algo —dijo la mujer después, apartándose—. ¿Podría ser o estás muy ocupada aquí?

Sandya negó con vehemencia.

—Voy contigo.

Minutos después, y aún con el cuerpo agitándose de ira, Alessandro se detuvo detrás de los grandes ventanales y observó a la carabina de su cuñada llevarse a la mujer que le pertenecía, y que era solo suya. No era una rendición ni mucho menos un maldito adiós. Él no lo permitiría. Sí Sandya Garcí pensaba que podía librarse de él, se equivocaba. Era demasiado tarde para detener a la bestia que rugía y que ardía de deseo por ella.

Capítulo 21

Dos días después, sentía cierto agobio en el pecho. Desde que Santo y Jules salieran a la isla de Kronos en el jet privado a la mañana siguiente a su boda, no había podido dormir bien. Ella sabía que Alessandro no se quedaría tranquilo luego de que le diera vuelta al tablero del que él se creía ganador. Estaría escudriñando y planeando la estrategia para que ella no volviera a ganar. Porque nadie le quitaba de la cabeza que ese testarudo hombre lo había tomado así. Y nadie le ganaba a Alessandro Visconti. En esas tardes, mientras los niños jugaban, ella se había preguntado cuando se aparecería el hombre en su puerta exigiendo el control absoluto. El simple hecho de que alguien tocara aquella madera la hacía saltar. Siempre estaba sobre aviso.

Se preguntó si es que una vez obtenido su cometido él simplemente la dejaría tranquila. Ya lo había hecho. Y ella no había dejado de pensar en él en todo ese tiempo. ¿Acaso podía estar más maldita?

Sandya tecleó algunas palabras más en el archivo en blanco que debía convertirse en el vigésimo capítulo de su novela, pero simplemente su mente estaba en otro lugar y sus avances eran demasiado lentos e inadmisibles.

Pero Alessandro no era el mayor de sus problemas en ese momento.

Volvió a consultar la hora en el reloj de su portátil. Se suponía que Gianluca y Dante deberían haber llegado hacía veinte minutos. Pero la mansión de Santo y Julianne continuaba sin las voces, gritos y risas de los dos pequeños, que en cuanto ponían un pie en la estancia, se desataba un auténtico caos.

Demasiado inquieta para seguir escribiendo, se levantó del sofá y se dirigió al parque donde Galia se entretenía con los bloques de figuras geométricas y una cajita mágica. Jugó solo unos instantes con ella, porque tan pronto como comenzó, se encaminó hacia los ventanales que llenaban de luminosidad la sala de estar. El no tener noticias estaba empezando a ponerla nerviosa. Pero se dijo así misma que, seguramente todo estaría bien. Quizás habían encontrado tráfico. Su mejor amiga y esposo vivían un poco apartados del centro de la ciudad, sobre todo para proteger su privacidad.

El problema que veía ella era que el día anterior, para esa hora, ya hacía rato habían llegado.

La joven examinó el exterior, tratando de agudizar su visión más allá de los jardines frontales para ver si adivinaba algún movimiento en la entrada. Pero seguía sin haber rastro de los dos menudos y de Cesare, quien se encargaba, en ausencia de sus padres, de llevarlos y recogerlos de los talleres de verano en los que estaban inscritos.

Regresó al sillón y husmeó entre el desorden de cosas que tenía esparcidas en él. ¿Dónde diantres había echado su nuevo móvil? Cuando por fin logró dar con el teléfono, buscó en la agenda el número de Cesare. Estaba a un solo *clic* de llamada, cuando escuchó el sonido de un motor en el sendero de acceso a la mansión. Veloz como una fecha, se precipitó hacia la puerta. Como había pensado, Cesare le sonreía del otro lado.

—Hola, Sandya —la saludó.

—¿Dónde están los niños? —interrogó histérica y retorciéndose las manos. Se sentía ansiosa.

—La señora Ottavia, madre de los señores Visconti, fue a recogerlos a sus clases.

Sandya boqueó, imaginándose el peor panorama. Inhaló y exhaló con fuerza. Empezaba a sentirse mareada.

—¿Alessandro sabe algo al respecto? —demandó conocer. Se suponía que Dante se quedaría con ella esa tarde, pero ninguno de los dos pequeños estaba allí con Cesare.

—Aún no...

—¡Entonces perfecto! —El alivio pareció relajar un poco la tensión de sus músculos—. Tenemos que ir, me tienes que llevar hasta la casa de esa mujer para traer de vuelta a los niños antes de que alguien se dé cuenta —Sandya vio al italiano fruncir el ceño como si fuera una idea demencial—. Traeré a Galia y nos vamos.

La mujer no esperó ningún comentario más del hombre y simplemente entró a toda prisa en la mansión. A la velocidad de un rayo, metió en un bolso cambiador algunas cosas que Galia pudiese necesitar. A continuación, fue a por la pequeña y salió de nuevo. ¡Y todo ello hecho en un tiempo récord! El libro Guinness de los récords ya podía comenzar a inscribir su nombre entre sus páginas.

—No creo que sea una buena.

—No, es la mejor —rebatía ella—. Ottavia no tiene ningún derecho de llevarse a Dante cuando Alessandro no lo sabe. Tampoco tiene autoridad para

hacer lo que se le pegue la gana con Gianluca. Julianne no lo dejó a su cargo. ¡Yo soy la única responsable!

—Pienso que no deberías meterte en eso, pero si insistes.

—Insisto. ¡Vamos, apúrate!

Cinco minutos después, Sandya apretaba la mandíbula antes de subirse al coche y asegurarse de que Galia estuviera segura en su sillita.

—Eso, cariño, nos vamos a pasear un poco y a recoger a tu hermano y primo.

Estaba muy enfadada y preocupada. Lo que le había dicho a Cesare era cierto. Julianne y Alessandro habían confiado en que ella cuidaría de sus hijos en su ausencia, pero nunca se esperó que la abuela fuera a recogerlos sin siquiera tomar en cuenta la opinión de sus hijos, o de su nuera. Porque estaba completamente segura que su amiga nunca dejaría a ninguno de sus dos hijos bajo la tutela de su insoportable suegra. No tenían una buena relación por lo que sabía, pero si la mujer hubiera pedido permiso a Santo o a Julianne para hacer y deshacer a su antojo, estaba convencida de que ellos se hubieran encargado de explicarle la situación y no la habrían dejado a merced del desconocimiento.

Cesare aceleró el todoterreno blindado y Sandya subió la luna tintada. No quería pensar lo que estaba haciendo, ni ver las posibles calles abarrotadas de gente que podía encontrarse durante el trayecto.

Apenas el vehículo quedó estacionado en el inicio de la escalinata de una descomunal mansión, Sandya se precipitó fuera de él, al exterior como un resorte. Ella sentía los nervios a flor de piel, y las piernas tan vacilantes que moverlas una delante de la otra era todo un reto. Sin embargo, se las ingenió para subir uno a uno y sin tropezar los escalones, llevando a Galia en brazos. Cuando alcanzó la cima y llamó a la puerta insistentemente, alguien de servicio le abrió y se quedó mirándola como si fuera una vagabunda que había ido hasta allí para pedir limosna.

—¿Dónde está la señora Ottavia?

—En... en... —La mujer no salía de su asombro al verla y para no pasar de manera irrespetuosa, le señaló en dirección al salón.

Sandy fue hacia el lugar que le señalaba la mujer y de repente comprendió el asombro de la empleada al verla. En la enorme estancia habían, por lo menos diez mujeres que, a diferencia de ella, que iba enfundada en vaqueros de campana desgarrados, una camiseta negra ceñida que enseñaba parte de su

cintura y unas chanclas, iban glamurosamente acicaladas con lo que supuso serían vestidos de alta costura.

Se tambaleó hacia atrás y se le formó un nudo en la garganta. Sintió el pánico cocinándose a fuego lento, pero ya estaba allí. No podía salir corriendo como una cobarde, y menos aún, cuando los diez pares de ojos se habían girado para observarla con desdén.

Aunque sentía las rodillas hechas de gelatina. Consiguió dar un paso hacia delante, y luego otro y otro.

—Y tú eres... —comenzó una mujer mayor, de cabello y ojos tan oscuros como los de una noche sin luna. Sandya asumió por algunos rasgos comunes que sería la madre de Alessandro y Santo.

—Sandya Garci —se presentó. Enfocó su mirada solo en la mujer para intentar engañar a su cerebro y disminuir el grupo participante—. Y me gustaría saber dónde están Gianluca y Dante.

—Ah, tú debes ser la amiga de la mujer de Santo —resolvió con desprecio. Sandya no supo si el desprecio era por ella o por Julianne. Tal vez por las dos—. Los niños están bien —Entonces súbitamente pareció reparar en el bebé que sostenía en brazos y que se aferraba a su cuello como si de un chaleco salvavidas se tratara—. ¿Esa es Galia? Parece un pequeño calco de su madre.

Más que un cumplido, Sandya tuvo la sensación de que lo había dicho como una crítica.

Aquella distinguida dama era una mujer horrible. Solo tenía que ver la expresión agria en su rostro mientras intentaba agarrar a la niña. Galia utilizó toda la potencia de sus tiernos pulmones al soltar un chillido horrorizado, aferrándose mucho más a ella, como si no quisiera que la otra mujer la tocara bajo ningún concepto.

“Sí, y su carácter puede llegar a ser igual de arisco que el su madre cuando está molesta”, pensó Sandya. En otras circunstancias, incluso, se habría reído. Pero no ese día. No en ese momento. Porque no iba a permitir que absolutamente nadie discriminase a Galia. Ni siquiera su abuela.

—Entiendo, señora, pero Gianluca y Dante son mi responsabilidad estos días y por mucho que usted sea su abuela, tiene que hablar con sus padres antes de sacarlos del taller de verano por su cuenta. No puede simplemente presentarse allí y llevárselos —razonaba ella al tiempo que veía cómo la cara de la señora se tornaba agria.

Sandya tragó saliva. El nudo seguía a mitad de camino.

¡Genial, ella como siempre limando asperezas!

—Mira chiquilla, tú a mí no me vas a decir qué es lo que puedo o no puedo hacer con mis nietos —le escupió escaneando su atuendo barato—. Deberías meterte en tus propios asuntos y dejar de ser una muerta de hambre que el único oficio o beneficio que tiene es ser amiga de la mujer de uno de mis hijos.

—Yo no la he ofendido, señora. Solo quiero llevarme a Dante y Luca. Como le dije, soy la responsable de ellos y no me resulta aceptable lo que usted ha hecho —Se defendió mientras mecía a una cada vez más inquieta Galia para que guardara silencio—. Ya, muñeca, ya.

—Si quieres te puedes llevar a Gianluca, pero Dante se queda aquí, conmigo —declaró fuerte y con seguridad... Lena.

¡Lena **APELLIDO** también estaba allí!

Los ojos castaños de Sandya encararon a los azules de Lena. La diferencia entre ellas no podía ser más grande. Allí donde la *italo-inglesa* era puro y frío glamour, ella no tenía ni una gota de maquillaje y su ropa era la de cualquier mujer común y corriente.

Y, aun así, Alessandro la había deseado a ella...

Sandya inhaló temblorosa y desvió la mirada a otro lado, avergonzada. No podía olvidar que en el pasado, el que por aquel entonces seguía siendo su marido, la había traicionado con ella.

Pero si pensaba salir absuelta de su pecado, estaba equivocada. Ambas mujeres parecían haber cerrado filas contra ella.

Quizás se lo merecía.

Porque aquello era como una pesadilla, una que, si fuera inocente, no estaría pasando. Por desgracia, tenía la sospecha de que, por más que se pellizcara, continuaría allí, en medio de un tribunal de marujas emperifolladas que la habían declarado culpable cuando ni quiera habían escuchado su versión de los hechos.

Negó mentalmente y se concentró de nuevo en lo que había ido hacer a aquel lugar.

—Dante se viene también conmigo —sentenció con terquedad, moviendo a Galia y con la mirada de vuelta en la rubia mujer.

¡Amaba poder hacer muchas cosas a la vez!

Porque era como cuando en casa solía cocinar, poner la lavadora, asear,

mirar algunos de sus documentales detectivescos favoritos y, tener su cabeza en el libro en proceso. Ahora ya sabía para lo que se había estado preparando toda su vida. ¡Para un momento como ese!

—¿Debo recordarle quién es la madre de Dante?

—No, pero dudo mucho que Alessandro sepa lo que han hecho, sino, no me hubiera llamado para pedirme que me quedara con el niño.

—Así que dejando a mi pequeño a cargo de una completa desconocida. Eso no dice nada bueno de su trabajo como padre. Anteponer sus negocios a su hijo. Muy mal... muy mal. Me pregunto qué diría un juez de esto —Si algo sabía Sandya de esa mujer, era que le gustaba inyectar ponzoña por todos los ángulos posibles, y ella ya podía notar el ácido del veneno atravesando su sistema nervioso.

—Quizás debería llamarlo, hablar con él...

—Antes de andar preocupándote tanto por lo que haga o deje de hacer mi hijo con su vida, deberías preocuparte por esto —La mujer mayor le extendió una revista. Galia intentó hacerse con la publicación pero Sandya la apartó de ella con suavidad, y leyó la portada. Se horrorizó con lo que encontró—. Eso saldrá mañana muy temprano por la mañana. ¿Acaso crees que eres bienvenida en esta casa siendo la fulana de turno mi hijo? ¡Aquí la única que puede entrar es Lena!

Pero Sandya no la escuchaba. Angustiada, continuaba ojeando lo que decía la revista de Alessandro y ella. Su italiano era lo suficiente bueno, no solo para hablarlo con esas brujas, sino también para comprenderlo sobre la tinta.

Quedó impactada. Su expresión completamente atónita.

Al parecer, una de las empleadas del yate daba detalles escabrosos de su viaje. Y también había salido el tema de su virginidad perdida. ¡Sabía que la maldita sábana la incriminaría! Sobre todo con la idea neandertal de Alessandro por conservarla. Con ese gesto, la había señalado como culpable.

El suelo bajo sus pies, de pronto, pareció dar vueltas y deseó más que una de su medicación. Pero lamentablemente no la tenía al alcance. Tomó algunas respiraciones para adelantarse a un posible ataque de ansiedad. Parpadeó para reprimir las lágrimas y, al abrir los ojos de nuevo, se encontró con los pálidos ojos azules de Lena puestos sobre ella. Parecía furiosa, y estar tan sorprendida como ella. Le arrebató la publicación y empezó a leerla. Cuando vio a Ottavia reír, divertirse a costa de las dos, se preguntó si realmente alguna vez existió en ella algún pequeño sentimiento de cariño y respeto

hacia su ex nuera. Lo dudaba mucho.

Galia eligió ese preciso instante para comenzar a llorar, y las risitas y murmuraciones del resto de mujeres solo ayudaron para desatar el infierno en su cabeza. Hiperventiló. Debía irse de allí cuanto antes. Pero no sin los niños. No podía dejarlos. No cuando ella estaba al mando del barco. No lo haría.

—Solo deberías verte —Ottavia la examinó de arriba abajo, con desdén e indignación—. ¿Acaso crees que mi hijo va a tomarte en serio alguna vez o que cualquier hombre va a hacerlo con esa pinta de mendiga?

Lena cabeceó y agregó en tono burlón:

—Déjame decirte que Alessandro nunca ha sido un hombre sentimental. Si pensabas atraparlo con una estupidez como esta —agitó la revista en sus manos—, haz perdido tu tiempo.

Sandya cerró los ojos un instante. La humillación y el dolor que sentía en esos momentos la embargaban fuerza. Alessandro no había ido a buscarla. Alessandro la había abandonado... Alessandro aún le hacía daño. Como todo el mundo, le hacía daño.

Entonces el pasado golpeó duramente en su mente. Las crueles palabras de sus padres, sus desprecios y vacíos, el abandono de las personas que alguna vez quiso...

Solo Julianne había permanecido junto a ella a lo largo de los años. La había protegido de los demás y de sí misma. Pero en esos momentos estaba a miles kilómetros de distancia, y no podía hacer que se sintiera mejor, ni impedir que la parte más rota que había en ella, no sangrara.

—¡Hermanita! ¡Tana! —Gianluca y Dante aparecieron corriendo por una de las puertas francesas que daban al jardín.

Sandya solo abrazó a Galia, mientras los dos pequeños la rodeaban. Se fijó en como Dante observaba a su madre con aquella misma expresión enfadada que solía tener su padre.

—¡Ven aquí ahora mismo, Dante! —ordenó Lena estirando su mano, pero el niño se escondió detrás de las piernas de Sandya y de allí la espiaba como si ella fuera el mismo Diablo—. ¡No te lo repetiré más veces, Dante! Ven. Aquí. Ahora —Pero el pequeño no se movió. Encolerizada, la mujer cogió uno de los brazos del infante para jalarlo—. ¡Soy tu madre y tienes que hacer lo que yo te...!

Pero el cuerpo de Sandya se interpuso en medio de los dos.

—¡Quítate de en medio, mujerzuela! —Gritó Lena intentando abofetearla, pero una mano la detuvo a mitad del camino—. A-Alessandro... — tartamudeó pasmada.

La expresión de la rubia mujer era un poema de terror. Alessandro apretó su agarre en la muñeca de su ex esposa. Sandya se había refugiado hacia un lado para proteger a los niños y una intranquila Galia, que se había desatado en un ruidoso llanto después de lo que acaba de presenciar.

—Que no se te vuelva a pasar por la cabeza ponerle un solo dedo encima porque te juro por Dios que te arrepentirás —Lena tragó con fuerza al ver el semblante de sicario que llevaba el hombre impregnada en su mirada verde. Le quitó la publicación que sostenía una de sus manos para ver de qué trataba—. ¿Te burlas de esto? —gruñó colocando la portada ante los ojos de Lena después de un repaso rápido. Luego se dirigió al nutrido número de damas de alta sociedad y les lanzó la revista mientras les espetaba—. ¡¿Creéis qué tiene algo de lo que avergonzarse?!

Las aludidas, con evidente nerviosismo, miraron a todos lados, probablemente buscando la forma más discreta de escapar del primer coletazo de una guerra, en la que no deseaban encontrarse en medio cuando finalmente estallara.

Lena, sin embargo, indignada contraatacó:

—No te creía tan sexista, ni como un hombre estúpidamente obsoleto.

—Si lo fuera, jamás me habría casado contigo.

El semblante enrojecido por la rabia le dijo que sabía a lo que se refería. A Paolo Falcone. Su relación con él había sido algo más que solo negocios.

—¡Maldito seas, cállate, o juro que te demandaré por algo más que por la custodia de nuestro hijo!

Ella trató de golpearlo de nuevo, pero Alessandro esquivó sin esfuerzo su ataque, y la empujó lejos de él. Cuando cayó como un sacó vacío al sillón, una risa atrapó su atención y se giró para descubrir a su madre. La mujer casi chilló de terror al ver su furibunda expresión. Resultaba amedrentador, estaba mirándola fijamente y el músculo de su mandíbula estaba tenso. Era la misma dura expresión que ella había visto en el padre de Alessandro, Carlo Visconti, en el pasado.

—¿Te diviertes madre? —El funesto tono de su voz hizo estremecer a la mujer, pero antes de que ella pudiera decir nada en su defensa, él estaba rodeándola. Posó los labios en el oído femenino—. Se amable con tus hijos,

madre, ya que son ellos los que decidirán donde acabarás tus últimos días.

—No me amenes, Alessandro —replicó ella entre dientes para que solo él la escuchara—, soy tu madre y me debes respeto. Olvidas que una vez fuiste parte de mí, y que si no fuera por mí, tú hoy no estarías aquí.

—Y tú, querida madre, olvidas que perdiste esos derechos hace demasiado tiempo —afirmó categóricamente él. Su actitud amenazadora se incrementó—: La próxima vez que vuelvas a acercarte a mi familia o a Sandya con tu odio y envidia, la próxima vez que tu lengua destile veneno sobre alguno de ellos, recuerda primero que puedo ser el peor error que has cometido. Lo de Santo te parecerá pura anécdota.

Cuando terminó, Alessandro se alejó de ella con desprecio. En medio del color fantasmal que había adquirido su cuidada tez de pronto, pudo advertir el miedo y la culpabilidad en sus ojos, y eso lo complació.

Agarró de la mano a Sandya después de arrebatarse de los brazos a la niña que aún lloraba. Galia se acurrucó y hundió la carita enrojecida entre el hueco de su hombro y de su cuello. Haciendo caso omiso del resto de damas de la alta sociedad siciliana, y de sus expresiones de espanto. Comenzó a caminar por el vestíbulo franqueado en todo momento por Gianluca y Dante. No decían nada, pero todos podían percibir su furia en cada uno de sus movimientos.

Pero al ver que Sandya temblaba y que Cesare se apresuraba a ir en su encuentro, apretó la mandíbula y le entregó a la pequeña niña al hombre.

—Has que los niños suban a mi coche, y asegúrate de que estén bien atados en las sillas.

—Sí, señor —Espió de reojo a Sandya que miraba el piso y parecía más menuda y vulnerable que nunca. Pero hizo lo que su jefe le ordenó.

Capítulo 22

—¿Sandya? ¿Pajarito? ¿Te encuentras bien? —Ambas manos grandes y masculinas fueron a parar a los delgados brazos femeninos e intentó calentarla con la fricción. La mujer, en medio de su shock, logró asentir. Después colocó la cabeza en el pecho masculino y él la abrazó con fuerza.

En ese momento, no quería otra cosa que no fuera tomarla entre los brazos y protegerla de todo mal.

—¿Qué haremos con esa publicación? —preguntó levantando la mirada hacia él—. ¿Cómo solucionaré esto?

Alessandro le apartó el flequillo demasiado largo del rostro con suavidad, le acarició la delicada línea que formaba la mandíbula y la orgullosa forma del mentón. Tenía los labios tensos, fruncidos, y los ojos encharcados. Pero no se permitía derramar ni una sola de las lágrimas. Quizás ella fuera incapaz de verlo, pero era una mujer increíblemente valiente.

—De momento, los niños y tú vendréis conmigo a casa. El resto, puede esperar.

Sin demora, y sin darle tiempo a reaccionar, la condujo hasta el vehículo y le abrió caballerosamente la puerta para que entrara en él. Un minuto después él se acomodaba en el asiento de al lado, detrás del volante. Sandya lo observó, inquisitiva, probablemente su suspicaz cerebro trabajaba a marchas forzadas para descubrir que se traía entre manos. Cuando el infantil coloquio de Gianluca con su hermanita Galia en la parte posterior, quedó reducido a un superficial rumor por el suave ronroneo que emitió el motor del BMW al encenderse, el cubo de bloques de construcción en la cabeza de joven pareció encajar mejor que nunca, porque en voz baja y en español, indudablemente para que los niños no siguieran el hilo de la conversación del todo, asumió:

—Te complace que sepan lo que ocurrió en el barco, por eso no piensas intervenir, detener esa publicación.

Los nudillos de Alessandro se pusieron blancos sobre el volante.

¿Tan obvio era?

Porque, en efecto. Sandya tenía razón en su acusación. No tenía intención de contradecir las palabras de esa miserable mujer. Le complacía de

sobremanera que todos supieran que había sido suya. Que era solo suya en todo el sentido de la palabra.

Un comportamiento poco usual en él, ya que nunca antes se había sentido tan ridículamente posesivo con ninguna mujer, ni sentido la necesidad de obviar tantas verdades ni de disfrazar tanto sus respuestas. Su cruel cinismo y su brutal sinceridad, eran los rasgos que más habían sufrido todos aquellos que lo rodeaban. Pero, desde que conocía a la bonita canaria, le hacía hacer y sentir muchas cosas que eran completamente nuevas para él.

—Te prometo que buscaré la forma de que lamente lo que ha hecho, pero no será convirtiendo lo sucedido entre tú y yo en un circo mediático —se justificó, evitando mencionar el motivo más primitivo por el cuál no interpondría una querrela.

Por un largo momento, la joven no dijo nada más. Se había ruborizado, posiblemente pensando que había pecado de engreída, y se había recostado en el asiento. Tenía los brazos contra su vientre mientras, con aire ausente, mirada frente a ella la carretera del complejo residencial que atravesaban.

Alessandro, que la espiaba de soslayo, deseaba saber que se le estaba pasando por la mente. ¿Lo odiaba o se habría tragado por completo su explicación? Percibió una ligera punzada de remordimiento, algo que no estaba acostumbrado a sentir.

¡El maldito efecto Sandya Garci!

Sandya seguía molesta, dolida y aún demasiado conmocionada por lo acontecido esa tarde entre el aquelarre de espantosas brujas y ella. La respuesta negativa de Alessandro en cuanto a impedir que las declaraciones de una empleada desleal salieran a la luz, solo había servido para empeorar su estado de ánimo. Pero los niños iban con ellos en el coche, y no los haría partícipes de una discusión.

Después de eso, intentó comportarse indiferente, pero no lo logró. Sus ojos, como movidos por imanes invisibles, volvían una y otra vez hacía el hombre que continuaba concentrado en la conducción. La joven contuvo el aliento por vigésima vez en los últimos minutos. Se veía tan serio y atractivo, tan seguro de sí mismo, que el corazón empezó a latirle de nuevo y su mente comenzó a pensar que, tal vez, tuviera razón. Un fuego que recién se prendía, con suerte, y sin añadir leña en él, pronto se extinguiría.

Desviando la mirada, husmeó a través del espejo del retrovisor a los niños, pero toda su atención reparó en Dante. Contemplaba el paisaje por la

ventanilla de su lado y parecía tan triste y vulnerable, que Sandya notó un intenso dolor. La preocupación que llevaba sintiendo desde hacía días por la seguridad del pequeño le hizo recordar que tenía algo más importante que resolver. Programar en silencio cómo desquitarse con el padre del niño, lo podía hacer en otro momento.

—Detén el vehículo.

—¿Qué ocurre? —interpeló Alessandro, pero haciendo lo que le pedía.

La joven había enderezado su postura en el asiento, y él podía ver la determinación endureciendo su espina dorsal, vertebra a vertebra, las líneas de la lealtad siendo dibujadas.

Tiró de la manga de su camisa blanca de vestir.

—Ven conmigo. Luca, Dante —llamó a los niños mirando por encima de su hombro—, cuidaréis un minuto de Galia como dos niños grandes, ¿de acuerdo?

—¡Sí! —gritoneó emocionado el primero, mientras que el segundo simplemente asintió.

—¿Por qué tanto secretismo? —quiso saber Alessandro cuando finalmente bajaron del coche.

La joven se retorció las manos, nerviosa, y observó como el auto conducido por Cesare también se detenía a una distancia prudente, y como un segundo vehículo, que deducía velaba por la seguridad de los Visconti, repetía la acción. Afortunadamente para ella, lo único que los rodeaba en esos momentos era la carretera, arbustos y plantas, y una costa dorada por el sol, que aún se veía algo lejos.

—Se trata de Dante. No sé si estás demasiado ocupado como para darte cuenta de que... —La garganta se le secó, hablar de aquello le resultaba complicado—. De que él...

—¿De qué él, qué? ¿Qué sucede con mi hijo?

Alessandro la había agarrado demasiado fuerte de la muñeca y la había obligado a mirarlo a los ojos. Ella tuvo que contenerse para no emitir un gemido de dolor, pero no pudo dejar de mirarlo y tampoco se apartó.

—¿No te preocupa no obtener su custodia? ¿No te preocupa pensar lo que un escándalo, como lo de esas fotos, pueden suponer en una batalla legal? Lena Cameron es su madre y tiene todas las de ganar en un tribunal, porque a los ojos de todo el mundo, su vida es austera en comparación a la del padre de su hijo, que se dedica a... —El rostro pareció prenderle fuego de repente

—. A protagonizar portadas y generar cotilleos con la que, para muchos, a partir de mañana es tu nueva amante.

Pareciendo algo más aliviado, él aflojó la presión en su agarre y le acarició el interior de la muñeca, como si quisiera disculpar su ferocidad con ese sencillo gesto. Después, le puso la otra mano en la cara y se inclinó hacia ella. Sus labios se rozaron con los suyos mientras decía:

—O mí nueva esposa.

Con los ojos abiertos de par en par y conteniendo la respiración, Sandya lo miró estupefacta.

—¿Qué?

—Que mejor manera de acallar las habladurías y de renovar mi imagen como un buen padre de familia.

—Sí, pero...

—¿Me niegas tu ayuda? —insistió, susurrando en su boca. Su aroma la envolvió y sus alientos se entremezclaron antes de darse cuenta de que él estaba a punto de besarla.

Sandya cerró los ojos y Alessandro pudo percibir la lucha que tenía lugar en su interior. Se le veía en la cara. Y también el momento en que se rendía.

Pero no lo había dicho. No había pronunciado las palabras que él tanto deseaba escuchar.

Entonces para persuadirla, la rodeó por la cintura y la llevó contra su cuerpo duro. La joven emitió un grito ahogado. Tenerlo tan cerca era demasiado; se sentía aturdida por poder oler su seductora fragancia, y un verdadero e inapropiado deseo la invadió.

Angustiada por las sensaciones que despertaba el italiano siempre en ella, se apartó de él evitando su mirada. Intentó volver a recordar cómo se respiraba, intentó darle algo de racionalidad a la situación, pensar en la propuesta que acababa de hacerle Alessandro.

¿En serio le estaba sugiriendo que se casaran?

—¡Tana, Tana, Galia me ha mordido!

Agradecida por la interrupción de Luca, Sandya sintió como si el aire que había estado conteniendo en los pulmones salía de repente al exterior. No estaba preparada para tomar ninguna decisión en esos momentos. Sí, deseaba con desesperación proteger a Dante, ¿pero casarse con Alessandro?

—La pequeña Galia, siempre tan oportuna como su madre.

La desaprobadora voz del hombre que siempre lograba desestabilizarla por

completo la hizo regresar su mirada a la masculina. Una expresión de intenso cinismo atravesaba el rostro de Alessandro mientras volvía a abrirle la puerta del copiloto.

—Seguiremos con esta conversación en casa. *cara mia*.

Capítulo 23

Sandya salió de la habitación en puntillas para no hacer ruido. No quería despertar a ninguno de los dos angelitos que por fin habían quedado rendidos. Se paró en el umbral de la puerta para observarlos un momento más. El día había estado lleno de desgastantes acontecimientos y se merecían un descanso reparador. Abrazó al pequeño hombre de acero de plástico que le habían entregado los renacuajos para que la defendiera esa noche.

Realmente envidiaba a su mejor amiga por la familia que había logrado formar. Por esos dos niños maravillosos que eran la alegría de su vida. Se sintió como una ladrona de afectos. Apoyó la cabeza en el marco de la puerta. No debía de darle pena el no haber tenido niños. Hasta antes de que apareciera en su vida Alessandro, nunca había creído que aquello fuera una posibilidad. Luego fue un momento de pasajera ilusión porque el mismo hombre que había alimentado sus fantasías más profundas fue el que las destrozó.

Noche tras noche desde hacía casi cinco años había creído que Lena le había robado a Dante. Ese niño encantador, vivaracho y tierno podía haber sido su propio hijo. Suyo. De Alessandro y de ella. Pronto llegó a la resolución que era una tonta. Si Dante hubiera nacido de ella, seguramente no hubiese sido concebido por amor. Alessandro distaba mucho de saber el concepto de aquello.

Negó.

Pero al caer el día, ella tenía que recordar que su madre era otra mujer. El niño la veía como una tía cariñosa a la que siempre podía recurrir. Con eso era suficiente. No debía tentar la suerte y hacer que se entremezclaran los delgados hilos del destino. Lo amaba. Lo había amado desde el primer momento que vio a Jules con el pequeño montoncito de carne y llanto entre sus manos.

Tenía que dejar a un lado sus sentimientos por Alessandro. Era el momento de dejar a un lado la fantasía. El destino y las circunstancias los habían llevado por un camino diferente, y tuvo que recordarse que no importaba lo que ella misma se había inducido a creer respecto a lo que ellos alguna vez

tuvieron, pues posiblemente había estado viviendo en una quimera desde el principio. Aunque en el fondo deseó que, de algún modo, algo del pasado hubiese podido ser rescatado, hubiese podido ser real para él y no solo para ella.

Cerró los brazos entorno al superhéroe, al igual que sus grandes ojos.

Suspiró para acallar las voces de su consciencia.

Pronto, dos brazos fuertes se enroscaron alrededor de su cuerpo volviéndola prisionera. Sandya sabía quién era. El aroma a Alessandro penetraba sus fosas nasales y embriagaban sus sentidos. Quiso quedarse allí para siempre, pero sabía que no debía hacerlo. No podía seguir alimentando al demonio en su interior.

—Es curioso, pero aunque pasen los años hay cosas que nunca cambian en el dormitorio de un niño —susurró él cerca de su oído con la letal sensualidad con la que siempre la abordaba.

Se giró para mirarlo y quedó momentáneamente aturdida al verlo solo con un pantalón y una camisa completamente abierta, que revelaba la oscura piel aceitunada que había debajo, como así también remolinos de suave vello, apenas visibles. Sintió la urgente necesidad de explorar con la lengua cada centímetro, y entonces de la nada vino a su mente un vivo recuerdo. Ella debajo de su peso, tan desnuda como él. Su cuerpo grande y poderoso empujando hacia abajo sobre el de ella, pecho contra pecho. Lo recordó penetrándola en un solo aliento, hundiéndose tan profundamente que ella había creído realmente en ese momento que él le había tocado el corazón.

—Súper héroes —aclaró él ante su mutismo, y con un gesto de cabeza señaló el muñeco de Superman que ella sostenía en su mano derecha.

Sandya pestañeó varias veces y movió la cabeza débilmente, sintiéndose extremadamente confusa, y sobretodo caliente. Debía ser el verano. Hacía demasiado calor, se dijo.

—¿Tú no los tenías? —preguntó, atravesando la neblina de su cerebro.

—Por supuesto —La cara de Alessandro se convirtió de repente en una pétrea máscara sin reacción—. Solo que mi héroe era de carne y hueso, y era también mi monstruo.

—Alessandro...

—Los niños miran a su padre como un héroe —la cortó al tiempo que le apartaba un mechón de pelo rojizo del rostro—. Es el primer héroe que tienen. Y lo que aprendí desde un principio, es que los monstruos no están

bajo la cama ni se esconden en un armario —Su mano continuó una lenta caricia por el cuello y la forma delicada de la clavícula, pero cuando sus dedos se toparon con un obstáculo, detuvo su peregrinación. Los labios de Alessandro se curvaron en una fría sonrisa. Era una sonrisa forzada. Ese encanto masculino no la engañó ni por un minuto—. Los monstruos entran por la puerta y son caras conocidas. Los monstruos no te regalan muñecos por tu cumpleaños ni te abrazan cuando tienes miedo, ellos solamente te enseñan a torturar... A destruir —concluyó finalmente y desató el lazo que mantenía resguardada su gazmoñería de miradas curiosas.

Haciendo caso omiso de las lágrimas de compasión que empañaba la mirada de la Canaria, él abrió la prenda y se echó hacia atrás para admirar la obra de su cuerpo. Quería dejar atrás la caja de pandora que había abierto. Él solo conocía una manera. Aquella. Debajo de la bata, como sospechaba, no lleva absolutamente nada, y su piel tan blanquecina que parecía casi traslúcida bajo la luz artificial del pasillo, resplandecía como fina porcelana.

Los ojos de Alessandro se vieron de inmediato atraídos hacia el suave triángulo entre sus piernas y hacia los pechos firmes y llenos. La visión hizo que su miembro cobrara vida. Encerró un seno con suavidad en su mano y le pasó levemente el pulgar por el pezón rosado y contempló, fascinado, cómo éste se endurecía rápidamente y se tornaba de un rosáceo más intenso.

Una creciente excitación se apoderó del cuerpo de Sandya y la urgente necesidad le arrancó un gemido de la garganta. Luchó por evitar el impulso de arquear la cadera ante aquella maravillosa sensación. Tomó aire y luego lo exhaló lentamente. Sentía sus propios pechos pesados y sensibles, y cómo el deseo corría por sus venas. Era como si cada una de las terminaciones nerviosas de su cuerpo se hubiese convertido en una enorme zona erógena.

—Shhh.. Los niños —murmuró contra sus labios antes de intensificar el beso y acallar cualquier otro sonido cargado de lascivia que saliera de sus labios.

Casi sin darse cuenta, y dando rienda suelta a los impulsos de su cuerpo, Sandya se agarró al cuello de la camisa de Alessandro y este la instó para que ajustara una pierna entorno a su cadera. La protuberancia de su miembro chocó directamente con el mismo centro de su núcleo e involuntariamente se frotó contra él. De las profundidades de la garganta masculina retumbó el más primitivo de los sonidos guturales.

Podía sentirlo. Aquellas lágrimas eran de lástima. Lástima por él. Por el

chiquillo encerrado en si mismo que una vez fue. Por todo lo que no había tenido. Por todo lo que le habían arrebatado. La manera en la que lo abrazaba y sus pequeños suspiros le gritaban en silencio que no matara al niño interno que aún podía merodear dentro de él. Que lo dejase salir a correr, a jugar, porque ella siempre se encargaría de protegerlo.

Maldita fuera esa mujer.

—No quiero que sientas pena por mí, *mia santa*, porque ese niño aprendió a cuidar de sí mismo y de su hermano. Ese niño aprendió a base de golpes, que hasta el más resistente hierro se quebranta alguna vez y que la bondad humana nunca podrá superar a la maldad —susurró mientras ella se iba despegando de su cuerpo y, con las mejillas humedadas por las lágrimas—. Y sin embargo, desde que te conocí, lo único que hago es caer de rodillas, una y otra vez, derribado por un golpe fulminante.

—Eso no es cierto, Alessandro. Nadie, ni siquiera yo, tiene el poder de arrodillarte. Siento mucho por lo que tuviste que pasar. Debiste ser simplemente un niño, común y corriente...

—¿Y acaso tú lo fuiste? —atacó con sequedad—. Cuando te encontré, supe que estabas tan rota como yo.

—Porque no me sorprende. Alessandro Visconti lanzando el golpe exacto en el momento adecuado. Golpea el primero y golpea con fuerza. Que el primer golpe sea mortal.

—No quería hacerte daño...

—Y no lo has hecho, porque es cierto. Sí, estuve rota por demasiado tiempo. Puede que aún lo esté. Mi niñez y adolescencia no fueron las mejores precisamente. Todos mis intentos de superación, por ser la mejor, habían dado lugar a una humillación mayor y a restricciones más estrictas. Nunca era suficiente para ellos. Nunca. Entonces, un buen día me di cuenta de que la escritura no solo me había mantenido cuerda durante todo ese tiempo, sino que, también, podía darme la oportunidad por la que tanto había estado rezando. Trabajé duro, día y noche. Apenas dormía. Ahorré sueldo a sueldo hasta que, por fin, tuve suficiente dinero para empezar en otra parte. Entonces me mude con Julianne. Ella también tenía sus propios problemas en casa. La vivienda que pudimos comprar parecía más un montón de ruinas que un lugar habitable. Pero nunca habíamos sido tan felices hasta ese momento.

Sandya se puso súbitamente nerviosa. Aún tenían una conversación importante que discutir. Apoyó una mano sobre el estómago para acallar la

bandada de mariposas que revoloteaban en él.

—Alessandro, con respeto a lo que hablamos esta tarde...

—No puedo pedirte tal sacrificio.

—Pero... ayudaría, ¿verdad?

—Sí, ayudaría.

El hombre acarició un mechón del cabello de Sandya y lo colocó detrás de la oreja. Su caricia fue tierna, y un escalofrío de emoción le recorrió la espalda y tuvo que hacer un gran esfuerzo para poder hablar

—Entonces no hay nada más que discutir. Me casaré contigo.

Alessandro sonrió no solo con una sensual mueca en sus rellenos labios; sino, también con el brillo luminoso de aquel verde esmeralda que la atraía como si fuera una luciérnaga. Se acercó a ella y le acarició la mejilla con una de sus manos.

—No sabes cuán agradecido estoy por tu apoyo, *pajarito*. —Ella cerró los ojos mientras recepcionaba la caricia. Pronto, su cálida mano dejó su mejilla, deslizando su ardor por su cuello y provocándole un estremecimiento. Los pezones se le pusieron duros y doloridos. No era posible que ese hombre pudiera convertir hasta una caricia inocente en algo erótico.

Sandya jadeó y se humedeció los labios al sentir sus dedos por su hombro.

Maldito fuera.

Estaba acariciándola sobre la cómoda bata de baño, pero aun así, se sentía como si el contacto fuera piel contra piel. Los dedos de su mano se deslizaron por la base de su cuello. El pulgar delineó la línea de su clavícula. Mientras seguía su recorrido por el delgado antebrazo, la muñeca encorvada le acarició sensualmente el pecho izquierdo.

La mujer tragó con fuerza y levantó la mirada hacia Alessandro. Sus ojos se habían tornado oscuros al comprobar la reacción que solo él lograba provocar. Humedeció los labios duros casi como si estuviera catando su sabor. Restregó su muñeca contra el duro pico que se había alzado en aquella dulce y turgente montaña que había ayudado a excitar.

Cuando la escuchó suspirar, siguió el recorrido de sus dedos hacia la delgada muñeca femenina. Luego entrelazó suavemente sus dedos con los femeninos y jaló de ella en silencio por lo que quedaba del pasillo hasta su habitación.

Alessandro abrió la puerta y levantó la unión de sus manos para besarle el dorso sensualmente.

—Sé mía... —pidió dándole un jaloncito leve mientras él la hipnotizaba y asentía sutilmente con su cabeza.

Sandya se sacudió con un estremecimiento y quitó la mano de la del hombre. Tragó, intentando encontrar su voz. Seguramente sería en vano.

—Sandya —el embrujo sensual en su voz era un fuerte narcótico.

Ella negó. Dio un paso hacia atrás y lo observó un momento.

—No.

—¿Por qué no? —Alessandro le recordaba a una cobra intentando ser confiable para su presa.

—No volveremos a tener intimidad hasta el matrimonio. No puedo.

Ella decidió jugar tan sucio como él, por eso le puso los brazos alrededor del cuello, parándose de puntillas para besarlo en la mejilla. Alessandro la tomó de la cintura y rozó sus labios con los propios. En un último intento por convencerla, colocó su mano libre sobre la de ella y la condujo hacia el enorme bulto que sobresalía de la parte delantera de sus pantalones.

— ¿Estás segura de querer esperar? —urgió.

Capítulo 24

—¡Basta, muñeca! —Regañó Sandya con dulzura a Galia—. No, no, no. ¡No hagas eso!

Le quitó la cucharilla de la mano a la pequeña que, sentada en la trona, había decidido que no le gustaba la papilla de plátano. Por el contrario, la utilizaba como munición para la improvisada y rústica catapulta que había fabricado con la cuchara.

La niña rió alegre y le lanzó con los dedos un poco de puré a su primo.

—¡Galia! —Se quejó Dante observando su manchada playera—. ¡Eres un desastre!

La mujer se aseguró de quitarle de en medio cualquier otro artefacto potencialmente apto como arma, y luego le limpió los deditos con una servilleta. La vio fruncir el cejo y hacer un puchero. Gianluca aprovechó para darle una hogaza de pan suave. La pequeña, encantada, aceptó el regalo de su hermano mayor y comenzó a mordisquearlo.

—No se juega con la comida, ángel.

—Maaaaa... —demandó Galia levantando sus ojos castaños hacia Sandya.

—Ella no es mamá —la ilustró Gianluca cabeceando—. Es Tana. La tía Sandya.

Galia emitió un sonido de fastidio con los labios y luego se dispuso a jugar con la corteza del pan. Sandya sonrió y llamó a Dante para que se acercara a ella y pudiera ver el daño causado por la pequeña alborotadora. Lo limpió.

—Esto será suficiente hasta que puedas cambiarte la camisa, cariño.

—Gracias, Tana.

La cara de la mujer se iluminó.

Eran aproximadamente las ocho de la mañana y al ver que los niños habían madrugado, Alessandro solicitó que lo acompañaran a desayunar en la terraza. El día era maravilloso y fresco para estar en pleno verano. Desde que se había sentado, ella no había enfocado su mirada hacia él. Ni él hacia ella.

Cuando Sandya levantó la vista hacia Alessandro, descubrió como los ojos verdes del siciliano no le quitaban la mirada de encima. Parecía complacido, encantado con la entrañable escena familiar que tenía lugar en su hogar, y de

la que él formaba parte. Ella rehuó su espionaje, nerviosa. Aun no se acostumbraba al celoso escrutinio del hombre. Acarició el rostro de Dante con mucha ternura, antes de servirse un vaso con zumo de naranja de él.

Se disponía a coger una tostada para untar en mantequilla cuando reparó en como Dante tenía toda su atención puesta en ella. Parecía confuso, y su interés parecía enfocarse única y exclusivamente desde su barbilla hacía abajo.

¿Acaso se había manchado también?

Descendió la mirada por su cuerpo y respiró aliviada. Todo parecía estar en su sitio.

O parecía estarlo hasta que Dante, soltó:

—¡Papá, mira, a Tana también le gusta llevar camisas de botones, igual que a ti!

—Es mi camisa, hijo—explicó Alessandro con irritante naturalidad mientras ella se aseguraba de no escupir el nuevo sorbo de jugo que tomaba en esos momentos.

—¿Por qué tía Sandya tiene puesta tu ropa tío Alessandro? —interrogó Gianluca dejando a mitad de camino el bocado de pan y mermelada que iba llevarse a la boca.

—Porque tuvo que refrescarse luego de...

—¡De dormir! —se apresuró a contestar ella sonando demasiado histérica, pese a saber perfectamente que no había sucedido nada entre ellos la noche anterior. O casi nada.

Desafortunadamente, el proceso que eligió para evitar que saliera cualquier indecencia de la boca del hombre, solo sirvió para que ambos niños se sobresaltaran. Incluso Galia había dejado de estar tan entretenida con su desayuno.

¡Por Santa Eulalia de Mérida!

Si la Santa cristiana se había mantenido fuertemente afianzada a sus creencias, pese al horror que el emperador Diocleciano le había mostrado que padecería si no obedecía su ley y dejaba de adorar a Jesucristo, ¡ella fácilmente podía contrarrestar la bravuconería del gen Visconti!

Rezando para que sus mejillas no lucieran como dos bombillas encendidas, Sandya respiró hondo. Una, dos veces. Entonces agregó:

—Como sabéis, vuestro padre y tío nos invitó ayer muy amablemente a pasar la noche aquí, con él... ¡En su casa! —especificó apresurada cuando

descubrió los labios de Alessandro, perfectamente delineados, formando una sonrisa burlona—. Y yo... yo no traje conmigo ninguna muda de ropa. Fue muy considerado al prestarme algunas cosas tuyas.

Dante miró a su padre. Las lagunas esmeraldas del niño dejaban ver todo el orgullo que despertaba en su pecho aquella acción tan noble y caballerosa de su progenitor.

Sandya blanqueó lo ojos.

¡Sí Dante supiera!

—Eres el mejor, papá. Cuando sea grande, quiero ayudar a chicas bonitas como tía Sandya.

La mujer hizo una mueca porque si Alessandro era el mentor y tutor de ese pequeño, de seguro que nunca llegaría a ser un caballero de brillante armadura, por el contrario, se inscribiría en el curso intensivo de *cómo ser calavera empedernido*. Bufó.

—Mamá también utiliza la ropa de mi papá —comentó Gianluca de forma inocente—. La otra noche tuve una pesadilla y fui a su habitación. Mami rápidamente recogió del suelo la camisa de papá —Se encogió de hombros como si fuera algo de lo más normal—. Siempre olvida ponerse el pijama.

Alessandro escondió una sonrisa, mientras Sandya no podía evitar ruborizarse un poco por la connotación que implicaba el relato.

¡Menuda familia de desvergonzados!

—Seguramente con este calor espantoso que está haciendo últimamente, no pueda dormir por las noches con pijama —argumentó con ironía Alessandro.

Gianluca iba a contestar aquello, pero Sandya se le adelantó.

—Mami tiene muchas cosas en las que pensar, por eso siempre olvida su camisón de dormir, ¿verdad, cielo? —El niño asintió y la joven le lanzó una mirada de reproche al hombre que parecía estárselo pasando en grande con aquella conversación.

¡Él y su maldito cinismo!

—Tía Sandya, ¿Luca, Galia y tú, se quedarán aquí con papá y conmigo hasta que tío Santo y tía Julianne regresen? —preguntó esperanzado Dante con ojos suplicantes.

La aludida se mordió la parte interna de las mejillas, y de forma absurda, masoquista, buscó la mirada del trajeado hombre de negocios que, con parsimonia y total placidez, en esos momentos untaba mermelada sobre una tostada, como si allí no estuviera teniendo lugar absolutamente nada. ¡Por

Cristo, a ella le estaban tendiendo una encrucijada, y él solo pensaba en seguir comiendo!

Indignada, le arrebató de las manos la rebanada. Alessandro apoyó suavemente la espalda contra el respaldo de la silla y le devolvió la inteligente mirada como si no comprendiera su falta de sentido común y su incapacidad para responder a una sencilla pregunta.

—No lo sé, pequeño, aún no lo he decidido —Alessandro ocultó su habitual sonrisa irónica detrás de la taza con café, y las muelas de Sandya crujió. ¡Ojalá se atragantara!—. Pero lo más probable es que regresemos a casa pronto —añadió ignorando al hombre e intentando parecer muy digna.

¡Chúpate esa, Visconti!

—Pero... ¡Papá! —El infante se giró hacia su progenitor y argumentó—. Convince a tía Sandya para que se queden aquí.

—No creo que pueda convencerme, Dante —expresó ella, sintiendo un nudo en el estómago por negarse a complacer a aquel precioso niño.

—¡Por favor, tío Alessandro! —presionó Gianluca.

Ella frunció los labios.

Al parecer, todos los hombres Visconti hacían causa común cuando les convenía.

—Tía Tana —continuó el hijo mayor de su mejor amiga—. Te prometemos que nos portaremos bien y Galia no tirará la comida. ¡Pooorfis!

Sandya tragó saliva, notando que empezaba a flaquear. No quería desilusionar a los pequeños. ¡No lo soportaría! Pero su decisión era inquebrantable. ¡Nada de lo que le dijera Alessandro la haría dar su brazo a torcer! ¡Se iría pronto! ¡Tenía que escapar de allí!

—No te preocupes, hijo, aún tenemos tiempo de sobra para convencerla de que se quede con nosotros. Pero de momento, portaros bien con ella en mi ausencia.

Los niños rieron y asintieron encantados, pero Sandya no estuvo tan segura. El maldito hombre era tan inteligente como El rey Salomón, así que debía ir con pies de plomo con él.

Alessandro terminó su café y se levantó de la mesa. Su cuerpo, bajo el perfecto traje color humo que se había puesto esa misma mañana, se amoldaba magníficamente a sus músculos de acero. Resultaba intimidante y, aunque le costara reconocerlo, estaba muy sexy.

Antes de que ella pudiera reaccionar, él se había doblado sobre su asiento, y

tomado su cara entre las manos. Una corriente eléctrica la sacudió por dentro, el corazón empezó a latirle ridículamente de prisa.

¿Acaso iba a besarla delante de los niños?

—Cuando regrese de la oficina me encargaré personalmente de obtener una respuesta positiva de ti, *cara mia* —susurró contra sus labios.

De forma inconsciente, Sandya entreabrió los labios. Una corriente eléctrica la sacudió de pies a cabeza. El corazón volvió a latirle ridículamente de prisa. Sacó a relucir su media sonrisa arrogante, insultante, burlona, y besó y lamio la senda de su mejilla derecha que lo conducía directamente junto a su oído:

—No comas ansias, *pajarito*. Este no es el momento ni el lugar.

Entonces, y de forma brusca, la soltó. Enderezó su más de uno noventa de altura y colocó una mano en el bolsillo de su pantalón.

¡¿Qué rayos...?!

La rabia recorrió a Sandya de pies a cabeza. ¡Ese maldito canalla siempre conseguía enfadarla de tal manera que lograba bloquearla!

Quiso abofetearlo. ¡No, mejor aún, clavarle en la yugular un tenedor! Cualquier cosa lo suficientemente afilada y que lo hiciera desangrarse. Lentamente. Pero se dijo que no podía demostrarles a los niños que la violencia era el mejor camino para solucionar los problemas. Afortunadamente para Alessandro, Galia comenzó a llorar, requiriendo su atención.

¡Fabuloso! ¡Tenía una aliada que aún llevaba pañales!

—Galia —La voz de Alessandro sonó baja pero resultaba intimidante, tanto, que logró acallar a su sobrina. Pasó un dedo por un moflete de la pequeña, qué, enfurruñada no aceptó la muestra de afecto—. Eres igual que tu madre —afirmó antes de echar andar hacia la puerta y desaparecer.

Las risas y los gritos de los niños retumbaban en la cabeza de Sandya, y luego de tres o cuatro horas empezaba a pasarle factura. Su cabeza era como un globo a punto de estallar. Se apretó el puente de la nariz y decidió que no podría seguir escribiendo. Ya casi tenía náuseas.

Con el rabillo del ojo espío a Gianluca y Dante. Ambos pequeños jugaban con la consola frente al televisor de la inmensa sala de juegos y Galia se había quedado dormida en el parque que había hecho llevar del dormitorio para tenerla siempre cerca, vigilada. Suspirando, hizo a un lado el cuaderno en el que escribía y se incorporó del sofá. Se contorsionó para estirar sus

músculos agarrotados, y bostezó. Sus irregulares horarios de descanso eran tan eclécticos como absurdos.

—Regreso en un minuto —anunció y ambos niños asintieron.

Ella no recordaba haber estado tan embobada por una consola cuando era pequeña. Claro que el gran descubrimiento había llegado cuando tenía poco más de once años, pero aun así, la novedad no caló en ella. Ya para ese momento prefería las series policiacas y los libros de terror. Incluso, antes de que su síndrome se manifestara había querido ser criminóloga.

Recorrió los anchos y largos pasillos de la planta superior, y bajó la deslumbrante escalera principal, en dirección a la cocina. Cuando llegó, le pidió al servicio algún analgésico.

—Gracias.

—De nada, *signorina*.

—Llámame Sandya, por favor. ¿Cuál es tu nombre?

La bonita chica de ojos y cabello oscuros la contempló con una sonrisa en los labios. Por lo visto, los invitados de Alessandro no acostumbraban a confraternizar con sus empleados. ¡Menuda estupidez clasista!

—Soy Traviata—indicó, dejándole una copa con agua sobre la mesa—. A su servicio.

—Gracias, Traviata.

Luego de beber e ingresar el medicamento a su sistema se dirigió de regreso a la sala de juegos de los niños. Se recostó en el sillón y los vio divertirse.

—Signorina, Sandya. Signorina —Alguien la sacudió suavemente y la mujer abrió los ojos de forma abrupta.

Se había quedado dormida.

—Traviata —murmuró aturdida pero sentándose en el sillón. El dolor había menguado un poco, pero la sombra de su regreso aún estaba rondándola como lo haría un fantasma.

—*Signorina* Sandya, el señor Alessandro ha preguntado por usted. Solicita que baje al despacho.

—¿El señor ya ha regresado? —respondió restregándose los ojos.

—Así es, *signorina*.

Sandy meditó unos segundos, confusa.

No sabía lo que Alessandro quería, pero estaba segura de que pronto lo descubriría.

—Traviata, por favor, quédate con los niños un momento.

—Encantada.

Sandya salió al pasillo y entró al cuarto de baño. Se arregló el cabello en un recogido informal. Utilizó un enjuague bucal, se lavó la cara y luego salió. El hecho de que no tuviera ropa decente que ponerse, no quería decir que debía estar del todo desaliñada.

¡Otra de las cosas que tenía que agradecerle a Alessandro Visconti!

Volvió a descender por las escaleras de hermosa arquitectura, y cogió esta vez a su derecha. A mitad del camino se topó con Alessandro.

¡Qué suerte la suya!

—Querías hablar conmigo —alegó observándolo cuando llegó a la primera planta. Con recelo, con sus sentidos activados. Por si tuviera que echar correr. Por si tuviera que arrojarle una de las caras estatuillas de mármol que descansaban por todos lados en el palazzo.

—Así es —indicó él cogiendo entre sus dedos un rebelde rizo castaño rojizo y llevándolo detrás de su oreja. Sus hombres de seguridad le resguardaban los flancos cuando Alessandro estiró las manos y abrochó uno de los botones de su camisa en el cuerpo femenino—. Vamos.

—¿Pero a dónde? ¿Qué está pasando? —preguntó ella, porque no tenía ni idea de lo que el italiano quería con ella a la mitad del día y rodeada por su personal de seguridad.

Instantes después, el hombre abrió la puerta del despacho y los ojos de Sandya impactaron con otro hombre trajeado, pero con el cabello lo suficientemente cano como para aparentar unos sesenta años de edad. Se giró para exigir a Alessandro una explicación y este simplemente se inclinó y le susurró al oído.

—No creo que debamos postergar lo del matrimonio —Hizo una pausa y su cálido aliento le acarició la piel y le produjo un escalofrío. Ella quiso separarse pero él la sujetó de las muñecas y siguió torturándola—. Por supuesto, si es que hablabas en serio ayer cuando dijiste que sacrificarías tu soltería por Dante. Por mí.

—Bue...bueno, sí, pero... ¿Quieres hacer las cosas así, tan precipitadamente? —balbuceó, pero en cuanto vio en la mirada masculina un elemento de preocupación, se recordó a sí misma que Alessandro estaba haciendo aquello movido, única y exclusivamente, por un fuerte sentido paterno. No tenía nada que ver con ella, ni con lo que sentían el uno por el otro. Se trataba solo de un padre desesperado que amaba tanto a su hijo que

estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para conservarlo a su lado. Incluso, casarse nuevamente con una mujer a la que no amaba. Que, quizás, nunca amaría. El corazón le latió con tanta fuerza dentro de su pecho en esos momentos que se sorprendió de que no se partiese en dos. Porque aquel conocimiento no apaciguaría el dolor que le causaba aquella verdad.

—¿Y por qué esperar? Nos casaremos hoy, aquí y ahora.

Capítulo 25

“Yo, Sandya, te tomo a ti, Alessandro, como esposa y prometo serte fiel y cuidar de ti en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, todos los días de mi vida”.

Sin bombos ni platillos, sin familiares ni ceremonias tradicionales, simplemente una lectura rápida de los artículos del código civil, un intercambio de anillos y una silenciosa procesión de sujetos que llevaba hacia el documento que acreditaba que, a partir de ese momento, ambos eran marido y mujer.

Sandya tragó con fuerza.

Hacía solo cinco minutos había sido una mujer libre. Ahora, en cambio, estaba unida a Alessandro Visconti en un improvisado y apresurado matrimonio.

«¿Acaso no era todo lo que había querido siempre?» ironizó.

Se quedó observando la alianza en su dedo anular, sin aún poder creérselo del todo, cuando el hombre, tras despedir al juez y a su equipo de seguridad, regresó con ella y le extendió una copa de *champagne*.

—Brindemos por nuestro nuevo estado civil, *pajarito* —manifestó él con una sonrisa triunfante. Alessandro sabía que no había jugado limpio, que había dejado que ella creyera lo que a él le convenía y ese era el resultado. Manipulación. Era terriblemente bueno en eso.

—Por mi marido, el más romántico de todos los hombres —lo acusó ella mordaz, y se llevó la copa a los labios para terminar con todo aquello cuanto antes. Quería regresar a su habitación y descansar un momento. Quizás, luego vería diferente aquella situación. Cerró los ojos y suspiró.

—Creía que no te iba mucho el romanticismo. Algo que suena absolutamente irónico, teniendo en cuenta la ferocidad con la que defendiste tu virginidad por tantos años, conservándote para un solo hombre que podía no haber llegado nunca, y aun así, decidiste esperarlo paciente, serle fiel. Completamente. Solamente alguien con fuertes convicciones románticas haría algo así.

No supo el momento en que Alessandro se movió, solo que sus labios

estaban sobre su cuello, sus manos sostenían sus pechos y la pulsante erección masculina latía furiosa contra la parte baja de su espalda.

—Me alegra ser yo ese hombre.

—Alessandro... —Se removió para apartarse. El que fuera su marido no le daba libertad para utilizar su cuerpo cómo y cuánto quisiera. Aquel solo era un contrato para salvar a Dante de una horrible mujer que nunca vería por su bienestar—, debes detenerte. No es correcto.

El hombre jaló de su cabello, llevándolo hacia atrás y meció las caderas sensualmente, restregándose contra ella. Su masculinidad estaba cada vez más grande y dura como el hierro.

—Todo matrimonio debe ser consumado, *dolce*, para que tenga validez. Y el nuestro no será la excepción —Le mordió el cuello y lo lamió con la punta de la lengua.

Sandya se estremeció y sus caderas comenzaron a sacudirse hasta que encontró el vaivén necesario para calmar el deseo que Alessandro había inyectado en sus venas. Estaría maldita toda la eternidad porque deseaba a aquel hombre siniestro y arrogante. La mujer giró medio cuerpo para mirarlo directamente a los ojos y Alessandro la besó. No esperó invitación alguna e invadió su boca con su lengua con la premisa de que ella le pertenecía. La instó y sedujo a seguir su juego perverso.

¡Y el que el cielo se cayera sobre sus cabezas si ella no estaba dispuesta a darle todo lo que él quisiera!

Ella le devolvió el beso. Él la consumía hasta el punto en que ella no podía respirar, sus labios y su lengua hacían cosas obscenas a su boca y creaban un incendio que parecía concentrarse en su pelvis.

—No hay nada más erótico como tocar tus pechos desnudos —murmuró él contra su oído, desabotonando por completo la camisa y dejándola caer al piso.

Sandya jadeó y sintió como si la hubiesen arrojado a una hoguera. El calor de sus manos, tan grandes, tan masculinas, sobre sus senos, era excitante, arrebatador.

Pero entonces, de repente, él la empujó suavemente hacia el escritorio que reinaba en la pared noroeste del despacho. Sin preámbulos, le dio la vuelta, colocándola de espaldas a él, y le bajó el pantalón y el bóxer, dejándolos a medio camino entre sus piernas.

—No... así no —se quejó ella, mirándolo por encima del hombro e

intentando incorporarse.

Pero él la rodeó con un brazo por la cintura y con la otra mano le empujó los hombros, inclinándola nuevamente hacia la dura superficie de madera. Sandya extendió los brazos para apoyarse en ellos.

—Oh, sí, así sí. Confía en mí —exclamó él con voz ronca, y fascinado con la textura de su lustrosa piel blanca.

Alessandro descendió la mano por su columna vertebral hasta alcanzar la parte baja de su espalda. Le acarició los redondeados glúteos y continuó su peregrinación un poco más abajo, hacia el mismo centro de su deseo. Le pasó dos dedos.

—Estás mojada —sentenció él, complacido—. Y yo estoy muy excitado.

Con el pulso acelerado hasta un punto preocupante, ella cerró los párpados con fuerza. No debería permitir que siguiera. Pero junto con la reacción de indignación que sentía, venía otra de tal intensidad que la paralizaba.

—Alessandro... —suspiró algo asustada cuando notó como sus nalgas se apretaban firmemente con la ingle masculina.

Pero su voz quedó acallada por el sonido metálico de una cremallera. Sandya se mordió el labio inferior y abrió los ojos y los fijó al frente, hacia la puerta del estudio, cuando sintió la virilidad de Alessandro adentrándose en su sedoso canal. Cuando su calor lo rodeó, la penetró más profundamente.

Había entrado en ella con una decidida embestida, convirtiendo el placer en dolor. Sandya gritó y clavó los dedos en la mesa. El aire le faltó y temió moverse en caso de que fuera peor.

Alessandro se cernió sobre ella, flexionando sus poderosos hombros para protegerla de su peso, y la joven sintió como se enterraba más hondo en su interior. Contuvo el aliento y él le pasó la lengua por la mejilla.

—Hoy no puedo ir con cuidado —se disculpó y bombeó con más fuerza.

De repente, pasados unos instantes, el dolor se había esfumado y sólo había placer. Sandya pronunciaba su nombre como si formara parte de una plegaría de salvación, y sus jadeos de dolor, de un principio, ahora se habían transformado en gemidos ruidosos, desinhibidos.

Se encontraba en el mismo centro de un despliegue de fuegos artificiales, a punto de escuchar la detonación final y contemplar el juego de luces iluminar el cielo, cuando escuchó la puerta cerrarse. La voz de Santo y Julianne sonó al otro lado del pasillo la horrorizó.

—¿Qué está pasando ahí dentro? ¿Por qué cierras la puerta, amor? No,

Santo, espera... ¡Déjame entrar!

—Tranquila, amor, debemos esperar un momento.

El estómago de Sandya se había contraído y luchó por quitarse de encima a Alessandro. ¡Porque saliera de su interior!

Pero él no lo hizo.

—¡Ella tiene que saber y como Alessandro haya hecho esto a posta, te juro Santo que lo decapitaré!

Alessandro levantó una ceja ante el comentario de su metiche cuñada, pero siguió balanceándose dentro de su mujer. Su pasión por ella no había mermado en nada, ni siquiera al saber que su hermano menor estaba intentando controlar al huracán que tenía por esposa.

—Alessandro, no —le rogó Sandya—. ¡Salte de mí!

Él se detuvo. Él cuerpo le temblaba de insatisfacción.

—Odio a esa maldita amiga tuya —ladró demasiado molesto.

Con la mandíbula apretada y un oscuro rubor cubriendo sus pómulos, abandonó el acogedor hogar que había estado profanando en los últimos minutos, y comenzó a arreglarse el pantalón.

No forzaría a Sandya a continuar. Podían seguir con aquello en cualquier otro momento, ahora que la había atado a él y a su cama. Para el instante en el que su entrometida cuñada se largara de nuevo a su casa. Cuando blindara su residencia para que nadie pudiera entrar de improviso.

Enfurecida, avergonzada de haberle correspondido, Sandya puso algunos pasos de distancia entre los dos y se arregló la ropa. Se reprochó también por no haber pensado en los niños, por no ocurrírsele que, en lugar de Santo y Julianne, podían haber sido ellos los que interrumpieran en la habitación y verlos agazapados sobre el escritorio como dos conejos en celo.

¡Era una idiota!

Se sentó en el sillón completamente abochornada con su comportamiento, observando angustiada como Alessandro abría la puerta del despacho. Lo primero que pudo distinguir fue la espalda de Santo y después el semblante crispado de Julianne.

Iban a rodar cabezas, posiblemente.

—Han regresado pronto. Aunque dudo mucho que haya una anulación posible para su caso.

—Cállate, Alessandro —replicó Santo.

Julianne ingresó en la instancia como un torbellino y fue directamente hacia

su amiga.

—Yo también me alegro mucho de verte, cuñada.

La aludida le lanzó una mirada encolerizada antes de ocupar un asiento al lado de su amiga y preguntar:

—¿Estás bien? —Sandya estaba acalorada y sus mejillas tenían el color de las fresas. Cuando la Canaria asintió, ella añadió—: Fuimos directamente a casa luego de enterarnos, pero no estabas allí. Cesare me dijo que los niños y tu estaban en casa de Alessandro desde anoche. ¿Todo va bien? ¿Ha ocurrido algo de lo que preocuparse en nuestra ausencia?

—No exactamente...

—Por qué en vez de interrogar a tu amiga, no la felicitas por nuestro reciente matrimonio.

Tres pares de ojos impactaron en Alessandro. Dos con sorpresa y el par que más le importaba con reproche.

—¿Matrimonio? —repitió Julianne, achicando los ojos hacia su enervante cuñado, como si no pudiera creer lo que escuchaba. Entonces volvió la mirada hacia su amiga, y supo que no mentía.

¡¿Qué?!

¡Pero es que Sandya se había vuelto loca!

¿Casarse con el hombre que más la había herido?

Entretanto, y mientras ella continuaba conmocionada con la noticia, Santo extendía una mano para dar la enhorabuena a su hermano.

—Felicidades y que la unión dure.

—Así lo esperamos, hermano.

Julianne y Sandya se miraron mutuamente. La última se mordía el labio inferior; nerviosa. Tenía motivos de peso para estarlo.

—Alessandro, acompáñame, tengo que resolver un asunto y me gustaría que me cercioraras al respecto —Santo hizo con la cabeza una seña hacia las mujeres—. Será mejor que las dejemos a solas. Tendrán mucho de lo que conversar.

Santo salió del despacho, seguido de Alessandro. Cuando Julianne escuchó la puerta cerrarse, se giró hacia Sandya y le agarró las manos entre las suyas.

—Ahora sí, puedes decirme qué pasa. ¿Qué te ha hecho ese hombre?

—Nada —murmuró la mujer intentando tragar el nudo que se le había formado en la garganta. Como ya te dije, todo está bien. Alessandro y yo tuvimos una historia, un pasado juntos, y decidimos casarnos ahora que está

divorciado. Eso es todo.

—Sandya...

Ella levantó las manos en señal de defensa.

—Sé lo que estás pensando, Jules, pero el hecho de que Alessandro necesite demostrar que tiene una familia estable para hacerse con la custodia completa de su hijo, solo ha hecho que se apresuren los acontecimientos.

Cuando vio a Julianne arrugar el entrecejo de forma tan notoria, se preguntó qué estaría pensando su amiga.

—¿Os habéis casado para que él obtenga la custodia de Dante? ¡Oh, cariño! —Sacudió la cabeza en una clara negativa—. ¡Ese cerdo manipulador del infierno! Escúchame bien, San. Lena y Alessandro llegaron a un acuerdo hace varias semanas sobre la custodia de Dante. No va a haber ninguna lucha en los tribunales por el pequeño.

Sandya se quedó paralizada por un momento. Dejó de oír cualquier cosa que pasara fuera de su cabeza. Porque Alessandro no podía ser tan rastroso, por segunda vez, como para haber hecho algo así ¿verdad? Él le había dicho que Lena quería llevarse a su hijo, que lo llevaría a los tribunales si con ello conseguía hacerse con el niño.

Quizás no se le hubiera dicho exactamente con esas palabras. Puede que ella hubiera dado por sentado cosas que él no había rebatido ni negado.

Dios, ¿pero cómo podía haber sido tan tonta?

—Estás escuchándome, Sandya —la llamó su amiga.

—Lo hago.

—Pero, ¿qué te llevó a hacer algo tan impulsivo? Por Dios, tú no eres así. —Sandya se encogió de hombros—. Dime ¿te ha estado frecuentando estos últimos cinco años?

—No.

—¿Entonces me puedes decir qué pasó con la idea de que Alessandro era un canalla y un sinvergüenza?

—Lo amo, Jules —Fue lo más sincero que había salido de su boca en los últimos minutos.

—¿Lo... lo amas?

Su amiga parecía lo suficientemente desconcertada por esa respuesta como ella por haberla dado. Pero sabía que sería la única manera de que el interrogatorio de Julianne amainara. Siempre había sabido que dentro de su corazón, Alessandro tenía un lugar reservado.

Julianne observó a su amiga con pesar. Sandya sufriría mucho cuando le dijera...

—Lo amo. Creo que nunca dejé de amarlo —¡Freiría en aceite a la maldita sabandija!

—Bueno —aceptó Julianne haciendo un mohín y con la cólera esfumándose—. Si tú estás bien con eso, Sandya. Pero sabes que me tienes aquí para cuando me necesites. Solo tienes que llamar o decirlo.

—Lo sé.

—Espero que así sea, porque puedes contar conmigo siempre. Así tengamos que ocultar el cadáver de Alessandro.

Aquello arrancó una sonrisa del rostro de Sandya.

—¿Así tengas que cavar un hoyo grande?

—Tenía pensado que podemos refundirlo en el océano en su precioso yate.

Siguieron conversando, pero a Sandya le pareció que Julianne estaba demasiado ensimismada. Como si estuviera pensando, calibrando y calculando las posibilidades de alguna cosa que tuviera en mente.

—¿Estás bien, Julianne? A todo esto, ¿por qué regresaron tan pronto?

—¡Mami! —gritó el niño extasiado corriendo por el pasadizo y llegando a Julianne para echarse a sus brazos abiertos. Ella lo sentó en su regazo y comenzó a propinarle muchísimos besos.

—Mi niño hermoso, mira qué lindo estás. ¿Me has extrañado?

Era su impresión o Julianne había evitado responder a su pregunta. Conocía demasiado bien a la otra mujer para que la engañara. Iba a volver a preguntar cuando aparecieron Alessandro y Santo en el umbral de la puerta, seguidos por Dante.

—Claro, mami, pero tía Sandya hace un buen trabajo.

Sandy a rió y al ver a Dante le hizo una seña para que se acercara. Lo subió también a su regazo.

Santo llevaba a la dormida Galia que parecía no haber tenido una buena noche. Lo cierto era que se había pasado la noche llorando, pero aquello era algo que nunca le diría a sus padres y preocuparlos innecesariamente.

—Bueno, *Aretusa*, creo que llegó el momento de irnos. Hay algunas cosas que tenemos que atender.

—Es cierto —murmuró Julianne palmeando el trasero de su hijo para que se levantara—. Bien, Sandya, espero que todo vaya bien y felicidades por su casamiento.

Sandya sabía que Julianne aún tenía muchas dudas y agradecía que no las verbalizara porque no sabía cómo iba a reaccionar si es que a su amiga le daba por acorralarla.

Todos de pie, Gianluca fue hasta su padre mientras Sandya se despedía de su amiga. Ambos hermanos estrecharon una mano y cuando Sandya fue a despedirse de Santo, el hombre le obsequió esa sonrisita burlona que tanto amaba y desquiciaba a su mejor amiga.

Alessandro rodeó el cuerpo de Sandya con un abrazo. Observó a su hijo conversando con su primo y una idea atravesó por su mente.

—Ve a recoger tus cosas, Dante, esta noche dormirás en casa de tus tíos.

Emocionados, ambos niños corrieron escaleras arriba para hacer lo que su padre le había dicho. Mientras el hombre tendría que enfrentarse a la mirada confundida de Sandya, a la burlona de su hermano y a la sorprendida de su cuñada.

—Pero... —comentó Sandya y recibió un leve pellizco en la cintura.

—Santo...—Julianne se había volteado para ver el rostro de su marido.

—*Aretusa*, sabes que los recién casados necesitan tiempo a solas. Le dije a Alessandro que nos llevaríamos a Dante.

Alessandro sonrió, porque, como siempre su hermano había salido en su defensa diciendo que él conocía sus planes, aun cuando ni siquiera tuviera idea.

—Bueno, de acuerdo —accedió Julianne.

Minutos después, los terremotos Visconti bajaron las escaleras como una verdadera estampida. Se despidieron de Alessandro y Sandya, se subieron al coche y desaparecieron.

—Bien, ¿en dónde nos quedamos cuando tu imprudente amiga abrió la puerta del despacho? —dijo intentando abrazar la cintura femenina, pero Sandya dio un paso atrás para impedirlo.

—¿Cómo has podido hacer algo así? —preguntó consternada—. Yo confié en ti, Alessandro —agregó alejándose del radio de sus brazos. Él intentó capturarla para evitar que se fuera, pero no lo consiguió—. ¡No te atrevas a tocarme nunca más en lo que te quede de vida!

Capítulo 26

Sandya mantuvo el teléfono pegado a la oreja con la ayuda de su hombro para tener las manos desocupadas y así poder revisar, una a una, las cosas que Julianne le había mandado en una maleta con el chófer. Tenía todo lo necesario para prescindir de la ropa y pertenencias de Alessandro mientras, se suponía, confeccionaba su nuevo fondo de armario.

Escogió de entre todas las cosas lo imprescindible para un viaje y comenzó a pasarlas a un bolso de mano. Sería mucho más fácil de manejar y cargar, y sobretodo, pasaría más desapercibidamente entre los empleados del *palazzo* que pudiera encontrarse a su paso.

—¿De cuánto estaríamos hablando, aproximadamente?

Alquilar un avión, era un lujo para muchos, para ella, sin embargo, una necesidad imperiosa. Sin una preparación previa con su terapeuta o sin estar drogada hasta las cejas de fármacos que la mantuvieran sedada, adormecida, veía inviable subirse a un vuelo comercial con cientos de pasajeros.

Cuando escuchó la cifra que su interlocutor le facilitaba, mareada, soltó la prenda que sostenía en esos momentos para agarrarse con una mano al respaldo de un sofá y devolver la otra al celular.

—¿Veinte mil euros? —preguntó incrédula en voz alta.

Al otro lado de la línea confirmaron que, efectivamente, sus oídos gozaban de buena salud y que, de momento, podría prescindir de un otorrinolaringólogo.

En cualquier caso, deseó haber escuchado mal, porque veinte mil euros significarían un enorme revés en su cuenta bancaria. Afortunadamente, ganaba lo suficiente como para permitirse una extravagancia como esa.

¿Extravagancia?

¡Era una cuestión de vida o muerte!

Era el único medio que tenía para regresar a su país y poner tierra de por medio entre Alessandro “Embustero” Visconti y ella.

—De acuerdo. Si le parece bien, haré una transacción interbancaria por internet, pero por favor, es importante que el vuelo salga hoy mismo.

Media hora más tarde, bajaba apresurada y casi a trompicones a la primera planta. Abandonar a Dante sin despedirse de él le rompía el corazón, pero si lo hacía, si él le pedía que no se fuera, que no los dejara, ella no tendría la

voluntad suficiente para hacerlo después, y eso solo podía significar una cosa: seguiría estrellándose una y otra vez con la misma dura roca. Porque Alessandro Visconti era eso; una roca.

Negó.

Obligándose de nuevo a pensar, única y exclusivamente en el pequeño. Él no tenía la culpa de tener al padre que tenía. Pero confiaba en que podría continuar viéndolo, sobretodo, cuando Julianne y Santo la visitaban. Cuando lo hacían, no solo llevaban con ellos a sus dos pequeños milagros, sino también a Dante. Alessandro parecía no conocer lo que eran las vacaciones, y era su mejor amiga y su esposo quienes se ocupaban de rellenar ese aspecto en la vida del niño.

Le extrañó no cruzarse con nadie en un sitio de constante actividad y personal. Se encogió de hombros quitándole hierro al asunto y se colocó la capucha de la sudadera antes de girar el pomo de bronce de la puerta. Su alianza de bodas resplandeció en el dedo anular de su mano derecha. Diciéndose, no muy convencida, que se desharía de ella, puso un pie fuera y se quedó estupefacta, incapaz de reaccionar. El color abandonó su rostro dejando sus ojos como dos pozos enlodados de barro en los que la emoción predominante era el miedo.

Un miedo persistente, anormal e injustificado hacia las multitudes, corrió por su espina dorsal y le heló la sangre. No podía desentenderse de las emociones de los demás, no se sentía segura cerca de tanta gente desconocida. Sufría desde hacía años una patología que afecta seriamente su vida. Un trastorno fóbico que le provocaba un pavor atroz a la muchedumbre y a estar rodeada por extraños. Sabía perfectamente que su miedo era irracional, que no tenía por qué ocurrirle nada cuando estuviera frente al estímulo temido, pero aun así, el temor era tan intenso que podía llegar a ser incontrolable, y el malestar tan espantoso que, evitar cualquier contacto con la gente, era el mejor y más efectivo antídoto.

Y, ahora, sin embargo, ¿cuántas personas obstaculizaban su camino hacia la libertad?

A los pies de la escalinata se elevaban mujeres y hombres. Algunos de ellos uniformados y otros tantos en impecables trajes. Más allá de las cabezas de este primer frente, podía visualizar en la retaguardia a otro nutrido grupo. Reconoció a muchos de ellos como empleados del *palazzo*. Todos ellos permanecían congelados en su sitio, como en una escena de una obra dramática.

¿Qué diablos estaban haciendo parados allí?

A Sandya le brotó un sudor frío al ser más consciente que nunca que eran demasiados. Podría haber fácilmente cincuenta individuos, tal vez más, calculó.

El pánico que estaba padeciendo fue tal, que empezó a experimentar un dolor en el pecho como si estuviese a punto de sufrir un infarto. Estaba sufriendo un ataque de pánico. Sollozó, y temiendo entrar en histeria, apretó los dientes sobre su labio inferior para evitar gritar, cortando la suave carne. Arcadas secas y dolorosas amenazaron con convertir aquel momento en uno de los peores espectáculos de su vida. Tragó con dificultad y dio un paso atrás, y luego otro y otro.

Hasta que su espalda chocó con una montaña de hormigón.

El olor familiar de su fragancia, el calor que irradiaba su cuerpo y la forma en la que se tensaban sus músculos cuando ella andaba cerca, hicieron posible que adivinara sin necesidad de mirarlo a la cara, de quién se trataba.

Alessandro.

—¿Por... por qué?

—*Mi dispiace molto, piccola mia* —le dijo en voz baja—. *Davvero, mi dispiace. Ma era necessario.*

Sandya no podía responderle; sus cuerdas vocales estaban paralizadas.

“*Así que aquello era obra él...*”

Las lágrimas empezaron a caer de sus ojos y rodaron, indefensas, por las mejillas.

¿Tanto se había equivocado con él?

Unas grandes manos en los hombros la hicieron girarse y echaron hacia atrás la capucha que cubría su cabeza y ocultaba parte de su rostro. Ella cerró los ojos para no ver al hombre que, si no hubiera estado sosteniéndola en ese preciso instante, probablemente se habría derrumbado.

Un silencio cargado de tensión se alargó entre ellos, y justo cuando Sandya sintió que no podía soportarlo más, convencida de que se estaba riendo de ella como siempre hacía, él la apretó contra su cuerpo. Entonces sus brazos la encerraron y la llevaron en volandas hacia el interior de la vivienda en pocas zancadas. Cuando estuvieron en el vestíbulo y el portón se cerró, dejándolos a solas, Alessandro la ajustó más contra él y empezó a susurrarle dulces palabras en italiano y a calmar el temblor incontrolable que la invadía. Ella con la cara enterrada en el duro bloque que tenía por torso y con los dedos aferrados como garras a la tela de su camisa, comenzó a dar rienda suelta a su

dolor. No podía contener las lágrimas. Era como si se hubiera roto un dique.

Pero aquel era el abrazo que siempre había pensado que la iba a sostener durante el resto de su vida.

En esos momentos, la hostilidad, el resentimiento y el enfado que sentía por Alessandro, quedó reducido a la nada. Lo único que necesitaba, que anhelaba con desesperación, era que la consolara como solo él sabía hacerlo. De la misma tierna manera que lo había hecho en el pasado.

En medio del caos de su mente, oyó la voz de Alessandro tratando de consolarla y sintió como una mano le acariciaba el pelo. Sintió también como él la apartaba solo lo justo para inclinar su arrogante cabeza y besarle un párpado y luego el otro. Repitió el gesto y besó su nariz. Sus labios se trasladaron unas pulgadas más abajo y lamió la sangre que habían producido sus dientes en el labio inferior. Ella no pudo resistirse y levantó la barbilla para prolongar el contacto.

Estaba enferma.

De él.

Súbitamente aquello fue como el fogonazo de realidad que Sandya necesitaba para acabar con el hechizo Visconti, y avergonzada por su desconcertante e impactante comportamiento, lo empujó con fuerza para apartarse de él. Alessandro no se lo permitió.

—¡No, suéltame! ¡Eres un miserable! —atacó Sandya con voz trémula mientras luchaba por zafarse—. Conocías mis miedos, mis fobias, ¡y lo has utilizado en mí contra! ¡Me has traicionado!

Con un movimiento brusco, él la estrelló nuevamente contra su cuerpo y le rodeó la cintura con un fuerte brazo.

—Te prometo que voy a recompensar cada una de tus preciadas lágrimas. Me siento como un maldito cobarde por hacerte esto, por hacerte sufrir, pero no podía dejarte marchar. Otra vez no — Le puso los dedos bajo la barbilla para hacerle levantar el rostro. Al principio ella se resistió, pero los dedos de él no cedieron y no tuvo más remedio que mirarlo con sus ojos hinchados—. Tenías razón, *pajarito*. Solo, solo un egoísta. Pero tú no. Y por ello apelo a tu perdón.

Ella sollozó y sorbió por la nariz. La camisa de Alessandro estaba empapada por sus lágrimas. Ella negó.

—No quiero perdonarte —declaró la joven en un tono estrangulado—. ¡Quiero odiarte!

Al oírla, en los ojos de Alessandro brilló una chispa y empezó a

contraérsele el músculo de la mejilla. El brazo duro contra su cintura se retiró lentamente. Sin ese apoyo férreo, las rodillas se le aflojaron, pero se esforzó por mantenerse erguida.

—No quiero que me odies, *pajarito* —musitó el italiano, más para sí mismo que para ella.

—Quiero hacerlo y lo he intentado con todas mis fuerzas, Dios sabe que lo he intentado, pero no puedo odiarte —admitió ella, temblorosa pero compuesta, hasta que notó que empezaba a derrumbarse por completo. Le dio la espalda, se cubrió el rostro con las manos y el llanto contenido sacudió su curvilíneo cuerpo—. No puedo. Y es peor querer pero no poder que hacerlo.

—Y no sabes cuánto me alivia oír eso.

—Pero esto no te lo perdonaré, Alessandro. Has utilizado mis miedos contra mí. Una vez más me has traicionado.

Sandya ahogó una exclamación cuando él la alzó del piso de mármol y la cargó en sus brazos, decidido a regresarla al lugar al que pertenecía: a su hogar, junto a él.

¡Ella era su esposa, maldita sea!

Sabía que era lo correcto, pero de pronto comenzó a sentir culpa por todo lo que Sandya le había dicho. Él la había traicionado. Ella le había dado las municiones y él solo había orientado el orificio del cañón. Era un jodido cabrón, lo sabía. El nudo de zozobra en su garganta cuando la vio llorar en el suelo era suficiente castigo...

Pero si cedía solo un ápice con ella, si descubría que la necesitaba, que necesitaba que lo ayudara a llenar el vacío de su alma, a saciar el hambre de su corazón, que la necesitaba más que al aire que respiraba, podría utilizarlo en su beneficio y volaría de su lado como un canario asustado. Muy a su pesar, pensó en que tendría que cortarle las alas al pequeño ave paseriforme, porque la deseaba día y noche y quería pasar todo el tiempo con ella. Sandya se había convertido en una parte esencial de él, en una fuente de vida en donde podía saciar su sed y en donde podía refrescarse después de una larga y dura jornada.

Sí, se había metido tanto dentro de él que acabaría enloqueciendo si volvía a dejarla escapar.

Capítulo 27

Recostada en la alfombra que revestía el piso de la sala de juegos y audiovisuales con la que contaba el palazzo en la planta superior, Sandya tarareó la canción *As Long As You Love Me*, de *Backstreet Boys* cuando comenzó a sonar en su lista de reproducción de los años noventa. Sonrió. Se sentía en calma. Por primera vez, desde los acontecimientos de su huida fallida hacía dos días. Suspiró. Aquella canción le traía recuerdos positivos y era lo que necesitaba en ese momento. Levantar su moral y recordar que podía con lo que se venía a cuestras. Se había pasado aquellos días en depresión y lo más lejos de Alessandro que le fuera posible. No quería verlo y nadie podía culparla por ello. Si bien Alessandro había pensado que se quedarían solos en casa, ella había podido transformar eso a su favor.

Dante se había quedado un día con sus tíos y al siguiente Lena le pidió a Alessandro el pasar un día con el pequeño. Eso le había dado la oportunidad de reunir los pedazos destrozados de su alma para intentar auto-repararse una vez más. Su terapeuta había ayudado y ahora estaba mejor.

Justo en el momento en que Dante volvía a casa.

Al llegar, Alessandro se había tomado el tiempo para llamarla y así, juntos, explicarle al niño lo que había pasado. Le dijo que se había casado con ella y que ahora vivirían los tres juntos en el *palazzo*. Dante, inteligentemente, había preguntado si es que su mamá ya no era su mamá. Con dulzura, Sandya le había hecho entender que Lena siempre seguiría siendo su madre, pero que ahora la tenía a ella incondicionalmente, siempre. Le dijo que la llamara como él quisiera. El niño parecía encantado con tener a Sandya veinticuatro horas y siete días a la semana por el resto de su vida. No había comentado nada, pero la algarabía que había visto en sus ojos verdes eran muestra suficiente.

—¿Te gusta esa canción, Tana? —preguntó a su costado.

—Sí, la escuchaba cuando era una adolescente —sonrió—. Tu tía Julianne y yo estábamos locas por ese grupo —comentó sentándose y cruzando las piernas.

—¿Tía Julianne? —preguntó incrédulo.

—Sí, cantábamos y saltábamos encima de la cama con las canciones de ese grupo —recordó con una sonrisa nostálgica—. Nos moríamos por ir a un

concierto suyo y, secretamente a cada una nos gustaba uno de los chicos. A mí Nick Carter y a tu tía, Kevin Richardson. Teníamos cada una la habitación abarrotada con posters de ellos.

Dante frunció el ceño y apretó ligeramente la mandíbula.

—Pero ahora te gusta mi papá y a mi tía, mi tío —sentenció.

Sandya se dio cuenta que el pequeño se había puesto ligeramente celoso y como todo un Visconti, había protegido el honor de su padre y su tío. Le pareció adorable.

—Claro que sí, cariño. Tu tía Julianne ama a tu tío Santo. Y yo quiero mucho a tu papá —contestó cortando la conversación eligiendo bien las palabras. Ladeó la cabeza y examinó con ojo crítico el barco pirata que había dibujado en una de las láminas que Dante le había donado de su bloc de creaciones.

No estaba mal para alguien que hacía demasiados años, había sustituido los lápices de colores y acuarelas, por la pantalla y teclas de un ordenador.

Retrocediendo a su infancia, torció la boca hacia un lado con melancolía. Hubo una época en la que pensó seriamente que, algún día, se dedicaría exclusivamente a pintar cuadros. Pero eso había sido mucho antes de descubrir su amor por las letras, y con él, poder transportarse a miles de lugares en los que nunca había estado, e indudablemente jamás estaría. Eso había sido mucho antes de convertirse, como todo escritor, en una creadora de sueños.

A su lado, Dante también coloreaba un buque. El pequeño era un auténtico fanático de los barcos, por lo que la elección del tema esa tarde había estado clara desde el inicio.

—Sabes Tana, cuando sea mayor seré dueño de un barco incluso más grande que el de papá —Le había contado el niño, y ella no había podido evitar que la comisura de sus labios se elevara hasta formar una mínima sonrisa.

Como digno hijo de su padre, estaba convencida de que así sería.

Aquel día, Sandya había planeado tener un ameno picnic en los jardines del hermoso palazzo, pero el sol era demasiado abrazador. Lo último que quería era que a Dante o a ella le diera una insolación, por lo que había decidido cambiar su plan original. El niño lo había aceptado encantado y habían pasado una mañana entretenida entre juegos y chapuzones en la piscina cubierta. Después del almuerzo, y tras leerle un cuento, el pequeño había caído rendido en una profunda siesta. Al cambiarle de ropa, le había

preocupado ver algunos pequeños arañazos y hematomas en zonas que pasarían estratégicamente desapercibidas. Le horrorizó comprobar que eran más de los que había advertido por primera vez a su llegada a Sicilia. Pero Dante le había asegurado esa tarde al despertar que se los había hecho él.

A ella no le había convencido del todo su inocente explicación, y por primera vez desde su precipitado matrimonio con Alessandro y tras descubrir que había vuelto a burlarse de ella, se alegró de seguir en aquel lugar. Ahora sabía mejor que nunca, que abandonar a Dante a su suerte, sin asegurarse primero que estaría sano y salvo, hubiese sido el peor error de su vida.

Pero Sandya no quería hablar de sus sospechas sin tener pruebas.

¿Y si Dante le estaba contando la verdad?

Estaría haciendo con alguien lo que otros siempre hicieron con ella.

Juzgar

Condenar.

Herir.

Mientras meditaba sobre el asunto, se percató de otro de los dibujos de Dante. El boceto le resultó curioso y muy revelador. No solo había hecho un barco, sino también a varias figuras. Pudo distinguir a cuatro personas. En el muelle había una mujer rubia que supuso sería Lena, su madre, mientras que en el interior del navío se podían distinguir a un crío y dos adultos. El niño estaba en cubierta y la pareja conversaba muy cerca el uno del otro y de él.

Sandy se preguntó si inconscientemente Dante estaría reclamando más atención. ¿Acaso el pequeño necesitaba tiempo de calidad con su madre? ¿Con su padre y con ella? ¿Podía asumir que la mujer en el barco era ella?

Se mordió el labio percatándose de que si se había dado cuenta de algunas cosas. Como, por ejemplo, que mientras Santo y Julianne reducían cada verano sus jornadas de trabajo a la mitad para disfrutar esos meses en la compañía de Gianluca, y ahora también de Galia, Alessandro seguía haciendo su rutina diaria de siempre con normalidad.

Sandy miró al niño y se juró a sí misma que convencería a Alessandro para que hicieran algo divertido juntos antes de que comenzara el nuevo curso escolar.

—Traviata me ha preguntado si pone en el horno las pizzas que habéis estado preparando esta tarde para la cena —Sandy escuchó la grave voz de su recién y estrenado marido y alzó la vista de su lámina. Estaba parado en el umbral de la puerta y traía en una mano una botella de *Langhe*, que supuso acababa de sacar de la bodega subterránea con la que contaba el palazzo—.

¿Pizzas?

—¡Y también hicimos galletas con briznas de chocolate! Estaban bien ricas, ¿verdad Sandya?

—Espero que me hayáis dejado alguna.

—Claro, papá. Sandya guardó para ti.

El sonido que salió de los labios de Alessandro era mitad risa, mitad resoplido burlón.

—Siempre tan considerada. Dante —llamó suavemente a su hijo para que se acercara a él—, ve y dile a la señora Traviata que ponga a enfriar este vino y que puede retirarse a descansar. Lo de la pizza me parece un plan estupendo para esta noche.

—¡Vale, papá! —vitreó el pequeño cuando le entregó la botella.

Cuando desapareció como un rayo por la puerta, Sandya miró con una desconfianza muda como Alessandro acortaba la distancia entre ellos. Ella se incorporó del suelo tan rápido que se mareó y se tambaleó un poco. Él se movió a una velocidad supersónica y la agarró del brazo. A Sandya se le cortó la respiración y se puso rígida automáticamente. Levantó ambas palmas pidiéndole en silencio que dejara de tocarla.

¡Odiaba a ese engreído canalla con toda el alma!

Pero no podía negar que era el hombre más atractivo que hubiese conocido nunca. Pero eso no lo eximía de la culpa por lo que había hecho.

De pie frente a ella, del impecable traje oscuro de raya diplomática que le había visto esa misma mañana, a hurtadillas, desde los ventanales de la habitación de invitados que habían dispuesto para ella, ya solo quedaba la camisa blanca y el pantalón.

—¿Te encuentras bien?

Tenía la voz ronca y la respiración caliente.

Ella sintió un nudo de suspense en el estómago. Frunció el ceño y los labios mientras la tensión flotaba entre ambos igual que una correa vibrante, y ella tuvo la sensación de que alguien estaba tirando de aquella correa para juntarlos poco a poco.

No, no recaería en su adicción por él.

Invadida por el pánico, apoyó las manos en el pecho masculino y lo empujó.

—¿Por qué el interés? ¿Acaso planeas provocarme otro ataque?

—Por tu cálido recibimiento, imagino que te has repuesto por completo y que sigues molesta conmigo.

La cólera brilló en sus ojos oscuros de la canaria. Se apartó bruscamente de él y puso varios metros de distancia entre ellos.

—¿Cómo puedes tener la desfachatez, si quiera, de dirigirme la palabra después de lo ocurrido? —Tronó apuntándolo con un dedo acusador—. ¡Por supuesto que sigo molesta contigo! No, espera. Molesta es quedarse corta. ¡Estoy enojada! ¡Colérica! Me provocaste una crisis, ¿cómo pudiste traicionarme de esa manera?

Alessandro la miró con sus brillantes ojos esmeraldas y no pareció mostrar el menor remordimiento por lo que había hecho.

—Tenía que impedir que te fueras. No me diste elección —arguyó.

Sandya estaba tan furiosa y fuera de sí, mientras él seguía ahí, parado tranquilamente frente a ella proclamando su inocencia, que cogió del piso uno de los pinceles de Dante y se lo arrojó. Lo disparó con todas sus fuerzas pero Alessandro logró esquivar el impacto.

¡Maldita fuera su mala puntería!

—Debería haberte arrojado el televisor, es tan grande como tu ego —escupió ella, respirando agitadamente.

—Tu italiano no es lo bastante bueno como para enfrentarte a un tribunal acusada de intento de homicidio, *pajarito*.

Ella se estremeció al oír su sarcasmo.

—Eso no justifica tu bajeza. Tu acción despreciable.

Alessandro se acercó a ella como lo haría un gato al cazar a un indefenso ratón. Aunque Sandya no era tan indefensa. Aún conservaba una leve cicatriz de sus dientes en la mano.

—Soy consciente de ello, y estoy dispuesto a recompensarte.

Bajando los brazos hasta su cintura, Alessandro la abrazó, acercándola a su cuerpo. Sandya tembló. El firme pecho de su marido era como un muro ardiendo. Se aferró a él casi sin darse cuenta de lo que hacía y él respondió estrechándola más posesivamente contra sí.

Alessandro no tenía ni la más mínima intención de dejarla ir. Ella era suya. Cerró los párpados y se deleitó con la sensación de tener el pequeño cuerpo femenino pegado al suyo, con el extraño hecho de quererla con aquella cruda intensidad con la que nunca antes había querido a nadie más.

Le besó la sien con cariño.

—No me dejes, Sandya —dijo en voz alta muy a su pesar.

Sandya tragó saliva, tratando de contener el llanto.

Deseó probarse a sí misma, que Alessandro ya no significaba nada para ella,

pero había descubierto lo contrario.

Lo abrazó con más fuerza, aunque el impulso de apartarse de él continuaba siendo demasiado grande. En aquel momento, Alessandro era todo lo que deseaba y todo lo que no deseaba. Pero sabía lo que le estaba haciendo. Intentaba aprovecharse de su confusión. Tal vez estaba pensando que ella iba a ser una presa fácil, que podía llevársela a la cama si le regalaba los oídos con palabras que deseaba escuchar y que luego podría convencerla, mediante mimos, para que hiciera su voluntad.

Ante esa desalentadora perspectiva, sintió en su estómago un miedo tan pesado y espeso como el alquitrán.

Ella no tenía intención de dejar que se saliera con la suya. Esa vez no.

Sandya alzó la cabeza, dejando un espacio de algunos centímetros entre ambos para mirarlo directamente a la cara. Sus ojos, nublados de deseo se clavaron en los suyos.

—He decidido quedarme.

El silencio que siguió se prolongó tanto que hizo mella en sus nervios. Finalmente, no pudo aguantar más y preguntó:

—¿Es qué no vas a preguntarme por qué?

—En absoluto. Mientras permanezcas a mi lado, el motivo me es completamente indiferente.

Exasperada, Sandya tuvo que morderse la lengua y clavarse las uñas en las palmas de las manos para no ponerse a gritar como una loca.

—¿Y si hubiese decidido quedarme para hacerte la vida imposible, para hacer de tu existencia un verdadero infierno?

De mala gana él se separó un poco de ella para posar su mirada en la suya. Le dolía todo el cuerpo, de forma espantosa.

—Quizás piense que por ti merece la pena ir hasta el infierno y quedarse.

A Sandya se le acalararon las mejillas y se humedeció tímidamente los labios con la punta de la lengua. Empezaba a sentirse embrujada por el influjo de ese hábil mago, y él aprovechó astutamente su confusión. Quizás sus ojos o su porte no expresaban lo que sentía, pero podía discernir, debajo de todas aquellas palabras, que lo sentía. Estaba haciendo el intento, aunque no se disculpara.

Alessandro colocó una mano debajo del mentón de su mujer y se encorvó para besarla de forma sensual.

—Eres una cosita dulce y muy adictiva, *pajarito* —murmuró como si estuviera librando una batalla consigo mismo—. Pido una tregua. Intentemos,

probemos llevarnos bien, ser amables...

A Sandya le pareció razonable y asintió.

Entonces bajó la cabeza y la besó salvajemente. Fue un beso brutal pero desgarrado. Una presión dura y devastadora. Una simulación del acto sexual, gráfica, intensa, deliberadamente erótica. Introdujo una mano por debajo de la tela de su camisa y la deslizó bajo el sujetador para cerrar los dedos alrededor de la piel de satén del pecho desnudo. Lo tocó, casi con reverencia.

El grito ahogado de Sandya se convirtió en un gemido, y alarmada por lo que estaba sucediendo, por lo de prisa que iba todo, le mordió la lengua en un acto defensivo y se zafó de sus brazos. Tomó aire, pero le costaba trabajo respirar.

Alessandro blasfemó y degustando el ácido sabor metálico de la sangre, se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Y una salvaje que necesita ser domesticada.

—Pero ha sido sin querer —intentó aparentar inocencia—. Y teniendo en cuenta que no puedo compararte con nadie más, supongo que después de todo, y como ha podido comprobar tu traviesa lengua, no eres tan bueno como pensabas —remató ella.

Las arrugas situadas a los lados de los ojos de Alessandro se acentuaron. Su mandíbula se apretó.

Una advertencia resonó en los rincones más lejanos de su mente.

Peligro.

¡Peligro!

—¡Papá! —Dante estaba de pronto allí, asomando la cabecita oscura por la puerta—. ¿Podemos cenar aquí? Sandya quiere ver *La era de hielo 2*.

—Por supuesto, hijo, pero antes iré a darme una ducha rápida.

Él giró la cabeza de regreso a ella cuando el niño volvió a desaparecer por el pasillo. Sosteniéndole la mirada, se llevó una mano al cinturón de sus pantalones y lo aflojó deliberadamente lento. La evidencia física era irrefutable. Podía notar su dura erección a pesar de las capas de ropa que llevaba encima.

Ella se ruborizó profundamente al mismo tiempo que el corazón se le aceleraba.

—Quizás quieras acompañarme y aparearte conmigo como la salvajita que eres —susurró dirigiéndole una media sonrisa irónica.

Si sus palabras pretendían ser una amenaza, no consiguieron su objetivo. Lo único que sintió Sandya fue una descarada excitación, que por el momento,

pudo contener; no sin esfuerzo.

—Ni en sueños.

—Eso imaginé.

Capítulo 28

Dos horas más tarde; Sandya y Dante permanecían recostados en el piso, sobre el cómodo nido de almohadones que habían recopilado para ver la película mientras picoteaban algunos dulces. Alessandro, a su espalda, había optado por el sofá y por una copa de vino.

Sandya sabía que no podía seguir esquivando a Alessandro por más tiempo. Tarde o temprano, tendrían que llegar, por el bien de Dante, a un acuerdo; aunque ella no podía dejar de preguntarse cómo iban a conseguir que las cosas funcionaran con normalidad entre ellos.

Desde luego, no habían tenido un inicio matrimonial alentador, pero Sandya decidió intentarlo de cualquier modo. Tenía que hacerlo. Mientras la solución pudiera estar en su propia mano, intentaría jugar todas las cartas para conseguirla. Dante era materia primordial, lo había sido y seguiría siéndolo en el futuro.

Besó con ternura la cabeza de Dante, quien estaba a un suspiro de caer rendido en un profundo sueño, y se separó de él con cuidado y lentamente para no desvelarlo. Gateó hacia Alessandro y se sentó sobre sus talones cuando rozó sus piernas.

— *Ma se è il mio piccolo selvaggio* —Las comisuras de los labios del hombre se elevaron y le acarició la parte superior de su cabeza, como si se tratase de una mascota—. ¿Qué te trae a mis pies, *micio*?

—He seguido el tufillo de tu arrogancia —respondió con ironía—. A propósito, cómo está tu lengua. ¿Te duele mucho?

—En cuanto la entierre y alivie en tu caliente sexo, supongo que mejorará.

Ella se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos. En medio de la escasa iluminación de la habitación sus palabras estaban cargadas de tanto sarcasmo que le pareció imposible que estuviera hablando en serio.

—Tenemos que hablar.

—¿No me digas?

Sandya sintió unas fuertes manos envolverse alrededor de sus brazos. La levantaron del suelo con facilidad, y sin saber cómo ni por qué, de repente se encontró sentada en el regazo de Alessandro y con las piernas estiradas en el sofá.

Las mariposas comenzaron a revolotear en su estómago, el calor a cubrir su

cuello, y su corazón latía con tanta fuerza que dolía.

¡Ella no había pedido estar allí!

Pero reconoció secretamente que no quería estar en ningún otro sitio.

—Te has sonrojado.

—¿Qué?

—Tus mejillas; han adquirido un intenso y precioso color carmesí. ¿Puedo conocer el motivo?

Cada pulgada de su piel rogaba por sentir la suya, y Sandya quería darse la vuelta, ponerse a ahorcadas sobre él y saber cómo se sentiría hacer el amor en esa postura. Pero Dante continuaba allí, y ella no debería estar pensando sexo. En sexo ardiente, sucio y escandaloso con su padre.

Que San Judas Tadeo, patrón de las causas imposibles se compadeciera de ella. Alessandro corrompía la candidez de su mente a una pasmosa velocidad.

—Es el calor. Palermo es sofocante en esta época del año.

Él podía sentir su cuerpo tensarse sobre el suyo, sentir su estremecimiento. Descendió la mirada hacia sus pezones. Estaban erguidos y se dibujaban con desvergonzada claridad a través de la delgada tela de la camiseta. La diversión tiró de sus labios.

—Sí, puedo darme cuenta de ello.

Ella abrió la boca para hablar, para justificar la reacción indecente de su traidor cuerpo, pero no sabía que decir. ¿Qué demonios podía alegar en su defensa?

Miró a Alessandro con nerviosismo, y no pudo explicar lo que vio en sus ojos. Excitación. Emoción. Anticipación.

—Ibas a contarme algo. Qué ocurre.

Ella estudió el semblante serio de Alessandro con nerviosismo. Él tenía la vista posada en sus labios, y su agarre se sentía más opresivo en su cintura. Le resultó difícil concentrarse, o hablar.

—Creo que Dante y tú deberíais pasar más tiempo juntos. Ya sabes, como padre e hijo, como hacen la mayoría de las familias normales cuando sus niños tienen vacaciones —soltó ella después de una pausa—. ¿Existe alguna posibilidad de que puedas tomarte unos días libres y hacer algo divertido con él antes de que empiece el nuevo curso escolar?

—Pero sin ti.

—¿Cómo?

—Hablas de Dante y de mí. Te excluyes de los planes. Sin embargo, tú también formas partes de esta familia ahora.

Sandya se pasó la lengua por el labio superior.

La sola idea de estar rodeada de gente en alguna maravillosa locación del país o del extranjero, la llenaba de ansiedad.

—Sabes que no puedo...

Tuvo que controlarse para no comenzar a hiperventilar en ese mismo momento. Alessandro, percatándose de sus temores, agarró la copa que había dejado olvidada en la mesa y la llevó a sus labios para bebiera de ella.

—Podríamos ir a *Kronos* —complementó el hombre colocando nuevamente la copa en su sitio —Mi isla en el mar egeo— Observó la confusión en su mirada, él le agarró la mano para ayudarla a controlarse—. *Kronos* es de mi propiedad, por lo que salvo el pequeño pueblo y algunos pescadores, no encontraras nada más. Nos dará toda la privacidad que necesitemos. Solo estaríamos el servicio, Dante, tú y yo.

—¿Harías eso?

—Solo hay una cosa que pido a cambio. Las noches son mías. Tú serás mía cada noche.

Su aparente desinterés se desintegró y pudo ver en su cara el deseo descarado.

La sonrisa de Sandya se le heló en los labios.

No sabía si sentirse más indignada por el chantaje que estaba oyendo o por el hecho de que usara a su hijo para obtener de ella algún beneficio personal.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Usar de esa manera a tu hijo? Pero, ¿qué tipo de persona eres?

—Recuerda que acordamos una tregua. Y hablo muy en serio.

Bajando las piernas al suelo, Sandya se levantó de su regazo como si de pronto se hubiera dado cuenta de que estaba sentada en medio de una hoguera. Su cuerpo tiritaba de indignación.

—Dante...

Cuando escuchó a su espalda como Alessandro reclamaba la atención de su hijo, le temblaron ligeramente las manos, y las entrelazó sobre el regazo.

—¿Sí, papá? —El pequeño aludido miró por encima de su hombro con carita somnolienta. Se restregó los ojos.

—¿Te apetece pasar unos días con Sandya y conmigo en *Kronos*?

Sorprendido y emocionado ante la perspectiva de unas vacaciones en familia, el cansancio y el sueño parecieron disolverse en el sistema de Dante como por arte de magia. Se levantó de un salto del nido de almohadones en el piso y corrió hacia él, lanzándose prácticamente en sus brazos.

—¡Sí! ¡Yo quiero! ¡Yo quiero! ¡¿Podemos, papá?!

—Bueno, todo depende de Sandya y de su buena predisposición. Al fin y al cabo, fue idea suya.

—¡Por favor, Sandya! ¡Por favor, di que sí!

Ella se tambaleó hacia adelante cuando sintió, de repente, como se aferraban a sus piernas. Descendió la mirada y se topó directamente con la suplicante de su hijastro. El tono del niño era más insistente, exigía una respuesta.

En eso se parecía demasiado a su padre, meditó Sandya mientras intentaba encontrar en medio de la penumbra la mirada al responsable de aquella encrucijada. Cuando lo hizo creyó distinguir la comisura de los labios de Alessandro elevándose, reprimiendo una sonrisa.

¡Maldito cerdo manipulador!

Se quedó pensativa, reflexionando sobre las posibilidades que tenía de escapar de aquel dilema sin defraudar al pequeño. No las encontró en ese instante, pero pensó que podía idear algún plan alternativo mientras llegara el momento.

Tras una pausa, asintió vacilante con la cabeza.

—De acuerdo, iré con vosotros.

Capítulo 29

Sandya bostezó mientras intentaba cubrirse con la delgada rebeca que se había puesto aquella mañana. No estaba segura de la hora que debía ser, pero en su mundo, era un completo delito que alguien siguiera pensando que era normal estar levantada tan temprano. No entendía cómo era que Dante tenía tanta energía. Llevaba más de media hora con el balón practicando el dominio del fútbol y por las pequeñas volteretas que hacía en la arena, parecía que tendría empuje para rato. El pequeño un día quería ser médico, y al siguiente futbolista profesional del *Unione Sportiva Città di Palermo*.

La brisa marina la hizo estremecer con un escalofrío y se arrebujó en la mullida ropa. Bostezó mientras fulminaba, por vigésimo tercera vez esa mañana, al maldito hombre con el que se había casado. El muy canalla sonreía. Sospechaba que secretamente se lo estaba pasando en grande a su consta. Porque si había dos cosas en el mundo que él sabía con certeza que la aburrirían más que las películas románticas; esas eran los deportes y madrugar.

Lo hacía a propósito, lo sabía. Intentaba alterarla.

Era un idiota desconsiderado.

—Espero que te estés divirtiendo mucho —murmuró ella bajo y con los dientes apretados aprovechando que Dante había decidido alejarse de nuevo con su pelota. El pequeño estaba demasiado eufórico como para poder enterarse de lo que hablaban.

La sonrisa de suficiencia de Alessandro volvió a aparecer.

Era narcisismo puro y duro.

Y ella quiso estirar la mano y arrancársela de un manotazo.

—Absolutamente, *piccolo stratega*. Tu pequeña argucia no funcionará conmigo.

Sandya le lanzó su mejor expresión de inocencia.

—¿Argucia?

—Sí, ese juegucito tuyo de...

—¡El plan! —Los ojos de ella se abrieron de par en par, y rápidamente sacó un papel de los bolsillos de su pantalón corto—. Me acabas de recordar que no lo he actualizado. Ayer acabamos tan rendidos que solo pude pensar en irme a la cama después de dejar a Dante en la suya —Hizo una pausa para

revisar el contenido de la hoja—. Mmmm... ¿Tienes un lápiz? ¿Un bolígrafo? —Alessandro negó—. Bueno, entonces no puedo marcar, pero de todas maneras tendré que ver qué no hemos hecho.

En los siguientes diez minutos, Alessandro escuchó a Sandya canturrear un sin fin de actividades en familia.

Condenada lista.

Lo más absurdo que escuchó salir de sus labios fue su intención de enterrarlo a él en la arena. Estaría loco si accedía a semejante trampa. La conocía lo suficientemente bien como para saber que posiblemente lo dejaría allí por el resto del día y, sobre todo, de la noche.

—Ah, pero necesitamos algo diferente que no tenga que ver con el mar —continuaba— Así que estoy pensando en que debería agregar un paseo por la montaña. Para cambiar de ambiente.

—Si tu idea de vacaciones es un entrenamiento militar, bien podrías habérmelo dicho desde un principio —sentenció él, arrebatándole el papel de las manos. Lo rompió y guardó los trozos en el bolsillo de su pantalón.

—¡Oye, no hagas eso!

Alessandro se plantó frente a ella y con sus grandes manos acaparó toda la circunferencia de los brazos de la mujer.

—¿Qué crees que lograras con todo esto?

—No estoy intentando lograr nada, Alessandro —se defendió ella, sin atreverse a mirarlo directamente a la cara.

Maldita, mujer. Se veía adorable cuando se sentía acorralada, descubierta.

—Si lo que querías era un entrenamiento físico, yo te lo podría haber dado, pero en la cama.

Sandya tragó con fuerza y se giró para observar la ubicación de Dante. El niño, ajeno a todo, seguía correteando por la orilla de la playa. Era feliz y parecía inmensamente relajado después de mucho tiempo. Se alegró por eso. Volvió el rostro para enfrentarse al padre, pero aquellos ojos verdes la clavaron completamente al lugar.

Boqueó, porque no sabía cómo responder a aquello. Era un hombre que no se tocaba el corazón para intentar dulcificar o si quiera amenizar cualquiera de sus palabras.

—Alessandro —susurró.

El toque del hombre se volvió más sensual, incluso suave, mientras su mirada penetrante amenazaba con analizar hasta las zonas oscuras de su alma. Se puso nerviosa por su inspección y se removió intentando soltarse.

—Hagas lo que hagas —dijo presionando con su ruin boca la oreja femenina; su aliento era caliente, su voz ronca y sensual—, esta noche vas a ser mía. No me importa si estás cansada o si te indigesta la cena. Las noches son mías, me pertenecen, y hoy cumplirás con tu parte del acuerdo. Así que considérate advertida, esposa mía —agregó para luego desviar el rostro hasta que su boca impactaran contra la suya. Deslizó la lengua entre sus labios y exploró cada centímetro de ella, saboreándola, memorizando los detalles—. Estoy deseando que acabé el día y tenerte finalmente toda para mí —No esperó a que ella respondiese; la besó de nuevo y luego se retiró para poder mirarla. Con el aliento ligeramente entrecortado, todavía sostenía la mandíbula femenina en una de sus manos. Su engreída sonrisa había regresado y sus ojos esmeraldas tenían una expresión posesiva. A Sandya se le congeló la respiración en la tráquea—. Ahora, *pajarito*, ¿qué actividad tuya nos tienes preparada?

Sandya estiró la mano para coger la copa con agua. Tenía la garganta seca. Pero lo único que consiguió fue que el cristal se le escapara de entre las yemas de sus dedos y cayera hacia el precioso mantel tejido a mano que cubría la mesa. Se hizo trizas en menos de lo que pudo elucubrar una disculpa.

Jadeó espantada y esperó, sin pestañear, la sarta de recriminaciones e insultos que le dedicarían.

Siempre lo hacían cuando fallaba.

Por no ser la hija perfecta.

Por no ser la mujer perfecta.

Pero no llegaron.

El ambiente en tensión la hizo contener el impulso de levantar la mirada hacia el individuo, sentado a su lado, que había detenido su cena por lo acontecido. Conteniendo el aliento centró toda su atención en las manos del hombre que, con un par de ágiles movimientos, había comenzado a recoger los residuos del vidrio. Afortunadamente cuando se rompió lo hizo en trozos grandes.

—Lo... lo siento... —tartamudeó. Seguramente era una pieza de cristalería *Baccarat*.

Alessandro le agarró la mano antes de que ella tuviera contacto con los cristales. No quería más desastres. Ni siquiera le importaba todo lo que

hubiera manchado o lo torpe que se hubiera visto. Simplemente no quería que se cortara. No quería que se hiciera daño alguno.

—No ha sucedido nada, *dolcezza* —indicó él, colocándole al líquido una servilleta de tela para intentar que ella no fuera a poner la mano encima—. ¿Te encuentras bien?

«¿Cómo podía responder a aquello?» pensó la mujer.

Así que simplemente asintió y comenzó a observar su eficiencia. Pronto llegó la muchacha de servicio para recoger todo. Sandya simplemente apretó las manos en su regazo. Sintió la suave tela del vestido azul. Lo había encontrado sobre la cama cuando fue a cambiarse antes de la cena. Era un regalo de su marido, junto con la sensual lencería a juego y las sandalias de tacón alto.

Y sabía lo que era. La oferta de paz para una noche de placer. O quizás la retribución por lo que le daría. Porque así funcionaba la mente de Alessandro Visconti. Todo tenía que tener una retribución, desde una sonrisa hasta el amor. Porque para él, el amor no era más que otro buen de intercambio. Palabras que engordaban el diccionario de la real academia española. Bueno, italiana en su caso, se corrigió con una ironía que no sentía, en realidad. Entonces había intentado hacer tiempo viendo a Dante, pero, para el momento en que fue a su dormitorio, el niño dormía plenamente. Parecía que lo había preparado todo a consciencia ese día, y que sus argucias no funcionarían con él esa noche. No sería la primera vez que harían el amor, pero ella se sentía como si lo fuera.

—Apenas has tocado la *lazaña, pajarito* —Sandya casi dio un respingo sobre la silla.

—No... no tengo hambre.

—Pero apenas has probado bocado desde el desayuno. ¿Hay algo que te incomode? —indagó disfrutando de la tensión del cuerpo de su esposa. Parecía tan tensa como una cuerda de guitarra a punto de quebrarse.

Sandya apretó la mandíbula.

—No me gusta lo que estás haciendo Alessandro.

—¿Y puedo saber qué estoy haciendo? —interrogó fingiendo sorpresa—. Creía que la de los planes y artimañas eras tú, *amore mio*.

—Has mandado a Dante a dormir temprano para que...

—¿Para qué?

Le ardió la cara.

—Para lo que me dijiste que pasaría.

—¿Qué te dije que pasaría? —Sandya sabía que él no dejaría hasta que lo dijera.

—Que me harías tuya.

—¿Eso te tiene preocupada? —Alessandro le tomó la mano y se la llevó a los labios para besar su dorso—. Esta vez será mucho mejor. Lo prometo.

Ella le arrancó su mano de los dedos y se levantó de la mesa.

—Lo siento, quiero retirarme. Que disfrutes del resto de la cena.

—Perfecto. Así tendrás tiempo para calmarte y esperarme desnuda. —La mujer creyó que había escuchado mal, pero Alessandro simplemente descendió la mirada a su plato y retomó su comida como si nada más le importara. Las muelas de Sandya rechinaron y deseó darle la vuelta de una bofetada. El hombre elevó la vista hacia ella—. ¿Necesitas ayuda con la cremallera del vestido?

Con toda la dignidad que le quedaba, le dio la espalda y se marchó. No quería más espectáculos. Solo quería pensar en lo que estaba haciendo y en cómo hacerle comprender a Alessandro que tener sexo no era la solución a sus problemas.

Estaba completamente segura que cada vacío en su alma lo había completado con algo físico. Placer sin nada que lo uniera. Lamentablemente para Alessandro ella se había sentido más que unida con él desde hacía cinco años. No podía decírselo, pero ella necesitaba más. Tenía que encontrar la manera de que esa noche no pasara absolutamente nada.

Entró en la habitación pensando en qué podía utilizar. La noche anterior, la primera noche, las actividades la habían dejado exhausta. Había planeado quedarse esa noche en la habitación de Dante con alguna ingeniosa excusa. Que estuviera demasiado eufórico como para dormir, o que quisiera que le contara algún cuento, y convenientemente, ella también caer en la narcosis del sueño. ¡Cualquiera cosa! Pero Alessandro había leído sus intenciones y con rapidez había anulado sus primeros avances.

¿Y si llamaba a su amiga Jules?

Descartó la idea inmediatamente.

Sí ella hacía eso sería atacada por ambos frentes. Julianne aún no estaba lo suficientemente convencida de las razones que la habían empujado a casarse con Alessandro y a seguir con él, tras mentirle por... ¿Cuántas veces iban ya? Sacudió la cabeza.

En cualquier caso, no dejaría que rodaran cabezas. Sobre todo, la suya.

Pero antes de pensar si quiera en algo, en confabular alguna secreta

maquinación, la puerta de la habitación se abrió y un escalofrío atravesó su columna vertebral. Alessandro entró y Sandya supo exactamente lo que estaba mirando: una mujer, terriblemente asustada y deseando correr.

No entendía porque su sistema no se auto-protegía contra aquel hombre. Su ensayado monólogo quedaba nulo y cualquier cosa que hubiera aprendido no era lo suficientemente ingenioso o inteligente. Era como si la anulara.

—Alessandro...

—Veo que firme a tu estilo, tu primera acción es no hacer caso a mi cordial petición.

—No pensé que fuera una petición.

El hombre sonrió lobunamente mientras se acercaba a ella como un gran gato amenazador. Felino y eficiente en cada movimiento. Ella retrocedió hasta que se golpeó con el sillón. Estuvo a punto de caer de espaldas cuando el brazo de Alessandro la rodeó por la cintura y la atrajo contra sí.

—Cada vez que intentas alejarte de mí, lo único que consigues es terminar en mis brazos —El hombre se inclinó para aspirar el dulce aroma de su cuello. Ella le colocó ambas manos sobre la camisa blanca mientras una de las manos de Alessandro iba a dar a su cabello. Lo jaló a un costado y le mordisqueó el cuello. Después subió hacia su oído para susurrar—. Me gusta cómo te sientes entre mis brazos. Me gusta la sensación de sostenerte, pero ahora quiero deshacerme de esto.

Tomándola por sorpresa, él le levantó una de las tiras del vestido y la comenzó a deslizar por el hombro. Repitió la acción con la otra tira y pronto la prenda quedó contenida en sus caderas. La alejó un poco para contemplarla a gusto y acunó uno de los senos. Encontró el pezón medio endurecido detrás del encaje y él frotó la punta con el pulgar. Ella arqueó el pecho para sentir más su tacto.

—Es encantador verte con algo diferente a tu habitual lencería negra. Disfruté mucho escogiéndola para ti e imaginando las miles de formas en las que te la podría quitar.

Ella gimió y el hombre la besó, haciendo que su lengua penetrara su boca. La sedujo e incitó a participar con él.

Sandya intentó decirle que se detuviera pero era un hombre demasiado embriagador y nublabla sus sentidos como ningún licor había logrado conseguir nunca. Alessandro aprovechó para llevarla hacia atrás y hacer que su vestido terminara de caer. Luego se deshizo él de su propia camisa y levantó a Sandya del suelo para dejarla sobre la cama.

—Alessandro —murmuró, mientras el hombre se instalaba entre sus piernas para evitar que ella corriera la camisa—. No creo que esta sea una buena...

El aludido trazó un sendero de besos y lametones por su cuello y luego deshizo sus pasos y regresó a la oreja, donde le susurró palabras que le provocaron una avalancha de escalofríos y energía.

—Pues yo creo que es la mejor de todas las ideas. Relájate y déjate llevar.

Entonces, sin advertirlo, cayó sobre ella. Sandya sintió el peso de su musculada sobre ella. Su piel era mediterránea, aceitunada y caliente. Era fuerte allí donde ella era suave y le gustó el contraste de su piel pálida contra la suya bronceada. Pero lo que la dejó sin respiración fue que la encerrara entre sus brazos y friccionara su masculinidad enfundada en los pantalones de tela contra su femineidad. Ella sintió el duro embiste, mientras él devoraba su boca. No le daba tregua alguna. Y mientras la besaba y embestía, sus manos encontraron el camino hacia el botón de sus pantalones.

Le besó la barbilla solo para seguir bajando. Para besar su cuello y emborracharse con su dulce sabor. Cuando se deshizo del pantalón, se preocupó directamente de ella y de hacer que sintiera la necesidad que su cuerpo le rogara por tenerlo dentro.

Sandy sintió que cada parte de su ser temblaba porque con cada una de sus caricias lograba que los vellos de su cuerpo se erizaran y provocaran esa electricidad que la atravesaba. Le puso las manos sobre los hombros, porque necesitaba tocarlo, porque lo que estaba sintiendo al él morderle los pezones estaba haciendo que el caliente canal de su sexo se contrajera y soltara en un intento de imitar a su desbocado corazón en su ejercicio de sístole y diástole. Se sentía húmeda, pulsante y necesitada.

Chilló. Se quejó jadeante cuando él le mordió el abdomen alrededor de ombligo, mientras las manos expertas se colaban dentro de sus bragas y encontraban su clítoris.

Jugó en una dura fricción que la hizo levantar las caderas sin que lo quisiera. Jugó con ella hasta que soltó un fuerte grito. Sandya lo observó bajar la cabeza y Alessandro comenzó a succionar y a pasar su lengua desde su clítoris hinchado hasta la puerta de su cuerpo. La penetró con la lengua, haciendo que la mujer se contrajera para alejarse de él, pero la agarró del trasero y se aseguró de que no pudiera moverse mientras él ingresaba en su interior una y otra vez para degustar la miel de su cuerpo.

Abrió los ojos en medio del placer y admiró el cuerpo pecaminoso que tenía su esposo. Parecía una fuerte escultura de bronce con su pecho trigueño.

—Te encuentro deliciosa.

La electrizó con su sensualidad y se quedó sin habla cuando al mirar hacia abajo, pudo definir los parámetros de su potente erección. Sandya tragó con fuerza porque no podía entender cómo era posible que algo así hubiera podido encajar en ella sin romperla. ¿Era por eso que le había dolido, no solo la primera vez, sino también la segunda vez? Lo miró directamente a los ojos verdes con una muda pregunta bailando en ellos.

—¿Quieres tocarme? —Ella asintió tímidamente, y tuvo la candidez de sonrojarse. Solo de pensar en que ella pusiera su mano en alguna parte de su cuerpo... ¡Iba a explotar!—. Adelante.

Sandya comenzó en su cuello, pasó por su clavícula, probó la tableta de chocolate duro que eran sus músculos y con las yemas de sus dedos fue bajando lentamente hacia la pulsante erección que apuntaba hacia arriba.

Ella se detuvo.

—Te... tendrás que enseñarme qué hacer.

Una ternura inesperada se apoderó de él, y se sintió como un gusano despreciable. Era tan inocente que contaminaba su pureza sólo con mirarla. Y era demasiado buena para él.

Pero ahora era su mujer. Le pertenecía. No pensaba renunciar a ella por nada del mundo.

Alessandro le cogió la mano y la llevó hacia su pulsante y torturante erección.

—Debes mantener la presión firme, pero no apretar demasiado. El movimiento correcto es... —Siseó cuando ella probó lo que él le instruía y friccionaba con una de sus manos el pesado miembro.

Siguió con el movimiento de arriba hacia abajo y sintió los músculos de Alessandro tensarse. Parecía como si estuviera sufriendo, así que lo soltó.

—¿Te hice... daño?

Él negó y le acarició rostro en un tierno intercambio.

—En absoluto. No me estás haciendo ningún daño, solo que eres nueva en esto y yo no tengo mucho autocontrol contigo.

Sandya volvió a intentarlo y esta vez lo hizo con mayor intensidad. Haciendo que él lanzara su cabeza ligeramente hacia atrás y soltara un gemido.

—Lo siento, *pajarito*, pero necesito estar dentro de ti —murmuró luego de colocarle un almohadón para que estuviera mucho más cómoda cuando la penetrara.

La mujer sintió cómo sus pliegues fueron abiertos y cómo su cuerpo se auto-preparaba para la invasión. Estaba lo suficientemente húmeda para recibirlo, pero ver el porte de su erección casi a punto de explotar la hizo estremecer.

—Abre las piernas para mí y solo para mí, *dolcezza mia* —le pidió introduciendo un par de dedos dentro de su hendidura para atormentarla. Ella estiró la espalda y los movimientos de sus caderas pronto encontraron su propio ritmo en medio de aquel vaivén que la estaba haciendo enloquecer.

—Quiero que mires esto —dijo después de un rato sacando los dedos de su interior completamente empapados para metérselos a la boca.

Ella siguió sus movimientos sintiendo que estaba a punto de rogarle que la hiciera suya. Salivó y lo observó coger su erección de acero y con su mano, la comenzó a dirigir hacia ella.

—Alessandro.

—No apartes la mirada —exigió—, quiero que veas como me hundo en ti lentamente.

No esperó una respuesta y solamente empujó hacia dentro para sentir la miel de su excitación envolverlo. Sintió la calidez del interior de su mujer cuando lo acogió. Porque eso era lo que era Sandya. Suya, completamente suya. Nadie, salvo él, podía reclamarla de aquella manera.

Ella se estremeció al recibirlo, y ver cómo iba perdiéndolo de vista poco a poco. Gemidos de placer fueron arrancados de su boca.

Entre jadeos, Sandya contempló fascinada como Alessandro entraba y salía de ella. Le costaba respirar. Parecía como si en la gran habitación principal no quedase oxígeno suficiente para ambos. Pero súbitamente, una campanada en su mente le recordó que ambos tenían una responsabilidad.

—¿Y la protección? —se precipitó a decir, mientras Alessandro pegaba su cuerpo al de ella, logrando golpear con el pubis su monte de venus. Cualquier pregunta quedó olvidada con la electricidad y el fuego incandescente que recorría por sus venas.

—No la necesitamos —Le aseguró él al oído antes de besarla y seguir empujando en su interior.

Sandya lo abrazó con las piernas y Alessandro le llevó las manos a ambos costados. La mujer las levantó varias veces de la cama por la erótica sensación de no poder moverse, mientras él bombeaba en su interior con arrogancia, petulancia y fuerza.

La besó para evitar que su grito de placer al llegar al clímax fuera a ser

escuchado por la mitad de la población. Luego que la sintió tensarse y explotar, ella fue quien le provocó un potente orgasmo.

Se quedaron en silencio. Simplemente acurrucados porque cualquier cosa que alguno de los dos dijera solo lograría arruinar el momento y recordarles cosas que sus cuerpos no estaban dispuestos a aceptar.

Capítulo 30

Sandya emergió de la piscina y expulsó con fuerza el aire de sus pulmones. Se limpió los estragos del agua de la cara y apoyó la frente contra el azulejo. Jadeante, esperó que su respiración se regulara y que los músculos de su cuerpo dejaran de vibrar por el esfuerzo de nadar.

Los últimos días habían sido una auténtica locura. Su matrimonio había sido más real que nunca. Más de lo que nunca hubiera pensado. Desde que había puesto un pie en la isla, cada uno de sus intentos por mantenerse alejada de Alessandro se habían hecho realmente difíciles. Sobre todo, porque él no le había dejado alternativa. Parecía disfrutar de tenerla a su merced, sin que ella pudiera hacer nada. Ni siquiera correr porque no sabía lo que podía pasar fuera. Y es que él se había encargado de ello. Sobre todo, porque desde la noche que le dijo que no importara cuán cansada estuviera o cuántas actividades tuviera registradas para el día siguiente ellos tendrían intimidad, había cumplido cada una de sus amenazas.

No, no eran amenazas. Ahora comprendía que todo lo que Alessandro le decía era una promesa. La promesa de no dejarla marchar, de hacerla su mujer, de compartir todas las noches la misma cama y las mismas caricias y besos. ¡Absolutamente todo! Tanto que, ya había perdido la cuenta de la cantidad de cosas que habían hecho en el dormitorio durante la última semana. ¿En qué momento se había inscrito en un curso intensivo con el gurú del sexo? Había pasado de conocer únicamente la teoría a tener un maratón de clases prácticas. Habían hecho cosas que estaba segura harían sonrojar hasta a la misma personificación de la lujuria.

Solo pensarlo hacía que la vergüenza se apoderara de ella.

Otra vez.

La pasión era un terreno nuevo y desconocido para ella, y aún le costaba trabajo asimilar lo que estaba ocurriendo entre ellos sin no ponerse colorada como una bombilla encendida. Por eso, en cuanto Dante hizo buenas migas con la pequeña hija del matrimonio que se ocupa del mantenimiento de aquel lugar paradisiaco, los trescientos sesenta y cinco días del año, ella había decidido escapar a la piscina descubierta, esperando que su marido continuara inmerso en la conversación telefónica que mantenía en el despacho y no se percatara de que estaba sola.

Sería una presa demasiado fácil para un guepardo, que no perdería la oportunidad de atacar.

Inhaló lenta y hondamente, tratando de dominar las emociones tan conflictivas que la asaltaban.

Nunca imaginó que algún día compartiría con alguien algo así, pero cuando estaba cerca de Alessandro se sentía cautiva de emociones que iban más allá de la lujuria. El estómago se le llenaba de mariposas, sentía punzadas en el corazón y lo físico adquiría otra dimensión. Alessandro, había hecho todo lo que estaba a su alcance para mostrarle lo especial que era.

Habían minado su valor y su autoestima desde su infancia. Durante toda su vida se había escondido debajo de ropas oscuras y detrás de una inescrutable máscara. Tenía una increíble capacidad para fundirse con el entorno y hacerse invisible. Pero ahora no. Alessandro la hacía sentirse especial.

¡El hombre le volaba la tapa de los sesos!

Sandya se sobresaltó al oír que alguien se zambullía en el agua. El susto la hizo girarse bruscamente y buscar con la mirada al responsable de aquella intromisión. No vio a nadie en la superficie, pero pronto se percató de como una silueta de enorme envergadura se aproximaba a ella desde el fondo de la piscina.

Aunque sospechaba de quien podía tratarse, no pudo evitar dar unas brazadas hacia atrás y retroceder. Él agua le llevaba a la altura del pecho y correr parecía una tarea ardua y difícil, sin embargo, no cesó hasta que tocó con los dedos el borde la piscina. Perdió en ese instante la ubicación del escualo humano que se había colado en el agua cristalina con ella, y desesperada, revisó con la mirada cada palmo a su alrededor.

—¿Abriendo el vuelo de nuevo, *pajarito*?

Ella pegó un chillido cuando notó como la inmovilizaban desde atrás. Luchó inicialmente por zafarse, pero rápidamente se recordó a sí misma de que se trataba de Alessandro. Él le susurró palabras en italiano que apenas pudo distinguir porque el corazón aún le pitaba en los oídos, y acercó aún más a su cuerpo al suyo. Le besó con suavidad en la nuca. Aquello, de algún modo la tranquilizó, y Sandya sintió que se le erizaba el vello y suspiró llevada por la intensidad de la sensación. Entonces él descansó los labios sobre la piel sensible de su nuca y succionó casi imperceptiblemente, arrancando un gemido de la garganta de ella.

Alessandro empezó a recorrer con las manos cada centímetro de su cuerpo. Le acarició los brazos con las puntas de los dedos y luego continuó

acariciándole los pechos. El tacto de sus grandes manos le provocó pequeñas sacudidas de anticipación, y la lava líquida que parecía tener últimamente de manera constante entre sus piernas, empezó a cocerse a fuego lento.

No podía pensar con claridad cuando él la tocaba de esa manera; sólo sentir. Se sentía segura y deseada en sus brazos. Se suponía que el viaje era para que pasara tiempo con Dante, no para una maratón de sexo. Si él intentaba entrenarla en resistencia física, lo estaba logrando.

Con un ligero suspiro, se reclinó contra su pecho. Apenas había dormido nada en los últimos días y estaba agotada. También estaba cansada de luchar, de fingir que era fuerte. Pero ahora tenía a alguien en quien apoyarse y compartir su carga. Cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que así fuera.

Cuando un instante después le llegó la suave risa de Alessandro acariciándole el cuello, ella abrió los párpados de golpe.

—¿Demasiado trabajo anoche? —Su aliento le acarició la nuca.

Ella suspiró.

—Tengo un jefe demasiado explotador.

La vibración de su risa grave y masculina la recorrió de arriba abajo.

—No escuché que te quejaras —respondió y con dedos expertos le desató las tiras entrelazadas al cuello del bikini. Cuando las copas se desprendieron, sus largos y fuertes dedos se centraron en las areolas, acariciándola con suavidad, pero con firmeza. Sandya gimió. No podía soportar la intensidad del calor que la estaba consumiendo por dentro ni el dolor entre las piernas —. Por el contrario, parecías muy interesada en expandir tus horizontes. Como ahora.

—Alessandro... —Exhaló y temblando aferró los dedos en el borde de la piscina.

No quería mirarlo porque sabía que mojado y desaliñado por el agua sería una visión demasiado irresistible. Él conocía su extraordinario poder de seducción y su indiscutible atractivo y lo usaría en su contra.

Un beso cayó suavemente en su hombro y luego lamió las gotas de agua que aún estaban allí. Sandya tragó con fuerza.

—Una piel tan suave —Oía el aliento de Alessandro en su oído, tan rápido y agitado como el suyo. Notó el latido de su corazón a su espalda, a través de su piel ardiente—, tan pálida —siguió, tentando y atrayendo con otro beso en el lugar dónde podía sentir la aceleración de su sangre—... deberías apartarte del sol, podría causarte daño.

No había censura en su voz, sólo sincera preocupación. Sandya sintió cómo

una cálida emoción le envolvía el corazón.

—No me quedará más remedio que encerrarte en el dormitorio y atarte a la cama.

—¿Ése es tu plan? ¿Mantenerme confinada en tu cama? —Traviesa, ella arqueó la espalda contra el cuerpo de su esposo, y se frotó involuntariamente contra su pene.

Alessandro se quejó entre dientes y le pellizcó un pezón hasta que ella se detuvo, haciéndola reír a carcajadas.

—A mí me parece un magnífico plan.

Alessandro la hizo girar para tenerla frente a frente, y le rodeó la cintura y se instaló entre sus piernas. Sandya lo rodeó con éstas de manera inconsciente. Sus ojos esmeraldas relampaguearon con la más oscura y lujuriosa promesa un segundo antes de devorar su boca en un intenso beso.

Él era un hombre hambriento de sexo. Nunca tenía suficiente.

—Para, alguien puede vernos —murmuró entrecortadamente cuando la dejó recuperarse.

Sandya se apartó de él dejándose caer en el agua para salir por un costado. Ella se ató nuevamente las tiras del bikini. Sabía que él la había dejado escapar. Cuando se fijó en él, Alessandro estaba apoyado con ambos brazos en el borde de la piscina y tenía una expresión de cazador.

—Oh, no, no y no... —exclamó ella mientras intentaba alejarse lo más posible de él.

El hombre solo le sonrió y le mostró cuatro dedos de la mano derecha. Ella avanzó otro trecho. Tres dedos. Sandya dio brazada tras brazada, pero por desgracia, la piscina era demasiado larga y sus movimientos de experta nadadora eran lentos y torpes por los años de inactividad, y por su constante atención puesta en él. Alessandro le mostró entonces un solo dedo y después se sumergió con elegante suavidad en el agua. Ella cambió en esos momentos la línea recta que seguían sus brazadas en línea recta y avanzar en un ángulo de noventa grados. Pero antes de llegar al borde algo bajo el agua le agarró un tobillo.

Sandya gritó y se sacudió. Rió nerviosa cuando Alessandro la dejó libre. Él salió unos segundos del agua para tomar aire y volvió a sumergirse.

—¿Es que acaso tienes branquias, pecesillo? —chilló ella intentando huir de sus tentáculos, pero pronto vio una sombra bajo el agua para luego sentir que era impulsada hacia arriba por las manos que le sujetaban la cintura.

—Si ya en tierra tienes el peso de una pluma, en el agua eres más ligera que

un suspiro, *dolce*.

—¡Oh, bájame! —Pataleó Sandya pero no podía evitar la seguidilla de carcajadas que siguieron.

El mismo Alessandro parecía relajado cuando la bajó, pegándola a su pecho para besarla.

Sandya no emitió reclamo alguno, por el contrario, rodeó su cuello y dejó que la besara.

—Siento mucho interrumpir la fiesta.

Sandya sintió que el cuerpo de Alessandro se ponía en tensión al escuchar aquella voz que le resultaba familiar. Se volvió para mirar y la sangre desapareció de su rostro. Estaba pálida como las cartas. Más allá de la piscina había parada una mujer esbelta con un ceñido y diminuto vestido blanco. A diferencia de ella, no adivinaba bajo él ningún gramo de grasa. Su cabello rubio, pulcramente recogido en un moño, brillaba con los rayos del sol. Ella se quitó las gafas de sol y observó solo a Alessandro.

—¿Qué haces aquí, Lena? —gruñó él clavando su mirada en la recién llegada, pero sin soltar la cintura de su esposa en ningún momento.

Sandya recién cayó en la cuenta quien era. Lena Cameron. La exmujer de Alessandro. La madre de Dante. No supo qué sentir. Ya la había visto antes y no se había medido en decirle lo que pensaba de su conducta como madre. Solo tuvo que ver cómo Dante intentaba escapar de su lado, para que le demostrara el tipo de mujer que era. Alessandro, como hombre, podía tender a exagerar la figura y a ponerla de la mala del cuento, pero no un niño. El afecto de un niño tan pequeño no podía comprarse y la indiferencia del pequeño le decía mucho. La hacía pensar cómo es que había logrado ganarse ese sentimiento tal impropio de un pequeño de su edad.

—Hablar contigo si no estás demasiado ocupado —murmuró cruzándose de brazos y recostando su peso sobre una sola cadera—. Se trata de Dante.

Sandya se giró hacia su marido y le hizo una seña para que fuera. Ella no pensaba inmiscuirse, por qué, aunque Lena y Alessandro no estuviera juntos y ahora ella fuera su esposa, sí eran los padres de Dante. Serían sus padres toda la vida, le gustase o no.

Alessandro le dio un beso breve en los labios y le prometió que regresaría pronto. Salió del agua, agarró una toalla y se secó con ella de forma brusca. Por último la colocó alrededor de su estrecha cintura...

—Vamos dentro —sentenció emprendiendo el ingreso a la casa junto a su exmujer.

Lena se preguntó qué demonios había pasado fuera. Quizás hubiera entrado a un universo paralelo, porque no podía creer que su exmarido se comportara de esa manera. Ella se encaminó hacia la terraza con vistas al mar de la sala de estar pensando en que todo aquello era demasiado extraño. Había llegado en el mismo momento en el que Alessandro había estado jugando como un chiquillo con Sandya. Aquel no era el Alessandro que ella recordaba. No había visto al hombre duro y cruel que podía ser. Se veía relajado y dispuesto. Lena no conocía a ese hombre. Frunció el ceño. Nunca había visto bajar la guardia como lo había visto hacer en la piscina. Ese era un nuevo hombre, o una nueva faceta del mismo hombre oscuro que conocía; pero, de cualquier manera, a ella no le había sido presentado. Nunca. Ni siquiera en el poco tiempo que duró su matrimonio había vislumbrado el más mínimo atisbo de él. Con ella jamás se había visto así. Lena nunca había sentido a su exmarido completamente a su lado. Supo, muy a su pesar, que en su unión la formaban tres: Alessandro, su escudo impenetrable y ella. Pero no vio ese escudo en la piscina. No con ella.

—Lena —dijo el hombre con voz fuerte y ella se detuvo.

Regresó sobre sus pasos a la enorme sala de estar y encontró a Alessandro completamente vestido. Se sentó en uno de los sofás y respiró. Sacudió la cabeza casi imperceptiblemente, aún algo turbada por aquella revelación que tanto odio le provocaba.

—Te haré la pregunta de nuevo. ¿Qué has venido a hacer aquí?

—¡Vine a ver a mi hijo! —murmuró abriendo los ojos azules con fingida sorpresa—. Ya que parece que no debo ser informada de nada, de lo contrario habría recibido una misiva, una llamada o algo que me dijera que mi hijo estaría aquí contigo y con esa mujercita.

—Escoge bien tus palabras, Lena, porque estás hablando de mi mujer. En cuanto a Dante... Soy su padre, no tengo porque pedir ningún permiso como tú no lo pediste para llevártelo sin el mío hace dos semanas.

—¡Y yo soy su madre y exijo saber dónde está mi hijo! —Se cruzó de brazos—. En vez de andar jugando con esa mujer en la piscina como dos chiquillos, deberías ir a por nuestro hijo y traerlo aquí. ¡No lo he visto por ningún lado cuando he llegado!

Alessandro alzó una mano y la mando a callar.

—Está con Orestes y la pequeña Daphne restaurando una barca en la playa.

—¿¿Cómo puedes ser tan irresponsable?! ¿Lo dejas a cargo de un simple conserje para andar tonteando con esa mujer?

—Lena —dijo el hombre apretando la mandíbula porque ya sabía cuál sería el camino que tomaría aquella conversación.

En ese mismo instante escuchó que el niño entraba corriendo. Sandya lo siguió detrás.

—¡Papá! —gritaba Dante, pero cuando reparó en la presencia de su madre se paró en seco.

—Hola, campeón. Ven aquí—El niño obedeció a su progenitor sin rechistar y Alessandro le colocó las manos en los hombros—. Tú madre ha venido para...

—Papá, yo no me quiero ir —le interrumpió el pequeño—. Te prometo que me voy a portar bien. Pero yo no me quiero ir.

—No vas a ir a ningún sitio, bebé —sonrió Lena—. Si he venido es porque pienso quedarme unos días aquí, con tu padre y contigo.

—Y con mi esposa Sandya —añadió Alessandro apretando la mandíbula.

—Sí, y con ella.

—No creo que sea una buena idea, Lena —continuó él.

—¿Y por qué no? Estoy segura de que tu nueva esposa comprenderá la situación. Soy la madre de Dante y eso siempre nos unirá, ¿no crees, cariño?

—Por supuesto que entiendo la situación —respondió Sandya—. Por mí no hay ningún problema en que te quedes Lena.

—Entonces está todo resuelto —aplaudió la rubia mujer. Se puso en cuclillas y abrazó al pequeño—. Te prometo que nos divertiremos mucho todos juntos.

Alessandro escudriñó con la mirada a Sandya y ella evitó mirarlo. Simplemente se dio la vuelta y desapareció por el mismo camino por el que había entrado minutos antes.

—¡Yo también voy, Sandya, espérame! —Dante se soltó de los brazos de su madre y salió disparado tras ella.

—Bueno, le puedes decir a la servidumbre que suba mi equipaje —decretó Lena.

—Lo siento, tienen el día libre. Solo queda el jefe de seguridad—La mujer abrió la boca sorprendida—; pero le diré a Bosco que te ayude a subir tus maletas.

Capítulo 31

Tras una fantástica cena mediterránea y acostar a continuación a un exaltado Dante. Alessandro invitó a Sandya a que lo acompañara fuera. Después de pasear unos minutos por la orilla de la playa con las manos entrelazadas, decidieron volver para tener una partida de ajedrez.

Sandya movió un peón hacia la izquierda, para ponerle un poco más de emoción al juego. Alessandro sonrió y bebió un sorbo del contenido ambarino de su vaso. Hacía mucho tiempo que ambos no se sentían tan relajados en la presencia del otro como en esos momentos. Era como si hubiera vuelto esa época en la que solo necesitaban un par de tazas con café para conversar toda la noche, hasta que el alba los sorprendiera.

Sandya levantó la copa para degustar de su margarita de fresa. Era el segundo que se bebía. No acostumbraba, pero la ocasión lo merecía. ¡Estaba tan contenta! Nada podría arruinar ese momento. No podía comprender cómo, pero le encantaba sentir como entre ellos se tejía, de nuevo, una silenciosa red de complicidad que los adhería el uno al otro.

Pero había algo que estaba dándole vueltas en la cabeza y requería de una rápida resolución. No sabía cómo enfrentar la pregunta sin que sonara demasiado directa. Tenía mucha curiosidad, pero por otro lado, no quería arruinar el momento. Habían estado en guerra uno contra el otro desde que se volvieron a ver, ahora tenían una tregua que esperaba que durara luego del viaje. Ella haría todo lo posible porque así fuera. Estaba dispuesta a perdonar y olvidar. Lo haría con tal de seguir disfrutando de aquello.

—Dante cayó rendido en un abrir y cerrar los ojos —murmuró forzando una sonrisa. Bebió otro sorbo del licor rosado para insuflarse valor—. Es un niño maravilloso.

—Lo es —corroboró Alessandro orgulloso—. Y tú una madre igual de maravillosa.

—Pero él tiene a su verdadera madre aquí —La voz de la canaria fue un susurro cargado de confusión.

Apareció una expresión extraña en su cara, una ironía que Sandya no pudo interpretar.

—Lena nunca tuvo instinto maternal. Nunca se levantó por las noches cuando Dante no podía dormir, ni lo acompañó cuando se ponía enfermo o

tenía una horrible pesadilla. Ni siquiera en las noches de fiebres.

—Pero está aquí, con él, eso tiene que significar algo —la pregunta casi se le había escapado de la boca.

—Dudo que lo extrañe —rió bajo Alessandro, mientras servía otra copa de margarita de fresa—. Pero me ha dejado saber que piensa quedarse unos días. Quizás piensa que eso va a expiar los años de indiferencia. Es un niño, pero conozco a mi hijo.

—Tengo un pasado en el que hay una madre y un padre ausente en el que lo único importante era que no fuera la rara del pueblo —comentó Sandya—. Sé lo que es la indiferencia y lo que eso le puede hacer a una persona. Realmente no quiero eso para Dante.

—Ni yo tampoco.

Sandya miró el tablero de ajedrez como si pensara su siguiente movimiento. Lena iba a quedarse...

Tragó con dificultad el nudo que se había instalado en su garganta de pronto. La noticia le sentó como una bofetada. Pero no podía dejar que los celos se interpusieran. Sandya estaría dispuesta a soportar su presencia en la casa y a fumar la pipa de la paz con ella si estaba allí única y exclusivamente para restaurar su relación con Dante.

Decidió olvidarlo. Olvidarlo y pasar un buen rato con su marido.

Su marido...

Aún le costaba acostumbrarse aquella sencilla palabra de seis letras.

—Alessandro —lo llamó ella en un tono tan bajo que pensó que no la oiría—, tenías razón.

—¿Sobre qué?

—Sobre las muchas veces que me arrepentí a lo largo de estos cuatro años de no haber sido tuya por completo. Al menos una sola vez. Algo que recordar cada noche cuando me fuera a la cama sola —Momentáneamente sorprendido por lo que le había dicho, no tuvo palabras para responder. Solo le cogió la mano y le dio un pequeño apretón, pero ella siguió—. Pero entonces recordaba a tu esposa, a tu hijo, y me sentía sucia, culpable, y pedía a Dios que se apiadara de mí, que me perdonara... Porque quería a un hombre, y ese hombre le pertenecía a otra mujer.

—Nunca fue mi intención lastimarte —respondió contemplándola y peinando sus cabellos con los dedos—. Yo solamente te vi y te quise para mí, pero desafortunadamente nuestros caminos tomaban rumbos diferentes en aquel momento. Hubiera dado lo que fuera por haberte conocido mucho

antes.

—Nunca te habrías fijado en mí —aquellos ojos lo observaron directamente. Era una mujer complicada: vulnerable pero más fuerte que un roble. Sus ojos turbios le decían que ella necesitaba decirlo, pero él no sabía si podía soportar todo lo que conllevaba abrir así la caja de pandora.

—¿Por qué, no? —Sonrió él—. Estoy convencido que tu peculiar forma de vestir habría captado mi atención en cualquier lugar.

Ella rió débilmente y tosió. Cerró los párpados un instante, y como antes, buscó su atención tras una pausa

—¿Alessandro?

—¿Más confesiones? —Se burló él, complacido con su constante demanda y sin poder quitar la mirada de sus labios—. ¿O tal vez se trata de que quieres besarme?

Colorada hasta la raíz del pelo, Sandya maldijo la prontitud de su lengua, que actuaba en ocasiones más veloz que su cerebro. En alguna parte de su mente, embotada por el alcohol, una voz le gritaba que parase, que protegiese su corazón. Diantres, ya había hablado demasiado por esa noche.

Estaba tan desesperada por conducir su ebrio parloteo por otros derroteros que, sin pensarlo, soltó lo primero que se le vino a la cabeza:

—Cuando cursaba el segundo año de EGB una compañera y yo decidimos averiguar por si mismas cómo se sentiría besar a alguien. Fue asqueroso. Ella estaba refriada y tenía una terrible descongestión nasal.

Alessandro observó sus mejillas coloreadas de un escarlata intenso y pensó que, en efecto, los margaritas le habían subido a la cabeza.

—Entonces no fui el primero en robarte un beso —La orilla de la boca del hombre se había contraído, esforzándose por no sonreír—. A decir verdad, me siento un poco decepcionado en estos momentos.

Ella hizo un rápido movimiento negativo con la cabeza.

—Técnicamente diría que has sido el único, porque ni siquiera estoy segura si lo que hicimos Cristina y yo puede considerarse un beso, o simplemente fue un intercambio de mucosidades y babas.

Él estalló en una carcajada. No podía evitarlo. Dios sabía que había pocas cosas por las cuales sonreír en su vida, pero con Sandya siempre encontraba cierto humor.

Alessandro cernió su gigantesco tamaño por encima de la mesa y acunó la cara de su mujer entre las manos y besó su labio inferior, probando su dulzura, intentando ponerla nerviosa.

—¿Y en qué más soy el único, *bella canarina*?

Azorada, Sandya se separó un poco de él, lamiendo sus labios, saboreándolo.

—Sabes perfectamente que en todo —admitió ella, hechizada por el imponente juez que la mantenía encarcelada en la prisión de sus brazos y que la haría confesar hasta un crimen si lo cometía.

—Así que en verdad eres mía en todos los sentidos.

Ella respiró profundamente porque de repente le faltaba el aire. Cuando encaró de nuevo su mirada, olvidó por un instante que iba a decirle. Él la contemplaba con un brillo en los ojos verdes que le pareció a la vez excitante y peligroso.

Con el paso del tiempo, las divertidas confesiones y los movimientos en el tablero, dejaron atrás la difícil conversación en la que Lena había sido la protagonista indiscutible. Movieron algunas piezas más en silencio, solo disfrutando de la velada y comunicándose con miradas pícaras y gestos.

—¡Tengo a tu reina! —soltó Sandya eufórica mientras quitaba la pieza negra del tablero—. ¡Alguien tiene una clara ventaja, amigo!

Alessandro meditó su estrategia en el tablero por unos momentos. Estudió concienzudamente las piezas y supo de inmediato que tenía que hacer. Aquella muchachita estaba cantando victoria demasiado deprisa.

Una de las cosas que más le gustaban a Sandya de Alessandro, era cuando parecía absorto en sus pensamientos y maquinaciones. Le encantaba verlo resolver los problemas y analizar cada una de las posibilidades sin que la otra persona supiera que lo estaba haciendo. Ciertos cambios en el jade de sus iris le habían hecho darse cuenta de ello. Su faz no revelaba absolutamente nada, pero sus ojos podían ser un completo poema cuando él lo permitía. Cuando bajaba la guardia y se relajaba.

Embelesada, sonrió como una tonta.

Por desgracia, su burbuja explotó y le impactó en la cara, cuando las puertas francesas que comunicaban el interior del chalé con la piscina se abrieron de par en par y de ellas salió Lena. Su único atuendo consistía en un diminuto, casi inexistente bikini rosa.

Sandya la miró en silencio durante un par de segundos. El tiempo suficiente para que se arrepintiera. El tiempo suficiente para hacer odiosas comparaciones en las que siempre salía perdiendo.

A través de una bruma de miedos e inseguridades, le llegó un gruñido de Alessandro.

—No lo hagas.

—¿El qué?

—Compararte con ella, porque no hay comparación posible.

—Es muy guapa —Y perfecta, añadió mentalmente.

Él la miró fijamente antes de responder.

—Y tú me excitas como ella nunca lo hizo, ni ninguna otra mujer.

Un dulce sentimiento de bienestar la invadió.

¿Lo excitaba como ninguna otra mujer lo había hecho nunca?

¿Ella?

—¿De veras?

—¿Acaso tienes dudas? —La sonrisa que mostró le arrugaba la piel en torno a los ojos—. Tal vez deberíamos volver al dormitorio para así poder refrescarte la memoria.

Sandya sintió una ola de calor invadiendo progresivamente su cuerpo cuando notó sus labios sobre su boca. No pudo contener un gemido y Alessandro aprovechó para pasarle la mano por detrás de la nuca, atrayéndola hacia él. Su respiración se aceleró al mismo ritmo que la suya. Iba a besarla. Iba a...

—¡Clima más maravilloso para un chapuzón nocturno! ¿No creéis?

Ambos enderezaron la columna y miraron a la mujer que se había acercado a ellos como si fuera una mantis orquídea. Hermosa, mortal, con un camuflaje casi perfecto, casi invisible para sus víctimas. Ella esperaba tranquilamente a que apareciera su almuerzo. Alessandro y ella serían su banqueta de esa noche, definitivamente.

—Oh, espero no haber interrumpido ninguna velada romántica.

El tono burlón chocaba con la amabilidad de sus palabras.

—En absoluto —Sandya se mordió con tal fuerza el labio inferior, que se hinchó enseguida. Alessandro, se removió inquieto en la silla. Tal como se temía, su benevolente esposa insistió—: ¿Te... te apetece tomar algo con nosotros?

Cuando Lena se inclinó sobre la mesa para coger la bebida de Alessandro, Sandya lamentó casi en el instante su invitación. Prácticamente se había echado encima de la superficie de cristal. La minúscula y ridícula tela del bikini oprimía tanto los bronceados y suaves senos que asomaban por todas partes, lo que la dejaba expuesta de un modo muy indecente.

—¿Te importa, querido?

—Puedo servirte un trago, si quieres.

—No es necesario, me bastará con el tuyo.

Y sin hacer caso de la protesta de Alessandro, dio un lento y sensual sorbo. Irritada, Sandya pensó que la industria del cine para adultos estaba perdiendo dinero sin ella.

—Este lugar me trae tan buenos recuerdos —comentó disfrutando de como Sandya se ponía rígida como una tabla y comenzaba a empalidecer—. ¿Recuerdas, querido? Aquí fue la primera vez que tú y yo...

—Cierra el pico, Lena —sentenció Alessandro; apretaba la mandíbula con tanta fuerza que un músculo se le contrajo nerviosamente—. Pensaba que habías decidido quedarte en la isla para ocuparte más de tu hijo, no para resucitar los recuerdos de algo que hace mucho está muerto y enterrado.

—Hablando de mi hijo —enfaticó las dos últimas palabras—. Quise pasar un rato agradable con él, acostarlo y leerle un cuento, pero cuál fue mi sorpresa al saber que tu complaciente esposa se me adelantó. Entiendo que vuelque todo su amor de madre en el hijo de otra, puesto que contigo, querido, su sueño de ser madre, cabe la posibilidad de que se vea seriamente truncado —La forma en la que el cuerpo de Sandya se estremeció ante aquella revelación de pronto no pasó desapercibido para ninguno—. Oh, querida, ¿acaso no te lo contó Alessandro? Se hizo una vasectomía.

—La vasectomía puede ser reversible —aclaró él con brutalidad.

—Puede ser, pero eso depende del tiempo haya pasado desde la cirugía. A menor tiempo, más posibilidades habrá de embarazo. ¿Cuántos años hace de tu intervención, querido? ¿Cinco años? ¿Más? —Alessandro la miro por tanto rato sin decir nada, sin revelar ninguna emoción, que Lena supo que había terminado su trabajo por esa noche. Les lanzó una sonrisa con falsa calidez —. Os dejaré para que continuéis con vuestra emocionante partida de ajedrez,

La mujer caminó contoneando las caderas hacia la piscina con la copa de Alessandro en una mano. Cuando se metió en el agua con la gracia de una elegante gacela, Sandya regresó la atención a su marido y se dio cuenta de que, pese a lo que le había asegurado solo instantes antes a la interrupción de Lena, él tenía la mirada clavada en su ex mujer. El pulso se le aceleró y de repente notó la garganta tan seca que se apresuró a dar un gran sorbo a su margarita. Se había vuelto amargo.

—¿Sandya? —La llamó él después de un rato.

—¿Sí?

No se atrevía a mirar a Alessandro a la cara. Si lo hacía, sabía que él vería el dolor que no conseguiría ocultar.

—Es tu turno.

Ella estudió de manera ausente el tablero y trató de flexionar los dedos, pero los tenía agarrotados. Había apretado las palmas de sus manos casi hasta el dolor. La actitud de Lena había resultado tan insoportable que en lo último que podía concentrarse en esos momentos era en una partida de ajedrez; su mente estaba embotada. ¡Esa arpía había arruinado la velada por completo! Sintiéndose demasiado alterada y molesta, echó la silla atrás y se levantó.

—¿Podemos dejar la partida para mañana? Tengo un dolorcillo en las cienes y quiero irme a la cama —intentó sonar fría y distante.

—Juntos, *bellissima* —subrayó él, incorporándose de inmediato—. Nos iremos a la cama juntos —Cerró los dedos en torno a la muñeca de Sandya, el pulgar puesto en su pulso errático y demasiado rápido. Había captado la vulnerabilidad en su voz, la nota de duda y anhelo que socavaba su fuerza de voluntad. Él sintió que era culpa suya. Tendría que haber sospechado que Lena intentaría algo así.

Maldita fuera.

Capítulo 32

Una de las cosas de las que Lena más disfrutaba era de sacar de quicio a la gente. Encontraba un peculiar placer en ello, y más aún, si tenía que ver con aquella insípida mujer que ahora era la esposa de su exmarido. Definitivamente no era rival para ella.

Lena dio vueltas al líquido ambarino que restaba aún en el vaso de whisky de Alessandro. Solo había tenido que pulsar aquí y allá para activar los usuales miedos de las personas comunes. Había bastado solo un bikini y algunas palabras dadas en el momento preciso para que Sandya ardiera de celos.

Rió ingresando de nuevo a la piscina y mirando al cielo.
¡Estaba pletórica!

Seguramente en ese momento la pequeña e insignificante española estaría bullendo de deseos por arrastrar sus cabellos. Quizás hasta le pidiera a Alessandro que se fuera. Lamentablemente para Sandya, Lena podía quedarse el tiempo que le diera la gana. Ella era la madre biológica de Dante y eso significaba que aún conservaba ciertos derechos y privilegios en el núcleo Visconti.

Pensó también en como daría lo que fuera, por ser, en ese momento, un pequeño mosquito y ver el enfado de Sandya. Oh, porque ella se había enfadado. Lo sabía por la manera en la que se había levantado bruscamente de la mesa. No le importaba la excusa que le hubiera dado a Alessandro, su fin estaba logrado. Les había arruinado el insoportable cuento de felices para siempre. Esperaba seguir haciéndolo.

Dio otro sorbo a la bebida, intentando recordar el momento exacto en que lo suyo con Alessandro se marchitó. Lena realmente había podido amarlo; pero estaba segura que él nunca lo hubiera hecho. Y cuando la pasión terminó, ninguno de los dos había tenido nada más por lo que estar unidos. Porque Dante había sido el resultado de un último y desesperado intento por salvar un matrimonio que parecía estar condenado desde el inicio. Porque todo había sido muy rápido, demasiado simple.

Lena pensó que iba siendo hora de entrar. No solo había que sembrar la semilla de la duda y los celos en Sandya, sino también regarla para que pudiera crecer y comerse su corazón.

Sonriendo, apresuró el último sorbo del whisky y salió de la piscina. Se anudó una toalla sobre el pecho y entró en la vivienda.

Afortunadamente el niño estaba dormido. Sandya se había encargado de hacerlo. Ese niño no le había causado más que problemas. Problemas en su concepción, luego de su concepción; porque nunca olvidaría aquella expresión de basilisco que había puesto Alessandro cuando le dijo que esperaba un hijo suyo. Hacía mucho tiempo que, para ese entonces, no compartían habitación, por no mencionar su inexistente vida sexual. Ella había estado segura que para ese momento él querría librarse de ella para correr hacia la otra furcia. Había tenido que recurrir a sucias argucias para concebir a Dante. Había creído que aquel niño era la solución a todos sus problemas, pero por desgracia para ella, solo había conseguido un divorcio y algunas huellas irreparables en su cuerpo tras el embarazo que había tenido que reparar a base de talonario y bisturí.

No obstante, como madre de su único hijo, se merecía la cuantiosa manutención que le pasaba rigurosamente cada mes.

Contribución con contribución.

Lena no recordaba haberse sentido tan plena en varias semanas. Iba a ser entretenido jugar al jardinero y sembrar más de sus semillas de celos. Sandya era tierra fértil y ella estaba, por primera vez, dispuesta a ensuciarse las manos y hacerle pagar a Alessandro.

¡La había cambiado por ella!

¡¿Cómo se atrevía?!

Subió las escaleras de la mansión. Caminó con lentitud por el pasillo en la planta superior hasta que un gruñido la hizo fruncir el ceño. Se acercó a la puerta de una de las habitaciones solo para escuchar el grito excitado de una mujer.

¡Era Sandya!

A un gemido femenino le seguía un gruñido bajo y salvaje.

Estaban haciendo el amor.

Se acercó a la puerta de la habitación y pegó la oreja contra esta. Escuchó el crujido de la cama. Un golpe seco de la madera seguido de un jadeo excitado y un ruego; la súplica caliente, de “más”

¡Malditos fueran!

La erótica sinfonía llegó a los oídos de Lena con una claridad irritantemente pasmosa. Como si ella misma estuviera participando en aquel acto tan arcaico como la misma vida. Perversamente imposible, pero allí estaba escuchando

cómo su ex marido tenía intimidad con otra mujer.

Sandya parecía disfrutar mucho de cada una de sus caricias.

Lena se estremeció porque ella recordaba haber disfrutado inimaginablemente con aquel hombre. No era bueno en la cama, era el mejor. El mejor amante que ella había tenido nunca.

El sonido de la carne contra carne no fue desconocido para ella, ni tampoco la ronca voz de Alessandro, que, en un gruñido, le decía cuánto la deseaba.

—Háblame sucio —escuchó, esta vez, la voz de Sandya que jadeante le hacía una petición.

No captó que él hubiera accedido a su ruego, pero por el ritmo de los jadeos y los gemidos femeninos, Lena comprendió que él lo había hecho. Le estaba hablando sucio al odio.

Lena se encontró jadeando.

Ella recordaba aún muy bien cuán sucio y perverso podía ser Alessandro en el sexo, aunque hubiese pasado demasiado tiempo desde la última vez que estuvieron juntos. Era un demonio sin vergüenza, que no tenía consciencia salvo la lujuria que corría por las venas de los varones Visconti. Si Santo exudaba sexo, Alessandro prometía tener la llave al paraíso.

Completamente atormentada por sus propios recuerdos y furiosa porque sus planes se hubiesen ido al traste. Lena se dio media vuelta y se dirigió a su propio dormitorio.

¡Se suponía que ellos debían estar peleando, discutiendo! ¡No teniendo intimidad!

—Grita para mí... —pidió Alessandro contemplando como los pechos de Sandya subían y bajaban con descaro, provocándolo.

¡Maldita bruja!

Con un gruñido, levantó la cabeza para tomar en la boca uno de los pezones de su mujer. Sandya, al igual que él, no dudaría mucho más tiempo cabalgándolo, montándolo. La sensación de su miembro deslizándose contra las paredes de su ajustado sexo era pura felicidad, lo hacía sentir como si estuviese muerto y tocara el cielo. Nunca nada se había sentido tan increíble.

—Termina conmigo, por favor —le rogó ella colocando ambas manos en el amplio pecho masculino. Pero Alessandro respondió jalándola hacia él incluso más, hasta tenerla prácticamente recostada sobre él, y envolver sus brazos alrededor de su cintura. A continuación con rápidos y enloquecidos

movimientos de caderas, empezó a penetrarla como si estuviese poseído.

Sandya se dejó hacer. El tiempo había perdido su significado en medio de jadeos, gemidos y latidos desbocados. La sensación de plenitud que el hinchado pene de su marido le proporcionaba con cada dura estocada con la que asaltaba sin ningún tipo de delicadeza su sensibilizada feminidad, era dolorosa pero también casi demasiado buena como para soportarlo. No estaba segura siquiera si sobreviviría; la intensidad construyéndose dentro de ella se sentía tan poderosa, y tan cerca...

Sandya arqueó la espalda y gritó más fuerte, más alto. El nivel de las embestidas de Alessandro imposiblemente incrementó, dispuesto a atrapar su propio orgasmo. Esa acción la lanzó en espiral al abismo de su liberación y chilló su nombre cuando sus músculos internos se cerraron entorno a él produciendo el potente clímax de ambos.

Solo un instante después, la canaria cayó sobre el fuerte pecho. Lo abrazó tiernamente y enterró la nariz en el sudoroso cuello masculino. «Dante» Suspiró. Nunca se cansaría de su olor. Nunca se cansaría de la sensación de su piel contra su piel. Era adicta a él.

—Dante... —repetió Alessandro bruscamente. Escuchar a Sandya murmurar ese maldito nombre hizo que el frío arañazo de los celos le recorriera la espalda. Ahora, para colmo, estaba celoso de sí mismo—. Sigues pronunciando su nombre cuando hacemos el amor.

Se removió ligeramente para quitar su peso de encima de él. La joven emitió un sonido suave, tal vez de incomodidad. Tal vez de cansancio. Realmente debía moverse y salir de su interior. Pero, sin embargó, se encontró haciendo lo contrario cuando ella alzó el rostro y lo miró con el ceño fruncido. Parecía muy frágil, con la cara pálida y sombría.

—No te enfades conmigo, Alessandro —le rogó con dulzura—. Dante Barone estuvo allí cuando necesité. Dante me protegió. Dante me hizo comprender que podía amar —Ella hablaba despacio y con dificultad, como si pronunciar las palabras supusiera un esfuerzo de voluntad tremendo.

—Y en cambio Alessandro solo te ha mostrado dolor.

—Amo a Alessandro. Porque sin Alessandro, Dante no hubiera existido nunca.

La opresión que había sentido en el pecho se había aflojado al oír aquello.

¿Lo amaba?

¿A él?

—Así que estás celoso de ti mismo.

Al mirarla y ver su sonrisa juguetona, las comisuras de los labios de Alessandro se elevaron sin remedio.

—Y si yo hubiera sabido que la presencia de Lena te pondría así de caliente...

—¡Oh, cállate! —le riñó ella divertida mientras le pellizcaba un pezón. En respuesta, Alessandro le dio una suave nalgada. Después le acunó las redondas nalgas y las masajeó.

—No quiero que compares nunca la relación que tuve con Lena a la que tengo contigo. Con Lena había ciertos intereses comunes, ambos nos beneficiamos financiera y socialmente de una unión. Hay ocasiones en las que, para elaborar soluciones que satisfagan los intereses de todo el mundo, es imprescindible negociar términos y alcanzar acuerdos, más allá de que las formas sean o no moralmente legales.

Ella permaneció pensativa un momento. Había vuelto a recostar la cabeza contra su pecho; aun temblando e intentando controlar los jadeos de sus pulmones y la respiración acelerada. Seguramente, escalar el Everest, nunca se sentiría tan agotador como el sexo brutal que acababan de tener.

—Lo haces ver todo de una forma muy fría —susurró ella pasado un rato, acariciándole el pecho con el aliento.

—Soy un hombre práctico que no se deja arrastrar por impulsos y mucho menos por sentimentalismos. Todo en esta vida tiene un precio, *pajarito*, deberías saberlo a estas alturas.

De forma abrupta, ella volvió a alzar el rostro hacia él. Sus cejas enarcadas.

—¿Incluso yo?

—Tú has sido el negociador más pésimo que me he topado a lo largo de mi carrera. Siempre me lo has dado todo y nunca has pedido nada a cambio. Me he adueñado de esto...—señaló sus labios— esto... —acarició su cuerpo — y esto —indicó su corazón—. Este ha sido el mejor negocio de mi vida.

—¿Por qué lo obtuviste gratuitamente?

—Esperar cinco lentos años y cruzar en barco parte del mar mediterráneo y del océano atlántico, no me parece que fuera un bajo costo.

Alessandro buscó sus labios para besarlos con posesividad. Había sido el sexo duro y salvaje más fascinante que había tenido jamás. Los labios le latían y su miembro aún pulsaba en el interior de su esposa, rogando por más. Nunca se cansaba de ella.

—Escúchame, Sandya. Salvo la gratificación de tu dulce compañía y la de tenerte en mi cama, no posees nada más que yo pueda ambicionar.

Sandya se rió suavemente y se movió más arriba para besar primero el pulso en su garganta, y luego su barbilla.

—Tú sí que sabes cómo halagar a una mujer.

Él acarició su cabello, el borde de su rostro, su mejilla y jugó con los labios rosados. De pronto sintió que una parte de él se veía sumido en la tristeza. Observarla le dolía porque sabía que nunca podría ver en Dante a Sandya. Porque no vería en nadie a su dulce Sandya.

—Daría lo que fuera por dejarte embarazada y verte redondeada con un hijo nuestro —le confesó con ensueño.

—Pero tienes una vasectomía... —le recordó Sandya conteniendo la emoción de saber que Alessandro, el gélido bloque de hielo Visconti, reconocía abiertamente sus deseos de aumentar la familia con un hijo de ambos. ¿Cómo era posible?

Adoraba a Dante, a Gianluca y a Galia, pero hacía mucho tiempo que había dado por sentado que jamás sería madre. Después de todo, cuando echaba un vistazo a su futuro, siempre lo había imaginado monótono y solitario, pues a diferencia de ella, creía firmemente que Julianne acabaría conociendo a alguien especial y volaría del hogar que ambas, con duro trabajo y tenacidad, habían construido como fortaleza.

—Me hubiera gustado que te enteraras de otra manera y no por Lena.

—Intentó que discutiera contigo por ese motivo. Sabía sus intenciones, pero en ese momento comprendí que una vez más me habías vuelto a ocultar cosas —entre risas, ella le golpeó el pecho—. ¿Por qué?

—Tal vez solo esperaba que surgiera el milagro de la concepción. Pero no importa lo que tenga que hacer para que te quedes en estado, porque juro que lo haré.

—¿Tantas ganas tienes de ser padre de nuevo?

—Quizás solo quiera amarrarte a mí para siempre.

—Eres... eres... ¡Un controlador, abusivo, desconsidera... ! —La lengua de Alessandro impidió que hiciera cualquier comentario al penetrar su boca en un beso hambriento.

Ella se retorció. Aquel movimiento estimuló su miembro y volvió a excitarse. Necesitaba poseerla de nuevo. Definitivamente, era un salvaje.

—Tu interior me está pidiendo una revancha —le indicó al comprobar como cada vez más los músculos femeninos de sístole de la vagina de Sandya le daban pequeños relámpagos de energía. La sensación era tan endemoniadamente caliente, que su longitud iba recuperando el mismo

grosor y rigidez que tenía instantes antes de vaciarse en el interior de su esposa.

—¿Y eso es... normal? —curioseó ella sonrojada y con absoluta inocencia.

Un jubiloso y ligeramente peligroso destello bailó en los ojos de Alessandro.

—Tenemos toda la noche por delante para averiguarlo.

Disfrutando del juego de seducción, Sandya envolvió las piernas alrededor de sus musculosos muslos.

—Entonces, ¿a qué estás esperando para empezar?

Capítulo 33

Alessandro bebió de la taza con café que Casidy, la muchacha de servidumbre de la isla, le había dejado minutos antes en el despacho. Fuera hacía un día maravilloso. Un cielo azul sin nubes, un sol hermosamente resplandeciente, incluso el calor se había apaciguado un poco.

En cualquier caso, él pensó que cambiaría aquella bella estampa por las cuatro paredes de su dormitorio, siempre y cuando le prometieran tácitamente que Sandya permanecería en su cama.

Gruñó.

Dentro de sus planes figuraba avanzar el trabajo que tenía pendiente, pero tras la noche anterior y lo poco que había dormido, en lo único que podía pensar era en las formas en las que Sandya y él habían hecho el amor. Sobre todo, porque había sido la primera vez que su mujer había dormido pegada a él. Con la cabeza apoyada contra su pecho, con un brazo rodeándolo y con sus piernas enredadas. Exhausta, pero tan feliz como él.

A regañadientes, había tenido que dejarla al despertar. Le había dado un beso y le ordenó que se mantuviera alejada del mar. Que ni ella ni Dante ingresaran en él bajo ningún concepto esa mañana. El oleaje no era seguro, y no quería pensar en todas las cosas que podrían ir mal. Sandya no había dormido lo suficiente la noche anterior y no quería que a ninguno de los dos les ocurriera algo.

Removió los documentos de nuevo. Sobre el despacho tenía un informe de los nuevos ingresos literarios a la editorial. Todos y cada uno de ellos estaban firmados por su cuñada y parecían prometedores. Al inicio pensó que iría a la deriva en un nuevo negocio, pero pronto se dio cuenta que su cuñada no solo hablaba. Ella se había encargado de hacer cuatro ingresos nuevos en el primer año que estuvo trabajando en la empresa. Muy pronto, Alessandro se dio cuenta que Julianne lo tenía todo controlado. Sabía lo que hacía y tenía un excelente ojo. Solo había que ver la tabla de resultados comparativos de los últimos tres años para darse cuenta.

Colocó su rúbrica en el papel para darle el visto bueno. No necesitaba leerlo, ni ojearlo. Confiaba en las decisiones y en los cambios que Julianne realizaría. Era otra cosa de la que no tenía que preocuparse. Santo había asumido la dirección casi completa de la productora. Sus

decisiones y manejo de personal habían hecho que remontara a gran velocidad una vez que se pudieron deshacer de Ellen. Así que Alessandro había decidido hacía mucho tiempo que Santo y Julianne fueran autónomos en sus trabajos. Santo lo sabía, pero Julianne no. Su cuñada ni siquiera sabía que trabajaba para él, y esperaba, que cuando lo supiera, el trabajo le gustara demasiado como para abandonarlo. Sabía lo orgullosa que podía ser esa latina. Había logrado que su hermano se pusiera a sus pies y se rindiera. No lo lograría con él por mucho que le gustara su manera de trabajar.

Le dio otro sorbo al negro brebaje. Su móvil sonó sobre la mesa y él levantó los párpados son flojera hacia el teléfono. En ese mismo momento, recordó que debía llamar a Fiama.

—¿Qué tal la luna de miel, hermanito?

—Hasta que se te ocurrió molestar, muy bien.

Decidió tomarse un merecido descanso. Se levantó y caminó hacia el ventanal que daba a la playa para estirar sus piernas.

—Amabilidad debió ser tu segundo nombre, aprecio que no sea un rasgo de familia.

Alessandro hizo un mohín, pero no perdió de vista a la castaña rojiza que jugaba con su hijo a hacer castillo en la arena. Y Lena, la madre del niño, brillaba por su ausencia. Seguramente era demasiado temprano para alguien como ella. Desde su despacho, podía verse el sendero de la playa privada hacia la mansión y una vista más que magnífica. Él no podía estar allí. Había ocasiones en las que le era imposible simplemente soltarse el pelo y correr a por su familia, pero afortunadamente Bosco estaba con ellos y se había encargado de instalarles un toldo en el que pudieran refugiarse del sol.

—Como si tú fueras la generosidad personificada —respondió para canjearse una risotada de su hermano menor.

—De acuerdo, de acuerdo... —murmuró Santo— No, no... muñeca, ven acá. Galia por Dios te pasa algo y tú madre me decapita.

—¿Estás en casa? —preguntó Alessandro.

—Viernes de descanso, señor maniático —respondió—. Prometí que hoy llevaría a los niños a casa de la abuela, pero ella no puede con ambos, sobre todo ahora que Galia está en toda la época de hacer el intento de caminar. Verla intentarlo es maravilloso pero luego el escucharla llorar cuando cae... Siento que me duele más a mí que a ella.

—Y a qué debo tu llamada —curioseó.

—Solo quería saber cómo está mi hermano favorito.

Alessandro frunció el ceño porque no había manera en la que él pudiera creer que Santo lo llamaba por el simple hecho de buscar conversación. Su hermano no era un hombre interesado ni tampoco le pedía nada, usualmente, pero algo en esa llamada no estaba bien.

—¿Ocurre algo de lo que quieras hablar? —El silencio en el otro lado de la línea hizo que se preocupara más—. Santo.

—No pasa nada —indicó—. Ya hablaremos de eso después. Por cierto, le pedí a Fiama que agendara una reunión apenas regresaras a Palermo. Tenemos asuntos que tratar, pero no quiero malograr tu luna de miel.

—Menuda luna de miel que hasta Lena está aquí.

—¡¿Qué?! —dijo riendo—. ¿Y qué quiere?

—Dice que pasar tiempo con Dante.

—Desde cuándo.

Alessandro se hacía la misma pregunta.

Lena nunca había demostrado ser una madre abnegada, ni siquiera cuando el niño nació. Solo había que ver lo diferente que Dante se comportaba cuando estaba Sandya al lado. Parecía iluminarse, como si ella le prestase la atención del mundo. Y lo había notado. Sandya tenía un trato peculiar con los niños. Ella los miraba al hablar y a diferencia de muchos adultos, los escuchan en sus argumentos y resolvía, pacientemente, cada una de sus interrogantes.

Sonrió al verla por la ventana. Estaba jugando, Sandya corría y Dante la perseguía.

—Tierra llamando a Alessandro.

—Algo trama, lo sé.

—Cuidado con ella. Pero como ya sé que estás bien, querido hermano. Te dejo. Mi niña me reclama.

—Adiós.

Cuando colgó se preguntó si realmente no tenía nada de lo que preocuparse. Volvió a su sitio, pensando que lo siguiente que haría sería llamar a Fiama, cuando la puerta de su despacho se abrió y Lena entró descalza y con un albornoz de seda rojo.

—Buen día, Alessandro.

—Lena.

El hombre ni se inmutó, bajó la cabeza para levantar una carpeta con el proyecto de expansión de unos de los hoteles.

—Vine porque quería hablar contigo.

—Estoy ocupado, Lena. Ahora no.

—Es urgente...

Realmente no estaba interesado, en lo más mínimo, lo que pudiera o tuviera que decirle aquella mujer. Pero aun así, levantó el rostro para observarla. La mujer lo miró, sonrió y dejó rodar la bata de satén por su cuerpo hasta que quedó como una mancha de sangre en el suelo.

Alessandro ni se inmutó. No era la primera vez que veía completamente desnuda a una mujer. Y a Lena la había visto una sarta de veces. Era hermosa, sí, pero lo dejaba tan frío como si acabara de ser encontrado luego de días en el Everest.

—Cúbrete, Lena. No tengo tiempo para esto.

—Mírame, Alessandro. Mírame y dime que no me deseas. Dime que no produzco ningún efecto en ti.

—En absoluto —comentó dejando los papeles sobre la mesa y viendo que Lena se acercaba a él con movimientos gatunos. Lentos, sensuales. Pero para el hombre fueron demasiado estudiados, carentes de chispa, de emoción y de autenticidad.

—Antes no decías lo mismo —aventuró y le colocó una mano en el pecho cuando estuvo lo suficientemente cerca como para tocarlo—. Antes te excitabas con cada toque mío. Podemos revivir esa llama. Está allí, por allí, en algún lado... Anda, dime que no me deseas, atrévete a decirlo.

Apretó sus pechos redondos contra el pecho masculino. Se puso de puntillas y con un movimiento sensual lo besó. Alessandro la dejó hacer unos minutos, pero no obtuvo respuesta alguna, ni de sus labios, ni de su cuerpo. Era como si el motor estuviera apagado, desconectado.

El hombre la agarró de los brazos y Lena sonrió en medio del beso como si hubiera ganado la partida, pero no esperó que él la separara con fuerza y su voz pareciera más un gruñido enfadado cuando le dijo:

—Las mujeres como tú, me dejan frío y sin ninguna emoción —murmuró con una voz aburrida—. Yo quiero una mujer de verdad —Dolida y enfadada, Lena colocó las manos contra sus caderas y lo miró con odio— Vístete por favor y evita molestarme, o a Sandya.

—Así que solo tienes tiempo para revolcarte con una ninfómana reprimida como Sandya ¿verdad? —lanzó el veneno mientras recogía la bata de satén del suelo—. ¡Qué sepáis que os escuché anoche! ¡Qué no puedo creer cómo es posible que un hombre como tú, de semejante escándalo, cuando su hijo duerme habitaciones más allá!

—Lo que yo haga con mi mujer no es asunto tuyo.

—¡Tu mujer! ¡Es cierto, hiciste tu esposa a esa mujer!

—Vete Lena.

—Pero que te quede claro, Alessandro que esto no se va a quedar así —Los ojos femeninos se achicaron con furia—. Me voy a asegurar de llevarte a los tribunales porque no eres una buena influencia para mi hijo. No volverás a ver a Dante cuando me den la custodia entera a mí.

—A diferencia de ti, yo tengo un hogar estable para él —explicó Alessandro sentándose en su escritorio para poner los brazos sobre la mesa—. Tú no tienes nada que ofrecerle. Nada.

—¡Tú eras mío!

—Dante es la única razón por la que permanecí a tu lado. Dante debería haber sido su hijo. Ella debería ser la madre de mi hijo, y no tú —atacó, Alessandro.

—¡Pero fue conmigo con quien te acostaste!

—Y ella el motivo por el que no volví a compartir mi cama contigo.

—Entonces reconoces que la conocías —rumeó destilando veneno—. Pero supo ser inteligente. Se resistió y eso te hizo desearla todavía más todo este tiempo. ¡Porque en el pasado no la tuviste! ¡Porque durante todo este tiempo se reservó para atraparte!

—Aunque se hubiese acostado con todo un equipo de fútbol la querría igual a mi lado. Pero sí —sonrió satisfecho consigo mismo y con la situación—, no te negaré que me vuelve loco que solo sea mía.

—¿Y qué tiene esa mujercita de especial?

—No lo sé, pero pienso pasarme el resto de mi vida averiguándolo.

—¡¡Pues has lo que te dé la gana!! —gritó Lena— Pero ¡Dante es mí hijo!. Yo tengo más derechos que tú porque es un niño pequeño. Que no se te olvide, querido. ¡Y voy a llevarte al tribunal, te lo juro!

Su exesposa salió dando un fuerte portazo.

Alessandro sabía que Lena Cameron no traía más que problemas. Ellos la seguían a donde fuera. Era como si disfrutara fecundando semillas de odio.

El hombre pensó por un momento. Así que Lena lo había amenazado con ir a los tribunales por la custodia de Dante. Bien, lo harían. Pero él primero tendría que hablar con sus abogados. Descolgó el teléfono para hacer esa llamada.

Horas después mientras Sandya y Dante ingresaban a la casa, Dante le dijo que dormiría antes del almuerzo.

—De acuerdo, cariño, pero no olvides darte una ducha. Estás todo lleno de arena.

—Sí, Sandya. Lo haré.

La mujer lo vio subir las escaleras. Seguramente Alessandro seguía trabajando, así que se fue hacia su despacho; pero no encontró nada. Solo algunos papeles regados que no se atrevió a examinar. Frunciendo el ceño, cerró la puerta y subió con suavidad las escaleras.

Entró en la habitación matrimonial y lo vio con una maleta sobre la cama y sacando algunas cosas. Un poco de ropa, objetos personales. Se sentó en la cama para observarlo.

—¿Regresamos a Palermo? ¿Pasó algo? —preguntó, pero lo único que recibió fue silencio y que algunas cosas más cayeran en la maleta de viaje— ¿Alessandro?

—Todo está bien, Sandya. No tienes nada de qué preocuparte.

—¿Entonces hago la maleta? ... ¿La de Dante?

—No, Dante y tú se quedarán aquí y luego regresarán a Sicilia. Tengo que ir a Roma. Ha... surgido un problema.

—¿Con los hoteles? ¿Santo y Julianne están bien? ¿Tu abuela?

—Todos están bien.

—¿Entonces por qué te vas? —preguntó moviendo la cabeza y frunciendo el ceño sorprendida porque no comprendía nada.

—Es algo que tengo que resolver urgentemente.

—¿Relacionado con Lena?

—¡Sandya por favor, basta! ¡Basta de tanta pregunta!

La mujer se quedó sorprendida por el tono de voz que había utilizado para hacer que dejara de preguntar. Ella simplemente se levantó, cogió un vestido largo y se metió en el baño. Sin mediar palabra alguna.

Cuando Sandya terminó de arreglarse, bajó las escaleras porque la habitación estaba immaculada. Al bajar, vio que habían varias maletas en la puerta. Parecía que no solo Alessandro se iría, sino también Lena.

—Bosco, Stevan, subid las maletas al coche. Partimos en cinco minutos.

—¿Cariño? —preguntó Sandya.

—Bosco se encargará que lleguen con bien a Palermo. Nos vemos allá.

—Pero...

Sin hacer caso a lo que Sandya le decía, Alessandro salió de la casa. Lena,

se despidió de ella con un beso a cada mejilla.

—Adiós, querida. Tú te quedas cuidando al niño. Un besito, eh.

Y Sandya lo comprendió.

¡Se iba con ella!

Capítulo 34

—Ven, San, acompáñame fuera para poder vigilar de cerca a los dos futuros pichichis de la familia. Además, hace un día precioso como para permanecer enclaustradas dentro de la casa.

Sandya contempló a Julianne con inquietud unos segundos y después asintió. Se incorporó de su asiento. Dante y Gianluca habían abandonado el comedor hacía un cuarto de hora; demasiado impacientes por continuar jugando al fútbol en el jardín.

Cuando la noche anterior habían quedado para reunirse ese mediodía y almorzar juntas junto a los pequeños, le había parecido extraño el tono de su voz, pero su amiga se había encargado de apaciguar su curiosidad, de hacerle sentir que pisaba tierra firme y que no había nada de lo que preocuparse. Ahora, sin embargo, ya no estaba tan segura.

Julianne llamó a una de sus empleadas domésticas:

—Cecilia, sírvanos unos refrigerios en la terraza, por favor. —Sacó de la trona a su hija y le sonrió orgullosa. La pequeña, encantada con las atenciones de su mamá, empezó a jugar alegremente con su delgado collar de plata—. Y también un rico y fresquito zumo de naranja para esta señorita.

—Claro, señora, en seguida.

Julianne le quitó de la boca a su hija el diminuto dedo corazón que se había llevado a ella mientras se dirigían fuera. La niña hizo un mohín y gorgojeó, evidenciando que había heredado, al menos, el mismo carácter imperioso de su padre.

—Así que los genes Visconti se impusieron, después de todo, por encima de los Belmonte —comentó Sandya sintiendo como el aire caliente del exterior la recibía con los brazos abiertos, dispuesto a quemarle la piel. Pensó en que tendría que pedir a su amiga algún protector o en pocas horas presentaría un bonito y achicharrado color rojo.

Cada una ocupó un sofá canasta, sentándose plácidamente entre sus cojines. En el centro del espacio había una mesa con un hermoso arreglo floral y que combinaba perfectamente con el resto de la decoración. Sobre sus cabezas se elevaba un parasol que las mantenía protegidas del sol de Palermo en esa

época del año, y les ofrecía un poco más de privacidad.

Desde allí alcanzaban a ver la piscina, y a Dante y Gianluca corriendo detrás de un balón.

Cecilia aprovechó ese instante para traer lo que le habían ordenado, y se retiró tan discretamente como había aparecido.

Aquella breve interrupción le permitió a Sandya estudiar a Julianne a consciencia. Desde su llegada a la mansión, que se había construido a los mismos pies del mar mediterráneo, parecía totalmente distraída. Tan distraída como en esos instantes mientras acunaba a Galia en su regazo. Se fijó en como el semblante de la bella *Aretusa* se descomponía por un segundo, pero rápidamente se restableció. Un momento de debilidad, quizás, en donde su mejor amiga le recordaba que no era invencible, y que si la cortaban, como ella, sangraba.

—¿Todo bien, Julianne? —inquirió la mujer en verdad preocupada.

La aludida parpadeó, como si hubiera sido abruptamente despertada de su ensoñación.

—Sí, solo estoy un poco agotada —declaró, intentando sonreír, pero solo logró hacer una mueca—. ¿Cómo van las cosas en el paraíso?

Nerviosa, Sandya se retorció las manos y se pasó la punta de la lengua por los labios, súbitamente reseco. Sabía que la táctica elusiva hubiera podido funcionar con otra persona, pero no con su amiga. Se conocían tanto y tan bien, que las evasivas entre ellas, era como contemplar a dos gitanas intentar leerse las cartas mutuamente.

—En estos momentos no muy bien —admitió de forma casi perceptible.

—¿Qué ocurrió? —inquirió Julianne elevando las cejas. Podía entender su sorpresa. Probablemente su cuñado y ella tenían el récord de altibajos en una pareja recién casada—. La última vez que hablamos todo parecía ir bien entre vosotros, aunque debo reconocer que cuando me llamaste anoche y me contaste que habíais regresado de vuestra luna de miel...

—Vacaciones —la corrigió ella—. Eran unas vacaciones en familia.

—Vacaciones, luna de miel... ¿Qué más da? —restó importancia Julianne que cambiaba de postura para que Galia quedara mejor recostada contra su pecho. La pequeña, a diferencia de su hermano y primo, había decidido echar una siesta—. El caso es que me sorprendió bastante. Pensé que se quedarían hasta la próxima semana.

—Esa era la idea, pero Lena apareció para arruinarlo todo.

Su amiga boqueó y agrandó los ojos.

—No puedo creerlo. ¿Otra Ellen? —La vio apretar la mandíbula e incluso, creyó, escuchar que rechinaban sus dientes—. Solo espero de corazón que Lena no tarde cuatro años para darse por vencida —Hizo una pausa antes de añadir—: Imagino que mi querida excuñada solo fue a dar problemas.

Sandy meditó un poco la respuesta.

—No lo sé con exactitud. Por lo visto, solo deseaba pasar más tiempo con su hijo. Quizás quiera reparar sus errores con él y comenzar ser la madre que Dante necesita.

—Vamos, San, no te engañes a ti misma. Esa garrapata superficial no quiere a nadie más que no sea ella misma. Es Alessandro quién se ha ocupado del niño, y cuando sus compromisos no se le permitían, Lo hacíamos Santo y yo. Algunas veces, incluso, Teresa.

—La gente puede cambiar...

Julianne rió, incrédula.

—¿Creo haber escuchado bien? ¿Sandy Garci defendiendo algo en lo que nunca creyó? —Cabeceó, y después indagó con preocupación—: ¿Y cómo se tomó Alessandro la visita de su inesperado huésped?

Sandy negó, pero vio la segunda pregunta dibujada en el rostro de su amiga. Era cierto que Alessandro nunca había sido un hombre suave. Desde que lo conocía tenía sus aristas sin pulir y ni los cuatro años, ni su hijo, ni nada ni nadie, había logrado ablandarlo. Por el contrario, parecía incluso más duro que antes.

—Digamos que mi marido se las ingenia para conseguir lo que le interesa de cualquier manera.

—¿Métodos legales, o tengo que comenzar a cavar su nicho? —curioseó—. Solo tienes que decirlo, Sandy, sabes que siempre estaré de tu lado y nunca voy a dejarte sola en esto. Sea cual sea tu decisión. Al menos tendremos una celda compartida en prisión.

Ella sonrió agradecida por las fieras palabras de su mejor amiga, sabiendo que cumpliría su promesa si se lo pedía.

—No es necesario —dijo—. Aunque las cosas puedan ponerse difíciles entre Alessandro y yo, siento que él siempre está ahí, cuidándome. Incluso en los momentos en que no quiere hacerlo.

Julianne observó el amor llamear en los ojos de su amiga. Parecía que después de todo, en lo más hondo de Alessandro, aún latía un pequeño

corazón. No era un hombre que prodigara afectos, pero si había alguien en el mundo que pudiese obrar el milagro, esa, sin duda, era Sandya.

Rato después, luego de tomar las bebidas y seguir conversando, Sandya no podía quitarse de la cabeza que a Julianne le sucedía algo. Ella sonreía demasiado, estaba demasiado pendiente de su invitada, se notaba en tensión.

Tal vez se trataba de que sus vacaciones terminaran y pronto tendría que retomar sus responsabilidades en la editorial. Posiblemente la angustiaba el tener que pasar menos tiempo con sus hijos, sobre todo con Galia. La nena había comenzado a intentar ponerse de pie y seguramente Julianne se perdería ese momento.

—¿Y cómo van las cosas por aquí? Ya sabes, con los niños, con tu marido... —interrogó completamente atenta a los cambios de humor—. Pensaba que Santo no trabajaba los viernes por la mañana.

Cabizbaja, su amiga hizo una mueca y se preocupó más en arrullar a su hija que en mirarla directamente a la cara.

Ocultaba algo.

¡Ahora estaba más segura que nunca!

—Ha estado ocupado con un proyecto últimamente. Se va muy temprano en la mañana y regresa muy entrada la noche.

—¿Por qué siento que hay algo que no me estás contando? —expresó sin tapujos—. ¿Qué anda mal entre ustedes?

Julianne suspiró y cerró los ojos.

¡¿Por su amiga tenía que ser justamente una aficionada a los programas de investigación?!

Había desarrollado un fino olfato de sabueso que ya quisiera tener más de un inspector.

—Si te soy sincera, no sé qué anda mal últimamente entre nosotros, San. Solo puedo decirte que, desde que su exmujer, Ellen, nos envió desde Irlanda una invitación a su boda, él parece más distante.

—¿Ellen se casa de nuevo?

—Eso parece, y él ni siquiera me lo había comentado. Lo supe por casualidad, cuando hace unos días entre a su despacho a dejar unos papeles.

—¿Te lo ocultó?

—Le pregunté y me dijo que no era nada importante —Se encogió de hombros, mientras paseaba uno de sus dedos por la mejilla regordeta de Galia—. Al inicio no me pareció que fuera algo de lo que preocuparme pero luego

comenzó a trabajar más en la productora. Y ah... —Hizo un mohín— su comportamiento ha cambiado. Lo noto más ausente, más callado, ya ni siquiera trata de tomarme el pelo. Es como si se sintiera más libre en cualquier otro lugar que en casa —Sandya iba a intervenir, pero Julianne la frenó con el dolor desfigurando su rostro—. Al menos no ha planeado viajes de semanas. Aún.

—Jules —comenzó Sandya con seriedad—, es Santo. Sabes que él...

—¿Me ama? —inquirió—. Lo sé —suspiró con los ojos cristalinos—. Quiero creerlo. Quiero pensar que esto no tiene nada que ver con Ellen. Pero no sé qué creer. Pensé, tontamente, que si lo buscaba más sexualmente podía atravesar esa barrera que ha levantado en nuestro matrimonio, y solucionar lo que fuera que esté pasando entre nosotros.

—¿Y no funcionó?

La expresión de la latina se tornó frustrada.

—Tal vez me haya equivocado, pero dejé de intentar seducirlo cuando tras una tercera vez, siguió sin suceder nada entre nosotros. Lo último que deseo es que Santo me haga el amor porque crea que tiene que hacerlo. Pero vamos —Se encogió de hombros quitándole hierro al asunto y limpiándose la mejilla con ligereza—. De repente solo se trata de que las cosas en la productora no andan bien o algún negocio no le ha salido como esperaba. Tal vez, Alessandro sepa algo, ¿no te ha comentado nada?

Sandya negó y lamentó haber borrado con ese sencillo gesto de cabeza la súbita esperanza que había emergido de los ojos de su amiga al hacerle aquella última pregunta. Claro que Alessandro nunca le había dicho absolutamente nada de su trabajo o del trabajo de Santo en la productora.

—Relájate, Jules, tu marido te ama con locura. Yo misma he sido testigo de su amor por ti —Le sonrió y le cogió una mano a su amiga para tranquilizarla—. Seguro que tiene presiones en el trabajo, ya sabes lo exigente y odiosamente controlador que puede llegar a ser. Es el gen Visconti. Lo llevan en la sangre. Además, ¿debo recordarte de cómo hace varias semanas cuando te casaste en esa preciosa ermita, no había un hombre más feliz sobre la faz de la tierra y enamorado que tu marido? Lo veo en sus ojos cuanto te miran, en su manera de buscarte siempre que estáis lejos el uno del otro.

Julianne la miró. Tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Espero que tengas razón, San. Porque yo no tengo dudas. Yo lo amo con locura y daría cuanto soy y cuanto tengo. Mi propia vida por él.

Capítulo 35

Sandya recorrió ensimismada en sus problemas cada pasillo de la impresionante biblioteca que Alessandro poseía en su *palazzo* de Palermo. Acarició con las yemas de sus dedos una cantidad innumerable de libros que llenaban los estantes que iban desde el piso al techo. Le sorprendió gratamente encontrar todos y cada uno de sus libros, en sus diferentes versiones.

En otras circunstancias, habría disfrutado como una enana de un lugar como aquel; pero en las actuales, solo veía ante ella una espaciosa estancia que, exactamente igual que el resto de espaciosas habitaciones de la residencia. Solo una habitación que era lo bastante amplia como para acomodar todo un gabinete de ministros. Tenía que reconocer que era hermosa recubierta por un suntuoso mobiliario y de bonitos objetos de arte. Todo era de la mejor calidad y todo estaba impecablemente cuidado. Como en un museo.

Sandya se colocó de puntillas y a duras penas, jaló de una de las estanterías el último ejemplar sobre historia del arte que había elegido en su nueva tanda de documentación. Con una pirámide de volúmenes que ocultaban parte de su cara, y que entumecían sus brazos, intentó mantener el equilibrio mientras se dirigía al centro de la habitación.

El mejor antídoto que conocía para luchar contra el dolor del alma, era trasnochar y trabajar en sus novelas, abastecida de un buen cargamento de dulces y bebidas azucaradas. Pero de momento, el revulsivo no había obrado su milagrosa sanación. Por el contrario, su mente seguía atormentándose con el hecho de que Alessandro, su marido, había abandonado la isla de *Kronos* acompañado de Lena Cameron, su exesposa, y no con su hijo y ella.

¡Lo odiaba!

Y la rabia e impotencia que sentía eran tan grandes, que no le permitían llorar para desahogarse. Tal vez habría agotado su cupo de lágrimas por ese verano. Por eso tenía la obligación de cansar a su cerebro. ¡Ya no quería pensar más! No quería seguir por el mismo camino de autodestrucción en el que el mismo Alessandro la había puesto al irse con Lena sin siquiera pestañear. Porque si era sincera consigo misma, se había pasado el último día pensando en qué estaría haciendo su marido con la otra mujer. Incluso, por encima de los problemas que su mejor amiga le había contado.

Pero si parecía que todos los Visconti eran iguales: embusteros, corruptos, intolerantes. Lo peor es que aquello la hacía llorar de frustración. No le dio importancia a las lágrimas que corrían por su mejilla. Suspiró. Y por alguna razón, el aire de la estancia pareció recargarse de repente. Sandya miró por encima de la torre de libros y entonces lo vio.

Alessandro estaba allí, de pie en el umbral de la puerta, con su enorme tamaño y su mirada penetrante del color del jade puesta sobre ella como si intentara clavarla en el suelo. Todo lo que pudo hacer fue contemplarlo aturdida. Se sentía dominada por su presencia. Sus rasgos la hacían pensar en Heracles, el semidiós griego de la fuerza, que, en alguna ocasión, mientras aguardaba en la casa de un rey la llegada de un feroz león, había ejercitado su virilidad con las cincuenta hijas de su huésped. Y ¡Maldita sea! Se le venían muchas analogías históricas para ese maldito hombre. Quizás se estaba volviendo cascarrabias después de todo.

—Alessandro...

La visión de Sandya envuelta en una sencilla e inmaculada camisa de tirantes y en un pantalón largo negro, extrañamente no podía resultarle más sugestiva. Había tenido hermosas mujeres seduciéndolo con excitantes, lascivos y diminutos conjuntos, y sin embargo, el cuerpo de Alessandro volvía a reaccionar con ella como no lo había hecho nunca con ninguna otra mujer a lo largo de su vida.

Desde el preciso momento en que la había visto por primera vez y había mirado esos enormes y misteriosos ojos marrones, todo había cambiado. Solo tenía que recordar la extraña sensación que se había instalado en su pecho cuando la muchacha había levantado su mirada hacia él hacía cuatro años. Había sentido exactamente lo mismo en ese momento. Pero no comprendía porque estaba llorando. Frunció el ceño dando un paso hacia delante. Alessandro cerró la puerta tras de sí y descruzó los metros que los separaban.

Le colocó un mechón que se le había escapado del recogido detrás de la oreja, y respiró su aroma endulzado. Ni siquiera habían pasado cuarenta y ocho horas desde la última vez que la había tenido en sus brazos y la había añorado como un toxicómano añoraría a su mejor droga. Lo único que quería era librarla de los pesados tomos, para fundirla a su cuerpo. Si lograba hacerse con suerte, podría encaminarse hacia el escritorio y deleitarse con sus pequeñas y calientes curvas. La deseaba como nunca antes había deseado a

nadie. Resultaba, incluso, vergonzoso y esa vergüenza lo enfurecía.

Le enfurecía ser dependiente de alguien. Ser incapaz de alejarse por sí mismo de esa persona. Solo los débiles eran los suficientemente estúpidos como para involucrar sus sentimientos en una relación y pensar que más allá de esa persona se acababa el mundo.

Qué tontos eran.

El amor, si existía, era insano. Una lacra que convertía a hombres y mujeres en ridículos títeres. En autómatas que tenían una sola idea en la cabeza como una nube tormentosa. Solo pensaban en el ser amado. Sin que nada más les resultara interesante, como si solo la otra persona pudiera darle color a su vida. Demasiado dependiente, demasiado estúpido el pensar que la felicidad solo podía ser alcanzada con esa otra persona. Parecían adolescentes esperando la media naranja.

Pensó de pronto en su hermano y su cuñada. Los había visto ser felices a lo largo de esos cuatro años, y curiosamente, su relación lejos de deteriorarse parecía crecer cada día. Fortalecerse. Dejar esa codependencia para trabajar como un equipo. Uno en el que ambos eran necesarios e importantes. Se había preguntado en innumerables ocasiones cómo lo hacían, cuál era el truco, y siempre había terminado sin respuesta. Solo podía creer que ellos funcionaban como engranajes perfectamente sincronizados.

Una parte de él los envidiaba en secreto. Una parte de él, que no sabía que existiese, anhelaba dejarse llevar y romper las murallas de su corazón. Incluso en sus elucubraciones más extrañas había pensado que Sandya podría ser la solución. Ser la piedra Rosetta de su intrincada manera de ver la vida. Pero tan pronto como ese sentimiento aparecía, desaparecía.

Y sin embargo, había decidido correr el riesgo de perder a su hijo. Lena le había dado un ultimátum, lo había puesto entre la espada y la pared, y él había decidido apostar.

Por Sandya Garci.

¿Por qué no podía simplemente renunciar a ella?

Sí fuera un buen padre, accedería a la extorsión. La abandonaría y se aseguraría la patria potestad de su hijo. Pero, al parecer, su egoísmo, ni siquiera podía ser salvado por su pequeño Dante. Amaba a su hijo con todo su ser, daría, incluso, su vida por él, pero había decidido apostar todo a una única carta y el precio, si perdía, era él.

Alessandro apretó la mandíbula.

¿En qué demonios había estado pensando?

Nunca antes su miembro había dominado a su mente..

¿Por qué no podía simplemente renunciar a ella? Se supone que era lo que un buen padre debía hacer. Acceder a dejar a la mujer por quedarse con el hijo. Y no dejar al hijo por quedarse con la mujer. Pero parecía que su egoísmo, ni siquiera podía ser salvado por su pequeño Dante. Amaba al niño como nunca había amado a nadie, pero no sabía porque había decidido aquello. Porque nunca antes su miembro había dominado a su mente. Su libido jamás había sido tan...

Pero quizás sentía por ella más que puro deseo. ¿Cómo si no explicaría su irresponsable decisión? Negó mentalmente, determinado a no pensar en las cuatro letras que podían reducir al más fuerte de los hombres a pequeños pedazos de escombros. Sandya ya podía comenzar a ser complaciente con él, porque el mantenerla a su lado podía salirle muy caro. Pero correría el riesgo. Por ella merecería la pena. Pero eso no dejaba que pensar si ella sería su Dalila...

—¿Esta es tu manera de darle la bienvenida a tu cansado marido? — preguntó el hombre con su mirada de autosuficiencia y aquella mueca que intentaba ser una sonrisa.

—No mereces que te de ninguna bienvenida —gruñó la mujer provocando la risa de Alessandro—. No entiendo qué te da tanta risa. No creo que pienses que estaré muy feliz de verdad ¿o sí?

El hombre estiró una de sus manos y comenzó a limpiarle los residuos de las lágrimas en sus mejillas. No le gustaba verla llorar, pero algo le decía que él era el responsable. Aprovechó que ella no se había hecho a un lado para evitar su contacto y levantó su delgada barbilla para que lo observara.

—*Pajarito*, ¿necesitamos esta pelea justo ahora? —inquirió observándola al detalle.

Sus ojos verdes la dominaron, intensos, exigentes, controladores. Él le ahuecó un pecho, y supo que debería haberlo abofeteado, tal vez darle una patada en la entrepierna, pero no podía moverse, ni siquiera podía respirar. Entonces pasó el pulgar por encima de la tela de su camisa y le acarició un pezón. No llevaba sujetador y el toque de su dedo a lo largo de su carne hizo que todo su cuerpo cobrara vida de pronto. Era una sensación que solo había experimentado con él.

—No sería extraño que la tuviéramos, Alessandro. No cuando tus decisiones dejan mucho que desear. No sé lo que pretendes.

Pero debía ser fuerte. Así que palmeó su mano para que supiera que nada en

este mundo la haría ser dócil. No, cuando ese hombre había preferido a su exesposa antes que a Dante. ¡Dante! ¡Su hijo! ¡El niño por el que el mismísimo Alessandro había pedido ayuda! ¡A ella! ¡Por el que la había engañado!

Alessandro observó que Sandya estaba a pie de guerra contra él y no le molestaba. Él estaba dispuesto a darle toda la guerra que quisiera, pero en la cama o en cualquier superficie que pudiera encontrar. No era quisquilloso. Pero no quería hablar ahora, solo quería que ella le demostrara que había tomado la decisión correcta. Actos, puros actos.

—Quiero mostrarte lo que quiero, lo que necesito de ti justo ahora —susurró él—. Demostrarte que eres mía de la forma más física posible —Se inclinó hacia delante unos pocos centímetros, por lo que sus labios quedaron a sólo escasos centímetros de distancia—. En estos momentos, en lo único que puedo pensar es en cuánto deseo estar dentro de ti.

Sandya se había quedado inmóvil y lo miraba como si acabara de confesarle que hubiese cometido un crimen y enterrado el cadáver en el jardín. Su rostro pareció palidecer un poco más todavía.

La irritaba y enojaba el hecho de que él estuviese ahí, pensando solamente en tener sexo con ella, como si nada hubiese pasado.

—Pero nuestro acuerdo terminó el mismo día que concluyó nuestra pequeña escapada a la isla, ¿lo recuerdas? . Tal vez deberías haber permanecido con tu exesposa algunos días más.

La joven sintió que una ola fría inundaba la estancia y supo que provenía de él. Estaba provocando su ira, cuando él parecía estar balanceándose peligrosamente entre la delgada línea que separaba el autocontrol de la furia; ¿de verdad quería ser ella quien le empujara al lado equivocado?

Esperaba una refutación instantánea, helada y desagradable, acorde con la sombría rabia que emanaba de él como la escarcha. Pero él solamente la miró durante un largo momento, y después comentó:

—No te pegan para nada los celos, *cara mía*. Son un síntoma de una insatisfacción con uno mismo.

—¡Me dejaste, a tu hijo y a mí por correr tras ella! —le espetó al tiempo que intentaba arremeter contra él, pero Alessandro la inmovilizó sin dificultad.

La oyó tragar y vio la esbelta línea de su garganta trabajando hacia arriba y abajo. Descendió la mirada hacia el sur, en donde las ondas de sus pechos repetían el mismo movimiento de su garganta, Los dedos le hormigueaban

por sentirlos desnudos contra su piel.

—Quizás nunca debiste divorciarte de ella.

Las fosas nasales de Alessandro se abrieron, y ella supo entonces que definitivamente había despertado la ira de la bestia.

—Quizás estás en lo cierto y nunca debí hacerlo.

—¡Eres un cerdo mentiroso, y te odio!

Sandya le aporreó con los puños. Quería que le doliera tanto como le dolía a ella. Quería que llorara como lo había hecho ella. Pero sobre todo quería que la quisiera.

Con un gruñido salvaje y sin perder ni un solo segundo, él cubrió su boca con la suya, silenciando así sus protestas. Sandya lo golpeó con más fuerza en los hombros y pectorales, percibiendo la fuerza de sus definidos músculos, y se retorció, pataleó y gimió dominada por la habilidad de la lengua masculina, que la sometía a un tormento que ella habría deseado que fuera infinito en otras circunstancias.

En esos momentos, sentía que estaba mal.

Alessandro le agarró las manos y se las sujetó en la espalda.

—No me acosté con ella...

—El que no te acostaras con ella no hace que me sienta mejor, Alessandro —murmuró ella con la mirada perdida y vidriosa puesta en el techo—. No solo las malas acciones hacen que el corazón humano se vuelva de piedra, sino también lo anexo a ello. Las mentiras o la falta de sinceridad...

—*Maldizione*, ¿quieres escucharme por una vez? —La mirada de Alessandro se endureció—. No me acosté con ella. No me he acostado con ella ni con ninguna otra mujer en cinco años. ¿Acaso aún no lo has adivinado, pequeña terca? Tú eres todo lo que necesito.

El corazón de Sandya se detuvo durante un par de latidos y sus ojos se abrieron desmesuradamente, sorprendidos.

¿Estaba hablando en serio?

¿Había mantenido como ella su promesa de fidelidad durante todos esos años?

Aquella confesión había lanzado un bálsamo para su furia y la emocionó como pocas cosas la habían emocionado en su vida.

Capítulo 36

Alessandro recibió el dossier con documentos que Fiama le extendió. La mujer parecía bastante inquieta, como si tuviera una noticia que darle; pero no se atreviera a hacerlo.

—¿Qué pasa? —preguntó levantando la mirada hacia ella.

—Sé que usted está muy ocupado, señor, y me dijo que nadie lo molestará; pero la señora Julianne está en recepción. Quiere hablar con usted, dice que es urgente.

Alessandro se preguntó qué era lo que apremiaba tanto a su cuñada para presentarse en su despacho. Generalmente la mujer no trataba con él salvo que hubiera pasado alguna emergencia. Se suponía que Santo estaba de viaje de negocios, por lo que, si ella lo llamaba por teléfono no sería contestado en varias horas. ¿Acaso le había pasado algo a alguno de los niños o a ella misma? Apretó la mandíbula. No quería ni pensar que la visita de su cuñada era solo para meter sus narices en sus asuntos con Sandya. ¿Acaso estaría allí para pedirle explicaciones por lo acelerado de su matrimonio? No hubo tiempo para que dialogaran al respecto, ni para que le reprochara su comportamiento. ¿Sería eso?. Quizás sabía lo que le sucedía a Santo y su enfado con él fuera ese. O el titular de hacía varias semanas atrás seguiría martilleando su mente.

—Hazla pasar —decretó, porque sí decidía negarse a recibirla, estaría faltando a la promesa que le hizo a su hermano de velar por su familia mientras él estuviera resolviendo su pequeño problema.

—Sí, señor.

Fiama salió del despacho apresuradamente. Aunque llevaba muchísimo tiempo trabajando codo a codo con él, aún sentía que la mujer siempre tenía la necesidad imperiosa de salir del despacho. Era eficiente y productiva. Sin duda, era la mejor secretaria que había tenido.

Esperaba que la reunión con su cuñada fuera breve y concisa. Tenía mucho que hacer, ir a la clínica y una reunión con sus abogados para ver la defensa contra los ataques de Lena en los tribunales.

Minutos después Julianne apareció por el umbral de la puerta. Alessandro dejó el bolígrafo bañado en oro de 18k sobre el escritorio y la observó moverse por el despacho.

Camino con paso aireado hasta pararse exactamente al frente suyo. La Julianne que él conocía era un pequeño huracán travieso, pero la mujer que estaba allí en ese momento era solo una copia sombría de su cuñada. Podía notar algo muy diferente de la última vez que la vio. Su porte y elegancia estaban allí como siempre. Alessandro la estudió por un momento con ojo clínico de experto. La mujer de treinta años era atractiva, pero nada fuera de lo normal. No solía maquillarse demasiado por lo que la naturalidad le daba un aire bonachón y hasta encantador. Era esbelta pese a haber tenido dos niños. Llevaba, en ese momento, una blusa de mezclilla celeste claro con una falda floral corta y zapatos de tacón alto en un tono pastel. Parecía que había salido rápido de casa porque llevaba el cabello en un recogido medio desarmado. Una delgada cadena de plata brillaba en su cuello y aretes azules pegados.

Y estaba terriblemente preocupada.

Quizás esa fuera la diferencia. O tal vez que no llevaba a la pequeña bribona que solía jalonearle la corbata cada vez que la tenía sentada en su regazo. La pequeña Visconti, era una consentida absoluta. Era la primera descendiente femenina de la familia en tres generaciones y tenía en la palma de su pequeña mano a su padre, madre, y abuela. Quizás a él no, porque esa pequeña gatita huraña le había echado por tierra algunos de sus intentos de intimidad con su preciosa esposa.

—Siéntate, Julianne —invitó entrelazando sus dedos y colocando los codos sobre el escritorio—. Veo que no has traído contigo a Galia, ¿a qué debo tu visita?

—Dejé a Galia con Sandya hace unos momentos. Vengo del palazzo — Parecía nerviosa y el movimiento frenético de sus manos en fricción una contra la otra no hacía más que evidenciar su descontrol.

—Ya veo — asintió. Esperando que su cuñada comenzara a explicarse sobre el motivo de su tan inesperada visita.

—No he venido discutir, Alessandro —explicó Julianne suspirando.

No quería que su cuñado pensara que tenía que ponerse a la defensiva con ella. En el pasado no habían sido los mejores amigos y había tenido sus pegas hacia él, pero ahora el horizonte era muy diferente. Eran familia y era el único que, sin asco, le diría toda la verdad. Le molestaba mucho haber tenido que tomar la decisión de hablar con él porque su marido era una pared sólida y cerrada.

—Me alegra oír eso, Julianne. No tenemos que discutir cada vez que nos

vemos

Así que tal y como iban las cosas dos de sus opciones no eran posibles. Si Julianne no iba a discutir con él era porque no tenía nada que reprocharle. Por lo tanto, no sabía aun el inconveniente de Santo, y tampoco era nada relacionado con Sandya. Otra de sus teorías también se desbarataba. Si algo le hubiera pasado a alguno de los niños, ella lo llamaría desde urgencias, y no iría hasta su despacho para hacer el trámite mucho más largo.

«¿Qué era lo que estaba pasando? »

—Sé que eres un hombre muy ocupado y quiero disculparme por venir así de improvisado sin ni siquiera llamar antes —. Balbuceaba. Julianne estaba balbuceando. Aquello despertaba más todavía su curiosidad. Sobre todo al verla mordisquear los bordes de sus uñas.

—No tienes por qué, para nosotros siempre la familia está primero. Tú también formas parte de esa familia, pero ahora dime en qué puedo ayudarte.

—No te quitaré mucho tiempo —observó el reloj de pulsera que se perdía entre los adornos de plata y pitas de colores que llevaba en la muñeca izquierda—. Solo quiero saber la verdad y tú eres el único que no se va a tocar el corazón para hacerlo.

Su pequeña descripción casi lo complació. Se notaba que el mundo lo miraba como un ser cruel e insensible. Asintió, lo era. Lo había sido siempre, hasta Sandya. Ahora, no estaba tan seguro.

—Si está en mis manos, sabes que lo haré.

—Me alegra escuchar eso —continuó levantando sus ojos marrones claro hacia él. Alessandro vio el miedo abrazar aquellos potentes iris y las gotas cristalinas se aglomeraron—. Quiero que me digas porqué Santo me ha mentido —Alessandro achicó los ojos como lo hace un gran gato montés cuando está acechando a su víctima—. No me digas que él está en una comitiva enviada por ti en Hawaii, porque sé que no es cierto.

—¿Cómo lo sabes?

—Luca quería hablar con su papá y al no responder el móvil, llamamos al Visconti resort de Hawaii, me contestó el administrador, solo para llevarme la sorpresa de que él no está allí.

Alessandro mataría al administrador adjunto. El hombre no tenía ningún tipo de delicadeza, ni lealtad. Luigi Bonelli, el administrador general, sí hubiera sabido cómo capear el temporal Julianne y cada una de sus preguntas. Los habría cubierto diciendo que estaba en una reunión importante en ese momento y que le diría que la llamara, pero jamás los habría dejado con el

trasero al aire.

—Dime ¿Dónde está Santo y porque tuvo la necesidad de mentirme?

Alessandro iba a decirle que seguramente estaba ocupado y no podía contestarle el teléfono en ese momento, pero al enfocar su mirada verdosa pudo vislumbrar el dolor en los ojos femeninos. Aquello parecía que la estaba consumiendo por dentro. Era como el agua que con perseverancia horada la piedra.

Pero se contuvo de hablar de más.

—Te preocupas demasiado, Julianne —le restó importancia, odiando mucho el tener estrictamente prohibido decirle la verdad—. Santo iba a revisar primero la ampliación del resort, por lo que es lógico que no haya llegado aún a la oficina del hotel.

Julianne negó.

—Eso no fue lo que me dijo el hombre. Él me dijo claramente que no había reunión alguna ¿Qué está pasando, Alessandro, que hasta tú tienes de primera alternativa mentirme?

Alessandro vio, momentáneamente, la chispa de la batalla arder en sus ojos marrones. La guapa latina tenía fruncido el ceño y los labios dispuesta a discutir en la primera oportunidad que le diera.

— Dime ¿Qué está pasando? Necesito la verdad.

—La verdad es que Santo no quiere que te enteres que necesita un pequeño descanso —argumentó con un poco de su habitual cinismo.

«¿Un descanso?» Se preguntó Julianne intentando comprender.

¿Santo necesitaba un descanso? ¿De los niños? ¿Del trabajo? ... ¿De ella?

Por qué diablos su marido necesitaba un descanso y no recurría a ella, pero así a una mentira. ¿Sería otro engaño de Alessandro? Y, de pronto, sus miedos más profundos salieron burbujeantes hacia el sol.

—¿Santo hizo —balbuceó— todo esto por Ellen?

Los ojos se le anegaron en lágrimas.

Alessandro se preguntó cómo es que realmente funcionaba la lógica femenina. Él le había hablado de un pequeño e insignificante descanso y ella había armado, rápidamente, una trama de reconciliación entre su marido y Ellen. Pero aquello no era cierto. Santo no era tan idiota como para hacer algo tan rastrero.

—No es lo que estás pensando, Julianne —Alessandro suspiró negando. Quizás se sintió tentado por las lágrimas en sus mejillas, o quizás porque la sola idea de decirle lo absurda que había sido le fascinaba. Cualquiera que

fuera el motivo, se encontró a sí mismo verbalizando aquello que había prometido guardar como un secreto—. Santo necesita hacerse una *orquiectomía inguinal radical* por un problema que han encontrado dentro los sacos de sus genitales y no quería que te enteraras.

Julianne no vio avecinarse aquella brutal verdad, por lo que no logró sortear el golpe como siempre hacía y le dio directamente en la boca del estómago, dejándola sin habla.

—¿Una qué? —preguntó aturdida—¿Santo me ha mentado porque tiene que someterse a una intervención quirúrgica? ¿Qué es eso?

—Ocultada información que no es lo mismo —hizo un mohín despreocupado—. Hace unas semanas le han descubierto unas tumoraciones en los genitales que tiene que tratarse. Los médicos le extirparán unos pequeños tumores que en el futuro generen células cancerígenas.

—¿Qué? —su lánguida voz de sepultura, le decía lo decepcionada que se sentía por la manera que su marido había decidido llevar las cosas. Un aguijonazo de culpa le dio de lleno en el pecho. Él, sin duda, no había tenido demasiado tacto— ¿Y por qué no me lo dijo? —murmuró más para sí misma que para nadie— ¿Por qué me dejó fuera de su vida de esa manera en una situación tan delicada? ¿Tan poco valgo para él?

Alessandro gruñó cuando la culpa se apoderó de él. No quería ser responsable de algún malentendido entre su cuñada y su hermano por lo que sintió la necesidad de repararlo.

—Para Santo vales demasiado, Julianne —aseguró con seguridad y fuerza en la voz—. Y, justamente por eso, no quiso preocuparte. No es una intervención peligrosa y solo dura dos horas aproximadamente. Al estar formándose recién, no es maligno.

—Pero tampoco benigno, Alessandro —terqueó—. Funciona cincuenta y cincuenta. ¿Cómo te sentirías si es que Sandya te oculta algo tan importante?

Aquello hizo que el hombre guardara silencio. Si Sandya alguna vez se le ocurría ocultarle alguna información médica de cualquier calibre, él estaría furioso. Y exigiría, sin importar lo que ella pensara, que le practicaran cuanto análisis, resonancia y examen necesitara. Pero el que lo comprendiera no decía que Julianne debía saberlo. Alessandro estaba seguro que actuaría igual que Santo de tener él aquel problema. Su esencia protectora hacía que se guardaran algunas cosas para ellos mismos cuando pensaban que la sola mención podía dañar a sus seres queridos.

Pero eso no lo sabría nunca Julianne.

—Tienes que comprender, cuñada, que hay cosas que no deben ser reveladas hasta el momento inevitable. Santo quería evitarte la congoja. Estará bien, es solo algo rutinario y como ya te lo he explicado, el riesgo quirúrgico es mínimo. Él solo te estaba protegiendo de la preocupación, la angustia y del dolor.

—¿Y el dolor que he sentido viéndolo alejarse de mí, semana tras semana? ¿Eso no cuenta para ninguno de ustedes? —Del dolor, Julianne pasó al enfado—. No quiero explicaciones de tu parte, Alessandro. Solo quiero que en ese momento me lleves al lugar dónde están atendiendo a mi marido. Es mi deber, mi obligación y mi placer el estar con él en todo momento. Sin importar si las lágrimas son de alegría o de tristeza. Quiero estar allí —las lágrimas volvieron a acumularse en sus ojos como dos charcos que le imposibilitaban la mirada—. Tengo que estar allí. Ni Santo, ni tú, tienen derecho a tomar esa decisión por mí.

Parecía bastante dolida con la decisión de Santo. Pero la resolución brillaba en sus ojos como una nueva esperanza.

—De acuerdo —concedió Alessandro poniéndose en pie y jalando la chaqueta del elegante traje a medida—, vámonos.

«¿Qué pasaría con su familia si algo salía mal?» Se preguntó sumiéndose en la misma pequeña depresión que tenía desde la aparición de aquellos bultitos. Porque no era solo que le hicieran una extracción, eso no le preocupaba, lo que le preocupaba eran los pasos posteriores.

¿Y si generaba cáncer testicular.?

¿Si era algo irreparable cómo le explicaba a Julianne que quizás tendría que dejarla sola con dos pequeños?

Era cierto, las parcas podían tomar tu hilo de la vida en cualquier momento, pero nadie se imaginaba cuán pronto podía ser aquello. Su cabeza había estado amasando, salpimentando y ahogando tantos pensamientos negativos que ahora solo tenía la mente en blanco y aquella pregunta sin responder.

Justo cuando él le había prometido aquel felices para toda la vida que ambos habían esperado con ansias, el destino le daba un rechazazo que le hacía pensar en lo efímera que era la vida. Todos eran, solo un pequeño soplo en el desierto. Un insignificante segundo en el reloj del padre tiempo.

¡No quería pensar en ello! Pero no podía evitarlo. Rogaba que el examen fuera rápido y positivo para sus planes. No podía, no quería, tener que dejar

indefensa a la familia que había formado con la mujer que amaba, y que lo amaba. Les había costado mucho su estabilidad actual como para no pelear por ella.

Santo escuchó que la puerta de la habitación, que estaba única y exclusivamente a su entera disposición, comenzaba a abrirse. Inmediatamente se imaginó que sería su hermano. Alessandro era el único que sabía de aquello y le prometió ir a verlo antes de la corta intervención. Allí estaba. Puntual y responsable como siempre. Lamentablemente, las doras que había estado solo, habían hecho a Santo pensar sobre todo lo que podía salir mal. Aunque con riesgo mínimo, aquello era una operación en toda la regla. No era nada ambulatorio.

Suspiró.

Sea lo que fuere que el destino le tenía preparado, él quería dejar algunas cosas listas.

—En dos horas entraré al quirófano —su voz parecía realmente cansada, como si no hubiera dormido toda la noche—. Alessandro, quiero dejar las cosas preestablecidas y solo te voy a pedir que de pasarme algo...

—Cállate, por Dios—Santo se giró al escuchar la voz llorosa de su mujer. Y vio que estaba allí de pie, y detrás de ella su hermano mayor.

—Aretusa...

—No te atrevas a dejarme a cargo de otra persona. Ni siquiera lo pienses, ni tampoco lo digas, porque eso no va a pasar. Nunca —dijo la mujer mientras las lágrimas que había estado intentando no soltar se deslizaban por sus mejillas. Santo fue hacia ella y la unió a su cuerpo en un asfixiante abrazo. Uno que necesitaban ambos en ese momento—. Nosotros te amamos, yo te amo, y te necesitamos con nosotros. No importa el resultado futuro de esto —agregó aferrándose a su cuello—. Saldremos de esta como hemos salido de muchas a lo largo de esos años. Juntos somos más fuertes cuándo vas a comprenderlo.

El hombre solo apretó a su mujer contra su cuerpo porque no podía verla llorar, ni mucho menos escucharla atragantarse con sus propias lágrimas. Le destrozaba por dentro el saberse responsable de aquella amargura. Quiso fundirla contra su pecho, con su propia alma para llevarla con él a donde fuera. Julianne parecía pensar lo mismo porque, por unos segundos, acalló sus labios y simplemente formó parte de un uno absoluto con su marido.

Santo levantó la mirada hacia su hermano con verdadero reproche porque él no debió dilucidar aquel secreto. Alessandro se encogió de hombros, pero no

tenía la más mínima expresión de sentirse culpable.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó dolida golpeándole con suavidad el pecho— ¿Por qué tienes siempre que intentar tomar decisiones que solo me competen a mí? ¿Por qué mentirme con algo tan serio como esto?

—Tranquila, mi amor —le pidió acariciándole la espalda para que se calmara y para que los sollozos que comenzaban a humedecer la bata de la clínica cesaran.

—¡He estado mortificándome por semanas! ¡Pensando una estupidez tras otra, Santo! —explicó—. Mi corazón ha llorado lágrimas de sangre al llegar a la conclusión de que me habías dejado de querer. ¿Sabe el tormento que fue para mí? ¿Los días que estuve despierta toda la noche mirándote dormir mientras pensaba cómo lograr que volvieras a amarme?.

Julianne se alejó de él un poco para levantar la mirada y acunarle el rostro. Los lagrimones se precipitaban cual kamikazes por las mejillas de la trigüeña latina. Con una de sus manos, Santo le limpió el rostro humedecido, así como el cuello y el inicio de sus pechos.

—Yo nunca voy a dejar de amarte, Aretusa. Nunca, ni en esta vida ni en la otra. Ni tampoco en la que sigue. Te encontré por fin, mi amor. Y no voy a dejarte ir. —Santo acunó la mejilla femenina—. Intentaba protegerte...

—No necesito que me protejas —interrumpió ella—. Necesito que me prometas que a partir de este momento para cualquier situación somos uno solo —La mujer miró aquellos ojos verdes que tanto amaba—. Ahora comprendo tu comportamiento de las últimas semanas y me duele que pasaras solo por toda esa desazón, cuando estoy yo para cuidarte, para protegerte. Soy tu soporte tan igual como tú eres el mío.

—*Amore...*

Alessandro observó la escena en mutismo total. Su mirada fue a dar hacia la cartera que Julianne había dejado caer al suelo. Imaginaba que sería de alguna marca carísima y a la mujer no le había importado en lo absoluto soltarla con tal de abrazar a su hermano. Comprendió que para ella, primero estaba Santo. Julianne ni siquiera se había dado cuenta en qué momento de la conversación había comenzado a hablar en español. Y estaba seguro que no le importaba.

—¿Acaso no comprendes que te amo, Santo? —Continuó Julianne—¿Por qué me haces esto? —Ella lo besó— ¿Cuándo vas a entender que esto —Golpeó su pecho con el índice, para luego golpear el de Santo—, esto, podemos, tenemos que pasarlo juntos? ¿Acaso no me amas? ¿Acaso no

confías en que voy a cuidarte, mi amor?

Ella le reprochaba entre incontrolables sollozos.

Alessandro observó cómo las lágrimas simplemente se le caían por las mejillas. Sintió su dolor y su angustia. Su cuñada estaba dejando salir semanas de frustración, de desasosiego en forma de grandes gotones que empapaban su rostro delgado.

—Claro que te amo, Aretusa —Respondió Santo igual de emocionado por la reacción de Julianne. Él siempre había estado solo, y le había pedido consejo a su hermano cuando las cosas se ponían peliagudas, pero ahora tenía a quien recurrir en todo momento—. Tú eres lo más maravilloso de mi vida. Tú y nuestros hijos —le dijo levantándole la barbilla para que lo mirara—. No lo dudes nunca.

—Por esto estabas tan alejado de mí en estas últimas semanas ¿verdad? —Él asintió con pena, sintiéndose culpable—. Eres un idiota, Santo —lo regañó—. Debería golpearte —dijo intentando sonar enfadada pero más pareció un pequeño berrinche. Ella acarició el rostro masculino con sus manos—. Tienes que entender, mi amor, que no estás solo. No volverás a estar solo nunca más. Estoy aquí para ti. Porque allí cuando ni siquiera tu alma te soporta, siempre voy a estar para ti. No me puedes apartar de tu vida de esta manera. Mantenerme al margen cuando pasa algo así. No quiero que me apartes porque pienses que con eso me estás cuidando —suspiró—. Yo jamás te abandonaré, jamás te dejaré caer. ¿Tú me dejarías caer? —preguntó Julianne.

—Jamás—sentenció Santo rodeándola para abrazarla con fuerza, para demostrarle cuánto la amaba por su valentía, por su coraje.—. Pensé que te estaba cuidando, mi vida. No te darías cuenta. Ahora comprendo que fui un idiota.

—¿Cómo no iba a darme cuenta, cariño? ...

Santo la besó, interrumpiéndola. Juntó su frente con la de la mujer y la observó.

—Lo siento, mi amor.

Un poco más tranquila, Julianne se abrazó a Santo colocando la mejilla en su pecho. Necesitaba sentirse cerca de él, aspirar su aroma y recobrar las fuerzas que había perdido en el camino. Suspiró, llena de amor por aquel hombre.

—Prométeme que nunca más volverás a hacer algo así. Casi me muero de la angustia —le pidió—. Eso es el matrimonio, Santo. No es esta sortija —le

mostró el dedo anular, dónde descansaba la muestra de su matrimonio—. Tampoco el ser amantes, ni padres, ni amigos. El matrimonio es ser cómplices en todo, sin importar cuán feo, cuán malo pueda ser. Se basa en el apoyo mutuo. Porque te juro, mi amor, que prefiero hacerme trizas las rodillas antes de dejarte tocar el suelo.

Santo negó con un nudo en la garganta, sintiéndote terriblemente emocionado con las palabras de Julianne. No podía decir nada que ella no hubiera dicho ya. Ahora sabía que había cometido un gran error. A partir de ese momento, todo lo enfrentarían juntos.

Carraspeó, intentando encontrar su voz.

—Te lo prometo —respondió peinando algunos de los mechones que se habían escapado de su recogido sin forma, seguramente por el viaje en coche.

Permanecieron abrazados algunos minutos más, susurrándose palabras de amor.

Alessandro se sintió repentinamente incómodo. Algo novedoso para él, porque no había cosa en el universo que lo pudiera contrariar, pero aquello lo hacía. Estaba robándole un momento a Julianne y a su hermano. Un momento íntimo, privado. Vio que ninguno de los dos se había dado cuenta de que él estaba allí. Parecía menos importante que el color de la pintura de la pared.

¿Julianne habría tenido razón en lo que decía? ¿El matrimonio era todo eso?

Su matrimonio con Lena nunca había sido así. Ahora le parecía una ridícula pantomima, porque bajo el nuevo prisma que había puesto en la palestra Julianne, le daba hasta vergüenza el decir que alguna vez había estado casado con Lena. Ellos habían tenido pasión, mientras duro, pero luego no hubo nada. No recordaba haber participado de un momento cálido, incluso después de haber nacido su hijo. No había tazas con cafés recién hechos, o el aroma a alguna travesura de repostería. No como con Sandya, qué incluso odiándolo, se había ofrecido a socorrerlo desinteresadamente porque sabía que necesitaba de toda esa ayuda. Sacrificándose por un niño que no era suyo. Que nunca lo sería. Y por el contrario, era la prueba de que él, en el pasado, la había traicionado y herido profundamente.

Pero Sandya había aceptado ser parte de un espectáculo solo porque él lo había decidido así.

Y no había chistado.

No se había quejado en lo absoluto y por el contrario, siempre estaba velando porque su pequeña y disfuncional familia se auto-reparara.

¿Acaso debía contar con Sandya como Julianne le decía a su hermano que

contara con ella?

¿Hablar con ella de todo lo que Lena estaba haciendo y rogar con que sus consejos solo buscarían el bienestar de Dante y el suyo?

Sandya si lo haría. Ella estaría dispuesta a abrir su corazón a él. Lo había hecho muchas veces, pero, la pregunta del millón era si él estaba dispuesto a hacerlo.

Capítulo 37

Julianne acomodó algunas pertenencias de Santo en el armario de la habitación mientras este dormía.

Agradecía a Dios que todo hubiera salido bien en la intervención quirúrgica. Él cirujano les había explicado; a Alessandro y a ella, que todo estaba en orden. Habían logrado remover los agentes cancerígenos y limpiado la zona. Tendría que volver en una semana y someterse a algunos tratamientos, pero si seguía las indicaciones médicas al pie de la letra, su recuperación sería por completo.

Se sentía estúpida, por haber pensado alguna vez que la responsable de su cambio había sido Ellen, su exmujer. No debería haber dudado nunca de Santo. Ella siempre había tenido una confianza plena en él, pero su mutismo la había vuelto paranoica, la había hecho ver fantasmas donde no los había. Ella le había preguntado en numerosas ocasiones por su cambio y Santo siempre había guardado el más absoluto silencio. ¿Cómo podía haberle ocultado algo tan grave? En realidad, estaba tan enfada con él como consigo misma. ¿Cómo nunca sospechó nada? Si Sandya hubiese estado en su lugar, habría hecho sonrojar al mismísimo Gobierno Federal de los Estados Unidos. Ella siempre recelaba de todo el mundo y analiza al dedillo hasta el más mínimo cambio. Alessandro era la horna de su zapato. Con él bajaba la guardia. Una y otra vez. A veces se preguntaba si en el fondo, una parte de ella sabía de todos sus trucos, pero simplemente prefería mirar hacia otro lado para estar todo el tiempo que pudiera con él.

No podía culparla.

Cuando Alessandro le había comentado lo que le pasaba a Santo, ella misma había visto con abrumante claridad, delante de sus iris, cómo el reloj de su tiempo juntos se aceleraba y quemaba llantas. Entonces rogó. Oró por Santo. Le imploró tanto a Dios que debía haberse cansado de oír su voz.

Por fortuna, sus plegarías habían sido escuchadas.

Julianne levantó la cabeza al oír un golpe en la puerta.

Se figuró que sería Alessandro, que a diferencia de ella, y de su más absoluto desconocimiento, él había estado con su hermano desde el inicio de

la pesadilla, pero en su lugar, a la que vio cruzar el umbral con la violencia de un vendaval fue a Ottavia Galiano.

Como esperaba, arremetió directamente contra ella.

—Eres una furcia malagradecida. —La afrentó mientras la agarraba del brazo, asegurándose de tenerla bien sujeta—. ¿Y tú te consideras una buena madre? ¡Ni quiera has tenido la delicadeza de informarme sobre la salud de mi hijo!

Para entonces, los ojos de Julianne estaban ampliamente abiertos con sorpresa y horror. Ella miró a su suegra, apenas creyendo lo que estaba escuchando. Santo yacía inconsciente en una cama de hospital y su madre desgastaba el tiempo de visita insultándola a ella. Nunca había tenido una relación estrecha con ella, pero eso no le daba derecho a tratarla como lo hacía en esos momentos. Repentinamente se llenó de furia.

—Un poco tarde para demostraciones de abnegada y preocupada madre, ¿no cree? —Le escupió Julianne entre dientes, temiendo despertar a Santo.

Tiró hacia atrás, lejos de aquella enloquecida mujer. Su agarre se debilitó pero no la dejó ir por completo. La sujetó como pudo y levantó una mano para abofetearla.

—¡Cómo te atreves, infeliz!

Pero el golpe quedó a medio camino, entre la palma abierta de su mano y su cara cuando Alessandro apareció de la nada la detuvo y bloqueó con un rápido movimiento el impacto.

—¡Cálmate! Este no es el lugar ni el momento —sentenció él con dureza y con la fría calma que solo contenía una ira efervescente. Le apretó la muñeca para jalarla hacia atrás—. ¿O acaso el odio te ciega tanto la razón que eres incapaz de ver que tu hijo está en esta habitación recuperándose de una intervención?

—¡Es tu culpa y la de esta mujer que yo no haya estado con mi hijo! —le recriminó Ottavia—. Oh, mi pobre Santo. Mi niño.

—Ella no tenía idea de nada —la defendió Alessandro, sacudiéndola y manteniéndola alejada de su hermano—. Discúlpate ahora con Julianne.

—Seguramente ella le dijo que lo hiciera. Yo sabía que esta mujer no era buena para mi hijo.

—¡Ya basta, Ottavia! —regañó Alessandro perdiendo los estribos.

A toda velocidad, él abrió la puerta de la habitación y casi la arrastró hasta la base de las escaleras que comunicaban con las diferentes plantas de la

clínica. La adrenalina le inundaba las venas, la ira le tensaba todos los músculos del cuerpo, y sólo un pensamiento ocupaba su mente.

—Esa mujerzuela no debería estar aquí, no es más que una intrusa —murmuró Ottavia—. Yo nunca aceptaré ese matrimonio. Ella y esa amiga suya con la que has tenido la ridícula idea de enredarte, no son más que unas trepadoras sin clase. No son más que un par de...

Furioso como el infierno, Alessandro entornó sus fuertes dedos alrededor del delgado brazo de la mujer, sin ningún tipo de contemplaciones. Ella jadeó de dolor.

—Si quieres continuar disfrutando de una cómoda existencia, tienes veinticuatro horas para elegir un país, el destino exacto en el que vivirás por el resto de tus días, Ottavia —decretó amenazadoramente oscuro como solo Alessandro podría lograr—. No volverás a pisar Palermo en lo que te quede de vida, así que aléjate de Santo, de Julianne y de sus hijos. Si te acercas Sandya o a mi hijo, lo lamentarás. Porque te juro, Ottavia, que si lo haces, te voy a hundir tanto en la miseria que solo desearás la muerte —explicó lento y pausado como si estuviera recitando un antiguo conjuro de maldición—. Has colmado mi paciencia y estas son las consecuencias. Te lo advertí, yo no soy Santo. Yo no me toco en el corazón por la mujer que nunca nos quiso.

Era tarde. Tan tarde que ni siquiera la servidumbre seguiría despierta a esas horas de la noche. El día había sido tan frenético que apenas había provocado bocado. Decidió comer algo antes de darse una noche y meterse en la cama. Con suerte, Sandya estaría aún despierta y él podría reclamar sus atenciones.

Alessandro se encaminó hacia la cocina para cumplir con uno, al menos, de los deseos marcados.

Se paró en seco cuando vio a Sandya con, prácticamente medio cuerpo dentro del refrigerador. La delgada y ridícula tela de la camisola que llevaba puesta destacaba su trasero en forma de corazón. Se apoyó en la encimera, pensando que, si ignoraba la erección que ocultaba la fina tela de sus pantalones, esta desaparecería.

—¿No hay un poco para mí?

Sandy dio un respingo y se giró. Lo miró con los ojos como platos. Tenía una tarrina de helado en las manos y una cuchara en la boca.

—Por amor de Dios, Alessandro —exclamó ella desalojando el metal de su boca y acercándose a él—, un día de estos vas a matarme de un susto.

Cuando estuvo a su altura, Alessandro se inclinó sobre ella y Sandya pensó que entreabría sus labios para besarla. Esperó, reprimiendo sus emociones. Pero en vez de eso, metió los dedos en la tarrina del helado de frambuesa que comía y se los llevó en la boca de una forma indecente. A Sandya se le atoró el aliento mientras lo observaba. Aquella imagen era lo más erótico que hubiera contemplado nunca. A continuación, repitió la operación, pero en esa ocasión condujo los dedos hacia su boca. Ella automáticamente entreabrió los labios y los chupó. Emitió un profundo gemido de satisfacción como si acabara de tener un maldito orgasmo y sus mejillas se acaloraron por ello.

Entonces volvió a esperar.

Esperó algunas de sus provocaciones para llevársela a la cama, pero él simplemente continuó estudiándola con una expresión inescrutable en la cara. Sólo su ceño fruncido desvelaba alguna cosa sobre su estado de ánimo. Finalmente, ella sintió que tenía que romper aquel incómodo silencio.

—Estás muy callado esta noche. ¿Ha sucedido algo? —preguntó, y como si su maldita mano cobrara vida propia le acarició con los dedos el cuero cabelludo, tal y como solía hacer con Dante cuando estaba intranquilo.

Alessandro estaba embriagado en ese coctel de sentimientos; por un lado tenía aquella caja de pandora que pugnaba por abrirse, por dejar fuera afectos que no podía controlar, por otro lado, sus infames y acusadores pensamientos y esa vorágine de deseo que sentía siempre que estaba Sandya al lado. ¡Por qué tenía que haber aparecido!

¡Él estaba bien solo y amargado!

Entonces, si pensaba eso, ¿por qué se pregunta una y otra vez si alguna vez Sandya llegaría a necesitarlo como había visto que Julianne necesitaba a su hermano?

Aquel pensamiento pasó por su mente como un relámpago. Seguramente no. Sandya no estaba a su lado por propia voluntad. Él había utilizado las artimañas más sucias y bajas que conocía para retenerla. Esa era la única verdad y él haría bien en no olvidarlo nunca. Pero lo olvidaba. Quedaba en el olvido cada vez que su cuerpo lo tocaba. Cuando tenía alguna muestra de afecto hacia él o hacia Dante. El pequeño que se había ganado parte del corazón de Sandya. Lo envidiaba. Envidiaba a su propio hijo. ¿Cómo era eso

posible?.

—¿Quieres hablar sobre ello?

—No quiero hablar —gruñó buscando su cuello con los labios para dejar un rastro de besos—. Yo solo... Te necesito. —Colocó una mano en la parte posterior de la cabeza de Sandya e irguió el rostro para succionarle el labio inferior—. No te atrevas a rechazarme. Esta noche no... Por favor.

Alessandro la atrajo más a sus brazos con un rugido casi animal y la apretó contra sí. Le devoró la boca con intensa pasión. La tensión aumentó, llevándolos a un punto de gran excitación, y él movió las caderas para que su dureza se frotara contra el punto dolorido entre las piernas de Sandya. Cuando la parte inferior de su cuerpo empezó a presionarse contra el suyo, buscando alivio, supo que había conseguido que se excitara de pies a cabeza.

Un sonido gutural nació en lo más hondo de la garganta Alessandro.

En todo lo que podía pensar en ese momento era en arrancarle la ropa de un tirón y poseerla.

Allí mismo.

Donde fuera.

Solo un instante más tarde en el dormitorio, Alessandro agarraba las muñecas de Sandya y se las subía por encima de la cabeza. Las retuvo allí con una sola de las suyas y con la otra le subió la camisola y se deshizo de su pequeño short.

Quería penetrarla, empalarla de un solo golpe.

Se abrió con un ágil movimiento de muñeca el pantalón y liberó su rabiosa erección. La colocó en la entrada de la femineidad de Sandya y empujó quedamente. Deteniéndose para disfrutar de la sensación de sus labios vaginales abriéndose para recibir cada pulgada de él. Metió un poco más de sí mismo mientras lanzaba un jadeo seguido de un gruñido. Sandya cogió su atractivo rostro entre sus manos y lo besó con la misma suavidad con la que él estaba invadiendo su cuerpo.

La tortura era deliciosa pero insoportable. El sexo salvaje podía elevar a la más alta cumbre del placer y conquistarla con gran rapidez; pero aquello era más. Era más que dos cuerpos dándose mutuo placer. El sentirlo conquistando cada centímetro de su estrecho canal le daba una nueva dimensión al erotismo, una nueva cara a la pasión y hacía que cada movimiento, cada ingreso, cada temblor, cada jadeo erizara los vellos más

pequeños de su piel.

Sandya pensó que su corazón bombeaba más sangre de lo humanamente permitido y que cada una de sus terminaciones nerviosas estaban en alerta como una sirena esperando el siguiente huracán. Gimió y sintió la necesidad natural de mover las caderas mientras la invasión se hacía más y más culminante. Ella lo quería todo de él. Todo.

—Dime que me necesitas —le pidió Alessandro en un susurro bajo y sexy al oído—. Pídeme, por favor, que nunca permita que te alejes de mí.

Aquella petición le llegó al corazón a Sandya que se movió onduladamente mientras sentía que por primera vez ambos estaban haciendo el amor. Porque aquello no podía ser solo sexo. Aquello era algo más. Algo dulce, celestial y puro.

—Te necesito en este momento y para siempre, mi amor.

La embestida lenta y penetrante de la lengua de Alessandro se vio acompañada por la de su miembro viril, el cual se movió dentro de ella, con una cadencia larga y pausada, penetrando cada vez más adentro con cada nueva embestida. El sonido de piel chocando contra piel llenaba la habitación. Él gimió guturalmente cuando las manos de la mujer acariciaron sus hombros y se deslizaron después por su espalda. Sandya separó aún más las piernas para facilitarle el acceso a su interior.

Nunca antes había sentido algo tan perfecto en su vida.

Las palabras habían quedado trabadas en la garganta y fueron los cuerpos los que buscaron la manera de comunicarse. Todo era una bella y sensual danza.

Alessandro necesitaba sentirla así, cerca. Sentirse una parte de ella. Y lo era, lo fue cuando el clímax alcanzó el cuerpo de ambos dejándolos laxos, y ella gritó su nombre.

Por primera vez, Alessandro Visconti había ganado a Dante Barone. Sandya era de Alessandro Visconti y no volvería a ser de Dante Barone nunca más.

—Grazie —La beso suavemente, saboreando el amor en sus labios. Cuando retrocedió y la miro de nuevo, pudo ver su vida en ella. Ella era suya. Ella sería suya para siempre—. Quizás, después de todo, no sea el hombre que te mereces, Sandya. Pero para tu desgracia, no estoy dispuesto a dejarte marchar.

Ella se sorprendió ante aquello. Era lo más cerca que Alessandro había estado de decirle que la quería en su vida.

Sandya alzó la mano y tocó la cara. Todo lo que había en su corazón se reflejaba en su mirada. Un hombre podía cometer muchas estupideces por una mirada así. Una mirada así de una mujer como ella podía hacer que él pensara que no había nada que no estuviera dispuesto a hacer por ella.

Capítulo 38

En los días siguientes, a Sandya se le instaló una opresión de tristeza en el pecho. Se sentía desesperada por las largas ausencias de su esposo. Sabía de su adicción al trabajo. Había constituido el centro de su universo durante toda su vida, restando importancia a todo lo demás, incluida la familia, aunque él nunca lo reconocería. Pero ella había llegado a pensar que, por primera vez, estaba reestructurando sus prioridades, y que tanto Dante como ella ocupaban un sitio privilegiado en lo más alto de su pirámide personal.

¡Qué ilusa!

Le habían bastado solo unas pequeñas vacaciones con su familia para, nada más volver a Palermo, regresar a sus viejos hábitos. Ahora más que nunca, este se levantaba temprano y sólo regresaba muy tarde por la noche. Los únicos momentos que Alessandro y ella compartían, eran aquellos en los que él se deslizaba en silencio en la cama y buscaba el calor de su cuerpo. Con el paso de los días, la manera de hacer el amor entre ellos se convirtió en algo violento e impersonal. Él usaba su cuerpo para descargar los peores sentimientos. Alessandro ya no le susurraba tiernas palabras en italiano en los oídos, ni la provocaba con picardía para acostarse con ella. Era como si tuviera que hacerlo y ya.

En más de una oportunidad se rebeló rechazando sus caricias, y fue entonces cuando con determinación casi salvaje, él rompía todas las barreras que ella trataba de erigir entre los dos, y haciendo uso de toda su maestría sexual, hacía posible que fuera incapaz de hacer otra cosa que no fuera responder y acceder a todos y cada uno de sus deseos más oscuros. Tal vez el dolor y la preocupación que podía vislumbrar fugazmente en la expresión de su rostro al liberarse de la tensión gracias al sexo, tenían también su parte de responsabilidad; pues ella solo podía pensar en aliviar su pesada y secreta carga. Porque Alessandro no le hacía el amor a ella, sino que trataba de desahogar la frustración y la ira que, intuía, sentía. ¿Pero hacia quién?

Intentó en más de una ocasión que se abriera a ella, que le contara qué le estaba pasando, pero era como chocarse con una pared una y otra vez. El resentimiento lejos de desaparecer parecía ir creciendo en su interior, y ella ni

siquiera sabía por qué.

Sandya levantó la cabeza para ver la hora que era y se dio cuenta de que Boris, el chofer y segura que Alessandro dejaba a cargo de Dante y de ella, no tardaría en traer de vuelta a maravilloso bribón.

Esa mañana le había tocado estar con Lena, por lo que cuando el pequeño llegara quería darle una sorpresa.

Y es que la tarde anterior, cuando Alessandro le comunicó que su madre había solicitado que fuera a verla al día siguiente, la expresión del niño se tornó meditabunda. Sandya había tenido que contener el impulso le confesarle a Alessandro que Dante no quería ir y que hiciera todo lo posible por impedirlo, puesto que esa decisión no le correspondía tomarla a ella. Al fin y al cabo, ella no era la madre de Dante, y Lena se había encargado de recordárselo en varias ocasiones.

Sí, en efecto, ella no era su madre biológica, pero sería la mejor madrastra que Dante pudiera tener jamás.

Para demostrárselo, entre otras cosas, se había pasado toda la mañana detrás de las placas vitrocerámicas de la cocina, encargándose personalmente del almuerzo de ese día, preocupándose sobre todo en confeccionar los platos favoritos del pequeño. Traviata había estado de acuerdo cuando le contó sus planes, por lo que la había ayudado de buena gana, y dado todo un curso intensivo de cocina italiana. Para ser honesta consigo misma, lo cierto era que ella había sido la aprendiz de cocina y Traviata su maestra y *Chef*.

Había sonreído satisfecha al ver el resultado final del *arancini* y de las croquetas de arroz con rollos de pez espada, acompañado todo ello con el típico *cannoli* con requesón.

Solo esperaba que todo estuviera delicioso y que nadie acaba con una gastroenteritis.

Adoraba al niño tanto como adoraba al padre. En una estrategia conjunta, se habían robado su corazón. No podía negar que en los cinco años anteriores, había deseado ser ella la madre del pequeño y protegerlo, mimarlo y tener la oportunidad de arroparlo por las noches. Darle todo el amor del mundo y apoyarlo de forma incondicional en todas sus metas y sueños. Su cuota de maternidad estaría plenamente cubierta con Dante.

El semblante de Sandya adoptó de repente una expresión preocupada, preguntándose como encontraría al pequeño de ánimo cuando llegara a casa. Entonces recordó, como una vez más, en la última ocasión en la que había

visitado a su madre, más tarde, al acostarlo en su cama, este le había suplicado que no apagara la luz. No era la primera vez que insistía en dormir con la luz encendida, pero ella sabía que aquel miedo a la oscuridad era muy habitual en los niños. Sin embargo, su fuero interno le gritaba que allí estaba ocurriendo algo y que debía averiguar qué antes de que fuera demasiado tarde.

—Señora Sandya, el niño Dante ya está aquí —comentó Traviata, también ansiosa por saber cómo respondería el pequeño.

La preocupación de Sandya aumentó mientras echaba un rápido vistazo al reloj que colgaba de una de las paredes de la cocina. No lo esperaban hasta dentro de hora y media. Apresurada, se limpió las manos en el delantal antes de quitárselo y doblarlo sobre la encimera. Se alisó con las manos la blusa de lino fresco y blanco que llevaba puesta, así como los *leggings* negros. Después salió hacia el salón, casi en carrera, para alcanzar al niño. Pero solo encontró a Boris.

—Dante subió, señora — El hombre la observó. Su expresión alterada no pasó desapercibida para ella y el corazón le dio un vuelco.

—¿Sucede algo, Boris? —preguntó—. ¿Algo que deba saber?

—Es... —Él pareció dudar por un momento, como si sopesara las consecuencias de lo que pudiese contar.

—Adelante, hable —murmuró la mujer mientras se acomodaba la trenza que se había hecho esa mañana en el hombro derecho. Frunció el ceño al ver que el hombre no respondía. Se pasó la lengua por los labios con nerviosismo —. ¿Ha pasado algo que debemos saber mi marido o yo? Por favor, hable, no se quede callado.

—El niño Dante ha estado muy taciturno en todo el trayecto. No ha querido que nos detuviéramos en su pastelería favorita. Se ha comportado de un modo bastante extraño, señora. Puede estar incubando una gripe de verano, quizás. No lo sé.

—¿Pasó o viste algo extraño cuando lo recogiste en casa de su madre? —soltó ella con un nudo en el estómago.

Él negó.

—Como siempre salió el ama de llaves de la señora Cameron para entregarme al pequeño. Ella me dijo que el niño tenía que irse temprano porque su señora tenía una cita muy importante este mediodía.

Sandya asintió y luego le obsequió una sonrisa forzada.

—Gracias, Boris, puedes retirarte.

Sandya no perdió ni un solo segundo y subió las escaleras principales con premura. Entró en el dormitorio de Dante de golpe y encontró al niño recostado en la cama. Tenía la cara enterrada en la almohada. Sandya contuvo el aliento y se acercó. Cuando se sentó a su lado, en el borde de la cama, le acarició la cabeza con ternura.

—Hola, mi príncipe, ¿cómo estás? ¿Tienes sueño?

—Hola, Sandya —murmuró él pero no se movió ni un ápice.

—A que no adivinas el postre que ha comprado Traviata hoy. Mmmm — Sandya se saboreó sonoramente para motivar la curiosidad del pequeño.

—No tengo hambre.

Las respuestas cortantes del niño la hicieron recordar a las que daba su padre cuando estaba molesto. No cabía duda que Dante era una versión pequeña de Alessandro.

—Ah, entonces no quieres *cannolis*. ¿Me los puedo comer yo todos? — insistió ella.

—Si quieres.

Mordiéndose el labio inferior, Sandya se recostó al lado de Dante en silencio. Si el niño era como el padre, él solo vendría, solo tenía que darle un respiro. Así que estuvieron varios minutos allí, simplemente recostados el uno al lado del otro, en completo silencio. Fue el propio Dante quien finalmente se dio la vuelta y la abrazó. El niño enterró su rostro en su pecho y la apretó con fuerza.

Sandya sintió un nudo en la garganta y una pesadez en el estómago como si le hubiera golpeado con un puñetazo el abdomen.

—Mi niño hermoso... —canturreó besándole la coronilla de la cabeza—. Que le pasa a mi hermoso bebé, por qué está tan triste mi príncipe. ¿Estás cansado?

—No

—Entonces, ocurrió algo —susurró para que solo él la escuchara.

—No

—¿Qué te parece si te preparo un baño espumoso, te traigo un *cannoli* con leche y te leo un cuento?

El silencio prolongado de Dante le dijo que el niño estaba sopesando su oferta.

—¿Tú me quieres, Sandya? —preguntó súbitamente el niño temeroso.

Sandya le rascó la cabecita y dejó caer un beso.

—Claro que sí, mi vida. Te robaste mi corazón cuando apenas eras un bebé. Eras tan pequeñito, el niño más precioso el mundo. Cuando te cargué en brazos por primera vez, agarraste con fuerzas uno de mis dedos con toda tu mano —Ella agarró la mano del niño y entrelazó sus dedos con los suyos.

—¿De verdad? —Dante elevó la mirada ilusionada.

—Sí, y quise robarte en ese preciso instante —Rió Sandya, atrayéndolo fuertemente a su regazo—. No quería ni siquiera que tu papá te llevara lejos de mí. Quería llevarte conmigo a casa.

—Te quiero, Sandya —el susurro del niño fue casi imperceptible, pero Sandya lo escuchó.

—Yo también, cariño. Y tu papá también. Eres un niño amado. Tus tíos y primos te adoran y tu abuela Teresa también. Y yo sé que tu madre también te quiere.

Dante se puso rígido en sus brazos y Sandya sintió cómo el ambiente volvía a cambiar a su alrededor.

—¿Dante? ¿Sucedió algo?

—No, no creo que mi mamá me quiera. Hoy se enojó mucho porque sin querer rompí uno de sus jarrones. Me regañó y me castigó.

—Ya, mi vida —le susurró y lo regresó a sus brazos—. A veces los adultos tenemos muchas cosas en la cabeza y no nos comportamos de la mejor manera. No pienses más en ello, y vamos para bañarte.

Dante asintió y se levantó con ella de la cama. Se encaminaron al baño, donde ella comenzó a preparar el ritual. Llenó la bañera y lo ayudó a desvestirse.

—Vamos a deshacernos de esto —le dijo—. Luego, cuando venga papá, le diremos para ver una película juntos, ¿qué te parece? —Sandya agarró el brazo del niño, pero este se hizo a un lado. Extrañada le quitó por completo la camiseta—. ¿Qué te pasó aquí?

Horrorizada, Sandya examinó el moretón que se le había formado al niño en el brazo. No era una persona negativa, pero siempre había tenido la tendencia de pensar primero lo malo y luego lo no tan malo. Lamentablemente, en ese momento, estaba elucubrando la peor manera en la que Dante se hubiera podido hacer aquello. ¿Acaso Lena había golpeado a su propio hijo? ¿Ese era el castigo que mencionó el pequeño?

Dante permaneció callado.

—¿Qué pasó, cielo? Es mejor que me digas para poder ayudarte.

—Mi mamá me pellizcó. Ella estaba muy enojada porque rompí su jarrón y me agarró fuerte de los brazos y me zarandeó —explicó el niño—. Me dijo que ojalá hubiera sabido antes que sería un problema.

Ella sintió náuseas y dolor de cabeza. Dolor de cabeza y sentimiento de culpa.

—Y cuando mamá te castiga, ¿cómo lo hace? —su voz se fue apagando. Estaba en estado de shock.

El niño pareció pensarlo un instante. Sandya le dio un suave apretón en la mano para insuflarle valor.

—Una vez que me quedé a dormir, mamá me dejó encerrado en la habitación sin luz porque me porté mal. Suele gritarme por todo, por eso no quería ir. —Él continuó contándole cada traumática experiencia mientras ella lo ayudaba a entrar con cuidado en la bañera y sentarse en ella. Para cuando hubo terminado de narrar, ella ni quiera se atrevía a mirarlo a la cara sin derrumbarse. Trataba de controlar las lágrimas.

—¿Qué tal si traigo alguno de tus barcos?

—¡Sí!

En realidad, había sido solo una excusa para salir de allí y hacer lo que tendría que haber hecho desde que vio la primera señal de abuso.

Necesitaba poner sentido común de una vez por todas.

Agarró el teléfono que había en la habitación de Dante para emergencias y buscó el número de Alessandro en la agenda. Su pulgar se congeló a pocas pulgadas de la pantalla y empezó a caminar de un lado a otro en el dormitorio con el teléfono en la mano. Algunos errores eran imposibles de enmendar. Sintió ganas de llorar. Tenía que contarle la verdad a Alessandro. Le diría lo que había sucedido y cómo había sido. Intentaría hacer que comprendiera, por qué se había quedado callada hasta entonces, si sospechaba que estaba ocurriendo algo tan grave con su hijo.

Sandya sintió un sudor frío perlar su espina dorsal. No sería fácil decírselo.

Tal vez su marido pudiera perdonarla. Tal vez ella pudiera perdonarse a sí misma algún día.

Se sentó lentamente en el sofá azul de la habitación y tragó saliva. Antes de que pudiese perder el valor presionó la yema de su dedo pulgar en la casilla de llamada.

Iracundo como estaba, Alessandro, estaba a punto de ingresar en el Club de campo cuando divisó en los estacionamientos un *lamborghini huracán rojo* que le resultaba familiar y una melena rubia y otra castaña aún más familiares. Súbitamente notó que estaba a punto de hacer erupción. Etna sería solo un juego de niños en comparación con lo que él estaba sintiendo en esos momentos.

Camino a pasos agigantados hacia los dos individuos que se disponían a subir en esos momentos al vehículo aparcado.

Estaba allí con un objetivo. Un único propósito.

Lena Cameron.

Aquella mujer se merecía un castigo ejemplar. Ninguna madre debería hacer sufrir a su propio hijo. Sangre de su sangre. Pero un pensamiento se le cruzó por la cabeza. Su madre era el mejor ejemplo de desapego femenino que tenía en su vida. Ya que el matrimonio con su padre solo había hecho subir en la escala social a la familia de su madre y cuando le tuvo, vio que le habían entregado las llaves de su cárcel. Igual como lo había hecho Lena.

Bufando como un toro bravío descruzó los pocos metros que lo separaban en el ruedo del diestro, y cuando tuvo el capote torero frente a frente, embistió sin contemplación.

—Pero mira quien nos honra con su agradable compañía...

Alessandro no respondió, simplemente se dio la vuelta y estampó un puñetazo en la mandíbula de Paolo Falcone. Quién retrocedió un paso al ver no solo un hombre, sino también una bestia hambrienta.

—¡Métete en tus propios asuntos, Falcone. Esto es un asunto entre mi exmujer y yo —Se observaron directamente un breve instante. Llameantes ojos verdes enfrentados en otros similares de color caramelo claro.

—¡Pero qué es lo que te pasa! ¡¿Has perdido completamente la cabeza?! — cuestionó Lena con una mano en la boca al ver la sangre en la camisa de Paolo. La sangre brotaba de su nariz y de su labio partido—. Pao... Paolo, llama a la policía.

Él soltó una carcajada carente de humor.

—Sí, Paolo, llámala, que venga. Así, tal vez, puedas contarles qué clase de castigos empleas con mi hijo.

—No... No sé de lo que estás hablando.

Tragó con fuerza. Alessandro estaba tan colérico que daba la apariencia de

haber crecido varias docenas de centímetros y de hacerse puesto, repentinamente, mucho más grande y musculoso, para impregnar su demoníaca esencia por todas partes. Solo tenía que ver sus ojos para comprender que estaba absolutamente fuera de sí mismo.

Debía intentar evitar cualquier discusión con él. Era lo mejor que podía hacer; lo más sensato. Lena pensó que solamente una vez lo había visto de esa manera. El mismo día que había llegado a la casa mojado, sucio y con muchas manchas de sangre en la ya no tan inmaculada camisa. Sangre, que él le había asegurado que no era suya.

—No juegues conmigo, Lena—estalló él.

—¡Cálmate, Alessandro! —suplicó ella haciéndose a un lado para evitar que él pudiera agarrarla. No quería ni imaginar que podría hacerle, pero lo que si sabía era que mataría por su hijo—. Te estás comportando como un energúmeno.

—Yo te voy a enseñar a maltratar a mi hijo —rumeó él antes de estirar una mano y jalonear a Lena.

—Suéltame, Alessandro. Me haces daño. ¡Suéltame!

—Más daño recibirás si no abres bien los oídos y escuchas lo que voy a decirte. Vas a firmar una declaración donde renuncias a la custodia de mi hijo. Porque te juro que si no lo firmas Lena, me aseguraré de que sea lo último que hagas en este maldito mundo. Porque si vuelves a poner un solo dedo encima de mi hijo, juro por Dios que te mataré con mis propias manos.

—¡No me amenes, Alessandro! —chilló la mujer asustada y levantó una mano para abofetear alguna parte del cuerpo de su ex marido.

Alessandro se lanzó encima de ella y una de sus manos le rodeó el cuello. Ella abrió los ojos desmesuradamente y boqueó.

La frustración y el descontrol, la anarquía se había enraizado en el torrente sanguíneo. No solo tenía la sangre revuelta, sino también los pensamientos. Todo en él clamaba venganza.

—Me. Has. Entendido. —destacó lentamente cada una de las palabras.

Cuando Lena asintió desesperadamente, él la soltó con brusquedad. Ella cayó como un peso muerto al duro pavimento del estacionamiento, tosió y se llevó las manos a la garganta, mientras observaba, con ojos inyectados de rabia como él comenzaba a alejarse.

Capítulo 39

Julianne Belmonte apresuró el paso y corrió casi como si estuviera en un maratón. El gorila de la puerta había sido un trámite complicado de sortear. Ni siquiera su identificación había ayudado.

Había recurrido incluso al chantaje y a la siempre eficaz compasión. Pero, por lo visto, lo único que había obrado el milagro había sido que, su cuñado Alessandro estaba allí, y necesitaban que alguien lo controlara y se lo llevara antes de que tuvieran que llamar a la policía. Ella asumiría ese trabajo y se aventuró hacia interior del Club de campo.

No le llevó demasiado tiempo identificar a Alessandro.

Él salía iracundo y salía endemoniado. Ni siquiera parecía verla. Estaba encerrado dentro de sí mismo y del halo de ira que parecía envolver cada pulgada de su intimidante cuerpo...

—¡Alessandro!

—¿Qué diablos haces tú aquí?! —gruñó con fuerza. Julianne se quedó impactada por su brusquedad. Ella pensó en lo que le diría pero no creía que fuera a ayudar mucho que ella hiciera algo así, pero sí clavó su mirada en el hombre que respiró con fuerza y volvió a repetir con fría calma—. Te lo preguntaré de nuevo. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Acaso me sigues?

La mujer no sabía qué responderle, simplemente observó su camisa blanca. Efectivamente, ella no había visto mal, habían unas gotas rojas manchando la prístima blancura.

—¿Eso es... sangre? ¿Alessandro, estás bien? —preguntó casi auscultándolo como hacía con Gianluca— ¿Tengo que llevarte a una clínica? ¿Qué pasó?

—No es nada, Julianne. Ten —Se sacó del bolsillo del pantalón el llavero del coche—. Tres reglas. Uno: No se te ocurra chocarlo, rajarlo o cualquier otra cosa porque tu marido pagará. Dos: No conduzcas como una abuela. Tres:...Vámonos ya.

Sorprendida, Julianne aceptó las llaves y fue hacia el coche. Ambos se subieron en silencio. Julianne puso primera y aceleró. El auto rugió como un verdadero león y salieron al encuentro del gris asfalto público.

—¿Sandya te envió? —preguntó de pronto con curiosidad.

—Sí, tenía miedo de que hicieras cualquier locura y no estaba para nada equivocada —murmuró negando con la cabeza.

Julianne vio al hombre fruncir el ceño y guardar silencio. Seguía colérico pero ahora había algo más. Parecía preocupado.

—Dante...

—Él está bien. Le dije a Sandya que llamara al médico para que pudiese constatar las lesiones y, sobre todo, que dictamine si son o no de gravedad.

—Bien, pero podríamos ir un poco más rápido. Conduces como mi abuela.

—Debería haberte dejado allí y que golpearas a todo el mundo, eso seguramente se hubiera visto de lujo en la seguidilla de demandas. Oh, no, señor, deja de enseñarme los dientes.

Alessandro hizo un mohín hacia un lado.

—¿No deberías estar trabajando? —preguntó.

—Tengo un horario muy flexible. Puedo tomar descansos para salvar a mi cuñado de nuevos escándalos mediáticos —Julianne rió—. Me debes la vida.

—Y tú a mí tu trabajo —escupió él enfadado.

Julianne detuvo el coche en el acto haciendo que Alessandro se fuera hacia adelante. No llevaba puesto el cinturón de seguridad. Al maldito hombre le gustaba el riesgo, por lo visto.

—¿Qué?—dijo girándose hacia su malhumorado cuñado—. ¿Qué has dicho?

« Bien hecho, Alessandro » . Se dijo. Hasta allí llegaba el secreto.

—La editorial para la que trabajas forma parte de la diversidad de negocios de la familia Visconti.

—¿Santo sabe esto? —curioseó aún sin poder creer lo que escuchaba.

—Al inicio no, pero luego se dio cuenta y le pareció una magnífica idea.

Alessandro vio por el rabillo del ojo como Julianne apretaba la mandíbula y como los nudillos se le ponían blancos en el volante. Aguardó, casi con resignación, el berrinche que, sin duda, llegaría a continuación. ¿Cómo podía Santo soportar esa bomba de relojería?

Pero para su sorpresa, ella solamente sonrió de oreja a oreja.

—Lo hiciste por Sandya, ¿verdad?

—Es una buena inversión y ambas han demostrado ser rentables — argumentó él con la mirada fija hacia adelante en el cristal—. Son negocios.

La sonrisa de Julianne se hizo más amplia si cabe, porque el lenguaje

corporal de Alessandro decía otra cosa. Incluso el aura infernal que irradiaba se había ido apagando al hablar de su amiga.

—¿No vas a reclamarme y renunciar? —preguntó sorprendido.

—Afortunadamente para ti, me gusta mucho mi trabajo. Así que no voy a reclamar nada —se encogió de hombros—. En todo caso, queda en familia.

—Entonces ahora sí puedo decirte que odio el sofá rojo que colocaste en la oficina de la presidencia. Quítalo.

—¡Oye, es un bonito sofá!

—Es horrible.

Julianne bufó con fuerza.

—Me gustaba más mi jefe cuando no tenía cara y no hablaba. Así no podía quejarse.

Alessandro sonrió. Con el tiempo, había comenzado a disfrutar del sentido del humor de su cuñada, incluso de sus puyas. Era muy dada a darlas y también tenía correa para recibir las. Nunca la había visto enfadarse con alguna jugarreta. Y le había tendido varias.

—Voy a tener un control más estricto en el área de personal. Hay mucha insolencia en los ejecutivos.

Julianne reanudó el trayecto con una sonrisa.

—No te decapito porque no quiero dejar a Sandya viuda tan pronto —rió mostrándole la lengua—. Aún tienen mucho por recorrer.

—Quiero llegar a casa.

—Sí, Sandya estuvo muy nerviosa cuando hable con ella—aventuró.

—Entonces deberías pisar el acelerador.

—Sí, su capitán.

Estuvieron en silencio algunos minutos mientras Julianne sorteaba el tráfico italiano con habilidad pero con mucho nerviosismo.

Cuando vio que estaban por llegar a la entrada del palazzo, lo observó con el rabllo del ojo. Parecía ansioso. Lo podía notar porque movía el pie derecho tal y como lo hacía Santo. Supuso que era un rasgo de familia.

—¿Realmente la amas no es así? —dijo Julianne, descubriendo quizás su secreto.

Alessandro no respondió inmediatamente y tampoco lo hizo con una de sus frases cínicas. Simplemente observó el cielo a través de la ventanilla y suspiró.

—Solo conduce.

Julianne sonrió.

—No estoy haciendo bien, esto podría considerarse traición. No debería ayudarte pero...—tomó la última curva a la izquierda—.Sandya nunca te olvido. Te ama como la primera vez, hace cinco años. Solo espero que la ames de la misma manera, porque no merece menos.

—Yo...

—No te preocupes, ya lo sabía. El gran cínico terminó su acto.

—O te apresuras o detienes el coche para bajarme —gruñó él.

—Vale, jefecito. Vale. ¿No quiere una valeriana para esos nervios?

Ella era tan insoportable como su hermano. Eran tal para cual.

Bajaron del coche una vez Julianne estacionó. En el mismo instante en el que ambos llegaron a la puerta, ésta se abrió y Alessandro estiró los brazos en el momento preciso en que Sandya se lanzaba a abrazarlo y ver que estaba bien.

—¡Por Dios bendito! ¡Alessandro! —dijo acelerada—No me hagas esto, me matas del susto.

—Tranquila, *pajarito*. Todo está bien. Todo está bien —susurró acariciando su cabello cuando ella apoyó su cabeza en su pecho.

Estuvieron así algunos minutos más. Julianne no quería arruinarles el momento. Se veían tan bien así que solo alguien sin corazón se interpondría.

Pero la guerra comenzó pronto.

—¡Mamá! ¡Mamá! Galia le rompió un florero a tía Sandya—Gianluca salió corriendo de la casa y gritando a todo pulmón.

Julianne le señaló que guardara silencio, pero fue muy tarde. Alessandro y Sandya ya se habían soltado y miraban alrededor.

—Lo siento...

—Vamos a ver a tu hermana, dejemos a tus tíos.

Sandya observó a su amiga entrar en la casa y se giró a ver a Alessandro.

—¿Qué te pasó en la mano? —preguntó viendo los nudillos rojos y magullados de la mano de Alessandro. Levantó la mano del hombre y le dio un pequeño beso—. Ya te curaré luego.

De repente, Alessandro vio que Sandya se marchitaba delante de sus ojos. Él le levantó el rostro.

—¿Qué pasa?

—No sé si debo preguntarte o no qué pasó.

Alessandro de dio cuenta que el único culpable de que ella tuviera esas

inseguridades era él. Que con su silencio y hermetismo había logrado que no supiera si el tema a tratar era de su importancia o no.

—Hablaremos luego, ahora quiero ver a Dante.

—El médico lo vio y dijo que sus lecciones son leves, afortunadamente. Pero que emitirá un reporte. Así podrás tener pruebas que te ayudarán en la corte.

—Pero se encuentra bien ¿verdad? —Alessandro parecía asustado.

—Ya que nadie almorzó, que te parece si...

—¡Papá!

Dante cerró la distancia y Alessandro cargó a su hijo. Lo apretó con fuerza.

—¿Cómo te sientes hijo?—inquirió Alessandro.

—¡Bien ahora, papi!

El Niño acostó su cabeza en el cuello del hombre. Alessandro entrelazó sus dedos con los femeninos.

—Vamos...

Luego de almorzar, Santo se presentó en la casa. Alessandro y él estuvieron algunos minutos en el despacho para que pudiera ponerlo al día de los últimos eventos y luego, deseándole suerte para el día que tendría luego, abrazó a su mujer y con los niños regresaron a su casa.

Alessandro bostezó y cerró el portátil. Se había pasado las últimas horas en videoconferencia con sus abogados para tomar decisiones sobre lo acontecido. Cuando estuvo todo listo, subió las escaleras y vio que aún había luz en el dormitorio de Dante. Soltándose la corbata, fue hacia allí y observó adentro.

Sandya estaba cruzada de brazos y observaba dormir al pequeño con amor. Una punzada de dolor le recordó a Alessandro la concepción de su hijo. Odiaría a Lena toda su vida por eso. Porque había provechado un momento de debilidad y ahora intentaba destrozarle la vida al pequeño. Todo porque no logró cumplir su merecido.

Avanzó y rodeó el cuerpo femenino. Sandya se sobresaltó al sentir las manos del hombre en su cintura y la dureza de sus músculos en su espalda. Suspiró.

«*Tendría que decirle tarde o temprano*» pensó. Sintiendo que la culpa por haber callado tanto tiempo estaba por asfixiarla. Sus ojos se cristalizaron, al ver lo indefenso y pequeño que era Dante.

—Tranquila, cariño. Él estará bien.

El hombre apoyó su mandíbula en el hombro femenino pese a que para eso, tenía que agacharse mucho.

—Yo... creo que...

—Sandya —La llamó, pero ella solo se contrajo cuando no pudo controlar más su llanto. Alessandro la giró y con el pulgar intentó limpiarle las mejillas —.Shh... no tienes que ponerte triste. Yo me encargaré de que no vuelva a pasar.

—Oh, Alessandro lo siento mucho. Perdóname—Murmuró ella en medio del llanto.

—¿De qué hablas? —Preguntó confundido—¿De qué tengo que perdonarte?

—Yo lo presentí. Me pareció ver en Dante cambios psicológicos y físicos pero no te dije nada, me dije que estaba paranoica. Pero no—sollozó agarrándose con fuerza a la camisa del hombre—.Si yo hubiera hablado antes esto no hubiera ocurrido nunca.

Con un brazo, Alessandro enganchó su cuello para jalarla más hacia él. Hasta que la ropa fuera el único impedimento de que estuvieran más unidos. La abrazó, besó su frente y acuñó su húmedo rostro para besarla con ternura en los labios.

—No lo sabias con seguridad. Hiciste lo correcto, cariño.

—Pero pude evitar que Lena siguiera causándole daño... lo que no entiendo es como si es su madre...

—El que le diera a luz no quiere decir que sea su madre. Tú eres más madre para Dante que ella—La interrumpió—. Y yo daría todo cuanto tengo por haberte hecho el amor años atrás y que Dante fuera tuyo. Que él nos hubiera unido en vez de separarnos.

—Alessandro...

—Ahora me gustaría tantas cosas —se lamentó—. Como el revertir la vasectomía, el que Dante fuera nuestro hijo. Tuyo y mío. Pero mi mayor deseo es no dejarte ir nunca. Prométeme, Sandya, que no te irás nunca de mi lado.

—Lo prometo—murmuró asintiendo pese que sabía que era como firmar un contrato con el diablo. No le importaba venderle su alma.

—Qué has hecho conmigo... —Susurró para luego besarla suavemente y con tal sensualidad que llevaría a la locura a cualquier mujer cuerda.

—¿Crees que nuestro bebé estará bien? —preguntó Sandya.

—Lo estará. Es un Visconti, y la vida le ha enseñado a ser un guerrero.
—Espero que tengas razón...

Alessandro estaba en el despacho luego de dejar dormida a Sandya en la cama y de ver que su hijo estuviera bien. Se refugiaba como siempre de los problemas en el trabajo. Sus reuniones de aquella tarde habían ido bien. Habían resultado fructíferas. Pero habían durado demasiado. Ahora, a las diez de la noche, después de que los abogados se hubieran marchado en sus respectivos coches, él continuaba inmerso en los últimos balances que le habían hecho de sus hoteles en Europa.

Pero le era imposible concentrarse. No podía ver números y cifras, cuando su sangre aún exigía una venganza. Se preguntó cómo es que iba a resolver lo de Lena. Según sus costumbres oscuras en la mafia siciliana, ella tendría que pagar su castigo como lo habían hecho muchos otros por tocar al heredero legítimo de un *capo*. Con la muerte. Si él dejaba ese cabo suelto, el respeto hacia él simplemente se haría agua.

« *Más no pensaba hacer nada* » pensó sacudiendo la cabeza. No era una vida que quisiera para su hijo y el hacer que Lena pagara por ello, solo haría que Dante tuviera la obligación de responder ante todas aquellas oscura figuras con un pacto de sangre por sangre. “*Ellos lo habían defendido y protegido; y en el futuro exigirían su protección*”. Tenía que evitarlo a toda costa. La llevaría a juicio y si era posible la refundiría unos años en la cárcel hasta luego sacarla en una fuga y hacer que desapareciera del mapa diciéndole lo que había sobre el tapete. O desaparecía o la mafia la seguiría.

—¿En qué mierda estaba metido?! —gruñó. Pasándose la manos por el rostro.

Recordó en ese instante el rostro congojado de Sandya pidiéndole perdón. Quiso tenerla a su lado y contarle todos aquellos demonios que lo atormentaban, pero sabía que no era posible. No podía manchar la pureza de alma y espíritu de Sandya con algo así. Él tenía la obligación de cargar solo con las culpas de sus ancestros.

—¡Malditos fueran todos!

¡Esperaba que se estuvieran pudriendo en sus tumbas!

Desde su abuelo hasta su padre

Ellos lo habían destrozado y seguían haciéndolo. Intentaban destrozarse su familia.

Si había palabras para consolar a Sandya y a su hijo, él no las conocía. No había nada que pudiera hacer para borrar el dolor de sus rostros.

De modo que había hecho lo que le pedía el corazón, y rogó para que fuera suficiente. Se había acercado a ellos y los había tomado entre sus brazos.

Alessandro esperaba que ella lo rechazara, que le dijera que todo había terminado entre ellos. Lo esperaba como solía hacerlo durante su infancia y, de repente, para su horror, se puso a llorar.

No podía culparla.

Desde que se conocían, le había estado pidiendo y pidiendo, sin darle nada a cambio, y Sandya había cedido todo el tiempo.

Y, para rematarlo, ni siquiera le había prestado atención a su hijo y a lo que le estaba pasando,

Deberían darle una paliza. Qué demonios, lo que necesitaba era una lobotomía.

Alessandro clavó los ojos en el número que parpadeaba en su móvil y torció la boca antes de contestar.

—¿Qué sucede? Es tarde —dijo él extrañado por la llamada

—Se trata de señora Cameron, su exmujer. Ha sufrido esta tarde un trágico accidente automovilístico. Al parecer alguien la sacó de la carretera y se dio a la fuga.

—¿Se encuentra bien?

—No, lamento comunicarle que ha fallecido en el acto. Los agentes sospechan que ha podido tratarse de un homicidio. Hay un testigo indirecto que ha denunciado al supuesto responsable.

—¿Y de quién se trata?

—De usted, señor Visconti. Unos agentes se dirigen estos precisos momentos hacia su domicilio.

Capítulo 40

Lo de hacía dos noches había sido una auténtica locura. Santo la había despertado diciéndole que no se preocupara pero que tenía que ir al *palazzo* con urgencia. Julianne solo había tenido que escuchar la palabra “*palazzo*” para salir disparada de la cama, preguntando qué había pasado y si Sandya, Dante y Alessandro estaban bien. Santo la había calmado lo mejor que pudo, pero solo le dijo que le explicaba en el camino y que no podían perder tiempo. Sin decir palabra alguna, Julianne se enfundó en lo primero que encontró: una sudadera negra, unos pantalones de mezclilla y zapatillas. Llamó a Cecilia para que viera a los niños y luego salió detrás de su marido.

No había tenido que interrogarlo porque él le dijo que la policía había detenido a Alessandro. Lo culpaban de la muerte de Lena. Recordaba que se tapó la boca con sorpresa al escuchar aquella noticia. Lena estaba muerta. Automáticamente pensó en Sandya y en Dante.

¡Maldito fuera Alessandro y su impulsividad!

Llegaron al *palazzo* solo para que Santo cruzara dos palabras con su hermano y luego, a ella le tocó la difícil tarea de levantar a su amiga y decirle lo que había pasado a grandes rasgos, le habló del testigo, de la amenaza de muerte de Alessandro a Lena. Sandya se había descompensado y Traviata la había apoyado con algo de valeriana.

¡Jesús bendito! ¿Cuándo esa familia tendría paz?

Sandya pensó en Dante instantáneamente. Julianne le dijo que haría todo lo que estuviera en su mano para cuidar de ambos. Santo y ella lo harían así se dejaran la piel. La convenció para cambiarse de domicilio. Julianne recordó elegir las palabras precisas para que ella accediera: “*Dante está en peligro por la prensa*”. Ni siquiera le dijo que ella también lo estaba. A Sandya en ese momento poco le importaba su persona, pero a Julianne sí.

Con su amiga se había levantado una vez más e hizo una pequeña maleta. Con la ayuda de Traviata, habían hecho todo en tiempo record y para cuando Santo regresó, ambas mujeres y un dormido Dante en los brazos de Sandya lo estaban esperando.

Santo dio indicaciones a Traviata y a Boris sobre lo que dirían si es que alguien preguntaba. Luego, cogió a Dante en brazos y fueron hacia el coche.

Julianne suspiró. Una noche movida en la familia Visconti.

Al llegar a casa, ella se había encargado de Sandya y Dante. Santo la besó suavemente, para informarle que tenía que ir a casa de su abuela. Teresa Barone hacía varios meses que sufría del corazón y no podía recibir ninguna noticia demasiado fuerte, por lo que Santo tenía que prepararla. Luego iría a la comisaría. Que no lo esperara despierta.

¡Pero demonios que ninguna de las dos mujeres había podido dormir toda la noche! De eso ya dos noches y aún no sabían nada.

El mutismo de Santo las volvía locas.

Julianne apagó el televisor sabiendo que nada bueno saldría de las noticias aquella mañana. Desde hacía varios días el tema estrella tenía como protagonistas principales a los Visconti, pero sobre todo a su cuñado Alessandro. Por lo visto, la familia más polémica de Sicilia había vuelto más escandalosa que nunca.

La mujer lanzó el mando al sofá y exhaló un suspiro exagerado.

Había tenido que telefonar a la editorial en la que trabajaba como editora en jefe y relaciones públicas para informar de que ese día, tampoco, aparecería por la oficina. Dadas las circunstancias, si ponía un solo pie fuera de la mansión la prensa se le echaría encima como buitres carroñeros y la ametrillarían a preguntas. Su móvil ya había sonado más veces de las que podía recordar por la prensa. Así que, por el momento, trabajaría desde casa en comunicación constante con su secretaria. Jamás permitiría que la editorial quedara a la deriva. Sobre todo, cuando era consciente más que nunca de como todos los negocios de la familia, indudablemente, sufrirían una buena sacudida.

Estaban acusando a Alessandro de asesinato. No se trataba de un juego de aficionados. No, para nada. Su cuñado había entrado directamente por la puerta grande en la liga de élite. Julianne odió reconocer que, ojalá su familia estuviera entreteniéndola la sobremesa del país con un chisme trivial. Pensó, incluso, en como unas imágenes íntimas recorriendo las principales webs para adultos del mundo, como las que Santo y ella habían protagonizado una vez en la playa, en esos momentos tendría mayores forofos dentro de los Visconti. Cualquier suceso era mejor que un cargo por homicidio. Porque estaban hablando de un crimen, de un asesinato a sangre fría.

Julianne se había ocupado cada mañana de ocultar los diarios para evitar que Sandya y Dante tuvieran acceso a aquella información. Sobre todo, para proteger al pequeño de las viejas gallinas cluecas que chismorreaban sin parar. Porque su curiosa amiga podría informarse de la situación a través de

internet.

Afortunadamente, la testaruda Sandya les había hecho caso a Santo y a ella por una vez y se había trasladado con Dante a su hogar. Al menos, hasta que las aguas volvieran a su cauce natural. Porque una fotografía de la mujer por la que Alessandro había decidido acabar, literalmente con Lena Cameron, o de su hijo desolado, era el botín más codiciado por la prensa. Y no podía permitir que su familia tuviera el trasero al aire. Si estaba en su mano, protegería a todos. Incluso al mismo Alessandro.

Julianne bebió un poco del contenido de su taza y caminó hacia el ventanal que daba directamente al mar. Dante había estado preguntando, insistentemente, por su padre en los últimos dos días. Santo se había encargado de disfrazarle un poco la verdad; el pequeño ya tenía suficiente con la muerte de su mamá, independientemente de si esta fuera la peor madre del mundo. Le había contado que Alessandro estaba en una reunión muy importante en Hawaii, pero el niño era demasiado inteligente, demasiado intuitivo, como para sospechar que le ocultaban algo. Además, Alessandro solía llamarlo diariamente y repetidas veces al día, cuando salía de viaje. Ahora, sin embargo, los días transcurrían y su progenitor continuaba ausente.

La taza en las manos de Julianne tembló cuando, después de regresar al centro de la estancia, se inclinó sobre la mesa de café para dejar la delicada porcelana sobre la bandeja de plata y vio el teléfono olvidado en ella. Recordó el doloroso instante en el que Sandya y ella descubrieron a Dante levantar el teléfono para verificar si tenía línea. Habían tenido que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no derrumbarse mientras el corazón se les partía por la mitad. ¿Qué pasaría si condenaban a Alessandro?

Se enderezó y jaló ambas mangas del pullover intentando que la piel no se le pusiera de gallina. Estaban en verano, pero aquella situación le congelaba las entrañas. Estaba preocupada por su amiga, pero, sobre todo, por el pequeño que había perdido no solo a su madre, si no, y posiblemente, a su padre también.

Eso había pasado la noche anterior y no había podido hacer nada con la descomposición de Sandya. Se había retirado pronto a su habitación y ella la había escuchado llorar en medio de la noche cuando, sin poder pegar un ojo, había querido comprobar cómo se encontraba.

No sabía por qué le tendría que sorprender.

Sandya era la mujer más sensible que conocía.

Respiró hondo.

—Solo acepto que estés perdida en tus pensamientos si es que te estás preguntando con que me sorprenderás esta noche —El susurro fue bajo y gatuno mientras la abrazaban por atrás y se pegaban a ella. Le besaron con suavidad en el cuello y un gemido de placer brotó como flor en primavera de sus labios. Reconocía aquellos brazos, aquellos besos—. ¿Sigues preocupada, *mia amore*?

—Sí —articuló ella, dándose la vuelta para apoyar el rostro en el pecho de su marido.

—Lo resolveremos, *Aretusa* —Santo la estrechó contra él y le besó la frente—. Hemos salido de cosas peores, mi vida. No te preocupes.

—No puedo evitar preocuparme —Se estremeció—. No puedo hacerlo cuando veo a las personas que quiero sufriendo. Me siento tan impotente por no poder hacer nada por ellos.

—Eso no es cierto, cariño. Estás aquí para ellos.

—Sandy se encierra en sí misma. Nunca se queja, nunca expresa abiertamente lo que le pasa por la cabeza y nunca quiere compartir la carga de su dolor. Ni siquiera conmigo, Santo. Nunca lo hace. Pero la veo sufrir en silencio. ¿Sabías que Alessandro no quiere verla? No entiendo por qué le hace eso. ¿Acaso no sabe que le está haciendo daño?

—Está protegiéndola, Julianne —Ella levantó la mirada hacia él—. Será muy duro para ella verlo allí, en un calabozo, por eso lo evita. Yo en su lugar haría lo mismo.

—Comenzando con que espero que nunca me hagas pasar por una situación de este tipo —le rogó abrazándolo—. No me hagas pasar nunca por algo así. Te lo ruego.

Santo suspiró abrazando a su mujer y apoyó la mandíbula sobre su cabeza.

Él no podía hacerle esa promesa porque no sabía si la podría cumplir al cien por ciento. Intentaría tomar decisiones usando la cabeza, pero no sabía si en algún momento su temperamento lo haría cometer una tontería.

—Te amo, Julianne. Te amo.

—Y yo, mi amor —aseguró abrazándose más fuertemente a él.

Estuvieron varios minutos con los cuerpos entrelazados. Compartiendo en silencio sus esperanzas y también sus preocupaciones. De pronto y sin previo aviso, Santo jaló de su cintura mientras con una mano levantaba su barbilla para besarla con ternura y con aquella pasión que calentaba su sangre hasta la ebullición. Julianne respondió inmediatamente a su ruego y olvidó el tema, prestando mayor atención a saborear aquellos labios.

—Debería pensar en quedarme esta mañana en casa y que mi esposa acepte quedarse en la cama conmigo. Maldito Alessandro —gruñó él con fingido humor y liberándola—. En nada lo tendremos de vuelta con su habitual cinismo y se mofará de todos nosotros por estar con estas caras largas

Julianne forzó una sonrisa y le guiñó un ojo. Santo la atrapó de las caderas para evitar que ella se alejara.

—Querido...

—Shh... —La acalló atrayéndola de nuevo a sus brazos—. Me gusta tenerte así, cerca de mí.

Santo se preguntó si es que él no era demasiado crédulo. Sabía, mejor que nadie, de lo que era capaz su hermano. Solo había que arañar un poco en su memoria para descubrir que estaba plagado de eventos que harían que Julianne pensara que eran un par de monstruos. Pero nada como aquel día, la primera vez que vio a su hermano cortarle un par de dedos a alguien por indicación de su padre. Él le había rogado que no lo hiciera, pero su padre lo premió con la paliza de su vida: varios huesos rotos y una visita de urgencia al hospital. Su abuela lo había llevado en una ambulancia al encontrarlo tirado en una habitación semi-destruida. En su diagnóstico médico se había escrito que se había caído de la copa de un árbol. Ninguna caída dejaría aquellos traumatismos físicos y psicológicos.

Julianne lo observó apretar la mandíbula y la presión de sus brazos se hizo más dura, casi insoportable. Su marido era un hombre fuerte. Muy fuerte...

—Mi amor... —Lo llamó intentando soltarse—. Santo... —Pero la presión no mermó en lo más mínimo—. ¡Santo, me haces daño!

El aludido volvió en sí. Sacudió la cabeza y parpadeó varias veces. Estaba intentando dispersar la niebla de su pasado. Abrió sus manos y acarició con mucha ternura los magullados brazos de su mujer.

—Lo siento, *Aretusa* —inquirió con voz quebrada por el horror—. Te he hecho daño. Lo lamento mucho... Yo...

Pero la única respuesta que obtuvo de Julianne fue una sonrisa de medio lado. Estaba adolorida, pero aún en esos momentos, ella hacía todo lo posible por calmarlo. Él acarició sus brazos evitando que sus ojos se encontraran.

—¿Qué recordaste? —curioseó ella, probando suerte. Deseaba descargar su balanza.

Pero su marido solo la miró, la besó en la frente y en la mejilla y luego la envolvió en un tierno abrazo.

—Nunca quise hacerte daño, Julianne, perdóname. No volverá a ocurrir

jamás.

—Buenos días —saludó Sandya mientras aparecía por las puertas dobles—. Siento mucho interrumpir.

—No te preocupes —declaró Julianne alejándose de Santo y yendo hacia su amiga.

El hombre, aún perturbado por su violenta reacción, fue a sentarse en uno de los sillones. Julianne sintió el momento exacto en que Santo se alejaba de allí. En el que se encerraba en sí mismo y parecía otro bello mueble de aquella hermosa casa.

Lo miró con pesar.

—¿Todo bien?

—Claro que sí —respondió Julianne a su amiga, intentando que el alejamiento de Santo no fuera motivo de debate entre ellas—. ¿Irás hoy a la comisaría?

—Espero que hoy si pueda recibirme —Se lamentó Sandya.

—No te preocupes —La animó palmeando la mano de la canaria—. Estoy convencida de que podrás verlo y sino, Santo lo obligará a hacerlo. ¿Verdad que sí, cariño?

El hombre pestañeó y enfocó la mirada en ambas mujeres que lo contemplaban con la esperanza pincelada en su iris.

—No —sentenció con demasiada rudeza.

Julianne lo miró con un reproche que el hombre no comprendió en lo más mínimo.

—Ya sabemos que Alessandro no quiere que Sandya vaya, pero tú puedes hacer algo... —insistió su mujer—. ¿Realmente no ayudarás a tu cuñada en esto?

Santo se encogió de hombros. No era algo en lo que él pudiera decidir.

—Igual iré —sentenció Sandya colocándose un bléiser sobre el vestido largo de seda—. Así no quieras llevarme.

—Te llevaré —indicó rápidamente él—, pero no puedo prometerte que Alessandro te recibirá.

—Anda, cariño —Lo sedujo Julianne acercándose a su marido y haciéndole un puchero parecido a los que hacía Galia cada vez que la dejaban en el parque—. Hazlo por mí, por favor.

Sandya espió a la feliz pareja y sonrió con tristeza. Su amiga se acercó al oído de su marido y le susurró suaves palabras que lograron que Santo cambiara la enfadada expresión. No tenía ni idea de lo que le estaba diciendo,

pero mientras lograra su cometido, Julianne podía prometerle el sol y las estrellas.

Porque ella no iba a pasar un día más sin ver a su marido, así tuviera que irrumpir en la delegación como un maldito huracán.

Se había mentalizado y hasta había hablado con su terapeuta para que le diera consejos sobre cómo deshacerse de la ansiedad. Había practicado casi toda la noche y aquella mañana puso un aclarador de ojeras en su rostro como único maquillaje.

Dante dormía, así que Julianne se encargaría de velar por su seguridad. Ella tenía que ver a Alessandro. Tenía que hacerlo.

—De acuerdo, de acuerdo. Lo haré —gruñó Santo de repente. Julianne asintió agradecida—. Te esperaré fuera, Sandya.

Santo salió de la habitación dejando a su esposa con su cuñada. Sabía que necesitaban un momento a solas.

—¿Está molesto? —preguntó Sandya.

—Preocupado —aclaró Julianne—. Toda la situación de Alessandro lo tiene tensionado.

—Todos estamos igual.

—No te preocupes, yo me quedaré con los niños hasta que regreses, mientras, tú ve con Cesare.

—No, no podría —Negó efusivamente con la cabeza—. Cesare está a tu cargo y se debe quedar contigo y con los niños en casa.

—Insisto —terqueó—. Como bien dices, nosotros nos quedaremos en casa, por lo que no importa a quién deje Santo a nuestro cargo. La casa es un completo bunker —Se carcajeó—. Santo es un exagerado con la seguridad y ha convertido la mansión en un refugio completo en el que hasta una amenaza nuclear sería un juego de niños.

Sandya rió pero la alegría no le llegó a los ojos. Sabía que Alessandro era de la misma opinión. No descartaba que el palacio en el que vivía con él tuviera entradas y pasadizos secretos que pudieran ser utilizados cuando se requiriese.

—Pero, Jules...

—No tienes de qué preocuparte, los niños y yo no nos moveremos hasta que regresen. Sé que Cesare es un amigo para ti, necesitarás sentirte segura allí y no encuentro mejor hombre para ese trabajo.

—Si eso te deja más tranquila... De acuerdo.

Capítulo 41

Sandya examinó con cierta timidez a todos lo que transitaban por el pasillo: Gente y policías que iban de un lado al otro, correteando con documentos y con personas que entraban esposadas y dirigían hacia a las salas de interrogatorio. El cuerpo aún le temblaba y sentía el estómago dando vueltas dentro, como si hiciera mortales invertidos. Volvió a encogerse en su asiento. Por mucho que lo intentara, no podía hacerse más pequeña en la silla en la que estaba sentada, esperando. Pero quería pasar desapercibida.

Al ingresar en aquellos muros grises se había sentido muy angustiada. La prensa atestaba los alrededores de la comisaria y habían bordeando el vehículo en el que viajaba junto a Santo, Cesare y Ringo, quien hacía las veces de guardaespaldas y chófer, para ver de quién se trataba. Afortunadamente, los cristales estaban tan blindados como tintados y no habían podido obtener la ansiada imagen que daría la vuelta al país. No obstante, ella no había podido evitar ponerse la capucha del delgado jersey negro que llevaba puesto para tapar tontamente su rostro. Durante el trayecto, había estado sumamente tensa y nerviosa, pero por suerte, Santo había estado ahí calmarla. Pero ahora no estaba por ningún lado.

Sandya entrelazó los dedos de sus manos y se los retorció, rezando para que Alessandro no se negara a recibirla.

Demasiado intranquila para permanecer quieta, cerró los ojos y se mordió el labio inferior. Podía notar como el aire comenzaba a faltarle con cada minuto que transcurría allí parada, sin tener noticias. Además, para empeorar aún más si cabe las cosas, su traicionera mente la torturaba calculando la cantidad de gente que podría haber dentro y que tendría que sortear cuando ingresara a las entrañas mismas de la delegación. Empezó a hiperventilar. Estaba completamente segura que le daría una de sus crisis, quizás la más grande desde que conocía a Alessandro. Inspiró por la boca intentando llenar sus pulmones y calmar la sensación de falta de oxígeno.

Debía serenarse.

Se acarició una mano con la otra mientras sentía la boca completamente seca. Le sudaban las manos y el corazón tronaba en su pecho como si intentara salirse de su lugar. Le dolía incluso la caja torácica. Tocó su alianza de bodas e intentó controlar la respiración. Intentó por todos los medios tener

aquel estrés bajo raya; aun cuando era muy difícil. Tragó, dándole vueltas a la resplandeciente alianza de oro blanco y diamantes como si tuviese un tic nervioso. Concentró todos sus sentidos en girar el aro alrededor de su dedo anular. Dácil, su terapeuta, siempre le había dicho que, para evitar una crisis, tenía que concentrarse en un punto. Solo en un punto. Así que se concentraría en aquel ejercicio.

Derecha. Izquierda. Derecha. Izquierda.

Necesitaba relajarse, porque a nadie le importaba realmente que estuviera allí. Cada quien hacía su rutina con normalidad y absolutamente nadie le prestaba atención. Pero su psiquis aún le decía que estaba en peligro. No podía apagar la alarma una vez que se encendía.

Cabeceó.

«*Estaría bien. ¡Iba a estar muy bien!*»

Con el mantra lanzando un extintor en el fuego de su miedo, su respiración comenzó a estabilizarse poco a poco. Su corazón, por el contrario, continuaba bombeando con la violencia suficiente como para infringirle daño. Encogió los hombros, intentando darle más espacio para que disminuyera el dolor.

—¿Te encuentras bien, Sandya? —preguntó Cesare de pronto a su lado y ella abrió abruptamente los ojos al tiempo que daba un brincó en su asiento—. Lo siento, no quería asustarte.

Sandya exhaló con fuerza y sacudió la cabeza en un gesto negativo, como si no entendiera por qué se disculpaba con ella.

—En cualquier caso, es culpa mía. Estaba completamente ensimismada en mis pensamientos y ni siquiera te escuché acercarte.

Cesare ocupó el asiento vacío a su lado.

—¿Necesitas que te traiga algo? ¿Un café? ¿Agua?

—No, gracias. Estoy bien.

—Yo no estoy tan seguro de eso, Sandya —rebatía él con escepticismo—. Estás tan blanca como el papel.

—¿Crees que —lo atajó ella, haciendo oídos sordos a su preocupación; le temblaban los labios y miraba a su amigo y guardaespaldas con una expresión de ansiedad en el rostro— me dejarán verlo? Julianne dijo que Santo haría hasta lo imposible para lograrlo, pero no estoy muy segura de que lo consiga.

—¿Y por qué no? —Cesare sintiendo el impulso de consolarla, le tocó el hombro—. Vamos, levanta ese ánimo. Estamos hablando de un Visconti. Hasta el mismísimo Lucifer les abriría de par en par las puertas del infierno y

se postraría a sus pies. Nunca he visto a un Visconti perder en absolutamente nada —Hizo una pausa, dedicándole una significativa mirada—. Ni hacerse con lo que desean.

La incertidumbre se elevó en el pecho de Sandya.

¿Alessandro la deseaba?

Posiblemente, pero no del modo que ella soñaba.

La canaria sopló hacia arriba para apartarse el flequillo, demasiado largo, de los ojos. Contempló a Cesare. Él era un hombre alto, fornido, seguro de sí mismo de cabello negro, ojos amables, y era el escolta personal de Julianne. Cuando su amiga, junto al resto de su familia, la visitaba en vacaciones, él también formaba parte de la expedición Visconti. Por eso había llegado a conocerlo, a confiar en él. Cesare era un buen tipo, pero sobre todo, un amigo.

—¿Y cómo van las cosas con Zinerva? —preguntó súbitamente innovando en el hilo de la conversación. El llanto se estaba acumulando en su cuerpo, y continuaba sin poder arrancarse la sensación de que alguien le retorció el corazón y los pulmones. Cambiar de tema sería caminar por una ruta segura.

El gesto, generalmente adusto de Cesare, se suavizó con la simple mención de la secretaria de Santo.

—Yo... Bueno... Le he propuesto matrimonio —empezó a decir el guardaespaldas, pero no pudo añadir nada más, porque Sandya lo abrazó con tanta efusividad que casi se quedó sin respiración.

—¡Me alegro tanto por ti. ¡Por ella! Julianne me ha hablado maravillas de Zinerva.

Cesaré tenía la cara iluminada cuando se separaron.

—No te he dicho si aceptó o no mi proposición.

—No necesitaba preguntar para saber que la respuesta fue afirmativa, ¿o me equivoco?

Él negó con la cabeza; demasiado contento como para camuflar su felicidad, aún en unos momentos tan difíciles para su amiga.

—He viajado y conocido a muchas personas en mi vida pero ninguna como ella. Sé que podría haber conseguido a alguien mejor pero, aun así, me eligió a mí. Me siento el hombre más afortunado del mundo por ello.

—Una de las decisiones más difíciles de la vida, es elegir si tienes que alejarte o vale la pena intentarlo —completó Sandya en un murmullo y con gesto ausente.

Porque ahora que pensaba en ello, si algo había aprendido de la vida era que

no debía creer en las personas que regalaban palabras de amor como meras perlas corrientes. Un sin sentido. Ella solo creía en el amor de alguien cuando luchaba por tener a esa persona especial a su lado, cuando destrababa el tiempo y recorría los escombros, con el único fin de perseguir juntos los sueños. Sin necesidad de "te quiero". Sin necesidad de forzar ni de comprar los sentimientos.

Y Alessandro nunca tiró la toalla con ella. Con ellos. Solamente había esperado pacientemente, durante casi cinco años, el momento idóneo para retomar lo que una vez comenzaron. Él le había dado espacio, tiempo, pero nunca desistió.

Sin importar el riesgo ni los obstáculos, ni siquiera el coste, él había roto las reglas. Se había negado a ajustarse a los ideales que le imponía la sociedad, y había vuelto a por ella. Entonces la había hecho su esposa. Su mujer. Quizás, su forma de hacer las cosas no hubiese sido la correcta del todo, incluso cuestionable, pero si su intención era pura, si aún después de haberla hecho suya se empeñaba en conservarla a su lado, cuando no poseía absolutamente nada más que deseara, tenía que significar algo, ¿verdad?

—Sandya... —La llamó Santo de lejos. Con una mano le hizo una señal y ella se levantó como un resorte y salió disparada hacia él. Ni siquiera había tenido la buena educación de despedirse de Cesare, pero estaba segura de que él la entendería—. He conseguido que ingreses —Le explicó Santo. Había Logrado lo imposible tal y como Cesare le dijo que haría, y sobre todo, había conseguido que Alessandro cambiara de opinión. Sandya pensó que se lo agradecería eternamente—. Solo unos minutos, ¿comprendes? —Ella asintió—. Bien, entonces sígueme.

Caminaron juntos por un amplio corredor. Sandya, fiel a sus temores, escondió medio cuerpo detrás del cuerpo del marido de su amiga y casi se adhirió a él. Cuando llegaron al final del pasadizo, giraron a la derecha y se toparon de bruces con dos policías. Ella tiró nerviosamente de las mangas de su sudadera.

No los iban a dejar pasar.

Pero para su sorpresa, uno de los agentes intercambió una mirada con Santo y después de pulsar un código de seguridad en un panel de control colocado en un lateral de la puerta, se echó a un lado y los dejó continuar. El segundo agente los siguió.

El golpe seco de la puerta al cerrarse tras su espalda, la hizo sobresaltarse, e inconscientemente, aferrarse del brazo de Santo.

Todo era lento y surreal.

Hacía un calor espantoso, sofocante, pero supuso que instalar aire acondicionado en un sitio como ese, o en cualquier institución penitenciaria del mundo, sería una inmoralidad para muchos. Después de todo, muchos ciudadanos libres, que jamás habían cometido un delito, tampoco lo tenían.

—Por aquí —Les guió el policía que había entrado con ellos.

Sandya nunca había estado antes en un calabozo, y mientras recorría las primeras celdas vacías, podía escuchar su ansiosa respiración hacer eco en sus oídos. Empeoró cuando encontró a su marido sentado en un camastro pequeño. Demasiado pequeño para alguien de su intimidante tamaño. Parecía un titán encerrado en una botella. Permanecía cabizbajo y sus dedos se enterraban entre sus cabellos. Sandya lo contempló a través de los barrotes oxidados y sintió como el corazón se le estrujaba de dolor. Parpadeó y gruesas gotas golpearon su sudadera negra.

—¿Alessandro? —convocó Santo.

—Pensé que ya te habías... —Alessandro alzó la cabeza y se topó directamente con los ojos chocolate de Sandya. Lo contemplaba con tristeza, con compasión. Se incorporó de inmediato y fue hacia el límite de su libertad —. ¡Te dije que la mantuvieras al margen!

Santo analizó la cólera en los ojos enrojecidos por el cansancio de su hermano mayor. Iba dirigida exclusivamente a él. Pero cuando Sandya se adhirió justo al otro lado de las rejas de su celda y ocupó por completo su campo de visión, guardó silencio.

Alessandro se dio cuenta que ella temblaba como una hoja de papel al viento. Podía distinguir el pánico en su cara, en los músculos tensionados de su pequeña figura.

¡Era justamente aquello lo que había tratado de evitar por todos medios!

El pánico no era bueno. Podía conducir a reacciones de corto circuito. Un escalofrío recorrió todo el cuerpo de Alessandro. Si las miradas pudieran acuchillar, Santo ya no estaría vivo. Quizás aún estaba a tiempo de asesinar a su hermano. Lentamente. Después de todo, lo estaban acusando de homicidio.

—Juro por Dios hermano que te voy a...

—Deja de gruñir como un maldito demente —Le recomendó Santo—. Solo tienes unos minutos para hablar con tu mujer, así que te aconsejo que los aproveches.

El agente y Santo se mantenían en un discreto segundo plano,

permitiéndoles un poco de intimidad. Pero Alessandro hacía rato no podía apartar la vista de la mujer. Tomó un suspiro profundo y luego lo soltó lentamente antes de decir:

—Así que finalmente, *mia dolce canarina* ha aprendido volar entre tanta gente —Le sonrió débilmente, una cortina tras la cual podía ocultar sus emociones. Sandya alzó la mirada tímidamente y le devolvió una trémula sonrisa mientras la sentía comenzar a hiperventilar. Él acunó el rostro de su mujer y usó los pulgares para limpiarle el rastro de humedad que habían dejado sus lágrimas. Entonces ella le agarró las muñecas, empujando sus manos para que le acunaran la cara—. Pajarito, solo mírame a mí. Estamos tú y yo, solos. Nadie va a hacerte daño. Nadie puede tocarte. Confía en mí. Confías en mí, *giusto piccola?* —Aspirando un aliento, Sandya asintió y lo contempló como si fuera su mesías personal.

Alessandro sacó una mano a través de los barrotes y apresó la cintura femenina para jalarla hacia él. Con la otra mano, atrajo su rostro y la besó con rudeza. Necesitaba tocarla, necesitaba saborearla y deleitarse con el dulzor de sus labios. Sandya al inicio tembló por el asalto, pero pasado unos segundos su respiración se estabilizó, sus pechos chocaron con las rejas para estar más cerca del hombre que amaba.

Para cuando su marido se alejó de ella para permitirle tomar oxígeno, el cuadro de paranoia había remitido considerablemente. Sandya absorbió una gran cantidad de aire y lo expulsó ruidosamente por la nariz. Los besos de Alessandro siempre le causaban una agitada excitación.

Pero se sentía mejor. Él era su cura. Su antídoto. Su todo.

—Debería ser yo tu soporte en estos momentos, no tú el mío —murmuró con suavidad.

—Estoy encantado de cumplir con mis deberes conyugales. Soy un marido modelo, pajarito. Me gustaría salir para demostrártelo —Alessandro le acarició la mejilla con ternura—. ¿Estás bien? —Sandya asintió— Deberías haberte quedado en casa, donde estás segura, lejos de todo este escándalo.

—¿Cómo crees que podría hacerlo?

—¿No vas a preguntarme si lo hice? —Sandya mantuvo por un instante los ojos en el suelo y negó—. ¿Por qué?

—Porque sé quién es mi marido y lo que puede llegar a hacer —le explicó—. Puedes ser duro y cruel, pero no eres un asesino.

—No soy un santo, Sandya.

—No he dicho que lo fueras. Eres atento, amable, considerado. Honorable,

responsable, valiente. Amas a tu familia y cuidas de todos ellos, siempre.

—Si fuera atento, amable y considerado —interrumpió— no te habría mentado tanto. No me habrías conocido con otra identidad, ni tampoco te hubiese raptado ni me hubiera aprovechado de ti —Su mirada fría y su mandíbula apretada hacían recordar a Sandya a un animal salvaje que desconfiaba hasta de su propia sombra—. Te quise hacer mía a cualquier precio. Porque quería hacerlo. ¿Eso lo hace alguien honorable? ¿Un hombre valiente te hubiera dejado o hubiera luchado por ti?

Sandya empalideció y estranguló los garrotes hasta que los nudillos de los dedos se le pusieron blancos.

—Tenías a Dante, no podías hacer nada.

—¿Acaso crees que eso es lo más atroz que he hecho?

Sandya no sabía por qué, repentinamente, Alessandro estaba haciendo eso. Difamándose completamente ante sus ojos.

—No lo hagas.

—¿Qué?

—No te desacredites de esa manera. No lo hagas. No eres así. Eres valeroso, porque nadie se mostraría entero estando en un sitio como este siendo inocente. Honorable, porque pese a tu pasado, conduces las cosas por el buen camino. Tienes errores, no eres perfecto y estás lejos de serlo, pero harías lo que fuera por Dante, por tus sobrinos...

—¿Un hombre bueno le haría lo que yo le hice a Blas? —Alessandro hizo una feroz mueca al ver que Julianne no le había contado absolutamente nada de aquello—. Oh, ya veo. No lo sabes. No sabes que por tocar a la mujer de mi hermano le corté la mano —Sandya dejó de respirar mientras se llevaba una mano a la boca, impactada—. En mi mundo es la ley del talión. Él la tocó, yo le corté la mano.

Sandya tragó saliva.

—Pero tú no lo mataste —explicó, intentando encontrar el raciocinio que parecía se drenaba entre sus dedos como agua—. Dios sabe que él podría haber asesinado a Julianne y a su hijo si tú no hubieras llegado a tiempo...

Alessandro parecía incrédulo.

—¿Defiendes un caso perdido, pajarito?

—Te defiendo a ti —lo corrigió desesperada—. ¿O acaso te olvidas que Dante necesita a su padre? ¿O prefieres que le diga que su padre es un desgraciado malnacido? Porque no lo haré. Yo no veo eso. No lo veo y nunca lo veré. No eres perfecto, pero puedes ser cariñoso, sincero y estás, porque

Julianne me lo ha contado, intentando librarte de eso. ¿Quieres a Dante criado para guiar ese oscuro negocio?

Alessandro bajó la cabeza. Parecía realmente avergonzado.

«¡Jamás!» pensó el hombre. No quería a su pequeño hijo inmiscuido en aquello. Esa tradición moriría con él, o pasaría a cualquier otro. Menos a su pequeño Dante.

Reparó en su mujer, realmente emocionado por la seguridad impregnada en cada palabra que había utilizado. No lo veía como un maldito monstruo. Se acercó a ella, pensando que retrocedería, que alguna parte de su disertación la había convencido. Pero no fue así. Sandya se quedó exactamente donde estaba y con el rostro levantado a la altura suficiente para mirarle.

Alessandro, en silencio, acunó el delicado rostro femenino entre sus grandes manos, terminó besándola con algo más que su usual fuerza pasional. Había algo de ternura y otra cosa... Sandya respondió con suavidad, con entrega. Olvidándose de todo y colocando toda su atención en aquel beso profundo. Lo amaba demasiado como para no entregarse en cuerpo y alma. Le daría todo lo que él le pidiera, siempre.

Lo amaba tanto. Si... sí tan solo él la amara igual.

—¿Qué tengo que hacer para que veas al verdadero hombre con el que te has casado? —preguntó cansado.

—Sé con quién me case, Alessandro.

—Deberían ocupar el tiempo en algo mucho más interesante. Les queda solo un minuto como máximo —indicó Santo asomando la cabeza ligeramente. Sandya sintió una angustiosa presión en el pecho y tembló de miedo cuando vio a Santo desaparecer de su vista.

—No quiero que te vayas, pero tienes que hacerlo —murmuró Alessandro contra sus labios, dándole un último y pequeño beso. Besó también su frente —. Cuida de Dante por mí.

—Siempre cuidaré de nuestro bebé —Él asintió lanzando un suspiro mientras le daba un último beso.

Alessandro sintió que el pecho se le llenaba de orgullo al saber que Sandya consideraba a su hijo como propio.

—Tienes que irte.

Aunque triste, Sandya sabía que tenía razón. El tiempo se había agotado. Ella asintió. Y por primera vez se puso de puntillas para que su unión aún no se rompiera. No sabía la próxima vez que lo vería y no quería dejarlo solo. No quería...

Lo último que Sandya vio al caminar cuando miró por encima de su hombro, fue a Alessandro aun observándola a través de la celda. Le sonreía, insuflándole valor.

Las lágrimas le escocieron detrás de los párpados, y con los ojos clavados en el suelo, se dirigió a la salida escoltada por el policía que los había acompañado en todo momento. Cuando las suelas de sus zapatillas pisaron las baldosas del pasillo, levantó la vista y no vio a Santo por ningún lado.

Sandya se sintió morir por dentro.

Se sentía completamente bloqueada. Quería correr. Quería esconderse. Quería encontrar un agujero y hundirse en él. Quería gritar de agonía. Y sobre todo, quería golpear a Santo.

¿Se habría marchado sin ella?

¿Y Cesare?

Después de despedirse del policía y agradecerle su amabilidad, comenzó a caminar temerosamente por el pasillo. Sola. De pronto, al doblar la esquina escuchó el murmullo de lo que parecía una acalorada discusión y se acercó lentamente sin hacer demasiado ruido. En seguida reconoció la voz de Santo.

—Debo hablar con Valente Riccardi —sentenció Santo en tono grave—. ¡Tiene que estar disponible para hacerse cargo de la defensa de Alessandro!

Sandya se quedó paralizada, empezando a comprender de qué estaba hablando cuando la voz masculina y de un extraño, emergió en la conversación.

—Señor Visconti, entiendo que quiera al mejor abogado para su hermano, pero el señor Riccardi no está disponible. Está en vísperas de su matrimonio, y además, aunque estuviese libre, él mismo suele escoger sus propios casos, y siendo honesto, dudo que quiera representar a alguien que ha estado vinculado directamente con la época más negra de la isla.

—Todo hombre tiene un precio.

El otro hombre lo contradijo:

—El señor Riccardi tiene fama de ser...

—Creo que no me he expresado con la suficiente claridad —gruñó Santo interrumpiéndolo—. Quiero al mejor abogado del país, y ese abogado es Valente Riccardi.

Si Santo necesitaba con tanta premura al tal Valente Riccardi, era porque las cosas no iban tan bien como pretendían hacerle creer, asumió ella con una mano en la boca luchando por no llorar mientras ordenaba sus ideas.

—Sandya...

Con un jadeó, ella alzó la mirada. Había estado tan absorta en sus propios pensamientos, en su propio dolor, que ni siquiera se había dado cuenta de que se habían movido.

De pie, frente a ella, Santo la miraba con el cuerpo estaba peligrosamente tenso. Su semblante era el vivo retrato de un hombre en conflicto. Se notaba que en su interior había varias emociones luchando por salir: furia, angustia, miedo.

Tragó saliva; su boca estaba súbitamente seca.

—Señora Visconti —exclamó de repente el otro individuo, por suerte para ella. Le extendió la mano con una sonrisa sincera—. Salvatore Bernardeschi, asesor legal de la familia. Es un auténtico placer conocerla.

Ella aceptó el apretón de manos.

—El placer es mío, señor Bernardeschi.

—Sandy —Los interrumpió Santo—, ¿por qué no te adelantas con Cesare al vehículo? Estaré contigo en seguida. Solo será un instante.

Sandy apretó los labios, armándose de paciencia ante la injusticia de Santo. No pensaba compartir con ella ningún tipo de información, y por el bien de su mejor amiga, evitaría los problemas con él y se las arreglaría por su cuenta.

—No me encuentro muy bien, así que creo será lo mejor.

Capítulo 42

Su cuerpo se contrajo y un amargo sabor a bilis le subió por el esófago. Pero aquella no era su primera arcada de la mañana y posiblemente tampoco sería la última. Oprimió la espalda contra la pared para mantener el equilibrio y de un manotazo se limpió las lágrimas que se le habían acumulado, sin darse cuenta, en los ojos hinchados. No era el mejor momento para ser débil. Dio un paso hacia adelante; ya había escuchado suficiente.

Sandya se tambaleó un poco, pero consiguió atravesar uno a uno los pasillos en dirección a la parte trasera de la comisaria. Los aparcamientos eran delimitados en esa área de la delegación, pero las barreras físicas que existían entre la infraestructura y el exterior, dificultaban la accesibilidad de los curiosos, o lo que era aún más importante, de la prensa ávida de noticias.

Cesare ya la esperaba bajo el marco de la entrada como alguien que ha abierto la puerta equivocada mientras buscaba la salida. Sandya, se acercó, fijándose en como toda su atención se concentraba en un punto más allá, en los aparcamientos, y en como su enorme y musculado cuerpo irradiaba furia al rojo vivo.

Cuando llegó a su altura, detrás de él, siguió la dirección exacta de su mirada.

Un nuevo tipo de angustia hizo estragos en su pecho.

De un modo insoportable.

Era Paolo Falcone.

Posiblemente estaba allí para prestar declaración.

En contra de Alessandro.

—No lo hagas —Le avisó Cesare prediciendo sus intenciones—. No creo que sea una buena idea... ¡Maldita sea, Sandya! —exclamó al ver como desoyendo sus advertencias, la impulsiva mujer se precipitaba escaleras abajo hacia el estacionamiento.

Cesare rápidamente la siguió. Siempre pegado a ella como una lapa. Siempre atento, expectante, listo para actuar.

Las zapatillas de Sandya se habían convertido de repente en hormigón, y su piel se sentía como si fuera un bloque de hielo. Pero no se detuvo hasta que interceptó a mitad de camino al hombre que podía tener el futuro de su marido en sus manos.

—Señor Falcone...

El aludido alzó la mirada del móvil que sostenía en la mano. Enarcó las cejas sorprendido al verla.

—Señorita Garci —Una sonrisa desdeñosa cruzó sus labios—, ¿o debo llamarla a partir de ahora, señora Visconti?

Sandya reculó instintivamente un paso, rechazando cualquier contacto con el hombre cuando este se inclinó frente a ella para efectuar algún tipo de saludo físico, cordial. Las presentaciones parecían fuera de lugar en momentos como aquellos.

No obstante, se quedaron allí por un segundo incómodo, mirándose.

—Qué es lo que quiere, qué pretende obtener con una falsa acusación. ¿Dinero?

—Señora... —La advirtió Cesare.

—Porque si es eso lo que quiere, podemos llegar a un acuerdo.

—No es tu dinero lo que me interesa.

De repente la escaneó de la cabeza a los pies de un modo que la hizo sonrojar y sentir terriblemente incómoda. Sandya se abrazó a sí misma. ¿Había cierto interés en sus ojos?

—Sí lo que contó esa empleaducha es cierto... Y por tu expresión es evidente que lo es, quiero la única cosa que, hasta ahora, le ha pertenecido solo a Alessandro. Te quiero a ti.

Sandya vaciló de manera imperceptible.

Quizás estaba interpretando mal sus palabras. Eso debía ser. Porque nadie se podía insinuar de aquella manera tan descabellada a una mujer casada, no en su mundo. Menos, todavía siendo la esposa de Alessandro. ¿Acaso ese hombre no tenía un sentido de autoprotección?

Pero, tal vez no estaba insinuando lo que ella creía que estaba insinuando.

Se humedeció los labios e intentó contener las náuseas que le revolvían el estómago. Quizá debería haber desayunado después de todo; al menos habría tenido algo que vomitar.

—Yo... yo no comprendo.

—Vamos, Sandya, sabes perfectamente a lo que me refiero.

—¿Me está pidiendo que a cambio de no declarar en contra de mi marido sea su amante?

—Justamente.

La ira quemó las mejillas de la Canaria.

¿Estaba hablando en serio?

¡Estaba loco si creía que podía chantajearla! ¡Meterla en su cama para saciar su absurda sed de venganza contra los Visconti, y especialmente contra Alessandro!

A su lado, Cesare enseñaba los dientes y estaba a solo un suspiro de arremeter como un tanque contra Falcone. Apretaba y aflojaba sus manos convertidas en esos momentos en dos puños. Todo su cuerpo estaba peligrosamente tenso. Ella estiró una pequeña mano y la puso sobre uno de sus puños para tranquilizarlo. Su piel estaba fría contra la de ella; fría y dura.

—¿Y por qué iba a acceder algo tan ridículo? —se mofó como había visto muchas veces hacer a su marido.

—Tal vez, ¿por qué tengo el futuro de Alessandro Visconti en mis manos?

«*En sus garras*» pensó ella.

Sandya se clavó las uñas en las palmas de las manos; fuegos artificiales estallaron a través de su torrente sanguíneo pero trató de mantener la compostura. De mostrarse digna e impoluta. Ella no era ninguna ingenua; conocía las leyes y las triquiñuelas que solían usar muchos abogados. Demasiados años de documentación para sus novelas.

—En eso te equivocas —refutó ella haciendo un gesto negativo con la cabeza, al tiempo que deseaba que todo fuera una película de *Visconti società di produzione*. Un Thriller. Porque cuando aparecieran los créditos del final la pesadilla acabaría—. Alessandro solo podría ser condenado únicamente sobre una base de pruebas directas. Por lo general, los veredictos no se realizan basándose en una única, pero débil evidencia circunstancial.

—Y sí tan segura estás de eso —Los ojos de Paolo se entrecerraron en rendijas—, ¿por qué estás aquí, frente a mí, implorando clemencia por tu marido?

La cruel ironía crispó a Sandya.

"En verdad, era un miserable", pensó, furiosa.

—Evitar que alguien cometa perjurio. ¿Sabías que podría ser procesado por la vía penal? —E inyectando un poco más de potencia en su voz explicó—: Porque te diré que verá el jurado. Dos testigos. Uno testificando que presencié como el sospechoso amenazaba de muerte a la víctima. El otro testigo testifica que iba con el sospechoso en el vehículo de camino a casa, y que en ningún momento se separó de él.

El músculo que palpitó en la mejilla de Paolo era una clara evidencia de su cólera.

—Un testigo que, curiosamente, es la esposa de su hermano, la madre de

sus sobrinos y mejor amiga de su mujer.

—Y el otro testimonio el de un rival acérrimo —contraatacó Sandya atravesándolo con la mirada—. Como puede comprobar, señor Falcone, en ambos casos, los testimonios no prueban que Alessandro sea el responsable del trágico desenlace. Sin embargo, no está de más advertirle... A fin de cuentas, usted tenía más motivos para odiar a la víctima, puesto que si no me equivoco, ella lo dejó una vez para correr a los brazos de Alessandro.

Las aletas de la nariz de Paolo se ensancharon y la boca se le entreabrió. Pero no pronunció ni una palabra. Introdujo las manos en los bolsillos de su pantalón de alta costura y simplemente la miró, por lo que a Sandya le pareció una eternidad, para finalmente torcer los labios en una sonrisa desdeñosa y mencionar:

—Astuta, convincente, y movida por una devoción sin límites. *Un'autentica donna d'onore* —dijo, subrayando las palabras—. Pero dime, ¿estás dispuesta a correr ese riesgo?

Capítulo 43

—¿Sientes que has mejorado desde la última vez que hablamos?

Sentada detrás de un nuevo y reluciente escritorio que Julianne había ordenado instalar para ella en el dormitorio; tal vez buscando comprar su felicidad, Sandya se mordió el labio inferior mientras miraba la pantalla del portátil que tenía delante. Había tenido que recurrir a Dácil como si ella fuera su cable de conexión con la tierra.

—Ansiosa —murmuró a media voz—. Siento que en cualquier momento el pánico va a ser más fuerte que todos mis intentos por controlarlo y que saldrá, se revelará. Y detesto esa sensación de estar caminando constantemente por una cuerda floja cuando abajo hay un abismo. Te juro que no quiero caer, pero es tan difícil mantener el equilibrio.

Como pompas de jabón, sintió la ansiedad reagrupándose y volviéndose efervescente, como quien deja caer un chorro de vinagre al bicarbonato. Sentía las lágrimas detrás de los párpados. Cerró los ojos, porque no iba a permitirse retroceder y dejar que la angustia le ganara. Había trabajado muy duro como para dejarse vencer. Tenía que lograrlo.

—¿Has tenido algún episodio?

—Esta mañana —explicó entre respiraciones profundas—. En la comisaría. Estuve a punto de ser derrotada por el pánico. Cuando llegué más tarde a casa de mi amiga Julianne, estaba cansada física y mentalmente.

—No te muerdas los bordes de las uñas, y sigue contándome —La regañó la terapeuta con cariño, y Sandya se dio cuenta de que, en efecto, lo estaba haciendo.

No lo había notado, pero se descubrió a sí misma con un dedo en la boca. Suspiró y se limpió el rastro de saliva en el pantalón de pijama. Debía concentrarse. Ella podía. Sabía que podía. Tenía que poder. Lo haría por Alessandro, por Dante, ellos la necesitaban en esos momentos más que nunca.

—Yo quería ver a mi marido —prosiguió—. Es mi marido, por supuesto que quiero verlo. Quería abrazarlo y besarlo, decirle que todo iba a estar bien, pero no pude evitar sentirme igual como cuando hay demasiada gente a mi alrededor. Como si invadieran mi espacio vital. Me sentí asfixiada y superada. Detesto esa sensación.

—Haremos una dinámica que te ayudará a mantenerte en control. Ya me has dicho lo que planeas hacer mañana y necesitamos que abras ese control —Su voz suave siempre ayudaba a calmarla—. Tienes que pensar, Sandya, que el ir por tu cuenta a la comisa sin que me lo comentaras, fue un gran avance. Los últimos meses has hecho grandes progresos. Te felicito por ello.

Sandya, en vez de alegrarse, contempló distraídamente la mesa. Estaba llena de papeles y libros. Aquel rincón de la habitación de invitados debería ser su favorito. Era su centro de operaciones. El lugar donde más cómoda y a gusto debería sentirse. Pero su estancia en la mansión de su mejor amiga y esposo, no tenía que ver con una visita de cortesía. Su esposo estaba detenido, y su hijastro... El pequeño acaba de perder a su madre biológica.

Sacudió la cabeza. No lograba conectar con el sentimiento de éxito del que tanto le hablaba Dácil. Sus temores más profundos la acongojaban, le derretían los huesos, le dejaban una repugnante sensación de inanidad.

Miró a su terapeuta intentando que ella se diera cuenta del revoltijo de emociones que se debatían en su interior.

—Cierra los ojos y piensa en aquello que evita que el pánico se apodere de ti.

Ella lo hizo. Pensó en Alessandro. En Dante.

Ellos la hacían sentir como si pudiera hacer cualquier cosa, como si pudiera superarlo todo.

—Solo concéntrate en aquello que te mantenga centrada.

Sandya obedeció y muy pronto sintió la presencia de Alessandro dentro de ella. Era algo físico. Tangible. Como si realmente él estuviera en el dormitorio con ella, y la estuviera estrechando contra su fuerte cuerpo. No se trataba solo de un abrazo; era un desahogo de emociones, una liberación del dolor. Le prometía, sin palabras, que todo iba a estar bien. Sin excepciones. Sin dudas. ¿Acaso el amor incondicional no trataba de eso?

—Esto está bien —escuchó a su terapeuta—. Estás sonriendo. Céntrate en ese momento, en lo que sentiste y maximízalo. Ahora todos esos sentimientos vuélvelos una esfera de cristal y cada vez que sientas pánico ese será tu cable a tierra. Cada vez que sientas la bola entre tus manos piensa en aquello que te hace sonreír, en aquello por lo que darías tu vida. —Esperó unos momentos—. Ahora vamos a ponerlo a prueba, ¿sí?

—De acuerdo.

—Imagínate que estás de nuevo en aquel pasacalle. Hay gente por todos lados, riendo, cantando. Evoca ese sentido de querer correr.

A Sandya le dio un vuelco el estómago. Sus pulmones parecían querer explotar al igual que su descontrolado corazón. Abrió la boca e instantáneamente jadeó, buscando desesperada una bocanada de aire fresco. Su vívida imaginación era un autogol para las sesiones con Dácil. Se encorvó en el asiento intentando hacerse más pequeña, más diminuta para que nadie pudiera verla.

—¿Puedes correr? —Sandya negó. Sentía la base de sus zapatos pegadas al asfalto—. ¿Hablar? —Volvió a negar porque cada músculo de su cuerpo estaba maximizado. Su garganta estaba cerrada, cada lado de su glotis pegada sin la esperanza de dejar pasar nada—. ¿Puedes respirar bien y constante? —La respuesta volvió a ser negativa—. ¿Recuerdas la bola de cristal? Sácala de tu bolsillo y tenla en la mano. Llama a ese sentimiento de seguridad y paz que habíamos evocado al principio y logra que apacigüe tu miedo.

Un poco reacia, Sandya volvió a recrear en su mente el abrazo del hombre que amaba y su voz baja recordándole que estaba segura. Pronto, todos los síntomas comenzaron a caer en el olvido. Uno a uno, fueron destrabando todo aquello que la impedía seguir avanzando hacia adelante. Sus interminables pestañas se agitaron con incredulidad. Estaba sorprendida del efecto Alessandro.

—Ahora siente que esa bola de cristal, que esos sentimientos crean una armadura protectora. Nadie te podrá tocar y nada va a pasarte cuando tengas esa armadura. Siente que tienes la necesidad de ser protegida, que no fue tu culpa nada de lo que te sucedió en el pasado. Ahora estás segura, Sandya. Eres amada y estás rodeada de mucha gente que te quiere.

Sandya asintió, sintiéndose más tranquila le dio vueltas en su mente a aquello que

Media hora más tarde, Sandya regresaba arrastrando los pies a su habitación. Había ido a echar un ojo a Dante, que esos días compartía dormitorio con su primo Gianluca. Ambos niños dormían profundamente después de otro día demasiado estresante en la familia Visconti. Después de asegurarse de que estaban bien arropados y las ventanas selladas, los había besado en la frente. No había podido evitar la avalancha de emociones y que los ojos se le anegaron de lágrimas.

Tuvo que recordarse entonces que aquello no era un adiós. Ni siquiera un hasta siempre.

Cuando Sandya entró finalmente en su recámara se encontró a su amiga Julianne arreglando algunas cosas sobre la cama. Ella se giró, pero en vez de regalarle una de sus usuales sonrisas conciliadoras, le mostró una expresión de preocupación.

—Te traje esto... —Con una mano le mostró el conjunto que había extendido sobre la cama—. Ya que no tienes mucha ropa aquí, asalté mi armario para que tuvieras algo más que ponerte y llevarte.

Sandya cerró la puerta tras de sí y cabeceó.

—No puedo aceptarlo, Julianne.

—Sandya...

—Sé que intentas hacer esto para ayudarme, pero lo único que conseguirás es que no me sienta yo misma. Ya tomé una decisión y no vas a poder hacer que cambie de idea.

—Creo que deberías pensarlo mejor y no precipitarte —Julianne se llevó una mano al cabello y con auténtico temor—. ¿Es qué no lo entiendes? No quiero que te pase nada y siento que hay otras opciones. Otro camino.

Con la angustia ensombreciendo cada uno de sus suaves rasgos, Julianne se abrazó a sí misma. Sandya no solo era su mejor amiga, sino también la hermana que nunca había tenido. Y creía, fervientemente, que se estaba equivocando.

—Jules, te agradezco todo lo que estás haciendo por mí, pero esto tengo que hacerlo yo sola. Puede que Alessandro coincida contigo. Tal vez nadie esté de acuerdo con esto. Pero no daré marcha atrás. Si todo sale según lo previsto, Alessandro será muy pronto libre, y podrá comenzar de nuevo con Dante... Quizás conozca a alguien y se enamore.

—Debes haber perdido por completo la cabeza si realmente crees eso, Sandya. Alessandro te ama, por eso regresó a por ti. Dios, si ni siquiera habían transcurrido tres malditas semanas desde su divorcio y ya te había puesto una alianza en el dedo.

Se hizo un silencio. Sandya no podía hablar, pues el río de lágrimas que descendía por sus mejillas se lo impedía.

—No, Jules, eso no es cierto, y siento haberte mentado todo este tiempo. Nuestro matrimonio no tuvo que ver con el amor. Al menos, no por su parte. Él no me ama. Nunca lo hará. Y yo no quiero ser una carga para él, ni para ti, ni para Santo.

—¿Has pensando en Dante? ¡Él te necesita! —exclamó su amiga, intentando convencerla mientras se sentaba sobre la cama.

—Dante estará bien. Es un niño muy fuerte.

No muy segura de lo que había dijo, Sandya observó el conjunto: era precioso. Una blusa blanca cuello redondo y manda tres cuartos pegada al cuerpo para acentuar su cintura y la falda en A fija hasta la rodilla, en color verde. Los tacones no muy altos en natural y un bléiser a juego. Muy hermoso.

—Por favor, me quedaré más tranquila si lo aceptas. Hazlo por mí.

Sandy suspiró.

—De acuerdo, pero no quiero que sigas intentando que me quede.

—No voy a detenerte, pero quiero que sepas que no estoy de acuerdo. Puede pasarte cualquier cosa. El viaje es demasiado...

—Lo sé, pero me siento cómoda...

—¿Realmente te sentirás cómoda en un lugar dónde no conoces a nadie? —murmuró Julianne en un intento de hacer que hiciera lo correcto—. ¿Atrapada un par de horas?

Sandy pareció dudar un instante, pero luego negó.

—No me importa. Lo único que necesito es que mantengas a Santo en la ignorancia absoluta. Y que me lleves al aeropuerto mañana.

Aun sin parecer completamente convencida, su amiga asintió, resignada. Bajó la vista, se mordió el labio inferior.

—De todas formas, por favor, consúltalo con la almohada esta noche. Quizás si lo meditas un poco más —Sandy vio a su amiga Julianne levantarse y acercarse a ella—. No importa lo que tu ceguera te haga ver. Alessandro, ese cavernícola te ama y te necesita aquí, con él y su hijo.

—No lo hagas más difícil, Jules, por favor. Tengo que ir. Así que te rogaría que me apoyes como yo siempre lo he hecho contigo.

Julianne asintió.

—Me cuesta mucho apoyarte en esta decisión, pero lo haré. Solo promete que te cuidarás.

—Lo haré.

—Creo que con eso me quedo más tranquila —Julianne abrazó a Sandya—. Quiero que todo lo que hagas, lo hagas por convicción y pensando en ti. Te quiero.

—Y yo a ti —musitó, aferrándose a su amiga—. Sé que te preocupas por mí, pero es hora de que aprenda a volar sola. Me comunicaré contigo en cuanto llegue.

Julianne empezaba a avanzar hacia la puerta cuando la voz de Sandya la

detuvo.

—¿Jules?

La mujer se giró con una mano en la manija de la puerta.

—¿Sí?

—Hoy... —Hubo una pausa—. Alessandro me ha comentado lo que pasó con Blas —La respuesta de Julianne quedó al descubierto en la manera en la que la miró—. ¿Lo sabías, verdad? —Ella vaciló un momento pero asintió—. ¿Y por qué no me lo dijiste nunca?

—Ambas sabemos que tanto Santo como Alessandro no han tenido una vida simple y que han hecho cosas que no serían accesibles si tuviéramos una línea y la siguiéramos a raja tabla —explicó—. Me enteré mucho tiempo después, muchos años. Sé, porque Santo me ha dicho, todo lo que puede pasar y a lo que nos exponemos por el pasado de la familia Visconti. Sé que Alessandro tuvo que hacerlo para dejar un precedente claro a cualquier persona que decidiera colocar un solo dedo sobre su familia. No lo juzgo.

—¿Lo aceptas?

—Intentó matar a mi hijo, Sandya —Los ojos de Julianne se cristalizaron—. Si me preguntas si tengo remordimiento, o alguna pena por él. Mi respuesta es que no. No lamento lo que Alessandro le hizo, ni tampoco lo que sea de su vida ahora —Se cubrió los labios y luego agregó—. Que Dios me perdone, pero él se lo buscó y eso le enseñará.

Sandya asintió. Ella tampoco hubiera perdonado con facilidad si es que hubieran tocado uno solo de los cabellos de Dante. Lo tendría tachado con una gran aspa negra, y lo seguiría con la mirada donde quiera que fuera. Pero, por otro lado, no podía evitar sentir que en pleno siglo XXI, siguiera pasando aquello.

—A mí me da pena, pero también entiendo que debe dar el ejemplo. Lamentablemente aún no puede librarse completamente de ello. Espero que lo haga en un futuro, sobre todo porque no me gustaría ver a Dante o a Luca en ese trayecto.

El futuro estaba a la vuelta de la esquina, por lo que, cuando menos se lo esperaban, los niños serían adolescentes y luego adultos, a los que habría que hablarle de la parte oscura de la familia y el gran pecado original que tenían como una sombra oscura y cargada de lágrimas.

—He hablado mucho con Santo al respecto y no queremos ni a Luca ni a Galia envueltos en nada del pasado de la familia. Los queremos limpios.

—No lo he hablado con Alessandro, pero supongo que él también quiere a

su hijo limpio y buscará la manera de acabar con ello.

—Eso espero. Los niños son muy pequeños para llevar esa carga en sus hombros. Esa carga casi destroza psicológicamente a mi marido, no me gustaría verlo también en mi hijo.

Sandya estaba de acuerdo.

—Se tiene que trabajar mucho al respecto.

—Así es —El llanto de Galia cortó cualquier intento de seguir conversando. La demandante hija de Julianne exigía su tiempo de atención—. Iré a ver a Galia. Si me necesitas, ya sabes que estaré solo a dos puertas en el pasillo.

—Gracias. Dale un beso a mi sobrina.

—Se lo daré. Descansa.

Capítulo 44

Aquel sería el viaje más aterrador de su vida, sin lugar a dudas.

Sandya respiró hondo de nuevo y cerró los párpados, deseando que las náuseas remitieran y dejaran de atormentarla.

Si seguía así, haría pronto otra incursión al baño.

Una más para su lista.

Apretó ambas sienes con las yemas de sus dedos, recordándose a sí misma que el primer gran paso del recorrido incierto ya lo había dado, porque había logrado llegar hasta allí.

Eso la reconfortaba y la animaba a dar el siguiente paso.

Miró la hora en el reloj de su muñeca un poco ansiosa.

Solo le quedaba una espera de unos cuarenta minutos

Esperaba estar sobrevolando Roma pronto. La terminal del aeropuerto de Punta Raisi, al noroeste de Palermo, a esas horas de la mañana le parecía un enjambre variopinto de abejas en medio de tanto zumbido. El ajetreo y el ir y venir de la gente tirando de sus maletas de ruedas, las colas de gente frente a los mostradores, los viajeros que, como ella, estaba sentada en los bancos grises de hierro, la hubieran mareado si su amiga Julianne no hubiese insistido en quedarse junto a ella hasta que llegara la hora embarque.

Estaba tan nerviosa como un niño goloso en la consulta de un odontólogo.

Justo en ese momento sintió que alguien se sentaba a su lado. Apretó con más fuerza los ojos. El planeta empezaba a dar vueltas a la velocidad de la luz. Su tiroides se cerró de nuevo y ella solo se aferró, más que nunca, a los consejos de su terapeuta.

—San, cariño, bebé un poco de agua.

Julianne no dejaba de martirizarse, preguntándose, constantemente, si estaba haciendo lo correcto secundando a su amiga en aquella locura. ¿Pero qué otra cosa podía haber? Sandya era terca como ella sola, y cuando una idea se le metía entre ceja y ceja no había poder humano en el mundo que pudiera arrancársela de la cabeza. Ni siquiera ella.

¿Y si sufría alguna crisis?

Se horrorizó ante aquel pensamiento y un sudor frío le perló la espina dorsal.

No quería pensar en esa posibilidad.

Quizás debería agarrarla del brazo y arrastrarla de vuelta. Obligarla. Estaba segura que Alessandro aprobaría cualquiera que fuera el método que la retuviera en Palermo.

—¿Te encuentras bien? —preguntó momento después intentando encontrar la manera de sacarla de toda aquella locura —¿San? —Sandya asintió con la mirada en sus zapatos —¿Sandya?

Sandya sabía que no podía engañar a Julianne y era preferible que le presentara cara pronto antes que ella insistiera con que volvieran, porque estaba a punto de aceptar su oferta. Levantó el rostro y la mandíbula se le cayó, porque no vio a su amiga, sino al amor de su vida.

—Alessandro...—susurró. A Sandya el corazón le dio un vuelco y la hizo perder el equilibrio. Tuvo que extender la mano para no caerse hacia atrás.

Con la luz natural bañándolo pudo apreciar mejor lo que la celda lúgubre le había ocultado. Tenía sombras alrededor de los ojos y sus pómulos estaban más pronunciados que nunca. Parecía cansado, agotado. Los días en los que había permanecido retenido le habían pasado factura. Sin embargo, a ella le seguía pareciendo el hombre más atractivo sobre la faz de la tierra. Siempre lo sería.

Él se tambaleó, echando los hombros hacia delante. La mala alimentación y la lasitud tanto física como emocional, eran males contra los que había luchado durante esos oscuros días. Imaginaba que la frustración se había apoderado lentamente de él sin remedio.

El pánico se apoderado de Sandya y corrió hacia él.

—¡Alessandro, mi amor!

Cuando sus brazos lo sostuvieron, y fueron el bastón que él necesitaba para mantenerse firmemente en pie, ella se sintió como en casa. Tenerlo allí ya era una bendición. Él estaba bien, estaba libre ¿cómo podía ser eso posible?

Sandya se hacía un montón de preguntas que solo él podría resolver. Quería preguntarle, pero la emoción podía más que sus cuerdas vocales.

— Per favore non lasciarmi —murmuró él mientras se encorbaba para enterrar el rostro abatido entre el hueco de su hombro y del cuello.

El pecho de Sandya se elevó al respirar de manera entrecortada cuando percibió la humedad de las lágrimas mojar la piel de su cuello.

Alessandro temblaba. Como ella. Lo abrazó con más fuerza, dispuesta a ser el soporte que él necesitaba. No le importaba cuánto pesaba, ella no lo dejaría caer. Lo retendría entre sus brazos el tiempo suficiente para que se repusiera.

Ese era su deber, su obligación como esposa y lo hacía con gusto. Ella supo que él también lo estaba sintiendo cuando percibió la humedad de las lágrimas mojar la piel de su cuello.

Fuera lo que fuera lo que estuviera sintiendo, lo estaba desnudando ante ella por primera vez. Su marido el omnipotente le estaba mostrando una parte del peso que llevaba sobre sus hombros. Uno muy grande para ser llevado por una sola persona. Ella quería ayudarlo en cada paso que quiera. Sin importar nada. Ahora la tenía a ella de su lado, en su mismo equipo y para siempre. La garganta de Sandya se anudó por las lágrimas y luchó por dominarse. No podía entrar en crisis, no aquí, no así. Tenía que ser fuerte. Por los dos. Ponerse la camiseta Visconti, como había podido sentir en carne propia, no era solo el dinero, lujo y fama, era saber cuándo guardar silencio, cuándo ser cómplice y el momento exacto en que una pequeña viga tuviera que soportar el peso de toda la familia. Ahora le tocaba a ella y aceptaba el reto gustosa, siempre que fuera con él.

Sandya quiso demostrarle, no solo con palabras, que nunca lo abandonaría si él se lo pedía. Se lo había pedido muchas veces, recordaba haberlo escuchado. Pero siempre le pareció algo que hacía porque tenía que hacerlo más la carencia de sentimientos la hacía sufrir. No quería un hogar, ni un matrimonio que solo fuera caliente en la cama, también lo quería lleno de alegrías, de risas y de ese calorcillo del confort y del amor.

Poco a poco. Lo harían poco a poco.

Entonces colocó sus manos alrededor de su rostro y lo urgió a bajar la cabeza para darle un beso. Tocó su boca con la suavidad de una pluma primero y más fuerte después, con sus labios reafirmados sobre los suyos. Quizás su condición y el terror al fracaso anudaban sus cuerdas vocales volviéndolas casi inservibles, o demasiado trabajoso el aceitarlas. Pero nunca podrían controlar sus actos. Sandya le demostró el amor que tenía guardado para él. Ella dio un pequeño gemido mientras notaba como los brazos de Alessandro le rodeaban la cintura. Sus cuerpos se adhirieron el uno con el otro. Eran como iones atrayéndose y se podía percibir la intensidad con que se juntaban casi fundiéndose.

Sandya puso las manos sobre sus hombros anchos para no caerse. Ahora era él quien debía sostenerla a ella, ser su bastón. El pasado y el presente se enlazaban. Lo único que se mantenía constante eran las sensaciones y la forma en que la hacía sentir.

Ella se separó, respirando con dificultad y con los ojos brillantes. La miró

como si la viera por primera vez. Aún podía recordar la intensidad dolorosa que había sentido mientras sus ojos esmeraldas la recorrían de arriba abajo. Ella se había visto reflejada en él. Había sentido su dolor, el tormento que lo corroía por dentro y que había encerrado en una jaula de hierro en el corazón.

—Estás libre, ¿pero cómo? —inquirió aturdida no queriendo soltarlo.

—El auténtico responsable del siniestro se entregó a la policía.

—Siempre creí en tu inocencia —sonrió, encantada de saber que una vez más Alessandro había ganado. Se mordió el labio para evitar que las lágrimas cayeran por sus mejillas.

Alessandro asintió pensativamente.

El mundo a su alrededor continuaba moviéndose mientras ellos permanecían en silencio. La gente, de todas las edades y de vestimentas de todos los colores, gente continuaba caminando apresurada por la terminal, haciendo cola frente a los mostradores. Nadie parecía reparar en ellos en ese momento.

—Sandya, no te vayas con Paolo. —rogó con la voz temblorosa de repente. Al oír la vulnerabilidad que había en su voz algo se rompió dentro de ella. La sumió en un pozo de tristeza. Podía sentir el dolor de Alessandro martilleando en su propia alma. Su incertidumbre. Ella había pasado por lo mismo, un millón de veces en repetición constante. Lo entendía.

Sacudió la cabeza, confusa.

—¿Con Paolo?

Las manos de él aún en su cintura de pronto se sintieron rígidas. Ella rezó para que no la rechazara.

—Sé del encuentro que tuviste con Falcone,

Sandya recriminó mentalmente a Cesare. ¿Quién más si no se habría ido de la lengua? Solo Cesare y ella sabían de la reunión clandestina que había mantenido con Paolo Falcone. Ni siquiera se lo había contado a Julianne.

—Cesare te contó... —Supuso, sintiendo su boca temblar y sus miembros bambolearse.

—Él te aprecia —Lo excusó sorprendentemente Alessandro. En otro tiempo habría pedido su cabeza en bandeja de oro y ahora lo defendía—, pero trabaja para mi hermano y debía asegurarse de mantenerte a salvo, y eso solo puedo hacerlo informándome de los peligros que te acechan. Lo que hiciste estuvo mal. Fue una insensatez por tu parte, y no puede volver a repetirse. Nunca.

—Pero...

—Shhh... No sigas, pajarito —Él levantó una mano y le acarició la mejilla

—No Tienes por qué hablar de ello si no quieres.

—Iba a ir a Roma —aventuró, encontrando la manera de explicarle su plan y que lo comprendiera—. Iba a contactar con Valente Riccardi. Escuché a Santo decir que él era el mejor abogado del país —se atropelló—, pero no habían conseguido convencerlo para que aceptara tu caso. Entonces decidí que iría personalmente. Que algo podría hacer. Solo iba a estar un día, como máximo dos en Roma, hasta que lo encontrara y consiguiera mi propósito — La expresión de desesperación en el rostro de la mujer hizo que Alessandro se conmoviera—. Le hubiera rogado de ser preciso, pero no iba aceptar un no por respuesta.

—Entonces, ¿no accediste a su chantaje?

—¡No, claro que no! ¿Por qué iba aceptar irme con él? Paolo no tenía el poder para decidir tu suerte. He visto y estudiado demasiados casos como documentación para saber que tu libertad no dependía de él —alegaba en tropel y sin pausa—. La... la idea de que me tocara me resultaba insoportable, horrible.

—La simple idea de que Paolo, o cualquier otro, se aprovechó de ti, de que te tenga de la forma en la que solo yo te he tenido, me enerva la sangre. —Él inspiró de manera profunda después de una breve pausa. Después le tomó las manos y Sandya se sorprendió al sentir que temblaban violentamente—. Sé que te hice daño y que posiblemente lo siga haciendo. Pero te amo lo suficiente como para pasar toda la vida intentando que vuelvas a amarme.

Aquellas palabras estallaron como un maremágnun de emociones en su cabeza.

Un aleteo de alegría empezó a desplegarse en su corazón.

—¿Me amas?

—¡Dios, sí! —La mano de él se acercó y le tomó la mandíbula y con el pulgar capturó una lágrima de la que ella no era ni siquiera consciente—. Te amé hace cinco años y te amo ahora, pajarito. Te voy amar por el resto de mis días. Incluso más allá de la muerte te seguiré amando.

Como si estuviera librando una batalla consigo mismo, Alessandro bajó la cabeza y la besó con suavidad, aleteando como una bendición. Ella respondió rápidamente enredándole los dedos en el pelo y tirando de él para besarlo con desesperación. El corazón les latía desbocado en el pecho a ambos. Estaban en un lugar público a plena luz del día, pero les daba igual. Sus sentidos estaban puestos solamente en aquel beso sanador. Cada uno tomó del otro lo que le estaba ofreciendo; su esencia, su amor, su todo. Sabían que acababan

de pasar por una tragedia y habían sobrevivido. Habían subsistido durante cinco largos y lentos años solo para poder disfrutar de ese momento. Para revivir en el otro con la promesa del amor eterno. Un amor que no iba a ser nunca perfecto, pero por el que ambos darían sus vidas. Nunca habían sido tan felices como en compañía del otro. No querían perder aquello. Era como si un beso lograra resucitar toda la emoción y enterrar los malos recuerdos. Porque a partir de ese momento comenzarían de nuevo, y todo iría bien.

Por amor. Por pasión. Por esa locura que los lanzaba en una vorágine. Su locura.

Sandya se concentró en el presente, en su muñeca, en la forma en que Alessandro le sujetaba la mano. La imagen la hizo esbozar una tímida sonrisa.

—No sé si me gusta eso de que estés tan irreparablemente enamorado. Te hace menos filosa la lengua —se carcajeó soltándole una pequeña puyita.

Él levantó la cabeza y al verlo vio que sonreía, sonreía estúpidamente. Nunca lo había visto tan feliz.

—Deja que lleguemos a casa y te voy a mostrar lo filosa que sigue siendo mi lengua.

Las sonoras carcajadas no evitaron que Sandya se sonrojara.

—¿Me querrás siempre? —preguntó ella, conteniendo el aliento.

—¿Ahora quien se ha puesto tontorrón? —murmuró Alessandro riendo y devolviéndole la crítica anterior—. Te voy a amar toda la vida.

—Pero quiero que me prometas una cosa...

—Pide lo que quieras —Sandya suspiró, se mordió los labios y observó de un lado para el otro. Alessandro la observó.

—Verás —comenzó—. Me gustaría que, a partir de ahora, entre nosotros no haya más secretos, ni mentiras, ni secuestros —argumentó blanqueando los ojos por sus recuerdos—. Quiero que me ames tanto como yo te amo a ti, y juntos trabajemos para formar esa familia que sé que podemos llegar a ser. Tú, Dante y yo.

Alessandro asintió mientras sonreía.

Él también quería lo mismo. Nunca olvidarían su pasado porque era parte importante de su presente, pero trabajaría incansablemente porque la buena fortuna bendijera su futuro.

—Estoy dispuesto a que todo sea mejor de ahora en adelante. Qué te parece

si tomamos esta nueva oportunidad como un nuevo inicio y probamos el ser felices. Es la única ruta en nuestra historia que no hemos tenido el placer de degustar —La sonrisa de medio lado de Alessandro le resultó no solo sensual, sino también cargada de promesas futuras, de amor, ensoñación y deseo de ser tan felices como ambos quisieran.

—¡Me parece una idea maravillosa! —sonrió aplaudiendo Sandya levantó la gran mano de Alessandro y se la llevó a los labios.

Capítulo 45

—Pero qué radiante estás, cuñada —saludó Santo, saliendo detrás de Julianne, lanzando una de sus acostumbradas risitas burlonas—. Aunque imagino que debes de morir de aburrimiento con mi poco ingenioso hermano. Qué puedo hacer —dijo encogiéndose de hombros y recibiendo a la vez un codazo de su mujer—, yo saqué lo interesante de la familia Visconti.

Sandy rió, recibiendo el afectuoso abrazo de Santo. Su cuñado, se había vuelto para ella como un hermano mayor al que sabía que podía recurrir cuando las cosas se salieran de control. Se sintió muy bien con aquel gesto. La pertenencia familiar había sido todo un problema para ella hasta encontrarse con esa disparatada y escandalosa familia que la había recibido como una verdadera joya.

En la radiola de la sala de su amiga, comenzó a sonar la canción *Perfect* en la voz de *Ed Sheeran* y le pareció, exactamente eso: perfecta. Julianne era feliz con su príncipe azul. Y ella no podía más que dar gracias al universo por tener a su lado a su amor eterno.

—Vamos un día a la vez —respondió sonriendo con auténtica felicidad—, y sí, soy muy feliz. Tu hermano me hace muy feliz.

—Si no se porta como es debido —comentó como un secreto—, siempre podemos regresarlo a esa celda mugrienta hasta que implore tu perdón.

—Ya sé que tu correa es muy corta, hermanito, pero si no te comportas, serás tú quien duerma en la casita del perro —se defendió Alessandro entrando con Dante de la mano—. Julianne —saludó a su cuñada.

—¡Tía! ¡Tía! ¡Tía! —Dante corrió hacia su tía, que lo recibió con los brazos abiertos.

—Hola, mi niño guapo, ¿cómo has estado?

—Bien. Pero nos vamos de vacaciones así que estaré mucho mejor —miró alrededor para buscar a su primo hermano—. Tía, ¿Y Luca?

—No se ha levantado aún, qué te parece si vas a despertarlo —se confabuló con su adorable sobrino.

—¡Le saltaré encima!

Sandy negó, mientras el pequeño se dirigía a las escaleras.

—Pero no despiertes a Galia, pillo —advirtió Santo—. Pasó una mala noche, y merece descansar.

—Sí, señor —sonrió y subió las escaleras en un santiamén.

Los cuatro adultos observaron la pequeño dejar una estela de humo de lo rápido que desapareció, y se imaginaron que Luca y él harían algunas travesurillas antes de que se despidieran. Un día normal en la familia.

«*Afortunadamente*» pensó Sandya. Ella era una mujer tranquila y pausada, por lo que la vorágine de aventuras que había experimentado en los últimos meses había sido más que suficientes para copar toda una vida. Ahora solo quería tener la oportunidad de disfrutar de aquello. De recostarse contra el pecho fornido de su marido en una tarde de invierno y así, esperar juntos que las canas se adueñaran de los vívidos colores de sus cabelleras.

Un deseo simple quizás, pero posible.

—Por favor, tomad asiento, estáis en vuestra casa —pidió Julianne, ofreciéndoles el *confort* de sus muebles—. Le diré a Cecilia para que nos traiga algo.

Y lo hizo mientras todos ocupaban una posición dentro de su sala.

—Me alegro que todo terminara por fin —musitó Santo cuando su esposa regresó. Se ubicó en el sillón unipersonal en el que se había semi-sentado en uno de los brazos del mueble—. Todo vuelve a su cauce. Estoy fuerte como un roble luego de la extracción que me realizaron, estás libre y hemos encontrado a estas maravillosas mujeres que no hacen más que amarnos.

Suspiró observando a su mujer y Julianne le acarició uno de los muslos.

Sandya se alegró de verlos felices. No existía nada de lo qué preocuparse. Santo y Julianne se amaban.

—Dicen que después de la tormenta llega la calma —argumentó Alessandro entrelazando los dedos con los de Sandya.

—No hay mal que dure cien años, cuñado. Tarde o temprano las cosas siempre se saben.

—Lo mejor de todo —comentó Sandya—, es que logramos sortear las adversidades con éxito.

—Sí —asintió Julianne—, pero por favor. Y esto va para vosotros dos —señaló a Alessandro y Santo—, no necesitamos más Visconti-aventuras por una temporada.

Ambos hombres asintieron votando a favor por la moción presentada por Julianne. Las mujeres rieron porque a ese paso, estarían pronto blindadas.

—Venimos a hablar con vosotros de algo importante—apremió Alessandro—. Como Dante ya os ha puesto en conocimiento, nos vamos de vacaciones y necesitamos de todo vuestro apoyo.

Hacía exactamente una semana que la pesadilla sobre la investigación de la muerte de Lena se había terminado. El caso estaba finalmente archivado por la confesión del conductor que se había dado a la fuga, por lo que Alessandro quedaba libre de toda responsabilidad. Luego de varias semanas; imposibilitado de salir del país, aunque más por decisión propia que porque una orden judicial así lo dispusiera, era más que lógico que tanto Sandya como Alessandro quisieran tomarse unas merecidas vacaciones. Necesitaban despejar la mente y vivir su amor a plenitud. Ahora que el viento se había llevado las nubes negras de su vida, solo les quedaba ser felices. No había otra resolución.

Tanto Santo como Julianne, aplaudían su tenacidad y el amor que se profesaban el uno al otro. Pero Julianne no podía mentirse a sí misma. Le preocupaba que Dante fuera a retrasarse en el colegio por el repentino deseo de irse de sus padres. Sobre todo, estando a puertas de inicio del año escolar.

Cecilia entró en aquel momento con una bandeja de plata con cuatro tazas con café y algunos tentempiés.

—¿Algo más en lo que puedo ayudarles, señora?

—No te preocupes, Cecilia —comentó Santo despidiendo a la mujer.—
Serviros, por favor. No esperéis que se os invite, porque sois familia.

Alessandro le pasó una de la tazas a Sandya y esta la recibió en su regazo, agradeciéndole. Santo hizo lo mismo con su esposa para luego devorar uno de los emparedados calientes.

—Gracias, mi amor. —musitó Julianne para luego vislumbrar a sus invitados—. Si queréis tomaros unas cuantas semanas a modo de luna de miel, estaremos más que encantados de quedarnos con Dante —acotó Julianne sintiéndose plena de poder contribuir con que, por fin, aquellos dos pudieran disfrutar de momentos para ellos solos, sin un niño demandando atención todo el tiempo.

«*Era una idea maravillosa*» pensó, Julianne.

Pero Sandya negó.

—Realmente te agradezco mucho que pienses tanto en nosotros, amiga mía —la regaló con la sonrisa más grande que había visto en su amiga en toda la vida—. Y que a la vez, pienses en Dante, pero nuestro niño también estará en esas vacaciones. No queremos dejarlo solo —explicó antes de tomar un sorbo del delicioso café—. Aún hay momentos en los que se entristece por la muerte de su madre. Y aunque lo ha tomado muy bien para ser un niño tan pequeño, sentimos que eso lo ayudará a dejarlo salir. Por lo que nuestras

vacaciones serán en familia.

—¿Y, entonces, para qué somos buenos? —inquirió Santo con curiosidad observando con atención a su hermano. No entendía entonces el motivo por el que podrían requerir su ayuda con tanta urgencia.

—Partiremos esta misma tarde, por lo que necesito que tomes la presidencia de los hoteles y demás negocios de la familia, además de la productora —argumentó Alessandro—. Al menos por un tiempo, serás el único en tomar las decisiones importantes.

—¿Esta tarde? —se escandalizó Julianne—. ¿Eso no es demasiado pronto?

—Cuando tienes ese momento en el que tienes que ver tu vida en retrospectiva, cuñada, y te das cuenta de las cosas de las que te pierdes, no existe la frase “demasiado pronto” para cambiarlo.

Julianne por primera vez estuvo cien por ciento de acuerdo con Alessandro.

Santo frunció el ceño, porque no esperaba que su hermano, alguna vez, entregara todo aquel poder de manera voluntaria. Sabía que era un controlador nato y a él, sinceramente, no le importaba lo que hiciera con los negocios de la familia, mientras evitara meter las narices en su productora. Pero ahora, con solo darle un vistazo, se dio cuenta que hablaba en serio. Dejaría la presidencia de absolutamente en sus manos y simplemente viviría la vida. Algo que Santo no estaba seguro si alguna vez había hecho su hermano mayor.

—No te quedes callado, Santo...

El hombre levantó las cejas con sorpresa.

—Me tomas completamente desprevenido, Alessandro. No esperaba que...

—Necesitamos cambiar de aire, desintoxicarnos —explicó Sandya entendiéndolo para su mejor amiga y marido, aquello era toda una sorpresa. Casi como lanzarles agua fría de un balde en la mitad de la calle en pleno invierno—. Este último tiempo ha sido difícil. Pero me alegro haberlo vivido, porque era la única manera en la que Alessandro reconociera que estaba dejando pasar su vida en una oficina. No quiero eso para él. Está dejando de ver lo más hermoso que tiene... a Dante. El pequeño crece a pasos agigantados y Alessandro no puede disfrutar de él como debería.

Santo asintió comprendiendo que siempre que fuera por el bien de su familia, de su hermano en concreto, él estaba dispuesto a dejar atrás sus quejas y reclamos. Tomaría la batuta hasta que él decidiera regresar.

—Me parece bien que quieran pasar tiempo en familia. Y no te preocupes, cuidaré del fuerte hasta que regreses. No será tan difícil, considerando que

tengo un hermano adicto al trabajo —rió.

—Digamos que está en rehabilitación —sonrió Sandya mirando a su marido con amor—. Algo así como los doce pasos para rehabilitar a un adicto al trabajo.

—Suerte con eso, cuñada —su expresión burlesca hizo gala una vez más mientras se llevaba la taza con café a los labios—. Pero no te acostumbres que tu puesto estará disponible en el momento en que pongas el primer paso en Palermo.

—No te preocupes —rió Alessandro—, no tengo intenciones de abandonar el barco todavía. Eso solo pasará cuando Dante, Gianluca y Galia estén preparados para llevar las cosas.

—Me parece muy bien —asintió Julianne—. Tómense todo el tiempo del mundo, aquí Santo se encargará de todo, siempre y cuando siga teniendo los viernes libres.

Alessandro se carcajeó porque él mejor que nadie sabía del trabajo que venía anexo con la presidencia total de las empresas.

—Espero que lo logre, cuñada. Pero no creas que te vas a librar, querida —dijo socarronamente—. De la editorial te encargará tú, Julianne. Tú sabes el manejo total de la empresa. Eres lo suficientemente responsable y capacitada para hacer y deshacer a tu antojo —Alessandro observó a Julianne—. Tienes el control absoluto de la editorial. A partir de este momento, tienes dominio absoluto y solo tu firma vale para cualquier cambio que quieras realizar.

Pero la mujer no reaccionó con rapidez o agudeza porque no esperaba aquella confianza plena de Alessandro. Considerando que él nunca había confiado en ella.

Simplemente tenía la mirada enfocada y no parecía muy feliz con eso.

—¿Cuándo regresarán? —averiguó Santo.

—Son vacaciones indefinidas y quería dejar todo encaminado.

—¿Y somos los últimos en enterarnos? —preguntó Santo clavando la mirada seria en su hermano.

—Debía arreglar antes algunas cosas para que no les causen mucho problema, pero por lo demás es el trabajo simple y corriente. Lo que sí tendrás que ver es el nuevo proyecto, Santo. Encárgate de él, y de los arquitectos.

—Vaya, qué divertido —ironizó bufando—. Lo haré, no te preocupes por nada. Tómense; tómense, el tiempo que necesiten. ¡Pero regresa porque de lo contrario mi adorada *Aretusa* tirará de tus orejas!

—Dante tendrá un docente en el viaje, para que no pierda los cursos, ni tampoco se atrase —advirtió Sandya. Sabía que como madre, Julianne se preocuparía por el avance académico del pequeño—. Ya hablamos con el colegio sobre ello también, pero cualquier cosa, se comunicarán con vosotros. Espero no les moleste.

—En lo más mínimo, San. Yo me encargaré de todo ello.

—No has dicho nada sobre la editorial, Julianne.

La mujer sonrió.

—Me halaga mucho tu confianza en mí, Alessandro. Haré mi mejor esfuerzo para que todo vaya como hasta ahora o mejore —Juntó ambas palmas y se llevó el borde de la unión a la altura de sus labios porque no sabía cómo debía enfocar aquello para que no suene mal—. Pero no quiero ser aguafiestas, Sandya —Separó las manos y les mostró las palmas desnudas para inspirar confianza—, pero no creo que sea productivo que salgan de vacaciones completamente.

—¿Por qué, Jules? —preguntó Sandya extrañada con la negativa.

—Creo que deberías darte un espacio y trabajar también en tu siguiente libro. No dejarlo de lado, porque Angela Di Rossi está con una publicación constante; por lo que no nos conviene relajarnos mucho —Alessandro iba a interrumpirla, pero ella levantó una mano para impedirsele—. Ambas tienen mucha similitud en el empleo del género policiaco y de investigación. No me gustaría que tus lectoras fueran detrás de ella al no tener nada tuyo. Sé que ya tienes películas de tus libros, pero, cariño, no puedes simplemente irte y desechar todo lo que has conseguido.

—Di Rossi... —pensó Alessandro en voz alta. Tenía que ser miembro de la familia romana de joyeros. No había Di Rossi que no estuviera unido por sangre, al menos que él supiera.

—Pienso tomarme un mes de vacaciones completas, pero luego retomar con los libros de a poquitos. Tengo algunas cosas elaboradas y requiere que lo medite un poco, pero estoy en ello. Sé que con todo esto que ha pasado, el libro se ha retrasado mucho —indicó Sandya.

—La esposa del joyero romano —indicó Santo ayudando a la memoria de su hermano—. Lo conocimos hace algunos años en Roma, aunque por lo que sé, están separados ahora.

—¿En qué momento te volviste aficionado a la farándula elitista italiana? —ironizó Alessandro.

—Creo que en el mismo instante en el que decidiste hacer de una celda tu

hogar —aguijoneó devolviéndole el sarcasmo.

—Siento mucho fastidiar tus vacaciones San —se excusó Julianne—, pero debes reconocer que está tomando mucha fuerza en los últimos años. Yo tengo que velar por ti —explicó Julianne y su amiga asintió.

—Entiendo, Jules, no tienes por qué disculparte.

—Me voy más tranquilo sabiendo que dejo todo en buenas manos, Julianne —dijo Alessandro.

Julianne mordió un dulce de membrillo y bebió algo de café antes de preguntar:

—A todo esto, quiero saber ¿A dónde piensan ir?

—Es lo más gracioso de todo —dijo Alessandro sonriéndole a su mujer—. No tenemos idea. Sabemos que queremos pasar por Tenerife, pero, salvo eso, nuestro itinerario será bastante cambiante. Lo decidiremos cuando subamos al yate.

—Está bien que desmelenes, hermano. Ya no tienes por qué responder por toda la familia. —Se encogió de hombros—. Sé feliz. —Alessandro rehuyó a los ojos despreocupados de Santo. Sandya le dio un leve apretón en la mano. Le hubiera pasado desapercibido a Santo, si no fuera porque Alessandro lanzó un suspiro— ¿Qué pasa?

—También he venido porque tenemos que hablar de algo mucho más importante.

Julianne frunció el ceño. Alessandro había clavado su mirada seria en Santo. Julianne sintió cómo el hombre al que amaba se ponía en tensión casi instantáneamente.

—¿Y no es lo que estamos haciendo? —preguntó ella, intentando quitar el *rigor mortis* al asunto. Sonrió mirando a Sandya esperando que comprendiera y la ayudara, pero no lo hizo. Julianne comenzó a asustarse. Tenía que ser algo muy fuerte para que Sandya decidiera dejarlo todo en manos de Alessandro.

—Mejor vayamos a tu despacho —solicitó el mayor de los Visconti—. Es un tema un poco más delicado y de índole completamente familiar.

—Adelante entonces —asintió Santo, levantándose y ofreciéndole la mano a su esposa para que fueran juntos a la nueva locación.

—Tranquilo, mi amor —le susurró suavemente intentando que se sosegara.

Ambas parejas caminaron hacia el despacho. Santo abrió la puerta e invitó a pasar a todo el mundo. Luego, le dijo a Cecilia que nadie los molestara, que se encargara de los niños y cerró la puerta.

Julianne y Sandya se sentaron en los muebles antiguos de la oficina, mientras Santo se apoyaba expectante en el escritorio. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y las mangas de la camisa enrolladas. Julianne se fijó en la tirantez de la postura de su marido y por la manera en la que las venas, inyectadas de sangre, se le marcaban en el dorso de la mano.

Alessandro se quedó a mitad del camino, simplemente observando de Julianne a Santo y de regreso. Incluso, buscando apoyo en los ojos de Sandya. Ella asintió más segura que nunca en su vida.

«¿Qué diablos estaba pasando allí?» se preguntó Santo en el fuero interno.

—¿Tengo que traer el bingo de Luca para ver a quién le sale la bolilla ganadora y hable primero? —indagó.

—Hay algo que tú no sabes sobre nuestra madre, Santo, y es momento que lo sepas —comenzó Alessandro sintiéndose nervioso. Era hora de que la cripta familiar se abriera y muchos muertos salieran de ella. Solo esperaba estar haciendo lo correcto porque no quería perder a su hermano.

—Sé que está en Londres y que no va a regresar porque la amenazaste. Si es eso, lo sé —adelantó Santo y con un gesto le restó importancia. Su madre y Alessandro nunca se habían llevado bien, no creía que iban a comenzar justo ahora. Una cosa era que su hermano quisiera vivir su vida y otra muy diferente que se hubiera vuelto un *hippie* con la filosofía de la paz y el amor—. Mi madre llamó llorando hace un tiempo para echarte la culpa de todo, pero sé que si tomaste esa decisión es porque hizo algo.

Alessandro observó a Julianne, pero ella se encogió de hombros. Ella tampoco sabía que Santo había hablado con su madre. No quería recordar, ni tampoco tener que relatarle cómo se había comportado su progenitora con ella en la clínica cuando él estuvo sedado.

—No es eso, Santo —se pasó una mano por la barbilla—Tú mejor que nadie, sabe que ser un Visconti es, aparte de todo el glamour y el esplendor, también resguardar los secretos y defender verdades que son, incluso, más falsas que la santidad de un genocida.

—No me digas que nuestra familia, aparte de conexiones con la mafia, también tiene algo que ver con el nazismo porque eso sería el colmo —ironizó

La tensión entre los cuatro ocupantes de aquel elegante espacio era latente. Se podía sentir como un halo, como el canto de un fantasma penando por una casa abandonada. Era escalofriante.

—No es un juego, Santo —regañó Alessandro, pero intentó controlarse—.

Lo que tengo que decirte, puede que cambie muchas cosas. Comprenderás otras tantas; pero, antes que nada, quiero que sepas que, para mí, tú siempre serás mi hermano. Mi sangre. Mi familia.

Julianne observó a su marido prestar completa atención por primera vez. Había dejado la pose burlona a un costado y sus músculos estaban cada vez más rígidos. Sabía que entre hermanos no acostumbraban a aquellas muestras de afecto, ni de confianza. Habían sido criados para desconfiar y esperar siempre lo peor de cualquier situación; pero, aun así, siempre habían sido ellos dos juntos contra el mundo.

Ese tipo de unión era la misma que ella compartía con Sandya. Y sabía, mejor que nadie, que era una unión irrompible. Era el hilo dorado que ni las parcas podrían cortar con su tijera. Estaba segura que nada de lo que dijera Alessandro podría cambiarlo.

—Tú también eres mi familia. Mi hermano. Mi Sangre.

Alessandro asintió.

—Lo que te tengo que decir, es que nuestra madre...

El hombre se detuvo, porque también para él era muy difícil decirle aquello. Lo había guardado tanto tiempo que pensó que se lo llevaría a la tumba. Pero había hecho una promesa. No más secretos.

—No más secretos, Alessandro —murmuró Sandya.

—Solo dilo... —pidió Santo, sintiendo que la cabeza le iba a volar como un cohete, si es que no liberaban la tensión pronto—. No puede ser tan malo.

—No eres completamente mi hermano, Santo.

Capítulo 46

Alessandro observó a su hermano que lo miraba con el ceño fruncido y sin comprender ni una de las palabras que acababan de salir de su boca por lo que comenzó a explicar

—Nuestra madre tuvo un amorío con nuestro tío y el producto de ese amorío fuiste tú. Recuerdo muy bien cuando escuché a mi padre, Carlo, recriminar a esa mujer por haberse metido en la cama de Ignazio. Ella le rogó que la dejara libre, que le diera el divorcio. Así le entregaría mi custodia completa a él.

Santo negó desorientado.

—Pero qué estás diciendo ¿Acaso estás loco? ¿Acaso esto es una broma? — Santo golpeó con ambas manos su escritorio colérico—. Si estás poniendo en práctica tu maldito sentido del humor, hermano, déjame decirte que esto no es, en absoluto, gracioso.

—No, no es una broma. Pero tienes que saber que ese es el motivo por el Carlo fue tan duro contigo, porque te dejaba fuera de todo. Porque no eras su hijo.

—Alessandro, debe de haber un error —dijo Julianne levantándose y caminando hacia ellos—. Vosotros sois como dos gotas de agua.

—Nuestros padres también lo eran. Incluso Dante y Gianluca son bastante parecidos. Llevan el sello Visconti por todos lados. Incluso Galia. —comentó Alessandro. Santo ni siquiera lo observaba. Estaba, simplemente, perdido en sus pensamientos. Cuando santo se ponía en ese estado era completamente inaccesible, pero Alessandro intentó atraerlo a la realidad—. Tenías que saberlo tarde o temprano.

Santo se dio vuelta, dándole la espalda y clavó la mirada en el inmenso patio de su casa que dejaba ver el ventanal de piso a techo. No es que lo estuviera observando realmente.

Le interesaba una mierda.

La voz de Alessandro seguía dándole vueltas en la cabeza como un disco de una sola canción. No era un Visconti, pero sí lo era. Frunció el ceño mientras apretaba las manos dentro de los bolsillos del pantalón.

—Carlo acabó exterminando a su hermano Ignazio, por su traición. Y lo guardó en secreto porque nadie debía conocer estos detalles. Te firmó como

hijo suyo, como debió ser, pero nunca olvidó.

Santo comprendió que por eso su madre lo observaba con tanta melancolía. Ahora comprendía el motivo por el que a muy temprana edad el que debía de ser su padre, mostraba un completo rechazo por él, sus ideales y cualquier cosa que tuviera que ver con él.

Le dijeron que su tío había muerto en un accidente de coche, que iba demasiado rápido y se le vaciaron los frenos. Recordaba no comprender por qué su madre estuvo ebria desde el velorio hasta un día después del entierro.

Apretó la mandíbula y los puños a los costados de su cuerpo. Comprendió porque para su padre, todo su mundo comenzaba y terminaba en Alessandro. Se sintió hueco, vacío. Y no quería escuchar razones. Ni siquiera escuchaba lo que su hermano seguía balbuceando.

Su hermano que en realidad era cincuenta por ciento su hermano y cincuenta por ciento su primo.

—Esto no cambia en nada la manera en la que yo te veo, hermano —dijo Alessandro—. Confío en ti, y por eso tienes la llave y carta blanca para todo lo que quieras hacer.

Otro mini recuerdo le llenó a Santo la mente.

Uno en el que Carlo le decía a Alessandro que él debía encargarse de todo cuando él tenía. Que él sería la cabeza de todo. Santo, en su inocencia, le había preguntado cuál era su misión. Y el hombre al que amaba y veneraba como un padre, no había tenido asco alguno en decirle: “*Lo que te diera la gana*”.

Era extraño comprender, justo ahora, que ni siquiera era el suplente de su hermano. Siempre se había sentido el repuesto, pero ahora sabía que ni siquiera eso era. No había sido nunca nada para ninguno de sus tres padres.

—¿Y esperaste casi cuatro décadas para decírmelo? —gruñó— ¿Por eso me diste el control de todo? ¿Para menguar lo que ibas a soltar después?

—Mi amor... —Julianne acarició el brazo de Santo para que se calmara. Para que sintiera qué por una vez en la vida, él tenía un sitio que solo era suyo. En el que no era un intruso, ni tampoco un plan mal elaborado.

—No pude hacer otra cosa. Era un adolescente cuando lo descubrí y Carlo me dijo que si lo decía ibas a pagar las consecuencias —explicó—. Cuando él murió y todos me dieron el poder total de cada mínimo detalle. Y tuve que ocupar su puesto dentro de la organización, comprendí que si lo decía te perderían el respeto. Y callé.

—¡Tenías que decírmelo a mí, Alessandro! —gritó Santo girándose y

golpeando la madera del escritorio—. ¡Tenías que habérmelo dicho a mí como lo estás haciendo ahora! ¡No iba a ser portada y página central del *Quotidiano Di Sicilia*!

—Debí hacerlo, pero no lo hice —sentenció.

Santo le otorgó una mirada de aprensión antes de girarse de nuevo.

—Espero que os falla bien en vuestro viaje.

Julianne se mordió el labio inferior porque sabía que su marido había acabado con la conversación de raíz.

Alessandro asintió, entrelazó los dedos con los de Sandya y salió de la habitación, cerrando la puerta detrás de ellos.

—Mi amor... —susurró Julianne llegando hasta él y acariciando uno de sus brazos.

Santo simplemente tenía la mirada perdida y clavada en el vidrio de la ventana.

Julianne abrazó a su marido con fuerza y poniéndose de puntillas de pie para ayudarse.

Al sentir el contacto caliente de su mujer, Santo la rodeó con sus brazos y la apretó con fuerza pero sin causarle daño. Ella le acarició el cabello como hacía cuando Gianluca tenía una pesadilla y quería consolarlo. Le recitó suaves y dulces palabras de amor, mientras le aseguraba que todo estaba bien. Santo se alejó un poco para observarla y Julianne colocó su mano debajo de la mejilla masculina.

—No importa quienes sean tus padres. Tú eres Santo Visconti, y el hombre que está fuera, es tu hermano. Han pasado toda la vida cuidando el uno del otro que esto no cambia nada.

—Si no cambia nada, para qué decirlo. Para qué abrir un abismo entre nosotros —le dijo mostrándole parte de sus pensamientos.

—Porque mereces saberlo, mi amor. No puedes vivir una vida de engaños. Necesitas la verdad para perdonar a aquel hombre con el que nada te une —explicó con dulzura—. Los padres no son elegibles para nosotros, pero sí los hermanos. Sandya y yo somos un ejemplo de ello. Somos hermanas por elección, no por sangre. Tú, cariño, en cambio, eres hermano por sangre y elección. ¿Qué más puedes pedir? —inquirió—. No podemos llevar a cuestas los errores de nuestros padres.

Santo lo pensó un momento.

—Alessandro siempre cuidó de mí y muchas veces recibió palizas que debían ser dirigidas a mí.

—Porque te ama, porque eres su hermanito. Y nadie puede lastimar a su hermanito. Así sean ya dos hombres de bien, sigues siendo su hermanito. Como Dante lo es para Luca y Luca para Dante. Ese vínculo no cambia, mi amor. Es un vínculo inalterable —explicó Julianne, pero le partió el corazón al ver una lágrima caer del rostro de su marido.

—Lo sé, y lo agradezco. Pero, ahora comprendo que no pertenezco a ningún lugar. Ni al padre de Alessandro, ni a mi madre, ni tampoco al hombre que me engendró. No pertenezco, Julianne. ¿Entiendes?

—No digas eso, mi amor —dijo ella limpiándole la solitaria que corría por su mejilla y mirando a su superhombre con infinito amor—. Me perteneces a mí, del mismo y maravilloso modo en el que yo te pertenezco. Yo jamás te voy a dejar solo. Nunca estarás solo. Y juntos tenemos a Gianluca, a Galia...

Santo se abrazó a su mujer cuando sintió que ella había lanzado un puente en el abismo que había separado Alessandro en su existencia. Besó su frente y aspiró el aroma de su cabello y su fragancia natural. Se quedaron en silencio por unos minutos. Simplemente así, como un cuadro en una galería. Luego Santo buscó con desesperación su boca.

—Dios, cómo te amo —murmuró, juntando su frente con la de su mujer.

—Creo que tu hermano también debe estar muy preocupado...

—Cálmate, cariño —murmuró Sandya en el recibidor, viendo a Alessandro pasear de un lado al otro como un león enjaulado. Entendía que estuviera angustiado porque para él, la familia lo era todo; pero debía comprender que tenía que darle su espacio a Santo.

Sabía que él acabaría comprendiendo.

—Sé que mi hermano no es un niño, *pajarito*, pero, también sé lo duro que fue para él la infancia, los desplantes, y todo cuanto tuvo que pasar.

—Santo no es un necio —dijo acercándose a su marido y acariciándole un brazo—. Es cosa de tiempo. Él se repondrá y luego agradecerá que fueras sincero con él. Eso no cambiará en nada vuestra relación. Te lo aseguro.

Sandya observó a un abatido Alessandro que intentaba ocultar su preocupación. No lo estaba consiguiendo. Estaban hablando de su hermano. De Santo.

—Tengo miedo que él no lo entienda —se sinceró sentándose en uno de los sillones y llevándose ambas manos a la cabeza—. Todos estos años he tenido miedo de que Santo reaccione mal ante la noticia. Todo este tiempo he estado

protegiéndome a mí mismo, no a él.

—¿Protegiéndote de qué? —preguntó Sandya acercándose y entrelazando sus dedos con sus suaves cabellos hasta llegar a darle un suave masaje en el cuero cabelludo.

—De la soledad. Siempre hemos sido Santo y yo, y no quiero que eso cambie. Sabía que...

—Alessandro, mi amor, eso no es cierto. Nada cambiará. Todo seguirá igual que antes, solo tienen que acostumbrarse a que la verdad esté destapada —consoló amorosamente—. Una vez sacas al genio de la lámpara es difícil volver a meterlo. Sé que lo superarán. Santo solo tiene que acostumbrarse a la verdad y reconocer que nada cambia. Dale tiempo.

—Eso espero.

De pronto, escucharon que la puerta del despacho de abrió y que tanto Santo como Julianne salieron a la sala y se enfrentaron directamente con ellos. Alessandro se puso en pie y observó a su hermano.

Verde esmeralda contra verde esmeralda. Era como si un nuevo *Big Bang* fuera a estallar en cualquier momento.

Los minutos parecieron eternos, mientras Santo se decidía a actuar. Tenía demasiado en la cabeza, preguntas que ni siquiera Alessandro podía responder. Pero sabía que tenía que tomar una decisión, por lo que estiró la mano, en un gesto caballeroso. Alessandro lo imitó y se estrecharon las manos.

—Espero que tengas unas buenas vacaciones —dijo y Alessandro asintió, aunque no muy complacido. No sabía que esperar, pero no aquel gesto tan cortante de su parte.

—Dante, vámonos... —llamó.

Sandya observó a Julianne, quien se encogió de hombros. Abrazó a su amiga, despidiéndose de ella y deseándole unas prósperas vacaciones. Hizo lo mismo con Alessandro y besó a su sobrino. Santo se despidió de todos.

—Hola, tía Sandya. Hola, tío Alessandro —saludó Gianluca que bajaba con el pijama, las pantuflas y el cabello completamente revuelto—. Hola, mamá. Hola papá.

—Hola, cariño —dijo Julianne y tanto Sandya como Alessandro saludaron al pequeño.

—¿Ya se van? —preguntó.

—Así es, tenemos que terminar de hacer las maletas... —se excusó Sandya. Aunque todos los mayores sabían que solo era eso. Una excusa para salir de

allí.

—Bien, vámonos —sentenció Alessandro.

Minutos después, los tres se encaminaban hacia la puerta.

«*No hay más que hacer aquí*» pensó Alessandro sintiéndose frustrado. No entendía porque Santo tomaba esa salida. Podían haber hablado del tema con más tranquilidad, quizás...

Sandya ayudó al niño a subir al coche, a colocarlo en la silla de protección infantil y observó de nuevo a Santo. Preguntándose qué pasaría a continuación. Rogando porque dejara de ser tan testarudo.

—Fiama, se comunicará contigo y trabajará directamente con Zinerva — Santo asintió sin decir una sola palabra—. Me gustaría que luego te comunicaras conmigo, y así poder hablar.

Julianne apoyó sus manos en los hombros de Luca, quien observaba a su tío y padre con mucha atención.

—Anda, cielo, ve a ver a tu hermanita, ¿quieres?

—Sí, mamá —dijo bostezando y entrando en la casa.

Sandya se quedó detrás, con la puerta cerrada del coche y Dante sentado dentro.

—No te preocupes, me encargaré de todo hasta tu regreso. No habrá ningún inconveniente.

Alessandro asintió.

—No tengo duda de eso, hermano.

Sin, aparentemente nada más que decir, Alessandro caminó hacia el coche. Julianne movió la mandíbula porque no podía creer que su marido fuera a dejar la situación así. Se volvió para observarlo. ¿Acaso tenía que empujarlo como hacía con Gianluca? Pegándose a él, lo instó a actuar poniéndole una mano en la fornida espalda.

—Alessandro, espera. —El hombre se detuvo antes de entrar en el coche y se giró. Santo caminaba con paso confuso y medio tieso hacia él. Al llegar, el menor de los Visconti, simplemente abrazó a su hermano mayor con fuerza. Quizás no podía decirlo con palabras, pero a veces los actos decían mucho más—. Espero que te diviertas en tus vacaciones, hermano. Os estaremos esperando —le dijo con un poco de confusión, porque aún no tenía todo resuelto, pero algo sí sabía: Él quería a su hermano lo suficiente como para que aquello no importara—. Gracias por cuidar siempre de mí.

Epílogo

—¡Preparado, listo, ya! —chilló Santo con renovado entusiasmo.

El pequeño de diez años se impulsó sin descanso. Por una vez, su voluntarismo lo pondría en buen camino. Estaba seguro de que podría nadar hasta la boya y volver. Si bien era cierto que nunca había nadado una distancia tan larga, la sola idea de demostrarle a su hermano que era tan bueno y perfecto como él, le daría las fuerzas necesarias. Braceó con vigor, hasta sentir como los brazos se le saldrían de las articulaciones y como el aliento le ardía en la garganta.

Cuando Alessandro escuchó un grito de triunfo, supo que su hermano lo había conseguido. Sonriendo, feliz, aspiró una buena bocanada de aire y fue solo entonces cuando aceleró sus brazadas, con firmeza, un brazo tras otro, hasta que sus pies de hundieron en la tibia arena.

Jadeante, se sacudió el cabello y se tumbó al lado de un Santo risueño, quien chocó la palma de su mano contra la suya.

—¿Has visto, Alessandro? ¡Lo he conseguido, lo he conseguido! —Su hermano pequeño hizo una pausa—. ¿Crees qué... qué papá estará orgullo de mí?

El silencio se prolongó un tiempo. La cara de Alessandro parecía tallada en piedra, no expresaba ninguna emoción, mientras contemplaba como el sol se hundía tras el horizonte. El brillante globo naranja pronto sólo se veía en el borde dorado del mar.

Había percibido resignación en la voz de su hermano pequeño, amargura, dolor, y quiso negarlo, pero hubiese resultado absurdo. Para Carlo, sólo era el recuerdo viviente de una traición, alguien que merecía menos respeto que el polvo del camino.

—¿Por qué es tan importante para ti su aprobación?

Santo reflexionó un poco antes de responder:

—Porque es mi papá también. Tú no sabes que es ser el hijo al que siempre dejan atrás...

Alessandro recordó cómo aquella vez había dejado que su hermanito ganara. Ahora no tenía necesidad de protegerlo de un padre abusivo o de una madre a la que no habían visto en seis años. Ahora, más que nunca eran

hermanos, compañeros. Compartirían y se enfrentarían a todo lo que el futuro les deparaba; porque Santo *estaba junto a su Aretusa*, y él *volvía a por su pajarito* cada noche.

Y todo, era perfecto. Ya no recordaban con tristeza a su abuela. Ella los había dejado hacía más de dos años y aunque fue un duro golpe, tanto Alessandro como Santo sabían que ese momento tendría que llegar. Causas naturales se habían llevado a la única mujer que los había cuidado y querido. Y en sus últimas palabras les pedía que no dejaran que el amor se les fuera nunca más, que los dejaba en buenas manos. Tanto Julianne como Sandya habían hablado también con la mujer, al igual que los niños y luego se habían retirado. La triste noticia llegó esa misma madrugada.

El pasado era triste, pero el futuro se veía prometedor.

Recostado hacia atrás en el jacuzzi exterior en el *Santa Teresa*, Alessandro permanecía con los párpados fuertemente cerrados. Su respiración había sido compensada, estable y relajada; hasta el momento en el que sintió que alguien se colocaba a horcajadas sobre su cintura y buscaba con los labios el pulso que latía en cuello. Súbitamente sus aspiraciones y exhalaciones se volvieron irregulares, casi jadeantes. Rodeó la cintura suave y cremosa con sus brazos para dejarse mimar, mientras una seguidilla de sensuales mordidas desde detrás de su oído hasta la base de su fuerte cuello lo hicieron soltar un gruñido bajo.

—Te he convertido en una descarada —se felicitó Alessandro, por un trabajo bien hecho, antes de sentir los ondulantes movimientos del cuerpo femenino. El agua era conductor natural, pero cuando se juntaba con aquella mujer, era lava líquida—. Sandya —le advirtió...

En silencio absoluto, lo besó sugerentemente para luego preguntarle

—Harías cualquier cosa por mí ¿verdad, mi amor? —atrapó el labio inferior entre sus dientes y jaló. Alessandro gimió.

—Me fascina cuando tomas la iniciativa —sonrió—. Has lo que quieras conmigo.

Sandya rió.

—¿Me ayudarías un poco con algo? —Los dedos femeninos hicieron montañismo en su duro abdomen.

—Lo que quieras. ¿El bikini? ¿Estar dentro de ti? —preguntó, viendo que los niños estaban ocupados en sus juegos, sin prestar atención a nada de lo que pasaba alrededor.

—Ya están aquí las bebidas, chicos —llamó Santo—. Vengan a la mesa.

En ese momento, Julianne y Santo regresaron a la cubierta de la piscina con más bebidas y aperitivos para todos y los dejaron sobre la mesa. Era mediodía y había que reponer fuerzas.

Los empleados del barco habían recibido estrictas órdenes de no interrumpirlos, a no ser que fuera un asunto de vida o muerte; como por ejemplo que chocaran con un iceberg y el navío comenzara a hacer aguas por todas partes, como el famoso transatlántico británico Titanic.

Por suerte, las aguas mediterráneas del 2024 distaban mucho de las del océano Atlántico frente a las costas de Terranova en abril de 1912. Afortunadamente también, Santo y Alessandro podrían salvar sus propias vidas, puesto que ese barco sí contaba con suficientes botes salvavidas para todos.

Encontraron a los niños jugando con una pequeña pelota. Ambos niños estaban en una línea con Galia en el medio. Ella debía agarrar la pelota antes de que se la pudieran pasar entre ellos.

Alessandro bajó la cabeza hasta el cuello de su mujer con frustración. Sandya contuvo una risa para luego besar a su marido. Ambos salieron del jacuzzi. Alessandro ayudando en todo momento a Sandya como siempre.

—Tío Alessandro, ¿tía Sandya tendrá otro bebé? —preguntó Galia nadando hacia uno de los laterales de la piscina para salir. La pequeña no sabía que Sandya no era la madre biológica de Dante, y cuando comenzó a crecer, nadie tuvo la necesidad de explicarle aquello que había pasado cuando aún era un bebé.

Alessandro levantó la cabeza para observar a la niña de seis años que lo cuestionaba con aquellos ojos grandes y expresivos tan parecidos a los de su madre.

—¿Por qué lo preguntas, *piccola principessa*?

—Porque estás besando a tía Sandya —dijo encogiéndose de hombros y saliendo de la piscina con su biquini rosa con faldita de volados. Su pequeña se veía monísima—. Dante y Luca me han dicho que así es como nacen los bebés.

—Entonces tú tendrías un montón de hermanitos ¿verdad, pequeña? —respondió el hombre cuando la pequeña se le lanzó a los brazos para que la atrapara. Él lo hizo. Galia rió encantada mientras abrazaba a su tío más querido. Alessandro pensó que era el único, así que no tenía mucho con quien comparar.

—¡Alessandro! —regañó Sandya al instante.

Santo se carcajeó. Su hermano había aprendido a bromear.

Julianne cogió una toalla y se acercó a los niños que soltaron una risotada al escuchar lo que la niña había dicho. Les daría su merecido a ese par de bribones. Luca, al ver a su madre no muy contenta con ellos, le dio un codazo a Dante para que se enterara que Julianne iba a por ellos.

—Tía, lo siento pero es que... — Dante se rió, aunque no quiso. Era tan gracioso tomarle el pelo a Galia.

—No, *principessa*, los bebés no nacen por los besos, cariño —comenzó Alessandro—. Papá y mamá deben amarse mucho, mucho, mucho, para que un bebé nazca.

A Sandya la inocente charla de la niña con su esposo le pareció estarla oyendo desde un lugar lejano, pero igualmente sus palabras le causaron un nudo en el estómago. Alessandro y ella, durante mucho tiempo, habían hecho lo impensable por tener otro hijo. Pero cada intento, cada tratamiento, solo habían servido para deteriorar su salud. Había entrado en una espiral de profunda tristeza y decaimiento anímico por no poder concebir y cumplir el sueño de su marido.

Irónicamente, solo el amor y la perseverancia de este y de su hijo adoptivo habían hecho posible que volviera a levantarse del hoyo que peligrosamente había estado cavando para ella. La psicoterapia y el arropo del resto de la familia Visconti, habían hecho el resto.

Dante era su único hijo y llenaba por completo su corazón de madre.

Contenta con la explicación de su tío y luego de darle un besito en la mejilla, Galia se bajó y fue detrás de su madre. Alessandro la observó irse para luego acercarse a su esposa y abrazarla con fuerza para consolarla. La observó con la pregunta en los ojos.

—Estoy bien, mi amor. Somos todo lo que debimos ser siempre y con eso estoy más que agradecida —murmuró mirando su bello rostro.

Nunca se cansaría de ver aquel masculino y atractivo rostro. Nunca se cansaría de ayudarlo, de amarlo. De entregarse a él cada mañana, tarde o noche. Era suya en cuerpo y alma, como él siempre sería suyo. No tenía ninguna duda al respecto. Ya no. Alessandro no hacía más que amarla, y lo haría todos los días que a ambos les quedaba de vida; incluso más.

—Soy muy feliz, Sandya. Y no necesito nada más —susurró el hombre a su esposa, sin prestar atención a todo el alboroto que acontecía a su alrededor—. Tú me haces muy feliz. Te amo, *pajarito*.

—Y yo a ti.

—*Volver a por ti* fue la mejor decisión de mi vida —le aseguró para luego besarla con ternura.